



# La ceniza del Libertador

FERNANDO  
CRUZ KRONFLY



En *La ceniza del Libertador*, Fernando Cruz Kronfly nos narra los últimos días del libertador Simón Bolívar, quien viaja hacia su definitivo destierro por las oscuras aguas del río Magdalena. Sin embargo, lo que pudo ser una simple biografía del caudillo americano, deviene pronto —gracias al brillo estilístico y a la pulcra precisión del escritor colombiano— en aventura interior cargada de inminencias. En esta travesía los hechos históricos y aquéllos nacidos de la imaginación, así como la fauna, la flora y la fiebre del desterrado se funden y confunden en los laberínticos meandros de la narración: «¿Acaso los sueños no son también realidad?», dice Bolívar.

Historia, alegoría y alucinación dialogan y se entrecruzan en estas páginas de Fernando Cruz Kronfly, quien enriquece así la ya prolífica tradición novelística latinoamericana.

Víctor Sosa

Fernando Cruz Kronfly

# **La ceniza del Libertador**

ePub r1.0

Titivillus 10.06.2021

Título original: *La ceniza del Libertador*  
Fernando Cruz Kronfly, 1987  
Foto del autor: Barry Domínguez  
Diseño de cubierta: Víctor Rodríguez Pérez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Cubierta

La ceniza del Libertador

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Cuarenta y uno

Cuarenta y dos

Cuarenta y tres

Cuarenta y cuatro

Cuarenta y cinco

Cuarenta y seis

Cuarenta y siete

Cuarenta y ocho

Cuarenta y nueve

Cincuenta

Cincuenta y uno

Sobre el autor

*Y después de que lo hicieron morir con una camisa francesa, prestada, sin que hubiera ninguna figura femenina a su lado, han puesto su efigie en las plazas para que siguiera contemplando nuestras malas pasiones, y en las monedas para que su cara decidiera si nos quedábamos en la casa de la derecha.*

Fernando González



## UNO

Su Excelencia ha decidido partir para siempre.

Tendida, la tierra predica su viejo sermón de perro echado, muerde ella misma el polvo húmedo en medio de vientos que lo cubren todo de un cierto color de daguerrotipo.

Ha llovizado en la primera mitad de la noche. La superficie de las orillas del río acaba de ser encendida por una intensa luz. En aquello que es casi el instante de un párpado, la imagen de Su Excelencia se percibe de un azul intenso en medio de la niebla que huye.

De entre las sombras brotan otras sombras más claras, sonidos, gritos de los mismos que se escucharon por los tiempos del génesis.

Plantas, verdes plantas tiemblan sobre los túmulos. Amanece. Son casi las siete y huele a lluvia ida.

—¿Qué hago con estas tripas, José, qué hago? —murmura.

Próximos a las orillas los pájaros estallan mostrando sus alas, instantes de incertidumbre. Todo nace. Hervor en las ramas. Hay huellas de cascos de caballos por todas partes, rastros de pezuñas de vacas y de cabras. También de asnos.

En lo elevado de un promontorio que se derrite con su escaso peso, Su Excelencia ensaya de nuevo la consistencia de sus pulmones. Azota con sus pies el piso y camina hacia la orilla. Sus botas de campaña muestran barro fundado en una extraña metafísica de hechos cumplidos, hablan de un cielo sin fondo que sin embargo logra sostenerse como del columpio de un labio enfermo, tibia hoja carnal.

Y brota incienso desde lugares invisibles tejidos por raros sueños de un día, se esparce bajo los arcos triunfales, fino espolvoreo del prestigio, del honor. Caen coronas de ramas secas, laureles, verdes ramas del bosque de América adheridas todavía a sus avisperos y a sus colmenas. Y se posan en sus sienes casi blancas, hinchadas de pelo confuso.

Avanza hacia las aguas.

Atrás van quedando los generales y los coroneles que peregrinaron hasta aquí para presenciar el momento de la despedida. Perplejos, amigos verdaderos en el sentimiento de los últimos días, parecen ellos no poder dar crédito a lo que no obstante está ahí, visible a sus ojos:

Abajo, en el río, aguardan las naves. Cáscaras de un viaje que apenas comienza pero que podría ser el del final. Como en medio de un insomnio, las embarcaciones se mueven quietas. Durante toda la noche en él no hubo sueño sino simple visión interior, llamados de otros tiempos, días. Visión de todo y de nada. Casi lo perfecto de un vacío asediado por la urgencia de lo desconocido. Tal vez así mismo debiese ser, porque Su Excelencia viene de la luz de todas las glorias imaginables.

Viene de los párpados beneméritos, casi de la Santidad.

Y sin embargo de todas sus glorias pasadas debe enfrentar el destierro, la impugnación de la baba, la pavorosa nada de un hastío sin espacio y sin tiempo que lo empuja hacia un viaje que no es de huida de lo concreto sino simple hijo del desengaño.

Su Excelencia ha decidido partir para siempre.

Pero los ojos, al igual que el corazón, también tienen su desengaño.

Vio de nuevo los socavones de Santa Ana, oscuros como recuerdos en el alma invisible. Sus galerías subterráneas, el opaco fulgor de la plata en las vetas. Ahí estaban los mineros mostrando sus lámparas de anuncio, sonámbulos ciegos que vienen de un raro misterio de ceniza cuyo brillo es el mismo del aire tibio. Más arriba, sobre túmulos de tierra y arena como sillas físicas, parlotean los capataces oriundos de Inglaterra, enseñando en sus manos anchos anillos de plata y medallas en sus cuellos de felpa rubia. Cerca, cálidos pastos naturales. Y en la lejanía aseada, los extensos territorios de Marqueta. Los pulmones de Su Excelencia respiran un trabajoso encarnado castaño que hiere sus vías respiratorias. Se detiene en su bajada hacia el río y vuelve sus ojos:

Pasan veloces los caballos ensillados, como descalzos, pisando la falsa porquería del suelo. Son sus caballos de otros días. Extraviados, cruzan la puna helada y se hunden en la polvareda que se levanta detrás del galope. Una polvareda de arena y de nieve. Después aparecen los volcanes humeantes, los desfiladeros donde los cóndores extienden sus alas y los lejanos árboles donde como hojas blancas cuelgan los nevados. En la distancia confusa, un regimiento completo de patriotas avanza cantando con sus rostros envueltos en sus mochilas rotas, donde la arena fina que el viento empuja ha descujado los ojos. A ciegas, el regimiento llega hasta el borde del precipicio y se

desgrana cantando. En sus cavernas, como hechos sólo de alas y de carroñas, los cóndores celebran el desperdicio y saltan en procura de su alimento. Cruza el cielo un sueño de pájaros bullosos y la imagen muere en la bandeja. Abajo, en el río, las embarcaciones aguardan.

Su Excelencia va camino de la mar. Sólo desea la mar, el olvido que el hastío busca, el brillo del vidrio adentro, la casa en orden y el vómito. Vomitar. Expulsar los humores. Luego partir hacia Inglaterra, quizás Francia. Mientras tanto pasar unos días en Jamaica. Tose, encorvado sobre el puño de sus manos.

Son varias las embarcaciones que esperan pero sólo una de ellas partirá de verdad: la más elevada, la plácida en la mañana, mezcla entre vapor y champán. Una embarcación de color indefinido, hecha de hierro y madera que ha ido acumulando años, sales que el viento obsequia. Pues también la madera y los metales, como los días, conocen de su descenso al crepúsculo: Un gris café azulado ocre ligeramente amarillo en los bordes y negro en la brea de la cubierta, cerca del puente. En un palo elevado la bandera tricolor, de reciente costura. Y en el castillo de proa un ángel de lata, del mismo color del navío.

En un principio, a quienes se encargó adelantar los preparativos del viaje, sólo les fue entregado un champán aventajado de tamaño aunque visiblemente inapropiado para la categoría del huésped. Sin embargo, a ese champán le fueron abiertas tantas ventanas y puertas como se estimó necesario. Se forraron en zaraza sus interiores para transformarlo en algo parecido a un ropero. También se alfombraron algunos reservados improvisados, se instalaron mesas y asientos tanto en el comedor como en pequeñas salas y recintos íntimos y, finalmente, se adecuaron tanto una caldera de regular potencia como dos chimeneas elevadas, hasta producir el milagro de convertir un simple champán en una embarcación a vapor. En una esquina del comedor se instaló un filtro y una piedra especial para destilar el agua turbia. En la proa se puso la rueda giratoria y atrás, colgando en la popa, el ancla de hierro. Todo un mes largo se debió emplear en aquella misteriosa metamorfosis.

Junto al navío mayor se observa gran movimiento. Cerca de siete embarcaciones menores van y vienen procurando provisiones para el viaje. La caldera ha sido probada desde antes del amanecer y el combustible llena las bodegas. Las máquinas están en marcha y se escucha un solo murmullo como de pesadas huertas metálicas que brota desde las bodegas. Dos columnas de humo ascienden al cielo y los pájaros que vuelan junto al navío huyen espantados. La mañana, de tierras bajas, es sin embargo fría. Todavía la lluvia

de la noche está ahí, en lo que dejó. Todo en orden para la partida. Pendiente de un madero instalado en el castillo de popa se balancea el ancla, y las banderas que tejieron las mujeres en reposo difícilmente flamean. Otros vientos vendrán. Mejores vientos.

Su Excelencia se detiene, mira a los lados el contento reposo y llena sus pulmones. Entonces recuerda sus palabras de un par de días atrás, cuando observaba pasar las aguas del Gualí, camino de Santa Ana:

—¿Por qué piensa usted, mi querido coronel, que estoy aquí?

—La fatalidad, mi general, eso es, la fatalidad.

—¡Qué fatalidad! ¡No! Yo estoy aquí porque no quise entregar la República al colegio de San Bartolomé.

El vapor pita y se sacude, tropezando las embarcaciones menores que han comenzado a ser retiradas. El sendero que baja hacia las aguas es un graderío ocre, brillante de recientes y de viejas escamas pero opaco al contacto con la mirada húmeda. Aquí, los ojos recaudan tanto la luz como la sombra, y se congratulan a causa de los matices. Huele a podredumbre de puerto, a restos descompuestos que el tiempo se encarga de lavar hasta poner en evidencia la niebla del hueso, de la espina, la nitidez de la almendra que viaja hacia su ser final una vez perfeccionado el despojo de la escoria. Su Excelencia viste su mejor uniforme aunque hubiera preferido embarcarse vestido de paisano. Pero el momento es solemne, irrepetible. Han venido a despedirlo los generales y coroneles amigos, montando sus caballos de anchas trompas de viento y llevando sobre sus cabezas, algunos de ellos, los tricornos bordados de oro de Waterloo y de Austerlitz. Para partir, Su Excelencia debe corresponder, mostrarse ante ellos como cuando pasaba bajo los arcos triunfales allá en Lima, en Quito y en esa especie de sueño enneblinado que recorría las calles de Santafé.

Pero el uniforme también chorrea su alma, se destiñe. Durante toda la noche ha permanecido con él puesto, sin dormir. Como un jardín que se ha sembrado en las mangas de la chaquetilla, del pantalón azul de paño, de las botas altas, del cabello apretado en las sienes que blanquean. Sin dormir, acompañado sólo por lo poco que el alma tropieza mientras los ojos se derriten en vano contra los muros apagados, a la espera de la primera luz del día, porque el corazón aguarda que las puertas y las ventanas rueden por el suelo empujadas por la torpeza de los conspiradores.

Pero ahora ha amanecido y todo parece perfilarse:

Las aguas que hablan con su boca cerrada, teñidas únicamente por el barro disuelto, la bruma en fuga, las aves planeando alas sobre los manglares del

otro lado y encima del rancherío como días rápidos. Peces de colores que divagan cerca de la proa y, dentro del cuerpo, la vida como un caballo incierto y además sin rumbo. La promesa de alejarse para siempre debe cumplirse. Su Excelencia busca la mar, desea vomitar allí sus humores y partir para siempre. Trae fiebres, signos de calentura en el encascarado de sus labios, acontecimientos de un preocupante paisaje. Y, también, signos de tos en la concha del pecho, donde un cepillo espeso parece barrer el suelo. Lo acompañan sus últimos amigos. Aquellos que no se desperdiciaron en el camino, reguero de cristales apagados encima de los troncos y las piedras de los ríos, abatidos por un irreparable sentimiento de abandono. Su Excelencia se marcha y ellos quedan allí, desprotegidos de su sombra. El vapor vuelve a esponjarse, como un párpado que viene del sueño hondo y adivina el día. Hay grandes ruidos silenciosos en torno de todo y de nada.

Su Excelencia camina y sube a las tablas del puente por donde habrá de llegar a bordo. Tambalea, y dos de sus acompañantes corren a ofrecerle apoyo. Enfadado, los hace a un lado y se sostiene por sus propios medios. Ahora su uniforme de gala es como de lienzos guardados en el naufragio de un cajón que se pierde en la hondura de los años. Saltan los peces que la espuma cierra bajo su órbita. Y el uniforme que en la noche anterior brilló bajo las lámparas, cuando estuvo tendido encima de las sábanas, ahora parece bordado con sombras sobre lo que antes fueron hilos de oro y plata. En el pecho, sobre la chaquetilla, brilla una medalla de oro. La última de las muchas que un día tuvo. Mira a los ojos de un coronel amigo, aquel que había estado al frente de los preparativos del navío y del viaje, y lo llama a su lado. Arranca la medalla de su pecho y se la entrega:

—Use usted, coronel, este recuerdo en mi nombre.

Pasan aves que no son grullas pero que aspavientan con sus picos de idéntico modo a como lo harían las grullas. Planean sobre el vapor, esquivan los chorros de humo que brotan por los tubos y se pierden en la media-alma de la mañana, en realidad no volando sino como desapareciendo. El coronel aprieta la medalla en sus manos y ajusta la boca, baja su rostro como quien deja caer una madeja de lana que se dobla sobre un delantal, salta desde las tablas al piso de tierra y se regresa. Corre por el graderío y retorna al sitio donde lo espera su caballo que brilla en el viento. El coronel quiere huir, esconder su llanto, pero una fuerza desconocida lo paraliza junto a los belfos del caballo, bajo un cobertizo de hojas de palma que el sol ha tostado. Mira las nubes y lee el designio. Y observa cuando cuatro hombres corpulentos hacen a un lado el puente de madera que conduce hasta el vapor y lo dejan

caer sobre la tierra mojada. El navío tambalea, se desprende de la orilla. Las ruedas entran en movimiento y el agua chorrea de arriba hacia abajo como en un graderío de espuma. Las máquinas truenan y empujan, y las cucharas se hunden en el agua y vuelven a salir, visión de un viejo molino cuya lajas trituran el trigo, los cereales. El viaje es ahora un hecho que surge de la nada y cuya materia no es más que cada instante que pasa. Nadie habla, y el silencio es como una rara condensación de cualquier palabrerío inútil. Sólo existen los gorros al vuelo, las manos desfiguradas.

Su Excelencia camina como puede hasta el castillo de popa y agita su bicornio azul. Y no deja de hacerlo hasta desaparecer en lo invisible. Sabe que todo aquello es el comienzo del fin, y deja caer, contundente, toda su cabeza entre sus manos. El embarcadero de Honda queda atrás.

Nubes. Agua. Y la mar lejana en el deseo de los desconocidos días.

—Vomitare al llegar a la mar —murmura—. Sí, necesito aliviar este pecho, lo necesito, qué buche llevo, que templado llevo este buche.

Arriba, en lo elevado de los túmulos de tierra del puerto, quietos como harapos en una mañana desprovista de vientos, permanecen sus amigos que vinieron a despedirlo desde Santafé y otros lugares. Allí están, junto a sus caballos gastados, atisbando el horizonte de ceniza brillante donde el vapor ya no está. Sin él, que se ha marchado, ¿cuál será su suerte? ¿Dónde podrán ir sin su sombra de concha de cielo?

Las mandíbulas mastican dientes, los ojos no dan crédito. Y en el cielo vacío los pájaros llevan y traen su correo.

Muchas mujeres que se reunieron junto al río cuando el vapor partía, se dieron a la tarea de lanzar flores al agua con gran ruido de colores, y todavía lo continúan haciendo como si el navío no hubiese ya desaparecido del centro de sus ojos. Siemprevivas, casi todas siemprevivas arrancadas a las líneas cerradas de los caminos, a los sitios umbríos o al apolcado territorio bajo los árboles. Siemprevivas y a veces pensamientos, rosas de jardín y hasta flores de mayor talante. Pero, de repente y como venido del centro del río donde el vapor acaba de desaparecer, se escucha un grito:

—¡Que cesen los homenajes!

Todos volvieron sus ojos al vacío. Y escucharon de nuevo:

—¡No es un héroe el que se marcha sino un tirano despreciable!

Lelas, las mujeres de la orilla terminan de vaciar sus tiestos de flores, levantan sus ojos como tiendas que se desarman para ser guardadas en los cajones y comienzan a desfilar hacia sus sitios de origen: las unas al tasajeo de los peces frescos en las bateas de madera perfumadas por la noche al

descubierto, a la barredura de los aposentos de pisos de tierra. Y las otras a la obra de sus manos de pedal, a los peinetones de sus moñas o al humo de sus escondidos tabacos de hojas fragantes, largas esperas hirvientes a la sombra de no se sabe qué exactos pensamientos. Pero los hombres, aquellos los peregrinos de la despedida, ellos los tristes de largas quijadas mudas parecen no querer moverse de sus sitios, pues con el encanto de su quietud viven la ilusión de un tiempo muerto, estancado en aquel presente cuya transformación en pasado todos evitan.

Sólo el transcurso del día consigue la dispersión. Hacia el comienzo de la noche la orilla del río está despejada, como un lugar donde las casas hubiesen ascendido al cielo junto con sus habitantes y sus muebles. Cada quien decidió regresar a lo suyo, llevándose consigo hasta los más menudos sentimientos del día. Difícil pero sucedió. Lentamente, como lo es siempre lo gradual triste cuando ocurre a su modo. Pues se trataba del retomo de cada quien, no a un lugar exacto sino a la bruma dentro de esa cosa espesa, imprevisible y traicionera que ellos conocían con el nombre de historia. Fueron montando en sus caballos para partir al galope hacia el viejo lugar de no se sabe. Para casi todos, el sitio de destino no era ahora muy claro. Y muchos acariciaron la idea de no volver, de diluirse como espantos entre los accidentes del camino. No pocos se hicieron a sus provisiones de aguardiente, que bebieron de las botellas verdes, mudos bajo las estrellas de mayo más brillantes que siempre en un cielo barrido por las lluvias. Horas más tarde, montados en sus caballos de piel de charco, murmuraron en coro con una contradanza de aquellas que ejecutaba impecable el Regimiento de las Milicias Pardas. Y no faltó quien creyó haber asistido a la despedida de Bonaparte, cuando abrazado al general Petit partía hacia la isla de Elba, allá en Fontainebleau. Era tan solo la luz de una imagen agrietada por el alcohol, pues aquí se trataba de un vapor americano que se deslizaba hacia el caribe lejano sobre aguas afrentosas, sobrevolado de aves extrañas, muchas diminutas y rápidas aunque algunas de ellas tan corpulentas y despaciosas que parecían almohadas dormidas en el suspenso del día.

Era el comienzo del fin.

## DOS

Desaparecido de los ojos de sus amigos, Su Excelencia tiene delante de sí únicamente el inmediato soporte de la naturaleza. A cada instante siente que el navío donde ahora se encuentra, sólo un champán aventajado aunque cubierto por dentro con zarazas y algunas alfombras extendidas por el piso en los pequeños recintos de estar, progresivamente se transforma en un verdadero vapor. Un vapor como aquellos que Juan Bernardo Elbers puso a navegar en las aguas del Magdalena apenas unos cuantos años atrás pero que fueron desapareciendo rápidamente, los unos envueltos en llamas y los otros atrapados como cadáveres sobre esponjosas sillas de arena y pantano que el cauce escondía. Allí estaban los restos del *Fidelidad*, lujoso navío que subía desde Bocas de Ceniza hasta San Pablo, llevando su cargamento de víveres y aquellos pasajeros tan suyos que eran como hechos de párpados de gato extendidos al sol, con sus vestidos de lino de color marfil y que mostraban siempre en sus cabezas aquellos sombreros tejidos en filigrana. Y ahí estaba el esplendor mortecino del *Susana*, provisto con su casco de maderas de cedro según las instrucciones de Santiago Reve el sabio de los astilleros de entonces. Navío que si bien por aquellos días todavía no había sido puesto en el río, permitía a pesar de todo la premonición de lo que después habría de ser su espectro de púrpura por Peñón de Conejo y los cálidos arenales de San Pablo, atrapado para siempre en el lodo y entoldado de madreselvas acuáticas que se agarraban como brazos a los tubos de sus chimeneas. Vapores de un día, es cierto, antecesores del *Unión*, proveniente este último de Cork y capitaneado por el mismísimo William Hamilton, dotado de ruedas laterales que eran como las patas de un animal desconocido y armado con calderas de baja presión.

Desde la barandilla de un vapor como aquéllos, Su Excelencia sólo tenía ahora delante de sí la lejana vegetación de las orillas. Y, hacia adelante, a través del arenoso tul de la proa, las turbulentas aguas que la quilla parte en dos tajos y que las cucharas de la rueda delantera convierten en un batido. Es entonces cuando Palacios rompe su ensimismamiento:



—Ya su equipaje ha sido puesto en su aposento, general.

Su Excelencia responde como un autómatas:

—Está bien. Y, ¿los mastines?

—¿El rubio y el bayo?

—¿Cuáles otros, cabrón?

—Aún permanecen en sus canastas, señor, pero ahora mismo les pasaré revista, voy corriendo.

—¡Tendrán sed!

—Les di de beber esta madrugada, antes de hacerlos saltar dentro de sus canastas, general.

—Tendrán hambre entonces.

—Les di de comer antes de darles de beber.

—¡Tendrán calor!

—Los pondré en libertad de inmediato, Excelencia.

—Rápido, José.

—Ya mismo vuelo, general.

—Los necesito conmigo, José, eso es lo que pasa.

—Ya mismo vuelo, ya mismo vuelo.

—¡Que se vea!

Aquello es como bajar a la tierra, a las llameantes grietas de la realidad presente. Es como tocar fondo muy hondo, después de una noche de pesadillas y de vientos húmedos de intangibles. Sólo una semana antes él todavía controlaba el esplendor de su Quinta de Santafé, y había gemido por última vez junto al tibio temblor de Manuela, custodiado por un puñado de centinelas en duermevela y rodeado de todo el boato presidencial. Pero el giro de los últimos días lo había decidido todo de un modo brutal. Después de un penoso viaje a caballo hasta Honda, ahora partía hacia lugares donde imaginaba poder recuperar su tranquilidad, alzarse definitivamente hacia un lecho de calostros serenos y de sombras como extensos sueños. Acababa de repudiar el poder político en sus manos para ahogarse a cambio en un inexplicable apocalipsis voluntario. Venía de subastar sus últimos bienes y con lo poco que pudo recaudar pensaba enfrentar con dignidad el futuro. Nada de aquello parecía posible al sentido de los hombres ponderados pero él no conocía lo imposible. De pronto, como una hoja que el viento azota, siente él que un aire helado acomete sus pulmones. Un aire diferente de aquel que sube por el río, cálido y denso. Y se lleva ambas manos a su cabeza:

—¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué la destruyen?

Su Excelencia acaba de recostar su frente en una almohada de polvo.

El bramido de las máquinas en la bodega impide que Fernando escuche cualquier cosa. Su Excelencia ofrece la imagen de un ajusticiado que conoce el camino ciego que debe empezar a recorrer. Día a día su salud empeora y su respiración adquiere el ronco sonido de la lluvia sobre techos de madera. El viaje apenas comienza, como un falso sueño, pero contra toda ilusión de no ser cierto las evidencias demuestran que ya todo ha sido decidido y que la ejecución está en marcha a cargo de largas manos invisibles. Su equipaje acaba de ser puesto en su camarote y los perros reposan dentro de sus canastas como en los mejores tiempos de Boyacá, Pichincha y Ayacucho, cuando a lomo de mula acompañaron a los ejércitos por los desfiladeros y las punas heladas del alto Perú, durante el día ladrando al vuelo de los cóndores y en la noche cuidando el sueño de Su Excelencia. Sólo que ahora el rubio y el bayo ladran hacia lo desconocido, igual que su dueño, mostrando sus viejos ojos de penumbra y haciendo gala de un olfato gastado que ya no da para más. Toda la gloria de otros tiempos se viene abajo como un andamio de cartas para jugar ropilla.

Decepcionada, la vida juega a la muerte, empujada por el sordo movimiento de la sangre que ya no desea, que se detiene peligrosamente en una duermevela indefinible: el hastío.

Vuelve él sus ojos hacia el agua en movimiento, que ofrece tan extraño encanto, y recuerda entre lujos y ropas limpias su pensamiento de la última noche en Santafé, cuando paseaba por los jardines de su Quinta bajo las lámparas encendidas. Se detuvo entonces, observó la corriente de agua entre las piedras, y preguntó:

—¿Cuánto tiempo tarda el agua que estamos viendo en mezclarse con el océano infinito?

—No lo sé, mi general.

—¡Cómo no lo sabes, cabrón! —dijo—. El mismo que el hombre, al morir, en mezclarse con la tierra de donde procede. Algunas partes se evaporan como la gloria humana. ¿Sabes qué es la gloria? Un mierdero, un largo y penoso mierdero, eso es.

Se trataba del agua de siempre. Aquella que baja perenne desde alturas sucesivas para diluirse en la mar lejana, asunto sencillo, trivial a la mente que acostumbra meditar el paisaje, la baja visión escondida de la tierra. Pero su pensamiento de aquella noche, su último en Santafé, volvía ahora a cobrar esa fuerza misteriosa que tienen las ideas cuando se cruzan con la textura de una corazonada. Avanza el día, siesta bajo los árboles, y el viento que sube por el río le hace sentir frío. Frío con filetes de calor, como la lluvia soleada por el

tornasol de los arcoiris. Un frío diferente donde el embrión cuaja en los mismos huesos. Tose entonces, arqueando su cuerpo. Tose sin poder contenerse, descontrolado de todo control sobre los flujos del aire, hasta que su rostro queda del color de la púrpura abierta. Luego todo regresa a la calma, utilizando la sucesión de los espasmos. Lleva una de sus manos a su frente y siente la fiebre. El ciclo de la calentura vuelve a iniciarse. Al terminar de toser, su rostro retrocede y queda tan pálido como lo pudo haber visto Manuela bajo las lámparas de la Quinta en la última noche de Santafé, cuando él sintió que el agua se pulverizaba entre el musgo y las violetas para desaparecer en desplazamientos siempre descendentes hacia un fondo invisible. Estaba delante de lo efímero y se pensó a sí mismo.

Alerta sus ojos, avisado de algo, y los sorprende a todos observándolo a él, mirando cómo retira con su pañuelo la espuma amarilla que la tos acaba de derramar en el laurel de sus labios tostados. Y putea. Putea dentro de su corazón. Luego grita:

—¡Cuál es mi aposento, carajo!

Palacios corre a su encuentro, mientras Fernando y Santana no consiguen salir de su asombro:

—Por aquí, general.

—Y, ¿es necesario que debiese preguntarlo?

—Pensé que se divertía con el paisaje y que...

—Pensé, pensé, siempre lo mismo.

—Es un decir, señor, no es fácil comenzar un viaje de estos, estoy aturdido.

—Y, ¿los mastines?

—Ya los he sacado de sus canastas, señor. Bebieron y comieron en abundancia.

—Y, ¿dónde diablos están ahora?

—Amarrados en la popa, general.

—¿Cómo así amarrados?

—Pensé que no podían andar sueltos por ahí, usted sabe, deben haber normas.

—Pensé, pensé, ¿hasta cuándo?

—Santana dijo.

—¡Santana es un imbécil! ¡Suéltalos!

—Ya mismo, ya mismo lo hago.

El rostro de Su Excelencia se transforma de repente:

—¿Sabes una cosa, Josesito?

—¿Si?

—¿Quieres que te lo diga?

—Hable usted no más, Excelencia.

—Quiero desocupar el estómago.

Palacios se detiene.

—¿Ya mismo?

—No, cuando llegue a la mar, siento que lo necesito.

—¿Y es que tiene usted náuseas?

—¿Náuseas yo?

—Bueno, malestar, digo.

—Olvídalo.

—Debería usted hacer un esfuerzo ya mismo si cree que vomitar habría de contribuir a su salud.

—Olvídalo, llévame al camarote, siento la cabeza como un reverbero.

Su Excelencia se apoya en los hombros de Palacios y comienza a andar:

—¿Ha llegado correspondencia?

—Todavía no, general.

—Llárame a Santana. Deseo poner en orden algunos documentos.

—De regreso lo haré de inmediato. Acabo de verlo llevando sus cosas a su camarote.

—¿Sus cosas?

—Su equipaje, señor.

—¡Cómo sus cosas! ¡Sus porquerías!

Ambos sonrieron lelos en las palabras.

Santana jamás bañaba su cuerpo. Sus ropas olían a una penetrante monserga de vinagre que se adhería con facilidad a las ropas de sus vecinos y a los objetos que tocaba o que hacían parte de su menaje personal.

Un escuadrón de loras azules cruzó el cielo.

—He estado pensando que si echo afuera las tripas podré recuperarme. Debo expulsar ciertos humores que me afligen en secreto.

—Usted me lo habrá de perdonar, señor, pero definitivamente yo no entiendo a Su Excelencia.

—¿No entiendes qué?

—No entiendo por qué motivo, si es así, usted no lo provoca todo de una vez.

Su Excelencia tose ligeramente:

—¿No comprendes acaso que no estoy mareado aún?

—Pero existen vomitivos, general, no es necesario esperar a marearse.

—¿Qué sugieres?

—Que usted podría tomar ya mismo unas cuantas gotas para ayudarse.

—Tú no sabes nada, José, nada.

—Dicen que con un poco de agua tibia basta para arrojarlo todo de una vez.

—Eres como un niño, José, un niño sonámbulo. ¿Cuántos años tienes?

Doblan por un pequeño salón tapizado, revestido de urgencia para el viaje, y Palacios señala la puerta del camarote principal. A estas alturas, Su Excelencia carece todavía de una perspectiva de conjunto del lugar donde se encuentra. Atendiendo quizás a su estado de salud, le ha sido asignado un camarote de la planta baja. Pero, atolondrado a causa de los acontecimientos y las calenturas, desconoce la distribución exacta de los espacios en aquel navío en el que se desplaza empujado sólo por aquella especie de bordado de ruinas que desde el comienzo de la mañana ha comenzado a cuajarse en el corazón de sus ojos.

Delante de la puerta, Su Excelencia da vuelta a la cerradura y empuja. Un olor de aposento cerrado brota de inmediato. Polvo húmedo navegando en lo quieto de lo oscuro a solas. Y recordó aquellas alcobas cerradas de su casa de San Mateo, allá en Aragua, ocupadas de viejos muebles inservibles, telas deshechas y tómulos de papeles que al contacto con la luz despedían aquella especie de pelusa picante a la nariz. Escucha a Hipólita estornudar, la percibe con un trapo de colores amarrado a su frente. Sobre un asiento de cuero observa su pequeña valija donde lleva para el viaje sus efectos más personales: camisas limpias, pantalones, ropa interior, objetos de tocador, calcetines y el cristal casi vacío de una loción inglesa. Y allá, en un rincón, su escritorio. Aquel mueble de cedro que lo acompañó en sus campañas y desde donde dictó, sentado bajo los árboles o junto a la ceniza de los volcanes, al mundo entero sus decretos, proclamas, cartas de amor, órdenes de ejecución y de indulto y hasta la constitución política de algunas repúblicas. Fantasmal, la negra Hipólita ya no es más que un borroso recuerdo, una especie de luminosa tiniebla de la infancia.

Encima del escritorio ya han sido puestos el tintero, la pluma de un ave, un legajo de papel y un cartón secante color verde. La distancia entre el asiento donde reposa su valija y el lugar donde se observa su escritorio de campaña es sólo de un paso. En el otro extremo, uno encima del otro, percibe los dos baúles donde guarda lo poco que ha querido conservar para sí de su gloria. Escasas cosas para agarrarse de ellas, para corroborar en ellas la menguada fantasía de vivir. Y, en el costado contrario, del lado de estribor,

yace el camastro, revestido con una manta blanca. De todos modos un camastro de campaña, aunque más cómodo que muchos de los que debió usar en las tiendas de guerra del pie de los glaciares andinos donde la tibieza de entonces dependía de una frazada de lana tanto como de la piel erizada de una niña loca por sus besos. Pendiente en un mamparo hay un espejo. Al lado, semiabierto, la puerta de la letrina. Bajo el espejo una mesita con un platón floreado donde el vaivén del vapor pone en evidencia la existencia de un puñado de agua. Y en la mesita una taza de porcelana con un pan de jabón perfumado sin usar, una toalla doblada, un cristal para el agua de beber y una jarra oculta bajo un lienzo blanco. Eso es todo.

—¿Dónde estará la ventana?

—¿La ventana?

—¡Oh! Josesito animal, ¡la ventana carajo!

—Por ahí debe estar, señor, todos los cuartos tienen su ventana.

—Eres listo, José.

—Está oscuro.

—Ayúdame a buscarla, es que no se ve nada.

—¿Estará detrás de aquellos baúles?

—¡Inteligente de verdad! ¿Cómo lo supiste?

Su Excelencia da la vuelta en redondo, girando en los tacones de sus botas en aquel corto espacio, y como la rosa de una ruleta que se detiene señala de repente un lugar soñado en el mamparo de estribor:

—¡Allí está!

—¿Está qué?

—¡La Virgen, cabrón!

En el sitio indicado existe una fina lluvia de luz.

A Su Excelencia le parece aceptable que la ventana esté exactamente encima de su camastro, del lado izquierdo estando recostado pero del costado derecho con relación al sentimiento del viaje, pues siendo así podrá abrirla o cerrarla a su antojo con sólo sentarse y sin necesidad de levantarse del lecho. Durante la noche podrá observar desde allí la luminosa ropa de cereales extendida en el cielo, las descargas eléctricas y aquel misterioso resplandor de los bosques en la oscuridad de las orillas. Al amanecer recibirá la visita del aire, reposo de sus momentos febriles, lo que también podrá hacer al mediodía o durante las calenturas del final de la tarde.

Se arrodilla entonces en el camastro, hace a un lado el picaporte de acero y abre la ventana. En el centro de una cortina de fino talco solar aparece la distante orilla del Magdalena, poblada de árboles gigantes. Uno de ellos,

barrido de hojas, se observa cubierto de aves blancas de picos puntudos como agujas negras. Las patas acuáticas, largas, de color amarillo:

—¿Ves aquello?

—¿Veo qué, general?

—Aquello.

—¿El árbol?

—El árbol no, aquello.

—¿Las aves entonces?

—Tampoco las aves.

—¿Qué entonces?

—Olvídalo, déjalo así.

No es el árbol, no son tampoco las aves. Es aquella especie de síntesis misteriosa, ese otro ser extraño que nace de la visión del conjunto: plumas blancas bordadas al verde gris, al marrón en sombras de las ramas, del tronco tostado al movimiento de las alas. Ruido en los ojos batidos por una rara memoria que algo pone en movimiento, despierta junto a un lloro lejano, enigmático, similar al quejido de la muerte:

—Yo los perdono.

—¿Cómo dice, señor?

—A los que me han calumniado, sí, a todos los perdono, son una porquería pero los perdono. ¿Cómo no habría de perdonarlos?

El ruido de las máquinas truenan en la orilla y las aves blancas de picos de aguja y patas acuáticas levantan el vuelo para comenzar a desaparecer por el costado de la ventana hacia la popa invisible. Campanas blancas en la torre de un vuelo sereno picando en los ojos de un cielo sin cerrojos, honda imagen de un repentino sentimiento de abandono total. Y siente frío:

—¿Los estás viendo a todos, José?

—¿Los pájaros, general?

—Me refiero a los generales que han venido a despedirme, ¿no los ves acaso?

—Los generales quedaron atrás, Excelencia, hace rato quedaron atrás.

—¡Cómo atrás!

—Quiero decir en Honda, señor.

—Tócame la frente.

—¿Tiene usted fiebre?

—¡Míralos!, ¡míralos! Míralos en la orilla, ¿son éstos los generales?

El paisaje de la despedida todavía resplandece intacto delante de sus ojos.

## TRES

Y, ¿Manuela?

Ella lo había visto partir sin murmurar una sola palabra. Toda su desesperación se la tragó como se engullen los magos las bolas de fuego, los troncos de cristal, las esquinas de los cuchillos rotos y las agujas de cuatro dientes. Lo vio montar su caballo, lo observó alejarse doblado sobre un manto de dudas, rodeado de pensamientos que no eran en realidad pensamientos sino sombras, ruidos, montones de negra paja y, sobre todo, vacíos atravesados por moscardones zumbando. Ahí quedaba flotando la promesa de reunirse de nuevo con ella cuando el destino lo permitiese. Y sin ser aquella una promesa aceptable, ella la recibió como de manos de un hombre que acaba de inclinar su cabeza ante un yugo misterioso: el de sus propias manos. Quizás porque aquella promesa estaba hecha con lo mejor de sus sueños, tal vez volverían a reunirse algún día. En Inglaterra o en Francia, alumbrados por la dignidad y el reconocimiento universales, posiblemente arruinados pero de todos modos viviendo con honor. O en la cálida Jamaica donde por poco él fue asesinado. Pero no. El destino se las arreglaría para no permitirles volver a encontrarse jamás.

—¿Qué haces ahora, José?

—¿Me pregunta usted qué hago?

—Sí, allí, con tus manos, no haces sino moverlo todo de su sido, ¿qué estás haciendo?

—Ordeno el escritorio, señor, eso es lo que hago.

—¿Gastas el tiempo en ordenar lo que ya está ordenado?

—Hay algo de polvo, Excelencia, eso es.

—¡Oh!, entonces debes volver a limpiarlo todo, no tiene por qué haber polvo ahí.

—¿Todo?

Su Excelencia distrae sus ojos hacia un lugar vacío, y grita:

—Míralos, míralos allí, ¿no te lo decía?



Mira por última vez el árbol donde acaba de ver los pájaros de su muerte, cierra la ventana, permanece en silencio. Palacios finge aún poner en orden lo que ya antes Santana dispuso a su manera. Lelo en la luz que alcanza a entrar por la hendidia central de la ventana, comienza a recordar de repente, una a una, las palabras que debió utilizar en su última carta a Manuela, escrita en Guaduas cuatro días antes.

Voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues, si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Pero no ha terminado de recaudar el recuerdo cuando escucha movimientos extraños en el techo de su camarote. Son, con claridad, piquetes de tropas que corren de un lado al otro, con arrojo, trotando a veces y en ocasiones arrastrados de barriga sobre la cubierta de encima mientras por los costados circula la caballería. Su Excelencia mira a Palacios, hace un gesto enigmático con su mano derecha y rápidamente gana la puerta. Desde allí observa hacia los lados pero nada anormal consigue constatar. El movimiento de tropas parece estar ocurriendo sólo arriba.

De repente se silencian las botas de los húsares de negro morrión. Enseguida comienzan a rodar las roncas espuelas de los coroneles y un poco más atrás las brillantes y lentas de los generales. Uno de ellos grita una orden y el grueso de la tropa responde golpeando las tablas. Por las hendidias se filtra el polvo derretido a causa del zapatazo final. Después sólo puede escucharse un sordo murmullo de deliberaciones inacabables, papeles que pasan de una mano a la otra en procura de sus sellos y estampillas, barato manoseo de amanuenses arrastrando sus plumas sobre blancos papeles donde van floreciendo las constancias históricas, las constancias adicionales a propósito de las constancias pasadas, los honrosos salvamentos acerca de todas las constancias que el paso de la historia desgrana como ciruelas de un racimo sobre la primera página de la patria.

Todo un país en formación.

—¿Lo has oído todo?

—¿Lo de arriba, señor?

—¡Vamos! ¡Vamos ya!

Temeroso de una nueva conspiración, Su Excelencia procura alcanzar el pasillo próximo a su camarote, pero las órdenes que emite su pensamiento difícilmente consiguen ser cumplidas por su cuerpo. De golpe se detiene, sufre una convulsión y tose. Se trata de una tos ronca, floja, como de escobas

que barren paredes donde la pintura se ha brotado en cáscaras. Una tos que se borda ella misma en redondo de un eje mortecino en ascenso capaz de inyectar los ojos y bombear toda la sangre al rostro; que no mata pero que, al desaparecer, escupe por su cola en los músculos un cansancio de gelatina y nos deja bajo la prisión del hastío, víctimas de un torpor general delante de la terca ilusión de vivir, de gozar la púrpura del instante que queda, que siempre va quedando en limpio como algo posible, incumplido aún.

—¿Qué piensas que sucede allá arriba?

Palacios parpadea:

—¿Se refiere al escándalo, general?

—Yo acabo de escuchar algo más que un simple escándalo, José, ¿estás sordo?

—Por supuesto, no parece gente educada la de encima, señor, deberían tener cierta consideración.

—¿Cuál gente?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! Has hablado de gente allá arriba, eso has dicho.

—Bueno, pienso que debe haberla, y si es así debieran avisar a Su Excelencia.

—¡Pienso! ¡Pienso! ¿Hasta cuándo?

—Lo supongo, señor, arriba hay otra planta, ¿no es así?

—Pero ¿pudiste escuchar algo en concreto? A ver, a ver, ¿qué fue lo que oíste?

—Alboroto, señor, un alboroto el verraco.

Su Excelencia siente que por sus vías respiratorias sube una especie de espuma póstuma. Tose de nuevo, sus labios se mojan de algo espeso. Se turba, corre a limpiar con su pañuelo el desperdicio pero no tiene valor para mirar el color de aquello que remueve de sus labios. No quiere ver. Dobla el pañuelo y lo regresa a su sitio de origen. Hace el censo mental de sus enemigos pero de repente siente que se pierde, que cae demasiado hondo en un extravío de muchos días sin sueño, de hojas pisoteadas girando en un remolino:

—Tócame la frente, tócame aquí, mete tu mano al fuego.

—¿Tiene usted fiebre?

—No, olvídalo, estoy perfectamente, no debe ser nada, hey, hey, oye esos vientos.

—Se ve congestionado, señor.

—Vamos, vamos ya, José, vamos rápido.

—¿Dónde?

—Cómo dónde, ¡cabrón! Al segundo piso, ¡sígueme! ¡Vamos por Fernando y por Santana!

Su Excelencia cierra su boca pero en el instante en que los labios se juntan aparecen corriendo Fernando y el coronel Santana:

—¿Qué sucede?

Fernando viene adelante:

—¿Por qué, tío?

—Por el tropel que traen, bobos.

Fernando aspira hondo:

—Es que creímos haber escuchado algo arriba. Estábamos arreglando algunas cosas cuando oímos ruidos arriba, señor, algo que sonaba contra las tablas.

—¿Algo?

—Sí.

—¿Exactamente qué clase de algo?

—Pisadas, movimientos, tío, cosas así, bultos que iban y venían.

—Detesto los informes imprecisos, señores, y ustedes lo saben muy bien.

—Fue lo que escuchamos, general, no sabemos más.

—Y, ¿averiguaron ya de qué se trata exactamente?

El coronel Santana muerde sus labios:

—Quisimos primero consultar con usted, Excelencia, creímos que era lo correcto.

—¡Consultar!

—Sí, dimos por sentado que se trataba de un asunto delicado en relación con el cual usted mismo debía tomar las decisiones.

—Está bien. ¡Vamos!

—¿Dónde?

—Arriba. Debemos subir de inmediato para anticiparnos a los acontecimientos.

Los movimientos de Su Excelencia se observan entonces más sueltos, legítimos. Palacios pasa a la retaguardia mientras Fernando y el coronel Santana ocupan los flancos. Se desplazan por cubierta, bajo el sol, sienten que el viento es como un delicado peine que alborota fresco, ido y venido siempre al igual que la alborada del padre. Dos metros adelante, cerca del puente, existe una puerta de madera y de metal, del mismo color gris café azulado ocre sutilmente amarillo en los bordes y negro en la brea de innumerables

manchas antiguas. Ligeramente adelantado, Santana se detiene pendenciero delante de ella:

—¿Qué hago? —pregunta.

—¡Orínate, imbécil!

La voz de Santana pierde entusiasmo:

—¿Golpeo?

—¡Por supuesto! ¿Qué esperas?

## CUATRO

Se escucha el primer golpe, seco, contundente. Santana acaba de azotar la puerta con la empuñadura de su sable desnudo. Luego se escuchan el segundo y el tercero. El viento continúa barriendo la cubierta, las máquinas hacen lo suyo en la bodega. Un escuadrón de pájaros de piedra vuelve a pasar por el cielo y se desgrana a estribor, como lloviendo grandes gotas oscuras. Los juncos de la ciénaga se agitan y una fina condensación de chillidos es arrastrada por el mismo viento que barre las tablas. Santana golpea por cuarta vez, con gran estruendo. Atraído por el acontecimiento, alguien asoma a lo lejos en la dirección del castillo de proa. Y, sin más, comienza a caminar hacia las inmediaciones del puente. Trae puesto su uniforme de cocinero. Su mirada, inimitable y única, parece recordarle algo a Su Excelencia: aquel hombre tiene un ojo negro y azul verdoso el otro, y su piel es oscura sin ser del todo negra.

—¿Puedo ser útil en algo, general?

Su Excelencia lo repasa de arriba abajo, como leyendo de un libro:

—Necesito información, negro, toda la información, toda.

—¿Información?

—Sí, sobre ciertos asuntos confusos de este viaje, aquí todo es oscuro.

—La tendrá, Excelencia, no faltaba más.

—Empecemos entonces: ¿ésta es la puerta que conduce arriba?

Perplejo, el hombre parpadea por un solo ojo:

—Supongo que sí, señor, eso es lo que he oído decir.

—¿Cómo así que lo supones?

—Es que su pregunta me toma por sorpresa y yo aquí sólo soy el cocinero nada más.

—Respóndeme, ¿sí o no?

El coronel Santana no deja de batir su sable desnudo. De sus ropas brota un olor rancio que el viento se encarga de barrer.

—En realidad nunca he subido, señor, pero creo recordar que ésta es la puerta por la que usted pregunta, alguien lo dijo alguna vez, a ver, a ver...

—¡Necesito datos concretos, carajo! ¿Quién fue ese alguien?

—Tal vez un tío de mamá, en realidad ahora es todo tan confuso, ha pasado tanto tiempo.

—Y, ¿viaja con nosotros ese tal tío tuyo?

—De mamá, Excelencia, de mamá.

—¡Bueno, de quien sea!

—Oh, no, ojalá, el pobre hombre ya murió. Era un auténtico navegante, un hombre de verdad, valía la pena haberlo conocido ese tal tío.

—Deja a un lado tus comentarios, estamos en otra cosa, me pones la cabeza a dar vueltas.

—Qué vergüenza, qué vergüenza esta débil memoria que todo lo confunde, señor, es que han pasado ya tantos años.

El hombre no se atreve a mirar a los ojos de nadie. Sus manos húmedas, agarran la tela del delantal. Santana pide autorización para preguntar y la obtiene:

—¿Afirma usted no haber subido nunca? A ver, ¿es eso cierto?

—Es la verdad, señor, no conozco arriba, sólo me ocupo de mis cosas.

—No lo entiendo.

—Muy sencillo, muy sencillo, esa puerta nunca ha sido abierta ni para bien ni para mal, nunca delante de mis ojos ha sido abierta, tampoco sé si es posible abrirla.

—¿Fue sellada acaso?

—Es posible, tantas cosas son posibles, señor, en estos tiempos puede pasar cualquier cosa.

Santana se observa radiante, juega la que considera su mejor partida en los últimos meses:

—Siendo así, ¿cómo consigue entonces la gente subir y bajar?

—¿La gente?

—Sí, la tripulación, los pasajeros.

—Está equivocado, señor, arriba no hay gente alguna, ¿quién lo dijo?

Santana arriesga su mejor pieza:

—¿Cómo puede usted asegurarlo de ese modo si nunca ha estado allí?

—¡Oh! Tiene usted razón, coronel...

—Santana.

—Coronel Santana, en realidad lo que yo afirmo es muy escaso, sólo lo poco que he escuchado decir por ahí, eso nada más, una verdadera miseria.

Santana gruñe:

—Y, ¿qué es exactamente lo que usted ha oído decir? ¡Dígalo, dígallo de una vez!

—Que arriba sólo existen dos o tres salones abandonados donde se guardan algunos archivos, desperdicios y, por supuesto, grandes ratas de mar. Ya sabe usted que en nuestros barcos no pueden faltar esos tales animales.

—¿Qué?

—Eso mismo, papeles viejos y ratas, eso es todo.

—¿Grandes ratas?

—Exactamente, si las viera. A veces bajan a la cocina descolgándose por los lazos. Durante la noche esas sogas que usted está viendo no dan abasto, suben y bajan por ahí como por un corredor esas malditas bestias.

Santana escupe el piso y con la suela de su bota derecha hace desaparecer la saliva.

—Tócame la frente —murmura Su Excelencia al oído de su sobrino, como si de repente hubiera perdido todo interés en el asunto. Se me explota la cabeza.

—¿Tiene calentura?

—No lo sé, no lo sé, pero ahora mismo me siento como perdido en un arenal de fuego. Tengo palpitación, ¡oye, oye! ¿Es que no estás oyendo? Deja la mano quieta.

El vapor pita, hace sonar una especie de claxon triste y hondo que se extiende por unos segundos pero que enseguida comienza a desaparecer como polvareda en el reposo de un claustro encerrado. Grupos de aves ocultas hierven en las ramas y en instantes retornan a su estado invisible. Una chalupa con tres bogas desnudos aparece a babor, lejana, arrinconada contra la orilla. Se empuja con dificultad río arriba. Los bogas saludan, agitan sus manos, sueltan carcajadas que las máquinas de la bodega no permiten oír pero que la mirada registra en sus gestos. Después, la chalupa desaparece. Santana vuelve a escupir en el tablado de cubierta:

—Y, ¿qué me dice usted entonces del alboroto de arriba? —pregunta al hombre vestido de cocinero—. ¿Tiene alguna explicación a la mano?

—¿Alboroto?

Los ojos del hombre iluminan de negro y de azul, según el ángulo de la mirada:

—¿Acaso no lo escuchó? ¿Y ahora sale con que no ha escuchado nada? ¡Todos lo oímos, todos!

—¿Habla usted de algún alboroto en especial?

—¡Cómo especial!

—Sí, coronel...

—¡Santana!

—Perdón, coronel Santana, lo pregunto porque aquí en el navío son frecuentes ciertos alborotos pero eso no es nada, en realidad eso no significa nada, no se preocupen por eso.

—Hablo de tropas arriba.

—¡Cállate, Santana! ¡Eres un imbécil! —interrumpió Su Excelencia.

Santana deja de balancear su sable desnudo y entierra sus ojos en el suelo:

—Sólo quería saber si...

—¡Basta!

—¿Tropas arriba?

—Olvidalo, negro —dice Su Excelencia—, el coronel Santana a veces se despista del pensamiento.

El cocinero vuelve a apretar su delantal con ambas manos:

—De todos modos estén ustedes tranquilos pues arriba son comunes ciertos desórdenes, atribuidos siempre a las ratas que pululan entre los desperdicios. Un día de estos el capitán tendrá que disponer un aseo general. Tarde o temprano tendrá que hacerlo, sí, tarde o temprano, de lo contrario terminarán por tomarse el vapor esos animales.

Fernando se recuesta al oído de Su Excelencia.

—¿Se siente usted bien? Oiga, tío, lo noto mareado, cójase bien, no sea que se caiga.

—Sí, sí, por supuesto que estoy bien.

—¿Puedo estar seguro?

—Nunca he sabido de gente allá arriba, nunca, señores, pueden estar tranquilos. Si la hubiese, ya se habría sabido, eso es de ahí.

—Sí, puedes estar seguro, no estoy mareado.

—Sólo ratas, ¡y de qué tamaño!

—Tío, debería usted comer ya mismo alguna cosa. Su estómago permanece casi vacío desde ayer, y así no se puede.

—¿Cómo no haberlas en semejante desorden? Papeles, eso es lo que comen.

—¿Comer?

—Sí, algo de fruta o un buen caldo.

—Ayer no más debí destripar una que se escondió en el escaparate donde se guardan los cereales y las provisiones del viaje.

—No, en realidad no deseo comer, sólo pensarlo me produce náusea.



—Tío, usted asegura encontrarse bien pero yo en cambio lo observo demasiado pálido.

—Los humores hijo, los humores, y esta maldita atrabilis.

—Cuando esos animales se juntan a corretear parecen compañías enteras de reclutas.

—La atrabilis y este calor infernal. Tócame la frente, tócame, ¿si lo ves?

—¿Fiebre?

—Sobre todo durante la noche. A veces parecen regimientos completos, locos, perdidos en la oscuridad, y son solo escuadrones de ratas, no se preocupen.

Santana observa los ojos del cocinero pegados con goma en las esquinas, negro el uno y azul verdoso el otro en el centro de un rostro quemado por la raza y los largos días, y lo hace sin pronunciar palabra. Un nuevo acceso de tos parece aproximarse. Su Excelencia siente que adicionalmente la calentura se apodera de sus vísceras, de su piel. Arriba el sol, cada vez más elevado, escalando hacia el pozo azul. No sabe él a qué atenerse, duda de todo cuanto cree haber visto y escuchado. ¿Sería cierto que visitó las minas de Santa Ana, donde el mineral de plata brilló en las galerías subterráneas en respuesta a las lámparas de aceite de los mineros ingleses? ¿Podría estar seguro de haber visto a Jean-Baptista Boussingault en medio de aquella caravana silenciosa que se confundió con la niebla de la sabana, vestido como un niño desamparado con su uniforme militar, sin sospechar siquiera que con los años ocuparía la presidencia de la Academia de Ciencias de París? ¿Habría visto además, se preguntó, con sus propios ojos al coronel Patrick Campbell el de la Legión Británica, sollozando por él y agitando en la bruma de talcos transparentes su sombrero de húsar aguerrido?

Son las fiebres las que ahora tejen sus dudas, aquellas penumbras como grandes manteles sacudidos entre el polvo. De repente todo parece confuso. Lo de ayer, ya no es. Un gran comercio de recuerdos lo confunde todo, lo revuelve todo en un triste azul gris de calendario donde los días se transforman en ripio de sótano, hasta borrar por completo aquel sentimiento de certeza que suelen dejar en el alma los acontecimientos verdaderos. Ya viene la calentura, se dice. Luego da esta orden:

—¡Exijo ver al capitán ya mismo! ¡Se acabó esta mierda, que venga el capitán!

El cocinero consuela de nuevo sus manos en el delantal. Inclina su cabeza y duda por unos instantes. Sus ojos ya no brillan como antes:

—Pienso que será un asunto imposible de lograr, señor —dice por fin.

—¡Cómo imposible! ¡Lo exijo como un derecho!

—No es cosa mía, Excelencia, pero los que saben de estos asuntos afirman que es casi imposible conseguirlo, sobre todo por estos últimos días.

—¡No veo por qué razón deba ser así!

—Usted tiene razón, señor, pero a veces las cosas más sencillas se complican. No parece lógico pero es así.

—¿No tiene él, acaso, una oficina donde despachar? A ver, dilo, ¿dónde es que ese tal capitán despacha?

—Es de suponer que así sea, señor, pienso que en efecto podría ser así, claro está, todos los capitanes tienen un lugar en los navíos, eso se sabe, supongo que en este caso también es así.

—¿Es de suponer? ¿Y me sales con eso?

—Pues eso es lo que dicen pero en realidad nunca lo he visto, eso es lo que pasa, yo aquí sólo soy el cocinero, señor, y eso ya explica bastante las cosas, ¿no lo cree?

—Dime al menos su nombre, vamos por partes, dime su nombre, negro imbécil.

—¿Su nombre?

—¡Por supuesto, cabrón, su nombre!

—Sólo sé que le dicen «el capitán».

—¿El capitán?

—Así es, el capitán por aquí, el capitán por allá. Todos nosotros lo conocemos de ese modo, en realidad nunca hemos necesitado de su nombre para nada. Aquí el nombre es lo de menos, eso es lo que parece.

Su Excelencia no sale de su asombro:

—¡Dime la verdad, carajo! ¿Viaja él con nosotros ahora?

—Por supuesto, señor, ¿cómo podría no hacerlo si el navío está en movimiento? ¡No faltaba más!

Fernando no termina de entender:

—En todos los viajes el capitán se presenta de primero, es una regla de oro de la navegación —dice.

—Usted tiene razón señor, pero en este caso particular he oído decir que el capitán tiene excusa.

—¿Qué dices? ¿Que el capitán tiene excusa?

—Bueno, es algo que se rumora por ahí desde hace sólo unos meses.

—¡Todo en usted es confuso, negro miserable! —increpó Fernando.

—¡Déjalo, déjalo hablar, déjalo!

El cocinero arrastra sus ojos por el suelo:

—Se trata de un rumor algo maluco, Excelencia.

—¡Cómo maluco, habla!

—Dicen que el capitán enfermó hace ya varios meses, yo no sé, pero eso es lo que dicen por ahí.

—¿Y el muy irresponsable se atreve a conducir el navío en semejantes condiciones? —interviene Fernando.

—Déjalo, te lo ordeno, no lo interrumpas.

—Si Su Excelencia no me ordena lo contrario, preferiría considerar que con lo dicho ya es suficiente.

—¡De ninguna manera!

—Fuera de lo ya dicho es demasiado poco lo que resta, señor.

—Lo necesito todo de una vez, absolutamente todo.

El cocinero vuelve a sentir que sus mejillas se encienden:

—No debería usted obligarme, señor, es injusto.

—¡Habla, carajo, vomítalo todo de una vez!

—Dicen que la enfermedad es asunto de abajo, yo no sé si ustedes me entienden.

—¡Cómo de abajo!

—Bueno, usted sabe...

—¿De las pelotas?

—Ja, ja, ja, no me haga reír, Excelencia, usted siempre con sus cosas, nononó, no me haga reír, ja, ja, ja...

—¿De las pelotas? ¿De veras que se trata de eso?

—Eso es lo que dicen, sisisí, no me haga reír, señor, jajajá, nononononó, Excelencia, qué cosas suceden en este mundo.

—No estamos para carcajadas, negro, mira este viaje, mira este viaje en tinieblas, y encima te ríes.

—Es cierto, perdóneme usted, se lo ruego, pero es que no resisto escuchar ciertas cosas.

El cocinero deja de reír:

—Pero en este caso parece que las responsables no han sido las mujeres, señor, las pobres no han tenido nada que ver en el asunto al menos por esta vez.

—¡Oh! Por supuesto que no.

—Dicen que contrajo el mal de un modo muy particular, y eso es lo raro.

—¿Un ángel acaso?

—Nonononono, ¡ja, ja! No se burle de mí, Excelencia, créamelo.

—¿Los pajaritos entonces?

El cocinero pone cara de acontecimiento:

—Los documentos, señor, dicen que todo se debe a los documentos de arriba.

—¡Cómo los documentos!

—Así parece. Los médicos que lo han atendido al capitán no consiguen salir de su asombro y aseguran que se trata de una contaminación generalizada allá arriba.

—Ahí están pintados esos cabrones.

—Médicos importantes, Excelencia, no lo crea, de Cartagena y Santa Marta, y hasta de Mompox.

—Deja ahí las cosas, negro, déjalas quietas que todos son iguales. Son muebles de lujo simplemente, deja eso así.

—No diga eso, señor, no diga eso, podría parecer injusto.

Un escuadrón de patos salvajes cruza el cielo. Su Excelencia tambalea, cierra y abre sus ojos. Aún no sabe con certeza si Bernardino existe o si sólo es un espíritu supurado por las altas fiebres. Está temblando.

## CINCO

Durante todo este tiempo nadie ha vuelto a escuchar ruido alguno arriba. Únicamente el agua, abajo, espeso batido en las cucharas. El claxon del vapor suena de nuevo, triste y hondo en el perfume de la mañana. Una polvareda de pájaros se agita en el follaje: otro champán de carga sube pesadamente en dirección contraria, trayendo provisiones, alimentos y hasta unos cuantos pasajeros vestidos de lino blanco con sus sombreros de paja bordada. En la proa vienen dos cerdos gordos atados con bejucos y una cesta tejida con aves de corral adentro. Los bogas sacan sus sombreros y saludan de lejos, como delante de la inesperada visión de algo que se desea con pasión. Y permanecen perplejos, observando cómo el vapor se desliza por el centro del río comiendo su sopa de pantano en un solemne y esponjoso proceso de digestión animal.

Todos en el vapor corren hasta la barandilla para presenciar el paso del champán. Y vieron el encanto de aquel esfuerzo de músculos sobre el río, como el fantasma de un día que cae pesadamente en el calendario y huye hacia el lugar donde la luz se pierde para siempre: bogas que empujan, viajeros perfumados con sus vestidos de lino y sus cabezas cubiertas con blancos sombreros tejidos, cadenas de plata y de oro cruzando el pecho. Cerdos esponjados, redondos de grasa, aves enjauladas. Su Excelencia siente ruido, algo que cruje adentro:

—¡Mi gloria! ¡Mi gloria! ¿Por qué la destruyen? ¿Por qué se han parado encima de la gran torta?

Polvo, ripio de galletas dulces, rotas dentro del tarro. Nadie escucha. Nadie a su lado percibe el murmullo. Y cuando el champán desaparece por la popa, Su Excelencia camina hasta casi chocar con el pecho del cocinero:

—Negro cabrón, ¿sabes acaso quién soy? ¿Ya te lo dijeron?

El cocinero comienza a temblar y la luz de sus ojos se apaga.

—Por supuesto, Excelencia, ¡no faltaba más! He sido informado de todo.

—¿Informado?

—Así es, por el coronel Posada. He recibido instrucciones especiales para el viaje y se me ha encomendado ponerme al frente de la cocina. Dentro de nuestras limitaciones, cuidaré de que nada falte a usted ni a su comitiva.

—¿Conoces entonces al coronel Posada? Oh, muy interesante, muy interesante.

—Fui su soldado, Excelencia.

Los ojos del cocinero vuelven a recuperar su brillo de siempre. El azul es tan intenso como el negro. Una mirada única, inimitable.

—¿Dónde? ¿Dónde fue eso?

—En Cartagena, señor.

La memoria trabaja, hace lo suyo:

—Estoy recordando algo, negro de mierda, déjame ver, déjame ver...

El ojo azul parece colgar en una percha oscura:

—¿Puedes ver por los dos ojos?

—Perfectamente.

—¿De la misma manera?

—Bueno, no exactamente, señor, mis ojos no son iguales, ya lo puede ver.

—¿En Cartagena?

—Así es, Excelencia, en las filas del coronel Posada, pero yo nací en otro paisaje, eso es lo que pasa.

—¿Dónde, carajo?

—En Sabanilla, nací en Sabanilla.

—¿En Sabanilla? Entonces juro que tú eres el negro...

—Bernardino.

—¿Bernardino? ¡El negro Bernardino! ¡Con que tú eres el famoso negro Bernardino!

—El mismo, Excelencia, aquí me tiene.

¿Sólo sueño?

Su Excelencia abraza al negro, siente que está al abrigo de manos prudentes. Un harapo de nada y de todo en medio de su pecho. La memoria acaba de cumplir su cometido. Famosos, los ojos de Bernardino, resultado de un loco cruce de razas, están ahí. Nadie sabía con certeza si en realidad aquel negro se llamaba Bernardino ni cuál era de verdad su apellido. Se sabía que cocinaba en los campamentos patriotas y que armado con su lanza se transformaba de repente en un animal temible. Sin embargo, en condiciones normales se comportaba callado y leal, como una luz distante. Lo poco que de él se conocía no era más que el resultado de lo que otros contaban por él. Se afirmó que era hijo de un rubio militar español en una vespertina de afán de

los comienzos del siglo, pero aquello jamás pudo confirmarse. Lo demás fue leyenda de abuelos despistados batiendo el agua de su ensimismamiento en la lejana palangana del cielo incendiado de violetas sobre la mar. Abuelos negros, dicharacheros y parlanchines, hablando viejos, converse que converse, tejiendo nubes entre los ojos, riendo, a veces paralizados en una tos seca, quemando leña y tabaco, queme que queme, envejeciendo. Al sonar las trompetas de la insurrección, Bernardino recordó de inmediato su ojo azul verdoso que era como un lunar de oprobio en el centro de su cara. Agarró su lanza y se incorporó a las filas con rabia, abandonando a sus abuelos, quienes confundidos o luminosos a veces decían que ellos sólo eran tíos abuelos de Bernardinito el tuerto mijito, quizás simples vecinos, ya lo olvidamos, las cosas que suceden en este mundo al revés, Dios mío.

—¡Tuerto cabrón! ¡Quién habría de creerlo, carajo!

Una ráfaga atraviesa el vapor y se incrusta en el pecho de Su Excelencia. Tose, pero en sus labios no se ofrece aquella espuma sangrante de otras veces. La fiebre parece ir en ascenso, tocada por un lienzo mojado de fuego. Hay nubes de lluvia, lejana ceniza promisoría de relámpago y de gotas de agua en el horizonte. Pero encima del navío es la luz de un sol que crece como una llamarada infernal. Salido de la nada. Fernando toma por el brazo a Su Excelencia:

—Tío, pienso que de todas maneras lo del capitán aún no está suficientemente aclarado, las cosas no están claras todavía.

—Tienes razón, debemos insistir en esa puerta, podrían estar conspirando.

—¿Golpeo de nuevo? —pregunta Santana.

—¡Por supuesto!

Santana golpea con su sable pero nadie responde. Tras la puerta los golpes suenan como sobre una superficie hueca, fresca boca abierta al vacío. Santana hace un gesto, enfunda su sable y carga con toda la fuerza de su hombro derecho. Lo hace una, dos, tres veces, pero la puerta ni se mueve de su sitio:

—Parece una puerta ciega —dice, disculpándose.

—Ciega y sellada —opina Fernando en su apoyo.

Contrariado, Su Excelencia permanece en silencio. Sobre su frente seca vuelan abejas de fuego:

—Es inútil, señores —dice Bernardino—, yo creo que ésa ni siquiera es una puerta.

—¡Cómo inútil!

—No ha sido abierta en muchos años, ni siquiera sabemos si en realidad puede abrirse.

—Podría no ser exactamente la puerta que buscamos.

—¿Cuál otra podría ser?

—No conozco otra vía y ni siquiera sé si esta puerta conduce en realidad hacia arriba —insistió Bernardino.

—¡No sirves para nada, negro tuerto! ¿Trabajas aquí y no sabes nada? ¿Qué es eso?

El vapor acaba de abandonar el centro del río para cargarse hacia la orilla de estribor. Quienes conocen de memoria la ruta saben que allí siempre hubo un promontorio de arena y barro donde en repetidas oportunidades encallaron los vapores del viejo Elbers. Túmulos escondidos, altos bancos secretos como amplias sillas de brazos donde los vapores y otras embarcaciones de menor calado iban a sentarse en medio de las aguas redondas. El mismo Juan Bernardo Elbers señaló el peligro, colgando banderas bermejas en las ramas de los árboles próximos, lámparas de aceite encendidas en la noche. Sin embargo, nunca se supo de qué misterioso modo aquellas señales desaparecían tan rápidamente como eran puestas. Muchos navegantes dijeron que los pájaros nocturnos adquirieron la costumbre de hacer sus nidos con los jirones de aquellas señales que el viento destrozaba, y que las comadreas se divertían mordisqueando las ramas donde Elbers colgaba sus lámparas para verlas caer al río. Pero la exacta verdad de todo aquello nunca se conoció. Años más tarde, Francisco Montoya, Julios Plock y Dundas Logan pudieron comprobar lo mismo que todos dijeron un día, cuando William Hamilton, John Glen y Robert Joy encallaron para siempre en el centro de aquel mismo túmulo de lodo y arena, al comando del *Unión*, en momentos en que se dedicaban a reparar la caldera que un cañonazo disparado desde la otra orilla había hecho explotar.

—Tío, ¿confía usted en este negro? —murmuró Fernando al oído de Su Excelencia.

—Por supuesto que sí.

—Que no se vaya a repetir lo del negro Piíto, ¿eh?

—No lo creo, los tiempos de ahora son otros.

—Ni lo del Rincón de los Toros, ¿lo recuerda?

—De ninguna manera, Bernardino ha sido puesto aquí por el coronel Posada, y eso es ya suficiente garantía.

—Pero ¿cómo sabe usted que este negro es en realidad el tuerto Bernardino? Podría no ser él.

—¡No es sino verlo! ¿Crees que existen dos negros así sobre la tierra?

—¿Lo dice por sus ojos?



—Sí, y por su cortada en el cuello. Tiene un tajo aquí, ¿no lo viste?

—¡Oh!, no lo sabía, no lo sabía.

Ningún ruido extraño ha vuelto a escucharse arriba. Bernardino se ha ido alejando hacia el castillo de proa, desde donde vino. Preocupado, el coronel Santana se pasea nervioso delante de la puerta sellada, con su mano derecha mordiendo la empuñadura de su sable. Su Excelencia lo mira:

—Santana, ¿qué hiciste con los perros?

—Iré por ellos enseguida, señor, los tengo amarrados en la popa.

—¡Suéltalos!

—Ya mismo, general, ya mismo lo hago.

Su Excelencia mira a su sobrino:

—Regresaré al camarote —dice—. Tengo los labios como dos cáscaras.

—Antes de hacerlo debería usted comer alguna cosa.

—Debes permanecer atento, no me molestes.

—Lo haré, tío, pero insisto en que debería comer, beber algo.

—Después veremos, catire.

—Aunque fuese sólo agua, tío, ¿por qué se niega?

—Ya lo veremos, ya lo veremos.

Tambaleando, Su Excelencia se pierde por el pasillo, seguido de lejos por todos los ojos. A solas, dentro de su camarote, abre la ventana, se tumba de espaldas encima del camastro:

—Todos estamos enfermos —murmura—. ¿Enfermos? Sí, eso es, eso es lo que está pasando.

Afuera, el vapor continúa comiendo su sopa de aguas turbias a causa de las lluvias de mayo.

## SEIS

Atardece.

El sol desciende en el horizonte del río como una naranja espesa, tibia en el bermejo encendido. Durante el día Su Excelencia no ha hecho más que dar vueltas en redondo, tirarse en el camastro, asomarse a la ventana para mirar la vegetación de selvas húmedas que espuma en las orillas. Ha percibido bandadas de pájaros asustados por el bramido de las calderas y en ciertos momentos parece haberse dormido en un estado de contemplación casi mística delante de cualquier objeto. Ya no viste su uniforme de gala sino una camisa blanca, botas altas a lo escudero, corbata negra, pantalón blanco de corte militar, casaca azul, sombrero de paja tejida. Fernando y el coronel Santana se han acercado hasta su camarote:

—Ya son casi las siete, tío, y usted continúa sin probar bocado. ¿Piensa matarse?

—¡Hey! Tengo los ojos llenos de imágenes, señores, deja eso, ¿qué más quieres?

—Pero su estómago está vacío.

—Lo entiendo perfectamente, perfectamente, sí.

—Estoy hablando en serio, tío; si usted no come alguna cosa su cuerpo se debilitará aún más. Y el cuerpo tiene un límite, señor, un límite.

—Iré al comedor más tarde.

—En ese caso sería preferible que Bernardino trajese los alimentos hasta aquí. La noche está fresca y...

—No es necesario, creo que me convendría dar un paseo por cubierta.

—Y, ¿la brisa?

—Olvídala, no estoy tosiendo y me siento como en mis mejores tiempos. A ver, ¿quieres correr? Tú no sabes correr, eso es lo que pasa. ¡A ver, a ver!

El coronel Santana interviene:

—La patria lo necesita saludable, Excelencia.

—¿La patria? ¡Oh! ¡La patria!

—Así es, señor.

—¿Y de qué vale mi salud si la patria se hunde en la mierda?  
¡Respóndeme!

—No desespere, general, las cosas se arreglarán pronto.

—¿Lo crees así? ¿Quién te lo dijo?

—Usted bien sabe que ya se ha comenzado a saber de los primeros movimientos en su apoyo.

—Y, ¿de qué podrían servir a esta hora de desorden?

—Usted podría retornar a la presidencia, señor, y entonces sí.

—¿Esa es la infamia que deseas para mí? ¡Vamos! ¡Vamos! ¡No seas niño!

—Pienso en la patria, general, estoy pensando en la patria.

—Y yo pienso en tu baño, cabrón, apestas a comadreja. ¡Ya es hora!  
¿Hasta cuándo?

Santana baja sus ojos, sale al pasillo. Pensativo, comienza a caminar hacia el castillo de proa. En el cielo brilla el grano disperso de algunas estrellas, se observan los grandes gestos: nubes oscuras, enigmáticas, fugaces relámpagos como cicatrices, un viento invisible que tuesta la piel, el anuncio de una gran luna. Aspira un poco de aire, estira su pescuezo y de repente se encuentra delante de un biombo de percal. Es el comedor.

Dentro del recinto la luz crepuscular se ha venido extinguendo mientras cobra fuerza la lumbre que baja de las lámparas del techo. Sólo se observan tres mesas, cada una de ellas dotada de cuatro asientos de madera con fondos y espaldares de cuero. Sobre esas mesas pequeñas y cuadradas llamean blancos manteles. Resguardado del viento, el recinto del comedor cuenta sin embargo con dos amplias ventanas laterales a babor y a estribor. Por el lado de babor está la puerta, un arrugado biombo de percal por donde se puede entrar y salir a la cubierta libremente. Hacia atrás, en dirección contraria, existe una estrecha abertura por donde se llega a la cocina. La mesa asignada a Su Excelencia es aquella que se observa en el centro, donde perfuma un pequeño ramo de flores. Flores marchitas, de las mismas que las mujeres de Honda estuvieron lanzando al agua en el momento de la despedida. Siempre vivas que cayeron al agua de colores pero que también fueron a dar contra el puente de madera, desde donde el viento las empujó a la cubierta. Nadie las vio, y allí permanecieron barriendo el piso hasta que Fernando las apañó dentro de un tiesto para recordar la significación de aquel día. Ahora están ahí, en el pequeño recipiente de cristal del centro de la mesa.

Al separar el biombo para entrar, Santana se detiene, da un paso atrás. Por la esquina de un ojo acaba de observar algo extraño cerca del puente. Voltea a

mirar pero sólo consigue la cola del cometa que se extingue veloz en la oscuridad. No sabe exactamente de qué se trata pero está seguro de haber visto a alguien cuando salía del cuarto de máquinas cargando un portafolio, vestido con una especie de camisola de baño de roja seda brillante. El recuerdo de tanto detalle parece imposible en relación con una visión tan fugaz, pero Santana puede jurar haberlo observado todo, hasta el detalle de los pies: aquello que acaba de ver arrastra unas pantuflas.

Sin meditarlo siquiera, Santana decide partir en persecución de lo que ha visto, pero en segundos todo desaparece por donde no existe puerta, ni ventana, sino sólo un viejo perchero apuntillado al hueso de un mamparo a escasos metros del corredor donde golpean las puertas de los camarotes. Colgada en el perchero, el coronel Santana tropieza una levantadora que todavía se balancea no se sabe si por efecto de la brisa que sopla por las escotillas del lado de estribor o a causa del movimiento natural del navío. El coronel se detiene, palpa la prenda de seda, husmea los flancos desteñidos, requisa sus bolsillos y encuentra cinco sellos, una hoja de papel de uso oficial y una cinta tricolor de aquellas que se utilizan para enrollar en las ceremonias la correspondencia del Estado. Más allá del perchero está el muro de tablas del mamparo. Santana acaba de encontrar la levantadora de seda, pero el hombre que la llevaba puesta ha desaparecido como por encanto. Derrotado a medias, decide retornar al comedor Empuja el biombo, arrastra sus botas hasta la mesa, se sienta. El cocinero corre a su encuentro:

—¿Se le ofrece algo, coronel?

—Por supuesto. A ver, vengo en procura de ilustración.

—Estoy a sus órdenes, señor.

—Necesito saber ya mismo el nombre del caballero que acabo de sorprender en cubierta.

El cocinero parpadea:

—¿Dice usted haber visto a alguien extraño?

—No he dicho extraño. He dicho que he visto a una persona salir de la bodega de máquinas y desaparecer en segundos delante de mis narices. ¿Quién es?

—¿De la bodega? ¿Me ha dicho que de la bodega?

—Eso mismo.

—Es extraño, coronel, pero allí no acostumbra bajar sino el capitán y eso que en circunstancias especiales. Existen prohibiciones perentorias.

—¿Podría tratarse del tal capitán?

—Así es, aunque no lo creo. A esta hora de la noche él debe hallarse delante de los controles.

—Estoy hablando de un tío que vestía un camisón rojo.

—¡Oh, ya caigo!, no se preocupe usted, ¡ja, ja!

—¿No es entonces el capitán?

—Nononononó, de ninguna manera, se trata del abogado de a bordo, un tipo elegante, un tipo bien compuesto ése, sí, señor.

Santana no comprende:

—¡Cómo del abogado!

—Eso es lo que dicen que es, señor. A veces anda manejando papeles que se requieren arriba, eso es todo.

—¿Arriba?

—Sí, en el archivo.

El coronel Santana escupe en el suelo:

—¡Dime su nombre!

—¿Del abogado?

—¿Cuál otro podría ser, belleza?

—Lo ignoro, señor.

—¡Mientes!

—Crámelo, coronel...

—¡Santana! ¡Santana!

—Coronel Santana, créamelo, sólo sé que le dicen el colegial, el colegial de San Bartolomé, así es como le dicen, ¿qué más puedo hacer?

Santana abre sus piernas, suelta todo el viento de sus pulmones:

—¡Abogado a bordo! ¡Abogado a bordo! ¡Como si este miserable vapor fuese la misma patria!

—No lo es, coronel, pero tampoco le faltan sus problemas. El hombre trabaja como auxiliar del capitán, dicen que en asuntos de asesoría a bordo, dicen que es un hombre muy hábil, eso es lo que dicen por ahí.

En ese momento Fernando empuja el biombo, se aproxima a la mesa donde está Santana:

—Psss, me preocupa mi tío.

—¿Qué ha sucedido?

—No, nada nuevo, pero continúa enfrentado a los alimentos, se niega a todo.

—Podríamos hacerle llegar algo al camarote, alguna cosa.

—Démosle una espera, me prometió que vendrá.

—¿Cómo lo ve usted?

—Ya le he dicho que me preocupa más que nunca, se observa demasiado frágil.

—Su mal humor es imposible y esa tos, esa maldita tos.

—No tanto eso.

—¿Qué, entonces?

—Por primera vez lo veo herido de verdad en el alma, lo está matando el hastío, eso es lo que pasa, ha perdido las ilusiones.

Bernardino se aleja de la mesa, camina hasta la pequeña abertura que conduce a la cocina. Santana vuelve a escupir en el suelo, señala con sus labios estirados:

—No me gusta ese bicho.

—¿El negro?

—Sí, se comporta de una manera nada comprometida con nosotros.

—Pienso lo mismo, pero mi tío confía en él.

—Y lo peor es lo que acabo de ver.

—¿Dónde, qué?

—Saliendo de la bodega.

—¡Explíquese rápido, coronel!

—El bulto de Un hombre envuelto en una levantadora roja, eso mismo vi. Fernando salta de su asiento.

—¡Vamos por él!

—Ya lo hice, pero desapareció de mis narices.

—¿Desapareció? Ha debido usted golpear en todas las puertas, no debió dejarlo ir.

—¡No había puertas!

—No entiendo, no entiendo, coronel Santana, ahora sí que no entiendo nada.

—Pues así ha sido, yo tampoco lo entiendo pero así ha sucedido.

—¡Debemos averiguar de quién se trata, pero ya!

Santana se esponja, echa su cuerpo hacia atrás en el asiento, habla titilando sus párpados irritados:

—Ya lo hice, se trata del abogado de a bordo.

—¿Abogado? ¡Madre mía!

—Ayudante del capitán.

—Quién se lo dijo a usted, coronel, ¿ése?

—El tuerto aquel, sí, ése.

Fernando calla, reflexiona, alarga sus brazos:

—Pienso que es mejor no decir nada de esto a mi tío, este asunto lo manejamos los dos.

—Estoy de acuerdo, pero debemos redoblar la vigilancia.

—Día y noche.

—Noche y día.

—Corramos donde él, corramos.

—¡Vamos, vamos!

Fernando y el coronel Santana tropiezan el biombo, salen, corren por cubierta hacia el sector de los camarotes. Doblan por el pasillo, escuchan la tos. Tos de pantano, instrumento que raspa los muros desgarrados, aquella corteza de cáscaras sangrantes. Y lo encuentran a él, doblado sobre una de las sillas de la pequeña salita de estar que fuera acondicionada en el corredor de los camarotes. La luz de una lámpara de aceite que cuelga en el mamparo ilumina los rostros. El de Su Excelencia está atravesado de arrugas de malos humos:

—¿Dónde estabas, carajo?

—Montando guardia en cubierta, tío.

—¡Montando guardia! ¡Montando guardia!

Sentados en la alfombra al pie de las sillas del recibidor, los perros salpican el suelo. Su Excelencia los señala estirando sus labios:

—Ellos me han acompañado toda la tarde.

—¿Se siente usted mejor?

Su Excelencia no escucha:

—Mírame, mírame, son como el día que nunca atardece, por eso quiero tanto a estos mugrosos.

Su Excelencia separa su cuerpo del asiento donde está apoyado, se observa a punto de caer. Salido de entre las sombras, Palacios le ofrece su brazo pero él lo ignora:

—Me siento perfectamente, podría cruzar el Orinoco, tú no sabes nadar.

—¿Comerá usted algo ahora?

—Comeré cuando quiera, eso es todo, ¿qué te pasa?

—Aunque sea un poco de fruta, tío, no puede seguir así.

—Está bien, está bien, vamos al comedor, bellezas, ¿qué esperan?

Su Excelencia saca su pañuelo, retira de sus labios una goma espesa, sangrante, que enseguida oculta. Luego regresa su pañuelo al sitio de origen. Chasquea su lengua y con la frotación del pulgar contra el dedo anular de su mano derecha despierta el interés de los perros:

—Vamos, vamos muchachos, vamos andando, vamos.

Afuera, la noche fresca. El bayo y el rubio saltan a su lado, muestran brillantina de carbón en sus ojos donde las lámparas rebotan:

—Vamos, muchachos, vamos andando que a ustedes también les interesa el asunto.

Vuelve a toser. Pero esta vez la convulsión es más leve. A lo lejos, un intervalo de alas nubes. Comienza el cielo de la noche. Y caminó: vio el sol, envuelto como un regalo de pascua entre papeles todavía encendidos, tibio alboroto de rescoldo. De repente empieza a percibirlo todo más nítido que nunca, más luminoso. Lo lejano y lo próximo convertidos en acuarelas, claras de huevos del día anterior. Cálidos desperdicios de todo y de nada, rostros chorreados, objetos del pasado. Ahí está Charles Moore, su médico inglés, un verdadero mueble de lujo. Y lo ve como siempre lo ha visto: sólo un pobre hombre tristemente tímido, manos regordetas, esplendoroso uniforme de legionario. Pero también se tropieza consigo mismo:

Acaba de llegar de la montaña de Yucanquer. Viene convertido en un espectro. Con dificultad apenas consigue sostenerse en el lomo de su cabalgadura. Atraviesa la ciudad bajo los arcos bordados de guirnaldas, siente que una lluvia de flores cae en su sombrero tostado, rueda por sus hornillos, se derrama en las piedras del piso donde se derrite la última visita de la escarcha. Levanta varias veces su mano hacia el espectáculo de los balcones, escucha la apoteosis de la multitud. Es la noche del año nuevo en Quito, la esponjada noche de San Silvestre, pero él viene de la guerra. El cielo, despejado, deja correr un viento de cadáveres rellenos de cristales de hielo. Toda aquella gloria le fascina, le abarrota de música de golosina sus oídos hasta el punto de considerada como una sinfonía merecida. Hay mareo.

De nuevo, como en el primer día, siente las pisadas de su cabalgadura en las piedras calcinadas por el sol averanado de diciembre pero también a causa de las heladas que aletean en las madrugadas de esos mismos días. Sol y escarcha, escarcha y sol. Son casi las doce de la noche. La ciudad todavía permanece despierta para recibirlo, ahora que regresa de las montañas de la lejana Yucanquer, pero también para escuchar en la tone de la iglesia catedral las doce campanadas del año nuevo. En las ventanas cuelgan los festones, en algunas esquinas estalla la pólvora de colores. Y nadie percibe que el héroe que atraviesa la ciudad bajo la apoteosis de los arcos triunfales no es más que un pobre moribundo cuyos músculos tiemblan, crepitan a causa de la fiebre y el frío. Torpor ceniciento sólo sostenido por la dulce música de las alabanzas.

El vapor tambalea. Han pasado casi siete años desde entonces.



Y ve cuando desciende de su caballo. Al cruzar la puerta encuentra las mismas lámparas de otros tiempos iluminando el patio. Se trata de la visión de sí mismo: rostros alargados por el peso de las grandes incógnitas, habitaciones, objetos, calles, cielo nocturno. Al elevar sus ojos, como una verdad al final de la escalera, la imagen de Manuela:

—¡Ven, ven junto a mí, ven ahora!

No sabe si lo dice o si sólo lo murmura. Sobre los chorros de humo de las chimeneas, planean las primeras aves oscuras. ¿Aves? ¿Mamíferos voladores?

A espaldas de Manuela en la escalera brillante está Charles Moore. Y detrás de ellos un puñado de amigos invisibles. Aquella noche de año nuevo habrá de celebrarse sin su presencia pero también sin la de ella. Como puede, convulsionado por la fiebre y el frío, Su Excelencia llega hasta su alcoba y ordena a Manuela cerrar la puerta. Luego manda seguir al doctor Moore. Sentado, tiritando entre el cascarón de las frazadas, escucha sus consejos:

—Debe usted descansar, descansar mucho, general.

Habla el mueble de lujo de Su Excelencia, junta sus manos encima de su vientre. Su Excelencia sonríe:

—Eso haré, eso haré, despreocúpese usted.

—Y ¿cómo anda su estómago?

—Algo cargado, doctor.

—Déjame ver, déjame ver. Debe usted tomar un poco de tártaro emético.

—¡Tártaro emético! ¡UFFF!

—Es lo indicado en estos casos, Excelencia.

—No puedo, doctor, usted ya sabe que no resisto los remedios por la boca.

—Está bien, lo entiendo, entonces por hoy termine su té y acuéstese a dormir ya mismo. Necesita descansar desde esta misma noche. Quiero que me entienda, señor, ya mismo.

Su Excelencia vuelve a sonreír, muestra en sus ojos el brillo de las altas fiebres, abraza a su adorable loca:

—¿Podría ser desde mañana?

—No lo comprendo, Excelencia, usted se encuentra demasiado agotado y debe descansar.

—Vamos, he vuelto por mi Manuela, doctor, compréndalo.

Charles Moore entierra sus ojos en el suelo, ríe en secreto, siente cuando sus cachetes se encienden. Sale al corredor, se junta con sus otros amigos, explica el asunto:

—Su Excelencia se encuentra extenuado pero ha venido a lo de siempre.

Dentro del aposento, Manuela no puede ocultar su preocupación. Ahí está su héroe, ofrecido como en una mortaja, en un cofre de fiebres y de pasajeras convulsiones. Aquellos ojos inyectados no necesitan ser leídos. Su cuerpo, indefenso en la silla, parece un manojo de hierbas arrancadas del borde de alguna sepultura. Pero a pesar de todo ella decide desnudarse. Va al tocador, se acicala por última vez. Busca las sábanas, se echa. Junto a ella Su Excelencia siente que le vuelve la vida, que sus fiebres no son más que polvareda que el viento pone en fuga. Cuando los campanarios empiezan a contar las campanadas del año nuevo, debajo de las sábanas apenas comienza la gran fiesta de los locos más solitarios de la tierra.

El vapor se tambalea de nuevo, las máquinas rugen con fuerza.

—Tío, abríguese más.

—No siento frío.

—No es por el frío sino por el puñetazo del viento, abríguese.

—Ya estoy suficientemente cubierto, hombre, déjame.

—¿Ya vio las estrellas?

—¿Las estrellas?

—Sí, mírelas, parecen amapolas de fuego, no hay una nube.

—¡Ah! ¡No existen estrellas como las del Orinoco!, ¡bobadas! ¡No conozco otras estrellas!

Charles Moore sigue ahí, parpadeando en el centro del sueño:

—¿Será la misma enfermedad de mamá?

De repente, a una distancia de riesgo con relación a la proa que empuja, aparece un objeto pesado, corpulento, pasmosamente quieto en la esponjada sombra de la noche. Un objeto como una cosa clavada en el fango, donde la niebla que todo lo envuelve agiganta las formas:

—¿Han visto aquello? —grita Santana.

—¿Qué?

—¡Aquello, en el centro del río!

Todos se cargan a barlovento, miran lo hondo del riesgo que se arrastra. Ahora la distancia es menor:

—Parecen ramas largas de árboles, ¿qué es eso?

—¡No pueden ser ramas, carajo!

—¡Vamos a chocar!

El vapor hace un brusco coletazo a estribor:

—¿Sintieron el viraje? ¿Lo sintieron ustedes?

—Sí, ¡qué maniobra, cabrones!

—¡Ahí está!

—Son los restos de un vapor encallado, ¡mírenlo!

En la acuarela de todos aparece un paisaje de gladiolos, mamparos rotos, jarcias desprendidas como de velero que boquea atrapado, la quilla como una nariz clavada en el fango y un banco de peces de anchas bocas barredoras chupando la pintura en cáscaras del francobordo. Por las ventanas rotas el viento hace que las cortinas se azoten con pesados gualdrapazos:

—¡Mírenlo ahí!

—¡Oh! Es uno de los navíos de Elbers, eso es.

—¿Cómo lo sabe, Excelencia?

—Observen la insignia, ¿es que no la ven?

Fernando se apoya en el cabrestante, mira lo invisible:

—¡Es el *General Santander*! ¡Mírenlo!

—¡El mismo, exactamente!

—Si es así, entonces estamos atravesando por donde el río es menos profundo.

—¡Sí, vamos entrando a la vuelta del Reglamento!

—¿Cómo?

—Así la llaman, ¡cabrones!

—Necesitamos suerte, Excelencia, podemos quedar atrapados en el fango.

—Suerte y agua.

—¡Pudimos haber chocado, carajo!

—Psss, psss.

Palacios llama a los perros, chasquea su lengua, cubre la espalda de Su Excelencia.

En el cielo despejado brillan las amapolas.

Pasan los minutos, todo regresa a la calma. Desde la barandilla Santana agita su mano, alborota.

Los restos del *General Santander* quedan atrás, superpuestos a la imagen del doctor Moore. Imagen rubia de ojos azules. Su Excelencia le tiende ambas manos:

—¡Vámonos, doctor, vámonos que aquí no nos quieren!

Y parten.

Ahora cabalga hacia los picos andinos, siente que el aire le falta por la primera vez en su vida. Un aire pesado, difícil, enrarecido por el vuelo de los cóndores. Intenta respirar, se atraganta. No hace caso. Sabe que el aire es algo que va y viene, como la luz en la pelliza que cuelga en el perchero junto a una fuente de viento. Todavía no he terminado de pulir el cristal, se dice. Abajo, chorros de nubes pasan a sus pies. Dos eternidades me contemplan, piensa, la

pasada y la que viene. Arriba, donde el veneno de la gloria se confunde con las pálidas hojas de la nieve, están sus juramentos, sus promesas. Corre, loca, la ceniza de los volcanes. Helada, como las manos de una mujer, palpa el rostro, huye, desaparece en el recuerdo:

—Es pérfida esta ceniza, ¿eh, doctor?

—¡Psss, psss!

—¿Cómo dice, Excelencia?

—Digo que es pérfida esta ceniza.

—Para pérfidas las mujeres, señor, ésas sí.

—¡Psss, psss!

Sale la luna, brilla su yerna de oro colado en los cubos de brea de cubierta. Todas las miradas continúan amarradas a los enigmas que se insinúan a barlovento:

Al pie de los glaciares, aquella noche por poco muere de tos, abrazado al rubio y al bayo. Pintó con sangre su pañuelo de lino, pensó en mamá. La vio navegar por los corredores de su casa de San Mateo envuelta en trapos, la vio romper todas las sombras. Hipólita marchaba detrás, transportando una bandeja con varias vasijas humeantes. Mamá también iba empujada por la tos.

Dentro de la tienda de campaña, Charles Moore examina el cuerpo de Su Excelencia, lo encuentra deplorable. Casi ni respira, la pupila demasiado quieta. De inmediato ordena su traslado a Lima. Así se cumple. El mueble de lujo de la Legión Británica ha conseguido ser obedecido esta vez, está radiante entre la tropa desconcertada. Pero durante su viaje por barco, Su Excelencia se coloca tan cerca de la muerte que el mismo doctor Moore ordena desembarcar cuanto antes en Pativilca. Allí el héroe de los Andes no es más que un cadáver de ojos tristes abandonado en un pequeño parque donde llueven decretos de honor, genuflexiones, zalemas que brillan como los vómitos de los candelabros encendidos en la boca de las sepulturas. No tiene un solo centavo en sus bolsillos. Y sueña:

El viento bate el percal del biombo. Iluminado a medias por las lámparas de aceite que cuelgan en el techo se observa el recinto del comedor. Ahí están las tres mesas, vestidas con pulcritud. En la del centro titila un frasco de vidrio con un puñado de siemprevivas. Es allí donde todos toman asiento. Menos Palacios, quien debe permanecer del otro lado del biombo montando guardia. En el cielo, horizontal al chorro de humo de las chimeneas, sube lenta una luna llena de mierda de oro. Ha comenzado la noche del primer día.

## SIETE

De pronto irrumpen dos perros de fuego en el comedor. Vivos lanzallamas de tristes ojos. Son los mastines que han acompañado a Su Excelencia desde varios años atrás. Ellos vienen de los campos de batalla, tienen el encargo de custodiar a su amo en sus expediciones y combates. El uno rubio barcino, el otro bayo color de ceniza de paja. Palacios corre al comedor para llamarlos al orden pero Su Excelencia interviene:

—Hey, déjalos, José, hace ya varios días que no acaricio a estos diablos, déjalos.

El coronel Santana siente que algo extraño muerde su corazón:

—Han estado encadenados todo el día, general, por eso están así.

—Coronel, no debió ser así.

—Son las normas de a bordo, señor.

—¿Las normas? ¡Quédate con eso! No entiendo las normas cuando la vida debe sacrificarse por ellas.

El bayo y el rubio suben en las rodillas de Su Excelencia, jadean, salpican de saliva las ropas, los pisos de madera. Muestran una mirada profunda, sumisa bajo las manos que acarician. Su Excelencia repasa las cabezas inquietas, sus dedos se detienen en las orejas. Los animales guardan sus lenguas, enseguida vuelven a enseñarlas, recaudan las gotas de baba transparente que se cristalizan en los bordes de los labios. Labios amoratados del color de las violetas. Adentro de la pulpa, sin embargo, las lenguas son rosadas, dúctiles, a veces planas y delgadas como las hojas, en ocasiones cóncavas para los servicios del agua, los caldos, los alimentos líquidos.

Aquellos perros ocuparon siempre un lugar de privilegio en el regimiento. No se supo de dónde salieron un día aunque se dijo que fueron arrancados como botín de guerra de la tienda de campaña del general Canterac por los tiempos de Junín. Dieron el aviso de peligro en la noche de septiembre, duermen junto a la puerta de Su Excelencia durante todas las noches que precedieron al viaje que ahora emprende. Acompañaron a Manuela entre las nieblas nocturnas de Santafé, cuando ella acudía golosa como un gato a

calmar las urgencias del general, y estuvieron en vela, aullando de frío, de tristeza de encierro al pie de la tienda del héroe, cuando los vientos que soplaban desde los glaciares inflaron como un globo su tolda de campaña. De pronto, cuando las tropas entran en formación para emprender de nuevo la marcha, los perros corren en busca de Palacios, saltan dentro de sus cestas de mimbre, caen en la paja, se enrollan a dormir consolados por el balanceo de la mula donde son transportados de un país al otro, desde los valles hasta los nevados, de la orilla de la mar hasta el hielo que se forma en la base de ceniza de los volcanes. Son las mismas cestas que ahora se observan junto a la estructura del puente a bordo del vapor que avanza por el río.

Ellos, los perros de la libertad.

Entre tanto, Bernardino aguarda las órdenes a prudente distancia. Bajo las lámparas su ojo azul es más intenso. Vestido como un sacerdote, muestra en sus manos esos guantes blancos con espesos bordados en redondo de la muñeca, una chaqueta amarilla, un pantalón de paño verde. Santana hace un gesto, agita su mano, Bernardino corre a la mesa:

—¿En qué puedo servirles, señores?

Su Excelencia sabe que debe comer alguna cosa pero la sola idea de hacerlo le revuelve el estómago. Náuseas, hastío de largos días, ¿podría remojarse con la baba de su boca un poco de arroz, una porción de lentejas con picante? ¿Mordería sólo un tajo de la pulpa de alguna fruta fresca? Duda, perdura lelo en las imágenes que pasan por la balaustrada de sus ojos. Santana interviene:

—¿Qué es lo que nos ofreces para comer, negro? A ver, a ver, ¿de qué se trata?

—Bien, creo que deberíamos comenzar por Su Excelencia.

—¡Así se habla! Y, ¿qué tienes para él?

Bernardino parpadea:

—He preparado algo especial, caldo, sustancia de palomas.

—Hey, qué te pasa, ¿sustancia para mí? Díganme, ¿así estoy de demacrado?

—Tío, eso no está nada mal, sería ideal que usted tomara un poco de ese caldo, no debería despachar la cuestión de ese modo.

Su Excelencia ríe:

—Señores, díganme la verdad de una vez, ¿así de arruinado me están viendo? ¿Eso es lo que está pasando?

—No lo tome usted por ese lado, tío, yo mismo podría beber un poco de esa sustancia, es algo que cae de perlas a todo estómago en cualquier tiempo.

Su Excelencia mira el conjunto de todas las cosas, en realidad parece soñar. Toda su gloria pasada, su historia de años de héroe está a punto de quedar convertida en un triste puñado de cenizas. Siendo ése el destino de los hombres grandes, Su Excelencia no parece dispuesto a interrumpirlo, a introducir modificaciones de último momento en ese cuadro colgado en la ventana que algunos llaman la naturaleza humana:

—Me iré, muchachos, sí, me marcharé a otros mundos y los dejaré a todos hundidos en la confusión que ellos mismos andan buscando. Pero yo los perdono.

Silencio, todos callan. Santana baja sus ojos al piso, Fernando prefiere fingir que observa el modo como el viento sopla por los rotos de los cristales de las lámparas. Afuera la noche es cada vez más oscura. Ensimismado, como si nadie escuchase a su lado, Su Excelencia continúa:

—La antipatía provincial, el espíritu de división acabarán con todo. Yo aconsejo la unión, sí, pero temo que ella no se logre. Mosquera no vendrá al mando porque teme ser la víctima de los colegiales de Bogotá, que oprimen aquella ciudad, pues entre nosotros los niños tienen la fuerza de la virilidad y los hombres maduros tienen la flaqueza de los chochos.

Su Excelencia murmura, recita algo que su pensamiento le dicta desde lejos. Se anticipa a sus cartas de viaje, al desahogo epistolar de los próximos días. Estelar, Bernardino aguarda las órdenes:

—¿Se anima entonces por el caldo, Excelencia?

—¿Caldo? ¿Cuál caldo? ¡Oh!, sí, sí, ya lo recuerdo, sí, tráeme un poco de ese asunto milagroso.

—Tío, ¿de verdad que beberá algo? A ver, míreme a los ojos.

—¿Qué más da? Sí, lo intentaré, ¿no es eso precisamente lo que la patria quiere de mí? Eso dijiste, Fernando, ¿ya no lo recuerdas?

Santana se agita en su asiento:

—¡Hurra!

—Quédate quieto, cabrón, no revuelques el aire, apestas, ¿no te das cuenta?

—¡Psss! ¡Psss!

El bayo salta de las piernas de Su Excelencia, da una vuelta en círculo, se orienta hacia la puerta en busca de Palacios. Detrás sale también el rubio barcino. Del otro lado del biombo de percal, que hace las veces de puerta en el comedor, Palacios hace sonar sus dedos, toc, toc:

—¡Psss, psss!

Los perros saltan en redondo, alborotan.

Como salido de la nada hace su aparición en la mesa de estribor un hombre de triste apariencia, descuidada. Agachado mueve sus labios como conversando a solas, piensa, se acompaña con gestos prominentes. Tiene aproximadamente cuarenta años, usa lentes para ver, viste de saco y pantalón oscuros. Nadie lo vio entrar al comedor. Sentado a manteles lee de un libro partido por la mitad, toma apuntes, notas en su portafolio. Luego permanece lelo en las sombras de los árboles, pozos móviles que resbalan como dibujos en los cristales del ventanal. Calco de las orillas boscosas, imágenes en el iris del vidrio. A un lado suyo, en uno de los asientos de su mesa, el hombre ha colocado una valija de cuero de donde saca a su antojo los objetos de escritura que va necesitando. Al otro costado, sobre el mantel, acaba de orillar un pequeño tarro de aluminio que extrajo de su valija. Con el índice de su mano derecha empuja sus lentes hasta su sitio exacto en su nariz, emite un suspiro. Enseguida agarra el tarro, retira una diminuta lámina redonda, sonrío fascinado delante de la espuma de marfil que brota por el roto. Chupa de aquella espuma, saborea con fruición, chasquea su lengua, pega el borde de sus párpados de goma. Santana dobla sus labios en la oreja de Fernando:

—¿Vio aquello, coronel?

—¿Lo del bicho ese de la otra mesa?

—¡Qué otra cosa podría ser! Pues claro, el bicho ése.

—Sí, lo he visto todo, es extraño, ¿no es verdad?

—Mire, mire usted esa ropa, ¿de qué país será!

—¿De qué país? De qué tiempo, dirá usted, de qué tiempo.

—¿Y?

Humo:

Bernardino regresa con el caldo de palomas tan rápidamente como puede. Pone la taza delante de Su Excelencia, punto a la servilleta de lino. Para los coroneles Fernando y Santana ha preparado desde antes ración de carne de guagua, garbanzos, arroz. Las provisiones a bordo son abundantes pero a cambio no demasiado variadas. La carne viene fresca, puede conseguirse a lo largo del río, y se espera poder servir algo de pescado en algunos turnos de los próximos días. Pescado atrapado en las mismas trampas del vapor.

Como alguien que despierta en la floresta, Su Excelencia llama a Bernardino a su lado:

—¿Quién es ese diablo?

Bernardino estira sus labios, señala:

—¿El señor de aquella mesa?

—Sí.



—No lo sé, señor.

—¿Cómo no lo sabes? A ver, ¿qué te pasa, carajo? ¿Ya no sabes nada de nada?

—Es verdad, general, el capitán lo autorizó subir en Honda puesto que había un camarote libre; alegó tener especial urgencia y fue atendido en su súplica.

Su Excelencia se remueve en su asiento, está inquieto:

—¿Ya requisaron su equipaje?

—Fue lo primero que se hizo con él, señor, no faltaba más, se trata de un hombre inofensivo.

El hombre boga de nuevo de su tarro, suspira, regresa a la lectura. Se comporta como si estuviese a solas en el estrecho recinto del comedor. La distancia entre las mesas es apenas la necesaria para moverse sin tropezar los hombros del vecino, pero el tipo se maneja como si nadie hubiese a su lado. Sin embargo, por extraña que sea su presencia en el comedor, rodeado de objetos enigmáticos originarios de otros países, de otros tiempos futuros, nada en el hombre es capaz de despertar el más insignificante sentimiento de peligro. De todas maneras, Su Excelencia se dobla sobre Santana:

—Ojo vivo con este tipejo, coronel, es mejor prevenir.

—Descuide, general, yo mismo me encargaré de él, será un placer.

—¡Quédate quieto, carajo, cuántas veces debo decirte que no agites el aire, apestas como una comadreja!

De pronto el hombre levanta sus ojos, los retira despacio de la página blanca donde escribe ayudado con su fuente de oro, voltea a mirar a la mesa del centro, sonrío. Enseguida retorna a sus cosas, actúa como si Su Excelencia y las otras personas que lo acompañan fuesen apenas las imágenes de una fotografía congelada en el tiempo, apenas imaginada por él, inventada en sus gestos, en sus movimientos. Chupa del líquido que hay en el tarro de aluminio, rasca su cabeza, sus sienes, murmura algo. Sobre el paño de sus hombros, en el papel, en el cristal de sus lentes llueve un fino talco de caspa. Luego empieza a escribir de nuevo.

—¡Qué horror!

Su Excelencia mira su caldo de palomas, el vapor que asciende, siente que la náusea se agazapa bajo los puentes. Sustancia milagrosa, caldo para volar junto con la sangre de sus víctimas hacia otros países distintos de aquel desasosiego, de aquella tristeza infinita a causa de la pérdida, del hundimiento inexplicable de todo cuanto él mismo ha soñado para América, para sí, lo reunido en el túmulo de su nombre. La antipatía provincial se apodera de todo

mientras él sueña con un cosmos unitario, visión espacial de un continente que nace. Ambición que destruye su iris de héroe, su delirio, utopía de una sola patria atravesada por idénticos vientos, semejantes aves, ríos, razas en formación, cosmos malogrado por un mundo de niños nacidos de otro modo, colegiales de finos modales, guerreros de corto vuelo.

Su Excelencia vuelve a observar su quieto caldo de palomas, cree que ahora sí podrá vomitar; limpiar su bilis, vaciar por la ventana herida el hastío de los últimos años. Pero en su vientre desocupado sólo hay desengaño, dolor del otro, no puede hacerlo. Entonces extiende su mano, retira la taza:

—Cómo, tío, ¿no quiere?

Su Excelencia extiende su labio inferior, lo descuelga en su mal humor:

—¡No puedo!

—Debería intentarlo por usted, por nosotros, por la patria entera que anhela su regreso.

—¡Hea, qué regreso! ¡Vete al diablo! Me iré, me marcharé donde la ingratitud no sea tanta, eso es lo que haré.

Fernando aplana la tela del mantel, baja sus ojos, habla bajo:

—Tío, haga un esfuerzo, para poder marcharse del país necesita estar vivo, ¿no es así?

—Pero es que lo estoy haciendo y no puedo, carajo, ¿no lo ves? Este caldo es un remedio, lo siento como un remedio y no consigo pasarlo.

—Pruebe entonces un poco de agua filtrada, aunque sea un poco de agua del filtro.

—¿Agua?

—Agua fresca, señor, le ayudará en la limpieza de sus humores.

—Está bien, chulo, ¡presta acá ese tal brebaje!

No es necesario pedir el cristal puesto que Bernardino coloca de inmediato la jarra encima de la mesa. Agua filtrada, transparente, escoba de malos humores. Su Excelencia se sirve, boga. Lo hace despacio, casi con rabia. El agua baja a sus entrañas como a un sitio de fuego en ebullición. De pronto llueve hielo en la mesa, todos escuchan cuando se derrama una música que viene de arriba. El coronel Santana voltea a mirar hacia la mesa de estribor, ve al hombre. Está sereno, tranquilo, como si no estuviese escuchando ningún alboroto, ninguna música en el piso de encima. Lee, enseguida toma rápidos apuntes en una libreta. Escribe con tinta negra, lo ve desocupar su tarro de aluminio. Chupa, mete su lengua por el roto, hace a un lado el recipiente vacío. Y todos observan cuando introduce su mano en la valija para extraer otro tarro igual que destapa de la misma manera que el

anterior. Brota a chorros la espuma blanca, marfil, chupa él feliz, junta fascinado el borde de sus párpados. Para este hombre la música de arriba no existe. Su Excelencia hace gestos nerviosos, duda de la existencia misma de todas las cosas. ¿La fiebre?

—Hey, hey, ¿están escuchando ustedes?

—Una contradanza, tío.

—Hay fiesta arriba, escucha, ¡oye a esos miserables!

Suena *La Vencedora*. Es la música del Regimiento de las Milicias Pardas. No se sabe en qué exacto momento ha comenzado a bajar la contradanza, tímidas notas aparecidas en medio del bramido del viento, del sordo trémolo de las calderas. Nadie supo si el asunto se inició con el crepúsculo, si empezó apenas ahora. Pero la música crece, inunda el comedor. Es, sin duda, el alboroto del Regimiento de las Milicias Pardas. Todos reconocen sus trompetas, sus tambores tristes. De pronto, hacia el final de la pieza se escuchan los primeros pasos del baile. Fernando casi no puede mantenerse sentado:

—¡Señores, escuchen, hay fiesta arriba!

Su Excelencia es una fiera agazapada en su silla. Muerde sus labios, destroza los cascarones causados por la fiebre de los últimos días. En la mesa contigua el hombre de estribor chasquea su lengua, mastica diminutas cosas invisibles mientras toma apuntes y chupa de aquel tarro de metal de vivos colores. En ese instante empiezan a rodar por el suelo de encima los cabos de las velas, rito sagrado. Es la señal. El Regimiento de las Milicias Pardas cede su lugar al Regimiento de las Milicias Blancas, suenan los tristes acordes de un minué. Los pasos que se escuchan son sólo los de una pareja que baila en lo que parece ser la circunferencia imaginaria del centro del salón, en redondo, las palmas acompañan la música. Son las afelpadas manos de los sexagenarios que acompañan el perfumado compás del minué. Santana permanece quieto, se cuida de volver a agitar el aire limpio:

—¡Es inaudito, carajo!

Su Excelencia no sale de su asombro, enseña unos ojos inyectados. Sangre y rabia. De pronto, salido del centro de una batalla donde acaba de barrer a sus enemigos, golpea el borde de la mesa:

—¡Bernardino!

El cocinero llega en el instante, frota sus manos enguantadas:

—¿Sí, general?

—Necesito saber qué ocurre arriba.

—¿Arriba?

—¿No lo oyes, imbécil? ¡Dime, dime qué está sucediendo, dímelo ya mismo!

Bernardino duda, escucha las emanaciones de la música que bajan en grandes oleadas discontinuas:

—No lo sé, señor, es la primera vez que sucede, nunca antes había escuchado esa cosa.

—¿Primera vez? ¡Chúpate el dedo, métetelo, pues entonces exijo ver de inmediato al capitán!

—Lo entiendo, lo entiendo perfectamente, deberían ustedes buscar al abogado de a bordo.

Santana olvida su promesa implícita de no alborotar la quietud del aire empozado en el recinto, se pone de pies, toma por el cuello al cocinero:

—A ver, pollo loco, ¿dime dónde podré encontrar ya mismo al tipo ése?

Apretado por el cuello, Bernardino apenas sopla por la voz:

—A veces baja, señor.

—Déjalo, Santana, suéltalo.

Lo suelta:

—Dicen que baja cuando necesita recoger papeles que se requieren arriba.

Santana hace memoria, interviene de nuevo:

—¿Y no dijiste que arriba sólo hay papeles y ratas de mar?

—Eso mismo es lo que hay, coronel, eso es lo que dicen que hay, yo no tengo la culpa.

—Dime su nombre.

—¿Del abogado de a bordo?

—Dímelo, gallina, canta, a ver, canta, cua, cuacuacuaaá, a ver, canta.

—No lo sé, yo sólo he sido contratado para este viaje, señor, ¿qué podría saber?

Su Excelencia dibuja un gesto, el coronel Santana se retira. En el cuello estropeado del cocinero brilla la cicatriz, torpe costura de un tostado odre de cuero. Además, allí están sus ojos de dos colores, las señales en que Su Excelencia funda su confianza. Es Bernardino, sí, el legendario negro fiel de otros tiempos. ¿Por qué miente, entonces? Bernardino, ¿un pobre producto del sueño, de la fiebre, del hastío? Todos miran sus manos nerviosas, aquellos guantes pulcros con sus crespones a la altura de las muñecas. Sus labios de pulpa rosada están secos. En la mesa contigua, el hombre de estribor permanece lelo en lo suyo, chupa la espuma que brota por el orificio del tarro, continúa tomando notas escritas con su fuente de pluma de oro. Fernando alisa de nuevo el mantel:

—¿Qué hacemos ahora?

Su Excelencia grita, palmotea sobre la mesa:

—¡Exijo subir ya mismo!

—¿Subir?

—¿Y qué? ¿Qué quieres? ¡Subir, sí, subir!

El compás del minué se detiene. El salón de arriba se llena de jóvenes cuyos zapatos empiezan a tronar en las tablas. Los hombres según la moda de la Revolución Francesa: pantalón largo, zapatos anudados con cintas en reemplazo de las hebillas, un alfiler de brillantes en el pecho. Y las jóvenes con sus mangas cortas a la María Luisa puestas sobre vestidos de batista bordada, en sus cabezas los peinetones con sus tembleques de perlas genuinas, en las orejas pálidas los grandes aretes de oro, en el cuello aquellas filigranas, esos medallones de asombro donde asoma inclinado el rostro de algún santo. En las manos espolvoreadas con talcos de arroz los pañuelos de batista, los abanicos de cabritilla, aquel ademán de ensueño.

La contradanza en las aguas del río, los zapatos de los niños azotan las tablas, las alfombras de arriba. El hombre de la mesa de estribor desocupa otro tarro, eructa encima del puño de su mano, casi en sueños saca otro recipiente que abre sin mirar. Chupa la espuma que brota a chorros, se divierte viendo caer algunas gotas en el mantel arrugado.

—¡Vámonos, vámonos!

Su Excelencia está de pies.

## OCHO

Salen a cubierta sin probar los alimentos, abandonan los platos servidos en la mesa. Pajes, naves, desperdicios intocados. En un rincón, Bernardino apenas consigue ser iluminado por las lámparas que cuelgan del techo. Los guantes de espesos bordados que el negro usa impiden ver que una de sus manos es blanca carateja, la otra negra. Al salir, el biombo de percal flamea como una bandera clavada en la puerta. Palacios aguarda con sus perros, todos buscan la puerta que conduce al segundo piso. Corre el viento. Un soplo húmedo que parece venir de las ciénagas próximas, cargado de aromas de animales, de plantas acuáticas. Delante de la puerta, Su Excelencia ordena al coronel Santana:

—¡Golpea, golpea con el sable, tumba eso!

Después del tercer golpe la puerta comienza a sonar como una campana. Es entonces cuando no se sabe exactamente por dónde aparece a espaldas de Palacios un hombre muy bien vestido, que chorrea aún las aguas perfumadas de un baño reciente. Rostro fresco, ropas olorosas, fragantes a colonias francesas. En una de sus manos el hombre carga un portafolio:

—Heme aquí a las órdenes de Su Excelencia, es un honor para toda la tripulación poder servir a ustedes, señores.

Se inclina, da un paso atrás como en los bailes de lujo. Su Excelencia gira en sus botas, queda delante del aparecido:

—¿Quién es usted?

—El abogado de a bordo, Excelencia, hago las veces de secretario y estoy a su mandar.

—Si es así, exijo ver al capitán, ¡quiero verlo ya mismo!

El hombre da otro paso atrás, sonríe:

—Oh, por supuesto, nada más natural. El capitán arde en deseos de bajar y se excusa de no haberlo podido hacer hasta el momento. Usted ya sabe, Excelencia, cómo son estas cosas.

—¿Qué dice usted? ¡Sepa de una vez que exijo verlo ya mismo!

—Calma, señor, no es usted quien debe ir a él sino el capitán quien debe bajar. Su Excelencia se lo merece todo.

—¡Subiré!

El hombre traza otra gran inclinación, sopla encima de sus uñas brillantes:

—Usted manda aquí, Excelencia, pero el capitán se sentirá desgraciado si usted estropea su dicha de bajar a saludarlo como es debido para hacerle entrega de las llaves del navío. Es un rito, señor, pero de todos modos demasiado significativo para quienes se dedican a estas travesías, créamelo.

—Me inquieta lo que está sucediendo arriba.

—¿Arriba? ¿Algo malo?

—¿Cómo? Escúchelo usted mismo, ¿no es ése el alboroto de un baile?

El hombre ladea su oreja, hace el que escucha:

—Ejemmm, ejemmm, así parece, pero eso en realidad no es nada que deba preocuparlo.

—Explíquese, explíquese entonces.

—Ahora mismo se prepara una recepción en su honor, Excelencia, ésa es la verdad, se trata de una sorpresa, eso es todo.

Santana agita libremente sus brazos, el viento barre la pestilencia:

—¿Una recepción a bordo?

—Tenía prohibido anticipar alguna cosa al respecto pero ustedes mismos me han obligado a hacerlo. Espero que me guarden la debida reserva, se los ruego.

Su Excelencia está desconcertado. Sus motivos de inquietud se desvanecen de pronto como la niebla en el viento que barre los bosques. Arriba se prepara una recepción en su honor, eso es todo. Es cierto que no desea él fiesta alguna, celebración alguna en su nombre, pero no deja de agradecerle aquella lejana señal de solidaridad en mitad del río. Su labio inferior sube basta tocar el tostado borde de su boca, sus ojos aminoran su fuego de antes. Está feliz. Arriba, el Regimiento Fijo de Cartagena da iniciación a otra contradanza. El alboroto del baile ocupa los vacíos espacios del río:

—De todos modos debo ver al capitán, se trata de un asunto particularmente importante.

El hombre vuelve a soplar encima de sus uñas:

—Dígalo, Excelencia, diga de qué se trata, yo estoy para servirlo.

—Hablo de mi pasaporte, señor.

—¿Su pasaporte?

Su Excelencia sonríe:

—¿Y qué quiere? Puesto que me marchó de estas tierras debo tener en regla mis papeles, ¿no es así?

—Lamento su determinación, general, pero conozco al pie de la letra mis deberes. No estoy aquí para lamentarme sino para servirlo, diga, diga usted qué debo hacer.

—Necesito mi pasaporte, eso es todo.

—¡Oh!, ¡no me diga que no lo tiene!

—Pues no lo tengo.

—¡Vaya, vaya!

El hombre abre su portafolio, busca afanoso, saca una hoja en blanco. Toma la pluma, la moja en el tintero que destapa en el suelo, se acurruca. Pone el portafolio en sus rodillas, extiende la hoja vacía, escribe. Agota la tinta, humedece de nuevo la pluma en el frasco, vuelve a escribir. Piensa, moja, traza signos en el papel. Ríe a solas, revuelve el líquido del frasco, escurre la pluma en el borde que chorrea, escribe veloz. Lee en silencio lo escrito, brilla con gestos de aprobación, tapa el frasco, ordena todo en su portafolio, extiende el papel:

—Firme aquí, Excelencia.

—¿Y eso qué es?

—Oh, perdón, lo olvidaba, se trata de la petición escrita en relación con su pasaporte.

—¡Preste acá!

Su Excelencia lee en voz alta de principio a fin:

—¿Y es preciso todo esto?

—Ejemmm, bueno, es mejor que las cosas se tramiten por escrito, como debe ser. De ese modo dejan sus huellas, sus frescas huellas. No olvide usted, Excelencia, que la patria apenas nace, y es mejor que nazca bien.

Su Excelencia no responde, sonrío, firma a cambio. La contradanza deja de sonar, el baile se detiene. Chorrean por las hendidias polvos perfumados, baja el aroma de los vinos, el tin-tin de las copas que circulan. Vuelve el viento. Abajo en la bodega se escucha el sordo bramido de las calderas. El silencio de arriba las rescata del olvido. De pronto truena una voz. El baile se parte en dos filas, por el centro desfilan algunos hombres corpulentos, pesados, que arrastran sus botas, sus espuelas en el piso. La fiesta termina para dar paso a ciertos actos oficiales. Parece una reunión del gabinete de gobierno. Los pasos atraviesan el salón, entran en el recinto contiguo. El coronel Santana agarra a Su Excelencia por el brazo:

—¿Está escuchando usted eso, general?



—Perfectamente, cabrón, perfectamente.

—Se ha suspendido el baile, señor.

—Oye, oye, quédate quieto.

Fernando se acerca:

—No me gusta eso, tío, no me gusta para nada eso que está pasando.

—Tampoco a mí.

—¿Reconoce las voces, tío, las identifica?

—¡Schsss! ¡Deja de hablar, carajo!

En el silencio una gran voz sobresale, los labios de Su Excelencia tiemblan:

—Oigan, oigan ustedes ese pliego de calumnias, resulta que ahora soy yo el conspirador. ¿Habían visto algo peor?

—¡Malnacidos!

—¡Miserables!

—¿Saben ustedes lo que son esos? ¿Saben lo que son?

—¿Qué, Excelencia?

—¿Cómo qué? Unos niños, unos niños locos, eso es lo que son.

En lo confuso de los acontecimientos, el hombre del portafolio desaparece llevándose consigo la petición escrita que Su Excelencia firmó en relación con su pasaporte. Discretamente, nada dice al retirarse. Se deslizó utilizando la espalda de todos. Fernando es el primero en percibir su ausencia:

—¡Huyó!

Su Excelencia queda suspendido en el aire, tose. Lleva ambas manos a su pecho, destroza las flores que agarra. Está ahogado. La fiebre sube, baja la espuma de su clara de huevo, atormenta con su fogón encendido en las sienes, en los puntos declives del cuerpo. Es lo mismo que ha ocurrido en estos últimos días cuando empieza la noche.

La tos se incrementa, debe Su Excelencia recibir el concurso de su sobrino, del coronel Santana, de Palacios para no doblarse contra el muro de tablas próximo a la puerta donde han estado dando golpes en procura de ser atendidos. Golpes inútiles, desperdicios al viento. Ya nadie recuerda al desaparecido, nadie piensa en él. Hasta huye de la escena la exigencia de subir donde el capitán. Ahora se trata de que Su Excelencia se debate por lograr el más leve contacto con el aire, la más insignificante proporción. Sus ojos se inyectan, brotan a la superficie del flojo pellejo pálido como dos semillas redondas. Retorna la espuma amarilla, cubre la torta de los labios. Espuma más espesa que antes señalada con discretos puntos bermejos. En lo más elevado de la curva, cuando los músculos se aflojan, el acceso empieza a

ceder. Chorra un sudor frío, los pulmones se serenán, retornan a lo suyo. El sudor no es sudor, es sólo una corriente de frío en la piel. Un frío extraño en medio de la calentura. Tampoco es frío. Es apenas el modo como se expresa el rompimiento de la relación que existe entre la biología de sangre tibia y el cosmos sideral. Su Excelencia respira, sus pulmones ya no saltan en espasmos, se inflan lentamente, trabajosamente. Los ojos pierden sangre, vuelven a sus sitios en sus nidos. Pero, contra toda ilusión, en el borde de los labios la espuma se perfecciona. Torpor en el corazón por aquella espuma a causa de la visión de aquel signo. Su Excelencia da la vuelta, evita los ojos de quienes lo acompañan. Saca su pañuelo, hace a un lado el apoyo de quienes lo sostienen en pie, limpia el desperdicio:

—Iré a reposar.

Silencio.

Como puede comienza a caminar. Abajo, en el piso, las tablas embreadas reproducen su sombra de largas toldas. Pasos lentos pasos. Tose adolorido, se detiene, vuelve a caminar. Pasa bajo el puente, siente sobre su cabeza el balanceo de dos grandes lámparas que cuelgan en los baos de la cubierta de encima. Patea el cubo de brea, suspira, avanza hasta la zona donde cuelgan los aparejos de cáñamo, los lazos, las escalerillas dobladas como bultos en el suelo. Desde allí mira el paisaje:

—Señor Caycedo, señor Caycedo, mándeme usted el pasaporte que me prometió. ¿Qué le pasa? Mándemelo usted, ¡hey, hey!

Su Excelencia conversa en el vacío, murmura, imagina sus cartas de los próximos días, se anticipa a los acontecimientos. Sin el pasaporte su salida de la patria no es posible. Sus enemigos lo desean en el destierro, pero el documento no llega:

—¿Tan pronto se olvidó usted de su promesa, señor Caycedo? Vamos, vamos, es sólo un papel, no pueden ustedes estropear de semejante modo mi última voluntad, se trata tan sólo de un cochino papel.

Su Excelencia murmura, observa ensimismado la herida que deja el vapor en las aguas del río más allá del alcázar de popa. Se recuesta, entretiene sus ojos en el balanceo del ancla que cuelga en un macizo madero, recupera la marcha. Todos lo siguen a prudente distancia, tienen miedo. Junto a Palacios los perros saltan, juegan, muerden los aparejos. Su Excelencia llega a la desembocadura del pasadizo de los camarotes, dobla. Pasa junto al pequeño salón de estar, llega a la puerta. Abre, entra en el dormitorio, empuja. Adicional a su propia fuerza, el viento azota. Tambalea, se escurre entre los

bultos, sonríe. De rodillas en el lecho abre la ventana hacia la noche que empieza. Luego se tumba:

Y ve a Jonotás bajo las lámparas encendidas de algún instante del pasado. Visión diabólica, entretenida, de todos modos independiente de sus fiebres vesperales. Jonotás vestida de soldado, mugrienta, exhalando su vaho mortal. Perfume de vinagre en los años de la piel, de fermento de pocas aguas. Orines, heces adheridas al pellejo durante una meritoria labor de décadas:

— Hey!  Qu  haces all ?

Jonotás sonríe, ríe, carcajea. Visibles, ahí están en su rostro los registros de la viruela de un día. N tidos como los orificios dejados por los meteoros en la arena de un astro agitado, cráteres de impacto en el polvo seco. Su pelo jamás ordenado, recortado con tijeras como el de un hombre, amarrado en la imagen con aquel trapo de siempre. Ella da la vuelta, camina. Y la ve descender por las calles de Quito a espaldas de Palacios, junto a los perros. El rubio barcino y el bayo del color de la paja seca, los mismos animales que ahora corretean en cubierta desde el entoldado de popa hasta el castillo de proa. Los mismos que acaban de morder los aparejos de cáñamo, las escalerillas enrolladas como bultos en el suelo. Pero en la visión que se dibuja en la ventana se cumple la noche. Alta noche helada atravesada por nieblas bajas. Palacios lleva en sus manos una carta para Manuela: «Ven, ven junto a mí, ven ahora». Jonotás ríe la picardía, carcajea, rompe la noche:

— Su Excelencia? Mírenlo, mírenlo, manda otra vez por sus albóndigas.

Es tanta la risa que parece ebria:

—Mi general tiene af n en la tripa,  jua, jua, jua!

Encima de los techos acolchonados por la niebla ve de repente la imagen de una virgen triste. Es el rostro de Josefina Aispuru. Más arriba, en un trono, permanece sentado Simón Sáenz. En un recodo del camino, despeinada en la nuca por la fuerza del viento que brota en las esquinas, Jonotás comienza a dar saltos. Sus tetas brincan, rebrincan como frutas sucias dentro de su mugrienta casaca de soldado. Está imitando a alguien, se burla de ese alguien en el enigma de la noche:

—Qué afán, qué urgencias no tendrá mi general en su longaniza,  jua, jua, jua!

Oculto, desaparecido en las sombras, don Basilio el sereno de la esquina grita:

— Ave María, las dos y sereno!

Las dos de la madrugada.

Jonotás ya casi no puede hablar a causa de la risa, se contorsiona en el piso, abre sus piernas encima de las piedras bañadas por la escarcha que parece polvo de azúcar. Levanta su falda, se acurruca, hunde su pubis hasta tocar el suelo:

—¡Oh! ¡Cómo me fascina sentir el hielo en los labios!

Palacios corre, los perros lo siguen.

Afuera, el vapor continúa partiendo en dos tajos la corriente del Río Grande de la Magdalena.

—¡Oh! ¡Qué maldita fascinación la mordedura de este hielo!

La niebla de la madrugada baja su telón.

## NUEVE

Amanece.

El aire es casi frío, en la distancia brilla el alba como un blando telón de arena, empiezan a espolvorearse las sombras. Cantan las primeras aves, las iniciales, aquellas que la noche que huye va despertando a gotas, hace gritar en sus nidos, aletear tímidamente en las ramas. Una gran franja anaranjada se insinúa al oriente. Rayón de luz como de frutas que chorrean, lámpara de todos los días. Es que termina la primera noche a bordo. Noche misteriosa, confusa, borrón sin límite entre lo verdadero y lo soñado. ¿Acaso lo soñado no es también lo verdadero? Quizás, sí, cierto, señor. Pero las máquinas que braman en la bodega, la rueda de aspas que gira en la proa no son cosas soñadas, señor. Son mecanismos verdaderos que empujan el navío, que lo arrastran con su cascarón hacia su destino. Durante la noche, Su Excelencia estuvo visitado por la espesura de la fiebre, el temblor, las visiones íntimas. Aquellas cosas que nunca faltan cuando se está delante de una situación límite. Y no se desnudó. Prefirió permanecer recostado de espaldas en el camastro, vestido con su uniforme de campaña como a la espera de una conspiración de último momento. Tiene la sensación de haber dictado la correspondencia, pero no sabe si aquello en realidad es apenas un sueño. Ya no lo sabe. ¡Un día es tanto tiempo! Tanto, que a veces parece la vida entera. Avanzada la noche, cuando calculó que las agujas del reloj señalaban en el cuadrante el comienzo de un nuevo día, sintió moridera. Vacío de brillo en su estómago, sabor metálico en sus vísceras, hastío de todo, ausencia de cualquier anhelo de vivir. No está seguro, pero jura haber estado asomado en la ventana atrapando imágenes, distraído entre murmullos con el rápido paso de las sombras de los árboles clavados en la orilla. Poco después se recuerda tumbado de nuevo en su camastro:

—Necesito navegar un par de días y chiz.

—¿Qué?

—Vomitara, eso es, echarlo todo por la borda, no veo el momento.

—¿Y qué? ¿Con eso qué diablos, eh, qué diablos?

—Déjate, chúpate el ojo, pues aliviarte. ¿Qué más quieres? —Deberías cantar, hace tanto tiempo no cantas ¿qué te pasa? Conversar a solas es bueno, alisar los manteles con que el corazón se ha tendido, divertido.

Se incorpora, va hasta su valija, la abre. Busca entre sus camisas la bolsa con las monedas del viaje, murmura un verso en francés, retorna al camastro. Es Voltaire, su fantasma que navega a tientas. Todavía recita un verso de Voltaire. Se recuesta, pone la bolsa con el dinero en el hueco de su estómago, dormita:

—¿Cuánto tienes, caraqueño?

—Deja, qué te importa, ¡coño!

—Ja, ja, ni lo del viaje, ¿cuánto vamos?

—Ríete de tu madre, vete, ¡vete al diablo!

—¿Cuánto?

—Adivínalo.

—Ya no tienes ni un centavo, ni un cachivache que vender, ya no tienes nada.

—¿Y qué?

Conversar a solas continúa siendo como dejar que el viento barra cierto polvo escondido.

Ha vendido de urgencia sus medallas de oro, su vajilla, sus caballos, logró acumular sólo 17.000 pesos para atender los gastos del viaje. Con tan poca cosa no habrá de llegar demasiado lejos, pero Su Excelencia comprende que el paso de los días terminará de poner en su sitio las cosas accidentales. Del dinero inicial le resta sólo la mitad. De ninguna manera han sido elevados los gastos obligatorios pero las limosnas voluntarias lo han arruinado todo. Durante su travesía de Santafé hasta Honda, donde embarcó, debió compartir parte de su dinero con militares amigos caídos en desgracia con quienes tropezó en el camino. Termina de recitar el verso de Voltaire, murmura:

—¡Guachs! Vomitar y ya está, aliviado el hombre. Y después ver qué pasa.

Introduce una de sus manos en la bolsa, hace que las monedas desfilen en secreto por sus dedos como sobre el espeso ronroneo de los contadores de ovejas. Van pasando por las yemas los astros de oro, por el pensamiento los signos del cálculo. Siente que en las esquinas de sus ojos se acumula algo de agua, limpia el desperdicio con el dorso de su mano desocupada. Y se pierde entre las fiebres, visitado de imágenes como quien ingresa de pronto en una floresta desconocida donde parte de las presencias guardan sin embargo cierta fidelidad a la memoria:

José Ramón Rodil. Lo ve, ensangrentado bajo su transparente piel, enseñando los huesos de su esqueleto. Huesos arrojados por un pellejo flojo, seco, consumido. Rodil plantado en el centro de la fortaleza donde jamás lo vio, aquella fortaleza de piedra que cuidaba el paso hacia el Callao:

—¡Vengan por mí, no me entregaré, malnacidos! —grita.

Su Excelencia está cansado de estos aullidos, espera paciente la rendición. Se pavonea bajo los encortinados, se pasea magnánimo por los corredores del balcón donde aguarda. Juega ropilla, tresillo, bebe con moderación unas cuantas copas de Madera, ríe, escucha de lejos el estruendo de los cañones, de la fusilería en el lugar del sitio. Envía un emisario suyo con la oferta de un indulto generoso, espera la respuesta.

Pero Rodil está enceguecido, desea la muerte, la prefiere. No quiere retornar vencido a su tierra española. Y cuando la muerte se ama ella viene sin escrúpulos, serenamente. El emisario que Su Excelencia ha enviado llega a la puerta, se anuncia. El portal de la fortaleza se abre lo justo, entra. Rodil viene a su encuentro, lee el ofrecimiento de amnistía que se le hace, empieza a llorar. Nunca antes se le había insultado de semejante modo:

—¿Amnistía? Cómetela, americano infeliz, ven aquí, sácame, sácame si eres capaz.

Se tumba en el piso, se arrastra de cólera, golpea la tierra polvorienta con ambos puños cerrados. Se incorpora, agarra su espada, ordena sujetar por los brazos al portador del mensaje de paz. El emisario gime, Rodil lo atraviesa de lado a lado. Enseguida lo hace llevar a la catapulta y lo lanza afuera desde la parte más elevada del fuerte. Con sus ojos aún agónicos el emisario rueda a los pies de Su Excelencia. Cae boca abajo, salpica los muros blancos con su última sangre. Voltean el cuerpo: clavado con un puñal a su pecho el hombre trae el papel con el ofrecimiento de aquella rendición decorosa. Pero Rodil se ha cuidado de agregar al papel su última determinación escrita, firmada con su puño:

—¡Americano, sácame de aquí si puedes, cómete tu amnistía!

Su Excelencia putea, pateo en el piso. Salta, se esponja como un toldo el polvo del verano. Da vueltas en redondo, ordena de inmediato a sus hombres apretar aún más el sitio a la fortaleza que nunca antes se había rendido a manos de nadie. Es un lugar sagrado junto al mar, soplado siempre por un misterioso cielo azul sereno. El último rigor del sitio acaba de comenzar.

Llega la noche del décimo día y los cañones del sitio continúan tronando. Diez días continuos escuchando aquellos golpes secos en la piedra, viendo el plomo derretirse inútilmente, la arenisca saltar. En la ciudad nadie duerme,

todos tiemblan mientras conversan. Temblor en las manos, en los labios, flojera en los músculos. Pero allá, en el centro de la fortaleza, Rodil da vueltas enloquecido, arroja plantas de espuma por los labios. Una vez más Su Excelencia prueba el envío de otro de sus hombres ofreciendo a Rodil plenas garantías para su vida, su honor, una amnistía generosa, digna. La puerta se abre lo justo, el emisario cumple su misión. Rodil lee el nuevo ofrecimiento, lo considera aún más indigno:

—Qué quieres tú, americano, ¿por qué me maltratas así? ¡Ven, ven a sacarme tú mismo de aquí! —grita.

Manda aprehender al portador del mensaje, ríe sobre sus ojos despavoridos, lo introduce dentro del cañón principal y lo dispara sin lástima contra el campamento donde Su Excelencia aguarda la respuesta. El emisario rueda sobre el polvo como una flor macabra. El asedio se hace entonces más riguroso. Se interrumpe el flujo de agua, se impide la llegada de cualquier alimento, hasta se espantan las aves que vuelan cerca de la fortaleza para impedir su caza. Dos días después, en la oscuridad de la noche los hombres de Rodil comienzan a arrastrar a sus muertos hasta las torres de la fortaleza, muerden las esquinas de la carne consumida, la saborean, la mastican, la tragan con sombra en sus ojos, ríen sin contenerse. Espantosa risa en el sereno aleteo de la noche. Antes, esos mismos muertos eran lanzados al mar como uno de los tantos desperdicios que iba dejando la guerra del honor. Bancos de tiburones hambrientos trepaban entonces por los acantilados, navegaban en la espuma salada, se daban su banquete español. Pero ahora ya no era concebible semejante desperdicio. Los cadáveres, frescos todavía, algún consuelo al estómago podían ofrecer bajo las locas lámparas del cielo quieto, negro, sereno en el aullido de las fieras. Los dientes descubiertos, las manos afanosas, las risas secretas en las torres oscuras, cada quien con su trozo de cadáver escondido en su refugio. Masticar pellejo y dormir con los ojos abiertos al lado de las almas tendidas en el arenal.

Llega la noche del vigésimo día, pero los cañones continúan tronando. El sonido de la guerra se expande, sube de pronto hasta las bulliciosas calles de Lima. La guerra, esa colada misteriosa que todo lo toca, lo unta, lo estigmatiza con su guante de loca perdida. En Lima las manos tiemblan en las calles, los dedos yerran, no encuentran lo suyo, los labios se cierran, apretados.

Y llega la madrugada del cuadragésimo día. Esqueleto viviente, Rodil continúa azotando con sus puños el centro de la tostada arena del fuerte. Orina en el cuenco de sus manos, bebe sus orines, lanza carcajadas que dan



miedo. Se detiene, ordena de inmediato fusilar a los dubitativos, a los que se sientan a meditar en los palacetes, allá en los rincones. Las calderas braman en la bodega, el vapor da un brusco giro en el agua espesa. Su Excelencia chupa su lengua, saborea su aliento metálico, con una de sus manos espanta un mosquito que visita su frente tostada por la fiebre:

Y ve cuando los hombres de Rodil ya no lanzan sus cadáveres hacia los acantilados del mar, sino que se entretienen conversando con ellos, murmurando junto a ellos viejas canciones, limpiándolos del polvo, de la sangre en cascarones secos con que están adornados. Moribundos soldados contemplando los cadáveres consumidos por el hambre, la sed, el olvido. Ve los soldados esculcar la piel de los muertos, el pelo revuelto, limpiarlos de piojos, de alimañas merecidas durante todos los días del encierro. Y ve cuando esos mismos soldados vuelven a arrastrar los cadáveres hasta sus refugios de arriba, donde bajo las locas lámparas encendidas en el cielo cantan cosas tristes, ríen, comen de sus ropas raídas, desprenden a dentelladas largas tiras de pellejo, chupan las apófisis de los huesos tan fulgurantes como el liso marfil. Rodil se entera. Sospecha de lo que sus hombres hacen a escondidas, ordena fusilar a media docena de ellos para escarmiento de los pocos hombres que le quedan. Morir es mejor, dice. Pero en la noche de ese mismo día los cuerpos de los ajusticiados son arrastrados de nuevo hasta los refugios, devorados con fruición en medio de cantos pánicos. Desmoronado, mantenido de pies sólo por la misteriosa fuerza que otorga el honor, Rodil firma la rendición con los primeros disparos del alba de uno de los tantos días que siguieron al cuadragésimo día del comienzo del sitio. El vapor se tambalea de nuevo en el lecho del río:

Su Excelencia carraspea, limpia su garganta, vuelve a espantar el mosquito que chupa en su frente, se rasca. Ahí está, delante de sus ojos, el hombre más digno de la tierra. Lo ve salir de la fortaleza, tambaleante, sostenido por el sueño de unos cuantos sobrevivientes. No quiere hablar. Sube a la fragata que se ha dispuesto para su partida, lo ve adentrarse en la mar. José Ramón Rodil parte cargado de honores, llora su derrota, retorna a su tierra española para siempre. Fiebre, largas caravanas de cosas que la fiebre empuja:

Una de las naves de la ventana se azota con el viento. Su Excelencia levanta su cabeza, respira hondo, observa distraído la oscuridad. Delante de sus ojos está Jorge Washington, quien ha venido hasta las costas del Perú para traerle de obsequio una medalla.

—¿Jorge Washington?

—Sí, míralo, míralo al pobre picado por los mosquitos, mírale el pellejo.

—No es él, él jamás vino al Perú, ¿cómo podría ser él?

—¿Y esa medalla? A ver, dime, ¿y esa medalla?

—¡Quita de ahí, quédate con eso!

Fondeada en el puerto está la fragata *United States*. Su Excelencia recuerda su Carta de Jamaica, duda, sube por fin a bordo para participar de una colación en su honor. La nave de la ventana vuelve a azotarse con más fuerza que antes, Su Excelencia se incorpora en su camastro. Asomada en ella, borrosa fotografía, se observa la imagen de una joven:

—Perdón, señor, me llamo Jeannette.

—¿Jeannette?

—Sí, Excelencia, de los Hart de Connecticut.

—¡Oh, señora mía!

El *United States* continúa balanceándose en las aguas del puerto peruano. Su Excelencia queda sentado de un brinco, frota sus ojos, toca su frente, siente que la fiebre huye con la polvareda del sueño. Lejos, muy lejos empieza a amanecer. Una gran grieta de frutas anaranjadas rompe por el oriente, carga con sábanas lilas, las cuelga, las extiende como redes húmedas sobre los árboles y los alambres verdes. Sí, amanece. Se pone de pies, va hasta el platón de peltre donde lava su rostro, delante del espejo ordena su cabello apelmazado, blanco en las sienes de cal. Recuerda las imágenes de la noche, sonrío. Retoma al camastro, recoge la bolsa con el dinero y la regresa a su sitio en la valija:

—Tengo hambre, ¡coño!

—¿Hambre, tú?

—Sí, ¿y qué?

—Hea, hea, vete al diablo, no te burles.

El espejo brilla con la luz del alba, las manos secas de Su Excelencia continúan alisando el mantel de lino con que el corazón ha ocultado sus grietas.

Su Excelencia siente que el aire del camarote se refresca de pronto, que un viento misterioso visita las cosas, sus manos con un frío de hielo. Viento cruzado que levanta los volantes de las cobijas, que pone a temblar los pliegos de papel puestos en su escritorio de campaña. Algo brilla, ve cuando en la ventana desaparece el rostro de Jeannette Hart, la niña de Connecticut, cuando es sustituido por la visión de un viejo amigo. El rostro aparecido no es en realidad muy fiel, nítido, pero algo hay en él capaz de despertar aquel sentimiento de confianza que despide todo lo conocido por el reconocimiento.

Como en los sueños, donde sucede que las cosas corresponden y no corresponden al mismo tiempo. Enconchado en lienzos que tienen la apariencia de una fresca mortaja recién salida de debajo del limo húmedo, sus párpados barridos por un extraño polvo derretido, el amigo en la ventana mueve los labios:

—Hey, oye, deberías ahora mismo convertirte en el Bonaparte de América del Sur, ¡upa, upa!

Su Excelencia retrocede, siente miedo. Un miedo diferente de aquel que muchas veces pudo haber experimentado en las batallas, sobre el lomo de convulsionados ríos, a lo largo de los caminos oscuros. Y muy distinto del que viene de sufrir ante la visión de José Ramón Rodil en la fortaleza del Callao, espectro en vida, pellejos sueltos, flojos, dientes brillantes en la noche de la antropofagia, de la misteriosa golosina de las apófisis de los huesos de brillante azúcar, el sonido de la mar al fondo, la mar en lo hondo al fondo del enigma. Es el miedo que brota de la tentación, terror a la lámpara donde el insecto se quema para siempre.

De pronto alguien empuja al hombre que asoma en la ventana, lo hace a un lado con el codo, brilla en la escena. La franja anaranjada que se desdibuja en el oriente con el perfeccionamiento del día destapa el rostro de una mujer: es María Antonia, su hermana más querida. Su Excelencia da un paso atrás, tiembla, quiere huir. Sus manos se agitan como ramas de hojas extendidas. María Antonia ventea sus labios:

—¿Me estás oyendo?

Su voz recorre el recinto del dormitorio, se apaga aleteando como hecha de sábanas húmedas. Su Excelencia no deja de temblar:

—Mírame, ¿eres tú?

—¿Y quién más, majadero? Ven, acércate, óyeme lo que te voy a advertir.

—¿Advertir?

—Sí, te acaban de enviar una comisión con el encargo de ofrecerte una corona.

—¿Qué?

—Una corona, así como lo estás escuchando, una corona, ¿no sabes lo que es eso?

—¡Locos, están locos!

—Son tus amigos, recíbelos como merecen pero cuidado con ese tipo de tentaciones, ¿estamos?

—Deja, despreocúpate, para qué una corona en medio de todo este mar de cenizas.

—No lo olvides, tu verdadero título es el de Libertador, todo lo demás sobra, te deshonrará a ti y a todos nosotros.

Su Excelencia se carcajea:

—¿Libertador? Mírame, mírame aquí sumido en la pobreza, en la enfermedad más cruel, camino del destierro. ¿Libertador?

—Calma, ten paciencia.

—¿Es a este túmulo de ruinas a lo que tú llamas el Libertador?

María Antonia no escucha, habla:

—Ser el Libertador ha puesto tu nombre entre los más grandes de la tierra, debes rechazar a todo aquel que te hable de coronas.

La imagen empieza a desaparecer:

—¡Quédate, hermana, no te marches así! ¿Por qué me haces eso?

Vacío.

La ventana queda desocupada, un helado viento de flores desaparecidas ocupa el espacio.

Su Excelencia lleva una de sus manos a su frente de pajas frescas, constata que la fiebre ha huido. Tambalea, busca apoyo en los objetos, en los mamparos. El vapor se estabiliza, retorna a su punto de equilibrio:

—Y pensar que muchos me calumniaron de querer una corona para mis sienes, ¡perros!

Va hasta su valija, cambia su pañuelo sucio por uno nuevo. Aquellos pañuelos suyos de lienzo, todos marcados con sus iniciales. Distintivo que María Antonia bordó un día con hebras de su propio cabello. Da varios pasos en redondo, traza líneas imaginarias en el piso, ojea de nuevo la ventana. Duda, decide salir.

Afuera lo esperan todos en grupo. Junto a Palacios, sentados en sus patas traseras, descansan el rubio y el bayo del color de la paja. Su Excelencia hace ostentación de agilidad, salta por encima de los aparejos y las escalerillas enrolladas, toma a Fernando por el brazo. Comienza a caminar en dirección a la popa, a barlovento, siente que el viento se enreda en el ensortijado de su nuca, ríe. Está jovial, liviano, parece otro en el naranjal de siempre. El coronel Santana los sigue. Un poco más atrás camina Palacios.

—¡Toc-toc!

Suenan los dedos:

—¡Psss, psss!

Los perros corren a su lado.

La mañana está despejada pero en la distancia flota una espesa formación de nubes que marcha rumbo al sur, continente adentro. Nubes que vienen de

la mar, prolongación del encanto. Los hombres llegan a la popa. Allí el viento es casi frío, Su Excelencia se envuelve en una manta que trae colgada al cuello:

—Ha sido una noche difícil, ¡qué noche!

Fernando hace un gesto:

—¿Difícil?

—Larga, cerrada de presagios, de visiones, me dan miedo estas noches.

—Es su salud, señor, usted no come, está débil, y así no se puede.

—No lo sé, pero cuanto he visto es verdadero, no saben ustedes lo que he visto.

Fernando hace otro gesto:

—¿Lo que ha visto?

—¿Y qué? He comenzado a ver con claridad lo que me espera, eso es todo, estoy viendo el fin de todo esto.

No es fácil comprender, no es diminuto mirar sin rubor los ojos abatidos del tío consumido por el hastío de los últimos días, su mirada que ya no es la misma de antes. Callado, Fernando sólo observa el chorro de agua que brota de debajo del casco de la embarcación, la espuma que se forma junto al timón, aquel líquido espeso pintado por los fangos del invierno derretido, cordilleras barridas, laderas, paisaje de daguerrotipo. A prudente distancia, Santana y Palacios fingen jugar con los perros. Un escuadrón de patos azules de plumas brillantes, aceitosas, cruzó sobre el chorro de humo de las chimeneas, se hundió en las ciénagas que el río forma por el costado de babor. Atrás, chillando, procurando cazar al vuelo los excrementos de los patos, pasan las cagacelas. Limpias, brillantes cagacelas que comen mierda en pleno vuelo como cereal en el cielo. Desde la media noche Su Excelencia no tose, respira con holgura. Ahora no tiene calentura. Fernando no deja de pensar:

—Tío, ¿no quiere usted comer alguna cosa?

Su Excelencia sonríe:

—Ya vuelves con eso, ¡vaya, vaya!

—¿Y qué? Es algo que usted debería intentar de cualquier modo.

—Te pones pesado, muchacho, qué pesado te pones con esa cantaleta.

—Morirá de hambre, eso es todo. ¿Se quiere matar? ¿Es eso lo que quiere?

—Tienes razón, quizás un poco de fruta.

—¿De verdad? ¿Lo dice usted seriamente?

Su Excelencia palmea en los hombros de su sobrino:

—Yo soy un hombre serio, hijo, toda la vida lo he sido.

—Sería ideal, un poco de fruta sería algo ideal.

—Me lavará el estómago, ¿no es eso?

—Iré al comedor, le diré a Bernardino que lo traiga todo hasta aquí.

—No, espera, iremos todos.

—¡Hurra! ¿Ya mismo?

—Hey, hey, ¿qué te pasa? ¡Deja!

—Como usted diga, tío, lo importante es que logre pasar alguna cosa.

Su Excelencia guarda silencio, mira al cielo donde el viento a comenzado a depositar grandes bancos de nubes, murmura en el vacío:

—No es comiendo sino vomitando como se arreglan ciertas cosas.

—¿Qué cosas, señor?

—Estos entuertos que me empujan al destierro, que me tiran ceniza a la cara.

—Si es así, ¿por qué entonces no lo hace de una vez?

—¿Qué?

—Echarlo todo afuera, ¿no lo dijo pues?

—Oh, sí, vomitar, lo haré en la mar, deja, lo haré en la mar, ya llegará el momento.

—Perdón, tío, usted es terco.

Su Excelencia sonríe:

—Tú no sabes nada, hijo, es que mi bilis ya no es bilis.

—¿Qué entonces?

—Atrabilis, eso es, de eso que llaman atrabilis.

—¿Atrabilis?

—Hastío, ¿no has oído hablar de esa cosa?

Al vuelo, las cagacelas atrapan en sus picos de pala el excremento que supura por el trasero de los patos. El cielo huye con las aves. Aves de cielo en las aves nubes.

## DIEZ

En ese momento un espacioso portón de viento se abre arriba, pasa barriendo la cubierta de encima y empuja hasta la popa el final de una contradanza. El bombo se detiene, el clarinete sopla unos cuantos registros más, aletea, se extingue. La fiesta de arriba ha terminado. Sorprendida por el alba del día pero acaba de terminar. El sol canta por las ventanas invisibles, empuja en los hombros, sacude el encortinado. Con plomo en los pies comienza a escucharse el desfile de los invitados que todavía permanecen en la espesa goma del salón. Tin, tin, suenan las copas vacías, chorreadas de San Lúcar. Ebrios en la flor del alba que huye, perfumados en la gardenia que el sol maceró, los últimos invitados se abrazan a sus enamoradas que hablan más de la cuenta, que supuran carcajadas que son en realidad chillidos de animales golosos, bestias en celo, húmedos labios, vientres deseosos de todo oprobio, dulce mal, de todo vilipendio, de ser arrastrados a los matorrales del lecho para la cuestión de la cópula, de los rosolis perfumados en las mesitas de noche.

Licores de rosas  
Estruendo de ramas que se quiebran  
Blancas mesitas de noche vestidas en la oscuridad del recinto  
Aleteo en los labios  
Aquel instante del líquido  
Aquel fervor gemido  
La caída a ese otro lugar donde todo es lo mismo  
Pero donde todo comienza de nuevo  
Una gran luna que dobla en el horizonte de toldas de yemas rotas  
Un coro de lobos en el centro de semejante luz  
Amor y sueño

Pero el viento que viene de arriba no sólo arrastra los sonidos del final de la fiesta sino también los perfumes, extrañas filtraciones que bajan por las

ranuras de la madera machimbrada de los pisos. Lelo en la popa, ensimismado en la niebla que pasa junto con los pájaros, Su Excelencia vuelve a ver las aguas del Mediterráneo. Y, en medio de ellas, un barco que se dirige a Grecia:

—¡Hey, hey, miren aquello!

Nadie escucha su voz, pues la visión es sólo un instante interno, fulgor de lo íntimo. Aquel barco que Su Excelencia observa cruzar más allá de la popa lleva su nombre escrito en un costado. Su nombre, letra a letra, cubierto por esa brisa brillante y miserable que llaman la gloria. Al comando de aquel navío que viaja rumbo a Grecia va un hombre. Un hombre que ha enloquecido por culpa de su ejemplo, por causa de la idea de la libertad. Ha decidido ir a luchar por la libertad, lo ha dejado todo atrás. Su Excelencia lo observa pensativo en la popa, agita su bicornio azul:

—Hey, bey, quién eres, ¿quién eres tú que conduces un navío que lleva mi nombre?

El hombre escucha desde su popa, se agarra a la barandilla:

—¿Que quién soy? Pues soy poeta, si lo quieres saber, ¿qué pasa?

—¿Poeta?

—Sí, ¿y qué? ¿Es que está prohibido a los poetas salir mar adentro?

Los gritos de popa a popa se derriten en el agua encrespada:

—Está bien, pero es que no entiendo, no entiendo nada.

—¿Qué es lo que no entiendes?, a ver, dilo de una vez, pobre hombre.

—Pareces ir a la guerra, eso es lo que veo.

—Así es.

—¿De ese modo? ¿Vas a la guerra de ese modo? No entiendo esa sonrisa de loco.

—¡Cómo de ese modo!

—Yo vengo de la guerra mientras tú marchas a ella, no entiendo nada de lo que está pasando.

El hombre se carcajea:

—Déjese usted de bobadas, ¿de qué otro modo podría ser? Estamos en el mundo, hombre, ¿qué otra cosa quieres?

Su Excelencia también ríe:

—¿Y a qué crees tú que vas?

—Voy a morir por la libertad, eso es todo, por la libertad de Grecia. Tengo derecho.

—¿Vas a luchar por la libertad o a morir por la libertad? ¡Dilo, dilo, fuerte que casi no oigo!



—¡A morir!

—Estás loco, vete, vete rápido a tu muerte, pero borra de tu barco mi nombre, sólo te pido eso.

—¿Cómo? ¿Tu nombre? No me hagas reír, mira tus ropas, eres un pordiosero, eso es lo que eres, no me hagas reír.

—Dime tu nombre, olvídalo, era una broma, pero dime por favor tu nombre.

—¿Mi nombre? Lord Byron, señor.

—¡Suerte, suerte!

—Dizque tu nombre, mira bien qué locuras dices, corre a mirarte en el espejo, eso mismo es lo que debes hacer.

—Olvídalo, olvídalo.

—¡Dizque tu nombre! ¿Estás loco? ¡Tú eres el loco, tú!

La visión huye.

Fernando toma a su tío por el brazo, lo invita al comedor; Sopla el viento, el cielo se llena de una espesa fauna de aves. Pasan otros patos, loros, águilas de pajaritos en la cresta, lentos garzones blancos, rosados. Las cagacelas atisban, cazan al vuelo las escupas de estiércol de las otras aves, las tragan:

—¡Mira las cagacelas, míralas!

El hombre que se tambalea en la popa camino del entoldado de proa, cuyo nombre escribió Lord Byron en el pecho de su nave de guerra antes de ir a morir a Grecia, es el mismo que ahora murmura bajo la visión de las cagacelas voraces en el cielo. Un hombre del color del cobre, de pelo apelmazado, consumido en el hastío de los días, en cuyo honor Jorge Washington ordenó a Gilbert Stuar dibujar una diminuta imagen con su firma. Caminando, arrastrando sus botas, pateando los bultos de los aparejos de cáñamo, el cubo de brea, los recuerdos toman cuerpo, se enriquecen, gritan vivaces como papagayos en sus varas, se transforman en otras imágenes más vivas, ya no son lo sucedido en limpio aunque lo sucedido continúa siendo lo mejor de su verdad renacida en la edición:

—¿Dices que lo recordado no es lo mismo que lo sucedido? Hablar a solas es como devorar alimentos invisibles.

Doblan, hacen a un lado el biombo de percal, entran al comedor. Las mesas están listas: tendidas, limpias. En la mesa del fondo, a estribor, todos ven de nuevo al hombre de los recipientes de metal de la noche anterior. Se entretiene él con una taza de café, fuma en una pipa. Tabaco perfumado, fumarola que invade el recinto, da vueltas, busca el roto de la puerta:

—Míralo, míralo fumando.

—¡Ufff!

—¡No tolero ese tal almizcle!

Santana se acerca a Su Excelencia:

—General, ¿quiere usted que le hable al señor?

El hombre despierta, sin más levanta sus ojos:

—No es necesario —dice—. Si es por el humo no hay problema alguno.

Coloca su pipa en la mesa, algunas cenizas apagadas ruedan encima del mantel, expiran. El hombre habla lo justo, lo necesario. Sus gestos son medidos, lindan lo imprescindible. Ha levantado sus ojos del sitio donde antes los tenía, en la lectura, traza un ademán cordial que todo lo refresca, regresa a lo suyo. Usa lentes de aro negro, delgado, el espesor de los vidrios indica una miopía avanzada. Labios delgados, frescos, saludables, siempre húmedos, rosados. Buen color en los pómulos, piel sana en lo visible, pestañas crespas, cejas gruesas, espesas, un lunar de carne en una de ellas, barba cerrada, azul en las mañanas, negra en las tardes. Talco de caspa en los hombros de paño, en el cristal de sus lentes. Corriendo aparece Bernardino. ¿Dos simples visiones?

—Perdón, perdón, buenos días, Excelencia, buenos días mis coroneles.

Coro de saludos:

—¿Qué nos tienes?

Bernardino termina de ajustar sus guantes. ¿Existe en realidad?

—Café fresco, huevos al gusto, arepas de maíz.

Fernando interviene:

—Su Excelencia desea algo de fruta.

—¡Oh!, ¡por supuesto! A ver, a ver, algo de fruta...

—Di, qué frutas tienes, di.

—Bueno, a ver, mango, naranja, papaya. Perdón, la papaya no está muy dulce.

Su Excelencia piensa como entre florestas:

—Quizás naranja.

Bernardino está radiante, brilla tanto como lo invisible a la luz de otros días.

—¿En jugo?

—No, para morder. Dicen que comidas las frutas son mejores que bebidas.

—¿Sin cáscaras?

—Eso sí, sin cáscaras.

Bernardino extiende sus brazos alas:

—¿Y para ustedes?

—Lo que usted dijo, ¿no es así, coronel?

Santana despierta:

—¿Qué?

—Café, huevos fritos, tortas de maíz, ¿no es así?

—¡Eso, eso!

Bernardino se inclina, ajusta de nuevo sus guantes, gesto repetido, vicio, corre a la cocina. En ese momento cruza por la puerta del comedor una sombra. Palacios da el aviso, procura mantener en su lugar a los perros excitados:

—¿Vieron ustedes?

—¿Qué?

—¡La sombra!

—¡Cómo la sombra!

—Sí, aquélla, la que acaba de cruzar por aquí, ¿es que están ciegos?

Santana salta, gana la puerta, ve cuando la sombra dobla por el pasadizo auxiliar. Desenfunda su sable, corre en su búsqueda. Fernando y Palacios permanecen en guardia, atentos.

Cuando Santana llega hasta el pequeño salón y dobla por el pasadizo del fondo, tropieza de pronto con el hombre de la levantadora de seda roja del otro día:

—¿Usted aquí?

—Buenos días, coronel, perdone mi indumentaria pero es que apenas amanece, ¿me buscaba?

—Vimos una sombra, no sabía que se trataba de la suya.

—Descuide, lo comprendo, lo comprendo, en la mañana se forman muchas sombras, eso es frecuente en el invierno, bajando por el río hay tantas visiones, eso es tan natural.

Bajo el brazo el hombre carga su portafolio. Lo abre, busca afanoso entre los papeles, se deleita con el manoseo interno de los documentos, las tintas, los cartones secantes, los sellos. De pronto hace el que recuerda:

—Ah, a propósito que lo veo, coronel, el capitán manda a excusarse ante Su Excelencia, es una pena, créamelo.

—Mi general desea verlo.

—Lo verá, descuide, lo verá tal vez al caer la tarde, aunque sea por un instante, descuide usted.

Santana mira a los lados:

—Durante toda la noche debimos soportar lo de arriba.

—¿Lo de arriba?

—El alboroto ese, ¿es que acaso no lo escuchó?

—¡Oh! ¡La fiesta, válgame Dios!

—¿Cuál fiesta, cómo se atreve?

—Perdón, el ensayo.

—Pero es que también escuchamos ese miserable pliego de calumnias contra Su Excelencia.

—¿Pliego de calumnias?, ¿es eso exactamente lo que oigo? No puede ser, eso sí que no puede ser.

—Exactamente.

—Pues, si es así, eso no debe continuar de ninguna manera.

El hombre saca de su portafolio un pliego, una pluma, un frasco de tinta, escribe. Chupa su lengua, goza su oficio, golosina en sus ojos. Al terminar extiende el pliego:

—Firme, firme aquí, coronel, por favor.

—¿Qué? ¿Que firme qué?

—¡Cómo qué! Pues la petición para que se inicie ya mismo una investigación exhaustiva sobre todo este asunto. No permitiremos que las calumnias prosperen a bordo, y mucho menos en relación con el honor de Su Excelencia.

Santana no entiende:

—Las escuchamos, señor, todos nosotros las escuchamos, venían de arriba.

—Exactamente, eso será lo propio de la investigación.

—¿Puedo subir?

El hombre del portafolio sonríe:

—¿Arriba? Por supuesto, no faltaba más. Y, ¿cuándo?

—Ya mismo, ya mismo, señor.

—¡Oh!, coronel, no sea así, cómo se le ocurren esas cosas, ahora es imposible, todo está en desorden, no me haga eso.

—Sospecho de lo que pasa arriba, eso es todo.

—No me haga reír, coronel, es injusto, se lo juro, nunca he oído algo más injusto, válgame Dios. ¿Me firmará?

Santana firma, los ojos del hombre brillan como nunca:

—¡Ah! Olvidaba lo más importante, cómo pudo haberme ocurrido.

—¿Qué?

—¿Recuerda usted la petición del pasaporte que Su Excelencia me firmó ayer?

—¿Que si la recuerdo? ¡Pues claro, hombre!

—Fíjese usted, no sirve, se trata de una verdadera desdicha.

—¿No sirve?

—¡Muerta, es como si estuviese muerta!

—¿Cómo, qué ha sucedido?

—Olvidamos los timbres, cómo le parece, está muerta. Es triste admitirlo pero es así, muerta.

Santana agita sus brazos, grita:

—¡Pero, hombre, no hay timbres a bordo!

—Eso es lo que usted cree, coronel, eso es lo que usted imagina, pero no es así, no está del todo descompuesto el mundo, mire, aquí los tengo. ¿No los ve?

El hombre palmotea en su portafolio, fija sus ojos en él, Santana parpadea:

—Qué me dice, ¿tiene usted sellos allí?

—Soy un hombre previsivo, coronel, ¿qué se ha creído?

—¿De verdad los tiene?

El hombre vuelve a palmotear en su portafolio, pone a brillar sus pupilas:

—Por supuesto que sí, ja, ja, aquí los tengo, ¿no siente su perfume?

Abre el portafolio. De un bolsillo secreto saca nervioso una pequeña cartera. Introduce sus dedos, selecciona al tacto el valor de los sellos, los pone en la mesita. Guarda la cartera, saca el documento firmado por Su Excelencia en relación con su pasaporte, se acurruca, lo extiende en sus rodillas. Pasa los sellos por su lengua, los pega. ¡Raros sellos para la época! Una vez todo en regla, le entrega el documento a Santana:

—Tenga, tenga la bondad, coronel, recíbame usted.

Santana recibe el papel, no entiende:

—Qué bago, señor, ¿qué hago con él ahora?

—Muy sencillo, pues vuelva a ponerlo en mis manos, así de fácil.

—¿De nuevo en sus manos?

—¿Y qué quiere? Se supone que el trámite debe comenzar de nuevo, ¿no es así? Recuérdelo usted, estamos en un país de leyes, no lo olvide.

—¿Usted se encargará?

—De todo, absolutamente de todo, pierda cuidado, Su Excelencia se merece lo mejor de parte de sus súbditos.

Santana regresa el documento a las manos del hombre, este lo introduce dentro del portafolio, se despide:

—Le ruego me disculpe, coronel, debo poner el documento en el correo lo antes posible.

Se aleja.

Santana sigue al hombre en su recorrido, está mareado. Lo ve salir al pasadizo exterior; observa cuando se detiene en un lugar escondido entre el comedor y la popa, cerca a la estructura del puente. Ve cuando abre su portafolio, cuando de espaldas al paisaje coloca el documento en un sitio donde sus ojos no llegan. Una ráfaga levanta su bata de seda, pone a la vista sus rodillas, sus piernas huesudas. Puesto el documento en el lugar invisible, el hombre se escurre, desaparece por un costado, Santana corre, se oculta para ver. De pronto una paloma desciende sobre su cabeza, vuela hasta una especie de repisa, toma en su pico los papeles, alza el vuelo. Ve pasar la paloma junto a las chimeneas, dar una vuelta en redondo del segundo piso. Al final desaparece por el lado de la popa. El correo acaba de partir.

## ONCE

Santana regresa al comedor. Informa con afán todo lo acontecido, lo visto por él. En ese instante Bernardino está colocando las naranjas en la mesa, los pocillos con el café, los huevos fritos, las masas de maíz. Adicional, un cuadro de queso. Delante de todo aquello Fernando otorga palmaditas de felicidad:

—¡Qué espléndido paisaje, tío!

Su Excelencia voltea:

—Cuando el cuerpo todavía es joven cualquier cosa es paisaje, niño, eso se sabe.

—Déjeme gozar, señor.

—Olvidalo, tienes razón, no está mal, ¿eh? Mira eso, mira eso.

Fernando duda, aplana el mantel suavemente:

—¿Cumplirá usted su promesa?

—¿Promesa?

—De comer, señor, ¿no lo recuerda?

—Oh, por supuesto, lo intentaré. ¿De lo contrario qué haré contigo?

Santana ocupa su puesto, Su Excelencia abanica con su mano en su nariz:

—¡Siéntate despacio, no revuelvas el aire!

Cuando Bernardino se retira a la cocina, Santana rinde un detallado informe de lo sucedido. Habla bajo, confidencial. Nadie lo interrumpe. Vocaliza, muerde las tortas, los huevos, bebe el café, pica el queso, habla de nuevo, salpica el mantel. Su Excelencia se pierde, permanece ensimismado en la presencia de nuevas imágenes. Lo recordado no es lo mismo que lo sucedido, piensa, nunca es igual. Mientras Santana habla, Su Excelencia ve a William Miller, el de Kent, destrozado. Todavía permanece encima de su caballo, muestra aquellos ojos rotos, sangrantes, pero en sus labios supura una risa que contagia. Viene de combatir contra Napoleón, acaba de pasar por Argentina, rumbo al Perú, a sólo unos meses del desastre de Waterloo. Viste los mismos uniformes lustrosos de las batallas de Europa aunque ahora esas ropas se observan raídas a causa de la cortante arena de la puna helada. El

rostro de William Miller parece hecho de viejas viruelas, cicatrizado encima de otras señales. A su lado, ciego en medio de la estepa de hielo está Monteagudo. Más atrás, Manuela. Su Excelencia los ve, árboles quietos, guarda silencio. En cualquier momento vendrá el cornetazo, la batalla. Sabe que está rodeado de tropas enemigas, no puede dormir dos noches seguidas en un mismo sitio por razones de seguridad. Desde varias semanas atrás Su Excelencia preside un gobierno ambulante que anochece al pie de un glaciar y amanece al abrigo de otro. De pronto observa entre la niebla un batallón de sus propios ejércitos, lo reconoce. Llevan la bandera, los uniformes que son. La columna avanza despacio en línea recta hacia las cumbres nevadas. La noche es clara, en el cielo espanta una luna redonda que hace espejo en la arena del suelo. El batallón pasa allí, a pocos metros, no se detiene. Es extraño pero no se detiene. Van cantando canciones de libertad. Durante el día durmieron confundidos soñando que era de noche, ahora en la noche salen a caminar en busca del sol. Van en procura del Gobierno Ambulante cuyo contacto perdieron:

—¡Alto!

Su Excelencia sale al paso. El comandante de la columna atiende la orden, todos montan sus fusiles:

—¿Quién vive?

—¡Soy yo!

El comandante reconoce la voz, se arrodilla en la arena:

—¡Mi general, mi general!

—¡Que tus húsares bajen esos fusiles!

—¡A discreción!

—¿Qué pasa?

—Nos hemos quedado ciegos, general, ya no tenemos ojos.

—¿Ciegos?

—La arena, los vientos, nos han roto los ojos, mire usted como hemos quedado.

Ciegos. Todos aquellos húsares aguerridos traen sus ojos llenos de cristales de arena que les destrozaron los párpados, la pulpa. Llevan más de veinte días caminando extraviados en el vacío, procurando el Estado Mayor. En el amanecer del quinto día, al subir a la puna para evitar ser vistos por el enemigo, soportaron una tormenta de viento y arena que duró dos días con sus noches. Cerraron sus ojos pero la arena comenzó a barrer la tela de los párpados. Se protegieron con sus manos, pero la arena cortó el pellejo en menos de media hora. Expuestos a la tormenta en seco, los ojos fueron



reventando como globos de agua atravesados por finas agujas. Vinieron días de canícula, noches de escarcha que soportaron a ciegas. Cantaron para orientarse, caminaron a tientas. Pero, contra todos los esfuerzos, terminaron perdiendo el sentido del tiempo:

—General, ¿es de día o de noche?

—Es de noche, coronel.

—¡Oh! Lo suponía, ¿no les dije, señores?

Habla a sus tropas de ojos vacíos.

En el fondo de todo, desfigurada, aparece Manuela:

—Fíjate lo que eres, un malnacido, sí, eso mismo es lo que eres.

Su Excelencia no puede entender:

—¿Qué sucede?

—¿Y lo preguntas? ¡Qué desenfado, anoche encontré en tu lecho este pendiente de diamantes! ¿Qué me dices?

—¿En mi lecho?

—Y te haces el loco, como lo estás oyendo, ¡puto malnacido!

—No te azores, Manuelita, estás en un error, cálmate.

Manuela se encrespa, hace brillar sus uñas, se abalanza sobre su presa. En el rostro de Su Excelencia aparece la sangre, heridas, arañazos que el viento helado cicatriza en instantes:

—¡Manuelita, estás azorada, estás azorada!

Santana termina de rendir su informe, Su Excelencia todavía lo mira a los ojos, no lo ve. Nada parece interesarle. Entre tanto pudo morder la carne de una naranja, comerla completa. Lento, tragando gotas. Todas están felices, no lo dicen pero lo denuncian con su brillo. No hay tos, tampoco fiebre. Arriba ya ni se escuchan los movimientos de las tropas, los registros de los clarinetes. Su Excelencia retira su plato, no toca la segunda naranja que espera. Una naranja es bien poco en varios días pero el síntoma aún así parece alentador. Fernando y Santana devoran lo suyo. Palacios monta guardia junto al biombo de percal. Desayunará más tarde. Bernardino presencia el rito, se acerca:

—¿Puedo retirar los platos?

Fernando mira en redondo los despojos, responde por todos:

—Sí, ya puedes hacerlo.

Bernardino hace un cumplido, levanta los platos, deja de último el de los desperdicios de Su Excelencia:

—Este también, negro, ya terminé.

—¿Algo más, señor?

—Quizás un poco de agua, sí, tráeme acá un poco de agua, tengo la boca como un trapo.

Bernardino duda, levanta por fin el plato donde se refleja el mentón de Su Excelencia. Bajo la porcelana aparece un roto en el mantel limpio. Un orificio que manos invisibles remendaron un día. Todos callan, bajan sus ojos ante la vergüenza. En la mesa de estribor el hombre de los recipientes de metal continúa leyendo. Fernando llama a Bernardino, busca distraer el motivo de oprobio, murmura bajo:

—¿Y, aquél?

Bernardino bisbea:

—¿Ese loco? Pues ahí está desde ayer, mírelo, ni se mueve, parece hecho de palo.

—¡Cómo desde ayer!

—Así como lo oye, señor, en toda la noche no se movió de su sitio.

—¿Si lo ves?

—Me hizo mantener encendidas las lámparas toda la noche con ese cuento de sus apuntes, no me ha dejado ni dormir.

De pronto todos sienten cuando el hombre levanta sus ojos, saluda con un gesto amable, pastorea uno a uno todos los objetos del lugar, retoma a lo suyo:

—¿Si lo vieron?

Como salido de una floresta donde a voluntad estuviese perdido, Su Excelencia pregunta a Santana:

—Y, el capitán, ¿en qué quedó lo de ese cabrón?

—El hombre de la levantadora me dijo que bajará en cualquier momento.

—¿Que bajará? ¿Eso dijo?

—Sí, eso fue lo que dijo esa gallina.

Se levantan, salen. En la mesa queda el mantel roto, remendado de afán, triste flor dibujada en la maravilla de la imaginación. Un sol de miedo se incorpora en el cielo despejado.

—¿Cuál gallina?

—Pues el secretario ese que parece un obispo, ¿no lo han visto?

—Y tú, ¿qué piensas?

—¿De qué, señor?

—¡Cómo de qué! ¿Bajará?

—No lo sé, no lo sé, general, aquí nadie sabe lo que puede pasar.

Junto a Su Excelencia los perros saltan nerviosos.

## DOCE

Comienza la segunda noche en el río. El territorio de la patria va quedando atrás, metro a metro el cauce del Magdalena se esponja con las contribuciones de otros ríos antes secos que han crecido con el concurso del invierno de mayo en las cabeceras, en las vertientes. Transcurre el tiempo pero las cosas no se modifican. Van siendo ya las ocho, la oscuridad es casi total en las orillas donde los árboles son visiones borrosas que guardan lutos viejos. Desde el sur soplan vientos que anuncian lluvias, hasta tormentas. Hace casi una hora que en el horizonte se han estado observando las grietas de las descargas eléctricas, con su cola de escándalo de barriles de pólvora reventando encima negras terrazas donde la copa de los árboles se desvanece.

Sombras, negrura en los bordes de encajes de hilos plumizos  
Negrura en el centro del corazón oscuro  
Silencio  
Viento  
Agua y viento  
Tinieblas tibias, vientos y agua  
Lo oculto  
La caída sin retorno  
Morir mismo

Su Excelencia ya no es el mismo que brilló en la mañana, cuando contra todos los vaticinios consiguió meterle el diente completo a su naranja de continuos terrones dulces. Con el paso de las horas ha vuelto a toser, existió un momento en que pareció quedarse suspendido en el vacío sin poder arrastrar siquiera un hilo de aire a sus pulmones. Aquello ocurrió poco antes de las diez de la mañana, cuando todos imaginaban que la salud de Su Excelencia pintaba progresos. Pero no. La tos volvía para recordar el color de mamá, doblada sobre pañuelos manchados de púrpura. Bien sabía él que mamá había muerto de cosa parecida, por lo que después de toser de aquel modo se desplomaba

en medio de meditaciones que estaban como hechas de registros oscuros, de pequeñas plantas pisoteadas en el borde de las losas mortuorias:

—¿Valdrá algo la pena?

¿Valdrá, valdrá, valdrá  
Esto aquello algo  
La pena el esfuerzo la pena?

Siente rabia, putea, patear las tablas:

—¡Iré a descansar!

Los labios de Su Excelencia parecen el borde de una esponjosa torta de cumpleaños.

—Estaba usted tan bien hace sólo unos instantes, tío, ¿qué pasó?

—Dices bien, lo estaba, ahora no hago más que temblar.

—Y, ¿se siente usted indispuerto o un poco mejor?

—¿Mejor de qué? ¿Qué te pasa, chulo?

—Bueno...

—Perfectamente, me siento perfectamente bien, déjate, no es nada.

Su Excelencia camina hacia su camarote sin permitir la ayuda de nadie. Santana, Fernando y Palacios permanecen en el pasillo exterior, contando los dedos de sus manos. Desde allí alcanzan a escuchar su murmullo:

—¡Tiraré afuera las tripas, sí, eso es, eso es!

Luego se oye el golpe de la puerta.

Dentro del camarote, la ventana abierta le recuerda algo: un orificio ciego por donde una bola de fuego se precipita al Infinito.

—¿Bola de fuego que se quema en sí misma? ¡Uff! ¿Qué pasó con mis canciones de antes? ¡Oh!, ya ni voz tengo para cantar. A ver, ¿quién quiere cantar?

Nada parece tener sentido. Ni su pasada gloria, ni los arcos triunfales bajo cuyos gestos tantas veces pasó montando sus caballos de respiración profunda, ni sus amores. Nada. Su cuerpo es a duras penas un desperdicio, la patria ha sido convertida en un cajón relleno de papeles manchados:

Caycedo ha prometido enviar un pasaporte pero el documento no llega a sus manos:

Faltan las firmas de fantasía  
Faltan los timbres  
Aguarden ustedes en sus poltronas que están corrigiendo encima  
de las enmendaduras

¿Dónde están las otras estampillas, qué se hicieron?  
Los sellos se anuncian mediante la voz de sus pajes  
Los hombres de la ley  
¡Upa! ¡Upa!  
He ahí los hombres de los grandes bigotes engominados

La patria rompe el cascarón.

—¡Espera, espera ahí! Hey, ¿qué es todo esto?

Y ve la inmensidad de la mar ondeando en la azotea de la noche, la mar cargada de burbujas brillantes a causa de las lamparas, de las antorchas encendidas. Ahí está Guayaquil, preparando los ejércitos para la campaña del Perú. Los lanceros, los granaderos, la Legión Británica cargada de héroes venidos de Waterloo, todavía enseñando sus mismos uniformes de paños descoloridos a causa de las lluvias y el sol. También están las tropas ecuatorianas. Todos guardan riguroso orden junto a las casas de techos de hojas de palma, madera, de láminas encendidas. Las tropas aguardan el momento de la orden final.

Mar adentro, Su Excelencia percibe el movimiento secreto de Illingsworth, acompañado del rubio Wright. Dos temibles lobos de mar que acaban de recibir el encargo de ir a la caza de buques para la campaña. Buques necesarios, que no se tienen. Carentes de todo sentimiento de compasión, se han estado agazapando ellos tras las crestas del agua, a la espera de alguna embarcación desprevenida. Y cuando en medio de la oscuridad de la noche ven sus luces, escuchan los cantos de la tripulación mientras comen su pan y beben su vino, saltan sobre sus víctimas, las arrojan al mar y toman inmediata posesión del lugar con todos sus anexos. Son varias las embarcaciones que han logrado coleccionar de este modo. Ahítos de alcohol, Illingsworth y el rubio Wright aún entonan los gastados himnos de Waterloo, asomados a la ventana abierta del camarote de Su Excelencia. Los ve sonreír, abrazados el uno al otro en el fondo de un paisaje cruzado de embarcaciones cautivas en cuyos mástiles, como banderas de trapo, flamean los cadáveres de algunos prisioneros cuyo bulto marchito empiezan a picotear las aves de rapiña que han venido de prisa a limpiar la acuarela. Su Excelencia se pasea como un pavo en el jardín:

—Partiremos para el Perú en el mismo instante en que nos sea entregada la Ley de Autorización, todo debe estar listo.

Los soldados de Waterloo golpean con la palma de sus manos encima de sus chaquetas:

—Estamos impacientes, señor.

—También lo estoy yo, pero debemos aguardar la Autorización, eso está claro.

—Como usted lo ordene, general.

—¿La Ley de Autorización? —preguntó Wright.

—Sí, coronel, para poder marchar sobre el Perú, es necesaria.

—¿Y estamos aquí plantados a la espera de un papel? ¿Es eso lo que estamos haciendo? ¿En eso consiste la historia?

Su Excelencia siente que algo le revuelve el estómago:

—Tómelo como quiera, coronel, pero las cosas son como son.

—Y, ¿si acaso no llega esa maldita Ley?

—Llegará, coronel, llegará en cualquier momento, se lo aseguro.

—¿Y si no llega?

La Ley de Autorización para marchar sobre el Perú ha sido solicitada por Su Excelencia con anticipación suficiente, pero no llega. El papeleo se toma cada vez más lento, desde Santafé chorrea el silencio oficial de un modo tan exacto que parece calculado. También el flujo de fondos se ha suspendido. Como ardillas cautelosas, los hombres del gobierno prefieren consolidar por medio de decretos lo mucho que se ha conseguido, por lo que ven la campaña del Perú como una aventura a la que Su Excelencia es arrastrado sólo por la ambición y el orgullo.

Pasan los días, las semanas

Baja la niebla de Santafé arrastrando sábanas de silencio, el  
desdén

Turbios bigotes de gomina lo controlan todo

La ley no llega en las alforjas sudadas

La patria nace con sus trampas brillantes

Pica el cascarón

La picardía

Su Excelencia permanece acantonado en el puerto. Por órdenes suyas han cruzado ya la frontera algunos generales y coroneles. También lo acaba de hacer el gran Mariscal. Pero Su Excelencia no puede ir más allá de la línea imaginaria sin autorización. Nunca como ahora las cosas son tan lentas, como largas vueltas largas vueltas largas. El correo ha comenzado a soportar extrañas dificultades, el dinero no aparece por ningún lado. Vencido el último plazo de la espera, Su Excelencia da la orden de marchar sobre el Perú:

—¡Zarparemos mañana mismo, ya no más esperas!

—¿Sin la Ley de Autorización? —preguntó el rubio Wright, mostrando sus dientes amarillos por el tabaco.

—¡Mañana mismo y en cualquier forma!

—¿Sin la Ley?

—Ya hemos esperado bastante y la libertad de los pueblos no puede permitirse estas licencias, vamos, vamos, preparen las cosas, vamos.

—Eso mismo era lo que yo deseaba escuchar de sus labios, general.

—No podemos esperar más, vamos, ¡upa, upa!

El viento revuelve el pelo rubio del malvado de Wright, sediento como está de beber la sangre de la guerra. Sus ojos sueñan luz, registran el griterío interior. No entiende él otro lenguaje que no sea el de la muerte, fuego que corre al encuentro del incendio.

—¿De modo que al fin nos marcharemos sin la maldita Autorización?

—Tómelo como quiera, hombre, si es que eso lo hace feliz, pero el momento ha llegado.

—¡Me orino en los calzones, general!

Su Excelencia no responde pero en el acto ordena a la fragata *Chimborazo* tomar todas las medidas que le permitan zarpar al alba del día siguiente. Se pasea nervioso. Sabe de las consecuencias de su determinación pero está dispuesto a afrontarlas. Va hasta su casa y se encierra en su alcoba. Ahora sabe con certeza que en su camino al Perú existe otra voluntad atravesada. Una voluntad cautelosa que mete su mano con cálculo en un sentido mientras con la otra ordena hacer exactamente lo contrario. Un alma de doble filo. Encerrado en su alcoba, Su Excelencia golpea los muros de adobe:

—¡Me debo a la libertad! ¡Me debo a la libertad! ¡Que todo se vaya al diablo, me debo a la libertad!

Cae la noche

El viento arrastra hasta la alcoba el carro de los sonidos del puerto

Llanto de rabia, llanto

La voluntad ahorcada como un miembro en punta

Indemne

Mientras la ley lame el papel entintado enreda el sentido

Cuelga la vida de un palo

Para deleite de los hombres engominados

En la ventana hay algo, aletea una sombra. De pronto Su Excelencia percibe el rostro de Manuela, vigilante de todos sus pasos. Patea la hendidura por donde

asoma la imagen, putea a gritos. Luego se va serenando, pide un poco de agua.

—¿Quieres agua? No me bagas reír, bien mío, antes pedías besos, ¿así te tienen?

Manuela arrima el agua, no sólo la sirve ella misma en la taza de cristal sino que parpadea risueña:

—¿Quieres beberme? ¿Mírame, mírame, no notas nada?

Manuela acaba de servirse encima de las sábanas:

—¡Estás tan hermosa! ¿Son los labios?

—Lo estoy para ti.

—¡Más hermosa que nunca!

—Jajajá, arrímate, ven aquí, hombre, ¿qué haces ahí?

Desnuda, Manuela pasa revista a las uñas de sus pies que Natán le estuvo aseando durante la tarde. Su Excelencia se acerca:

—No me permiten salir rumbo al sur.

Ella se encrespa como una fiera.

—¿Quién?

—No lo sé exactamente, pero lo presiento, sí, lo presiento.

—Lo sabes perfectamente, ¡dilo!

—Parecen ser los loquitos de San Bartolomé.

—¿Hasta cuando, bien mío, hasta cuándo serás indulgente con ellos? Perros, eso es lo que son.

—No se trata de eso.

—¿De qué entonces? Ellos carecen de toda autoridad, déjalos ahí parados.

—Te equivocas.

—Vete al Perú, es tu gloria, vete.

—Lo haré sí, pero me acusarán de desconocer la Ley y la Constitución, y dirán que he marchado al sur enceguecido por la ambición.

—¡Cágate en ellos, cágate!

—Ven, arrímate.

—¿Me prometes que te cagarás en ellos?

—¿Sientes mi tibieza?

—¡Oh!, ¡fascinante!... ¿me lo prometes?

—Sí, te lo prometo, loca mía, ven, ven aquí.

—Hummm...

—Ven...

—¡Jijijiii! ¿Me lo prometes de verdad?

—Duerme, duerme, duerme...



—¡Qué cosas dices, que extrañas cosas dices luego de provocar semejante incendio!

—Debo madrugar, mujer, zarparemos al alba, ya está decidido.

Manuela se incorpora:

—Me llevarás contigo, ¿no es así?

—No puedo, no debo. ¿Cómo podría llevarte?

—Eres malo, me abandonas de nuevo, así no se puede.

—Lo del Perú es diferente, amor, entiéndelo.

—¡Cómo diferente! ¡Mientes!

—No te azores, sé perfectamente que allí voy a vencer o a morir, no debo llevarte.

—Siempre fue así, malo, eres el hombre más malo que he conocido, ¡ufff!

—No, te equivocas, lo del Perú es ahora, como nunca antes, el momento de la libertad definitiva, tú no lo entiendes.

—¡Iré contigo!

—No irás, te lo ordeno.

—¡Malo! ¡Mal nacido!

—Duerme, bien mío, duerme, duerme, estás azorada, eso es lo que pasa, cierra los ojos. ¿No oyes el viento?

Las lámparas se apagan con más prisa que nunca

Duerme, duerme, duerme

Una mano recorre el cabello en fuga quieto en su fuga

Los labios indignados la espalda indignada que se ofrece a cambio

Y a lo lejos la sonora carreta del puerto

La noche

No te azores, bien mío

Volveré coronado de gloria no es sino ir y volver

Lamerás conmigo de esa misma miel puesta en la mano serena

Lo prometido es lo prometido

De repente se escucha un alboroto en el piso de encima. Ruidos como de botas pesadas que se arrastran por el centro del salón, paralelas al pálido bisbeo de un largo desfile de zapatillas de charol. Zapatillas santafereñas, sin duda. Delicadas, educadas en sus maneras de alfombra. Bajo aquellas pisadas, saliendo de entre un espeso tejido de hilos secretos, comienza a brotar la música de la contradanza. Una fanfarria lejana interpreta *La Vencedora*. Muchos chiflan, hacen sonar sus pitos. Entonces la contradanza cede su turno

a un minué triste, de notas como suspiros lirios. Una docena de parejas salta al salón, el baile cuaja. Está tocando el Regimiento de las Milicias Pardas.

Su Excelencia sacude su cabeza, gira en el compás de sus botas, mira hacia el techo. Está descompuesto. La frescura de la noche acaba de abrir de nuevo las grietas que el calor del día cerró. Bajan las filtraciones de la luz, las solemnes emanaciones de las lámparas encendidas arriba. Descienden también los perfumes, los bálsamos. Pero las botas de Su Excelencia no giran en el piso del camarote sino en la plataforma del sueño, recostado como está en su camastro, semidormido bajo el entoldado de las fiebres. De un salto queda sentado. Intenta ponerse de pies pero siente que la debilidad general se lo impide:

—Una naranja en varios días es en realidad muy poca cosa, hombre.

—Muy poca, fíjate, muy poca.

—Una naranja y algo de agua filtrada, eso es todo, cabrón, ¿no te parece demasiado poco?

—Lo olvidaba, general, lo olvidaba, es que ya ni la cabeza me suena.

—Te ves pálido, mírate bien, ¡fíjate en esas ojeras de bruja! Hey, hey, ¿cuánto hace que no te miras en el espejo?

Su Excelencia conversa con el espejo.

Aumenta el alboroto de arriba hasta quedar convertido en un inocultable acuartelamiento de tropas. Como puede, Su Excelencia abandona el espejo, se envuelve en una frazada. Apoyándose en los objetos próximos camina hasta la puerta:

—¡Subiré, subiré ya mismo!

Colgado de un clavo en el mamparo, el espejo se tambalea.

## TRECE

Su Excelencia da un traspiés que atribuye al natural movimiento de la embarcación. Ir y venir de las aguas, de los objetos abandonados a ellas como puertas en el viento. Abre la puerta, siente el golpe del aire en su rostro. Las máquinas truenan como sobreponiéndose a la acción de alguna fuerza contraria. En la semisombra del pasillo observa al coronel Santana, pensativo, recostado al mamparo izquierdo, ocupado en asear su nariz con los dedos de sus manos. Pequeñas masas de goma que pega a los maderos. Y hacia un lado, bajo la lámpara que cuelga en el diminuto salón del corredor, percibe los gestos de un lejano conversatorio: es el diálogo que sostienen Fernando y Palacios.

Puerta gastada  
Chirridos de cerraduras como pianos viejos  
Pompa en los pies que repasan la alfombra  
Aquella garganta que se anuncia con su rumor de latosas  
carrasperas  
Lastimosa imagen en el pasillo

Al sentirlo, Santana corre a limpiar sus manos en su chaqueta y Fernando interrumpe su conversación:

—No debió salir, tío, la noche está dibujando señales de tempestad, mire ese cielo, da miedo verlo, ¿ya vio ese cielo?

Su Excelencia se acerca hasta quedar bajo el chorro de luz amarilla que espuma en la lámpara:

—No me gusta lo de arriba —dice—, definitivamente no me gusta para nada esa cosa.

—De eso precisamente estábamos hablando, señor.

—¿Saben algo del tal capitán?

—Nada, general, nada en absoluto, eso es todavía más raro.

—Prometió que aparecería en el curso del día, ¿no es así? —dice Fernando.

—Eso mismo es lo que he entendido, pero aquí ya nada se entiende. A ver, díganme, ¿quién ha entendido algo de lo que pasa aquí?

Los perros saltan junto a las rodillas de Su Excelencia:

—Y para colmo de todo, ese alboroto del baile, tío, ¡es inaudito!

Su Excelencia brilla con el color del pergamino. Exhibe pequeñas cáscaras tostadas en el borde exterior de sus labios. Remos póstumos dejados allí por la fiebre, trozos muertos que él humedece pasando su lengua como sobre carbones, seca mermelada mortal:

—Vamos al comedor ya mismo, tengo cosas qué decirles, vamos.

—Afuera hace viento, tío, un viento perjudicial.

—¿De qué se trata? —pregunta Santana.

—Ya lo sabrán, jóvenes, ¡vamos, vamos!

—Insisto en que hay signos de lluvia allá afuera, tío, podría hacerle daño.

—¿Qué sugieres?

—Pienso que de todos modos sería mejor permanecer aquí, refugiados, señor, eso es todo.

—Aquí o allá, ¿qué más da?

—El viento, señor, no le conviene.

—Descuida, descuida, estoy perfectamente bien y además me he abrigado, ¿no lo ves?

—¿Qué necesidad hay de ir hasta el comedor?

—Debemos hacer que la reunión parezca natural, eso es todo, lo de arriba no me gusta.

—Lo comprendo.

—Vamos, muchachos, vamos de una vez.

Los pasos de Su Excelencia no son firmes pero algo sobrenatural en sus movimientos indica que rechaza cualquier ayuda. Envuelto en una frazada de lana oscura tiene sin embargo en la noche el brillo de un objeto fantasmal. Afuera el viento sopla fuerte, agita la pompa del cabello, barre los pisos. Aliento transversal, sesgado, que parece venir del cielo del sur donde alumbran grandes grietas amarillas de fuego visible y pólvora. Nunca como ahora la distancia entre el pasillo de los camarotes y el castillo de proa le parece tan grande. La noche es total, por reunir lo suyo, muestrario de pocas estrellas, nubes cargadas, lejanas azoteas de tiniebla, relámpagos y aquellas sombras como filetes de plomizos telones.

El aletazo de una corriente retira de su sitio el gorro que Su Excelencia trae en su cabeza, lo hace rodar por la cubierta donde resplandece la brea aceitosa. Y todos observan cuando de tumbo en tumbo el gorro llega hasta la barandilla y cae al agua. Su Excelencia siente que su pensamiento sufre un espasmo, como delante de un aviso siniestro. Y queda lelo, como quien de repente descubre que sobre su cabeza han florecido polvorosos lirios de cementerio:

Ve su vida rota.

Su vida de nuevo como naciendo a solas allá en lo remoto de un lugar de recuerdos en una tarde limpia de San Mateo. Niño, demasiado niño en los años todavía no cumplidos. Tan pequeño que no está seguro de ser él. Percibe la casa, grande y brillante como las casas hechas de luz. Ve aquellos cristales, las copas de plata, las vajillas de porcelana. Y allá en los salones las lámparas como fragantes agapantos de fuego. Pasan personas pomposas que dejan detrás una especie de cola de cometa flotando en un horizonte de perfumes. En el centro, aquella fuente de agua tan andaluza donde en el día bebían agua pulcra los pájaros asustadizos, y hacia los costados aquellas bancas de madera donde tantas veces estuvo él sentado en las piernas de alguien desconocido en la bruma de una memoria casi azul. Una puerta se abre, y como saliendo de la alcoba principal ve aparecer la figura de Juan Vicente. Detrás, observa una imagen borrosa en cuya frente una luz de alba ilumina un nombre:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡María de la Concepción!

Caminan ellos tomados de la mano  
Él como empujándola, haciendo lo del viento en las velas  
Sirviendo de apoyo en la fría desventura de la agonía  
Ella envuelta en la tarde de los trapos inútiles  
Pálida, ojerosa, arrastrada a la púrpura baba mortal  
Tose que tose  
Abandonada al reloj de los días del último calendario  
Acezante

Desaparecen enseguida entre la luz de las copas, las vajillas y lámparas. Detrás, negra en la piel de la memoria, aparece Hipólita:

—¡Oh! ¿También tú, Hipólita?

Trae abiertas las ropas de su pecho, enseña ambos senos lechosos, redondos. En su brazo derecho carga una canasta con trapos blancos, un diminuto peine de carey, frascos con perfumes y un cepillo para el cabello. La negra lo levanta en sus brazos, lo sienta dentro de un platón de aluminio

adornado con calcomanías de colores, signo de otros tiempos. Chorrea de su cabeza un poco de agua que al rodar hacia sus hombros canta con la música de un reino de hadas. Enseguida, bajo un sol benigno elaborado por los vientos y las sombras que se filtran a través de las ramas, se recuerda sentado en las piernas de Hipólita, mamando de su leche. Calostro eterno capaz de reproducir el pensil de sus ojos. ¿Pensil? ¿Qué diablos podría significar eso de pensil? De repente, Juan Vicente entra corriendo al centro del patio, clava en el piso de tierra destapada, entre las flores que allí crecen, un papel donde al lado de muchas otras firmas aparece la suya:

Nos encontramos en una vergonzosa prisión, y somos tratados aún peor que los negros esclavos, en quienes sus amos confiaban más. No nos queda otra alternativa que sacudir este insoportable e ignominioso yugo.

El aliento del sur sopla de nuevo, la hoja de papel es removida de su sitio, arrancada, empujada al caldero de los vientos bajos. Rueda entre las plantas, tropieza en los tallos y finalmente es puesta en el confín del corredor. De tumbo en tumbo recorre toda la cubierta, se precipita al río exactamente por el mismo lugar por donde acaba de desaparecer su gorro. Lelo, Su Excelencia siente que todos los pies del mundo se paralizan como los de un mismo hombre bajo el alero de su pecho que agoniza. La puerta del comedor, un informal biombo de percal, está ahí:

Del otro lado del biombo las lámparas permanecen encendidas. Muestran un especial brillo, similar al producido por el fuego que se mimetiza en el cristal en medio de un aire enrarecido por la humedad. En la mesa de estribor, doblado encima de sus objetos de trabajo, todos perciben al hombre de los espumosos tarros de aluminio. Gladiolo vagabundo de su quietud, de anteojos siempre empañados por la caspa y la grasa de sus párpados húmedos, al sentirse observado incorpora sus ojos y saluda con un gesto callado, lejano. Pero enseguida desciende, retorna a sus labores. Escribe sin pausa, su mano arrastrada por un inaplazable destino.

Bernardino se acerca casi corriendo:

—Aquí me tienen a sus órdenes, señores, estaba por ahí, perdonen, es que el cuerpo a veces necesita de sus momentos de soledad.

—Gracias, negro, muchas gracias. A ver, a ver...

—¿Lo están viendo ustedes al bicho aquel? —dice Santana.

La mesa brilla limpia, tan pulcra como un labio que se abandona a otra boca. En el centro de ella todavía palpitan las flores que Fernando recogió de

la cubierta el mismo día de la partida. Tanto el calor como el viento las han vilipendiado desde entonces, por lo que ahora son como seres irreconocibles:

—¿Siempre vivas?

—Siempre vivas, sí.

—Y, ¡míralas, míralas!

—Es el calor, tío, las ha quemado.

—¿Será entonces el calor aquello que gobierna mi destino, mi gloria? Miren, señores, miren esa ceniza que ha caído encima de las siempre vivas.

Todos guardan silencio. Los ojos ahora sucios en la desesperanza que el lenguaje invoca ruedan desde la altura de las siempre vivas hasta el mantel. Los hombres de Su Excelencia toman asiento. De acuerdo con lo convenido, Palacios permanece del otro lado del biombo montando guardia. El bayo y el rubio enseñan sus lenguas sentados en sus patas traseras. Fernando rompe el hielo:

—¿Qué nos tienes para hoy?

El negro ajusta sus guantes gastados:

—Tengo para ofrecerle a Su Excelencia un fresquísimo caldo de palomas.

Fernando voltea a mirar a su tío:

—¿Lo ha oído usted?

—Caldo de palomas, sí, eso es lo que acabo de escuchar, ¿y qué?

—Debería usted tomar siquiera un poco de esa sustancia milagrosa, es casi un deber.

Como salido de la floresta perdida, Su Excelencia indaga:

—¿De sustancia?

—Sí, tío, de palomas.

—¡Oh! Es casi inconcebible que se pueda llegar a cocinar un símbolo, no lo entiendo.

—¿Cómo dice usted, tío?

—¡De palomas!

—Delicioso, milagroso, ¿tomará usted un poco?

Su Excelencia duda unos instantes, permite que lo ocupen aquellas resplandecientes imágenes:

Hipólita con sus redondas tetas de nodriza

Días de niño, almas a medias, tan nueva como esa nube que apenas sube

Ella bajo un transparente palio irritado por el sol

La lactancia

El deseo de algo vago espumoso en la luz

La inexplicable repulsión  
Anhelo de vivir por la boca rota en el denso humo de las heridas  
invisibles  
De incorporar la sustancia al ser que muere de sed  
Miedo  
Oscuridad en el paladar, sueño  
Desolación en los huérfanos labios

—¿De esa sustancia de palomas? ¿Quieres que tome de eso?

—Sí, tío, hágalo por nosotros.

Su Excelencia siente que su estómago da un vuelco positivo, como de un animal que acaba de despertar a la vida en su vientre. Y comienza a padecer la dulce experiencia del hambre. Algo de comida de sal, ¿un tibio caldo?

—Déjame pensarlo, es que no estoy concentrado, no sé qué me pasa, no sé.

—¿Lo hará?

—Quizás sí, pero que sea sólo un poco, déjame ver...

—¡Hurra! —grita Santana.

Fernando parece conmovido:

—¡El guerrero vuelve de nuevo a empuñar sus armas! —dice.

—Sólo un par de cucharadas, ¿eh?

Bernardino registra el pedido, sonrío, siente que nunca como ahora su vida alcanza tanta significación. Afuera, Palacios monta guardia al pie de los perros. Cansados de dar vueltas, el bayo y el rubio se han sentado junto al biombo. Dormitan como hojas atentas. De repente, empujado por el viento llega hasta el comedor el borbollón del aire que arrastra sus ruidos, sus contenidos. Al principio todos creen estar escuchando a los pájaros. Pero gradualmente el chillido de las aves se transforma en una delgada filigrana de mujeres perseguidas por pesadas bestias que se desplazan con dificultad arrastrando unos genitales sedientos:

—¡Escuchen! ¡Escuchen! —gimió Santana—, oigan ese desorden.

—¿Lo han oído?

—¡Por supuesto!

Su Excelencia queda como clavado en su asiento:

—¡Malnacidos de mierda! —dice—, ya me lo sospechaba.

—¿Qué hacer?

—Propiciaremos un desorden mayúsculo, ya lo verán.

—¿Un desorden?

—Sí, junto a la puerta, hasta que alguien acuda, ya lo van a ver.



—Pero es al capitán a quien necesitamos, tío.

—No importa quién acuda, de todos modos lo retendremos con nosotros hasta que el tal capitán resuelva aparecer.

—¡Oh!

Fernando siente que todas las afugias de su vida vienen a reunirse como cautas viejas desdentadas en un atrio donde él mismo permanece perplejo. Arriba los chillidos de las mujeres son como las notas sostenidas de una canción pagana que alguien interpreta detrás de las cortinas. Y, a sabiendas de que nadie ha solicitado su opinión, decide aventurar:

—Podría ser peligroso, tío.

—Peligrosa es la guerra y sin embargo aquí estamos.

—Me refiero al modo como en Santafé podrían interpolar cada una de nuestras acciones. No podemos equivocarnos.

—Ese modo no me importa mientras nuestra propia seguridad esté en juego.

—¡Yo estoy con Su Excelencia! —dice Santana.

—No revuelques el aire, ¡carajo! ¿Cuándo te vas a lavar ese culo?

Santana vuelve a amontonarse, tratando de que sus ropas no se agiten.

—Tío, no tenemos pruebas exactas de lo que ocurre arriba, eso es todo.

—¿Dudas acaso de lo que tus propios oídos acaban de escuchar?

—¿Y qué es lo que en realidad hemos escuchado? A ver, ¿qué es?

—Acuartelamientos, gemidos de mujeres, movimientos de tropas, ¿qué más quieres?

—Quiero saber quiénes son los tales habitantes de arriba y si los alborotos que venimos escuchando corresponden o no a verdaderos acuartelamientos, eso es todo.

—¡Eres listo, sí que eres listo!

—¿Es equivocado entonces aquello que pienso?

—Por supuesto que sí. Dices lo que deseas conocer pero nada dices acerca de cómo hacerlo.

—Explíquese un poco mejor, tío, no entiendo.

—¿Cómo sabrás exactamente lo que sucede arriba? A ver, dímelo, ¿en qué consiste la táctica que tú propones?

Fernando se desploma:

—No lo sé, no lo sé, pero algo me dice que carecemos de ciertas evidencias antes de dar los pasos definitivos, podríamos cometer un error.

—¿Por qué razón no baja esa mierda del capitán? —interviene Santana.

Santana se recoge de nuevo, como un capullo de estiércol.

—¿El capitán?

—¿No te parece que avanzamos por el río como metidos dentro de una trampa?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¿Quién sabe aquí algo? A ver, díganmelo, ¿quién sabe aquí algo?

—¿Qué te detiene entonces? Si nada es claro, ¿qué te detiene?

Fernando baja sus ojos:

—Me preocupa el altísimo precio de cada paso que demos en falso.

## CATORCE

Bernardino regresa arrastrando los alimentos. Canta por dentro, sonríe, enseña sus dientes rotos. Coloca el caldo de palomas delante de las manos de Su Excelencia, apoyadas ahora en el borde del mantel. Y en un plato aparte dos masas de maíz asadas al carbón. Dentro de la taza se observa la carne amoratada de las palomas sacrificadas: filetes delgados, hilos púrpuras, flancos aperlados. En la misma bandeja de madera Bernardino trae los alimentos de Fernando y Santana: caldo de arroz, porción de carne de pescado de río, trozos de yuca y plátano. Todo sudado al vapor y sosegado con especias. En otro plato más hondo se observa el arroz, adornado con cascotes de ají dulce.

Su Excelencia aproxima la taza hasta ponerla a su alcance, cubre sus piernas con una servilleta de lienzo, piensa. Toma la cuchara de plata, lave temblar en el aire empa ada a causa del humo que asciende. Suspira, fija sus ojos en la luz que baja de las lámparas y hunde la cuchara en el caldo:

Rito

Presencia de la historia en el instante que en cuanto brota en su ser se evapora

Humo solemne donde arde toda la ontología de lo que sólo existe más allá del ser perdurable

La cuchara que desciende cantando a lo suyo y enseguida no es nunca más en la misma sopa

Los ojos trazando el entorno de lo poseído por la sed que avanza en el reloj

El vientre que destapa su envoltorio y huye a la letrina donde la noche se desocupa tan rápido como el corazón

—Humm, no está mal, no está mal.

— De verdad?

—  ame ver, hum, pienso que he dado en lo justo.

Santana y Fernando se miran a los ojos, callan, empiezan a comer. Hay ruido de muelas, chasquido de bocas, flojo sonido de lenguas camperas. Su Excelencia bebe cinco cucharadas seguidas de su caldo, siente que en su frente tropieza el viento de tantas imágenes, se detiene:

—Precipitaremos los acontecimientos, eso es lo que haremos.

Fernando termina de tragar lo que acaba de empujar a su boca:

—Lo único que temo es que todo esto termine en una provocación inútil e irreparable de nuestra parte.

—¿Insistes en eso?

—Es lo que pienso, tío. Si nuestros cálculos resultan equivocados lo habremos perdido todo irremediablemente.

—Pienso que debemos precipitar las cosas.

—Estoy de acuerdo —dijo Santana.

—¿A cualquier precio?

—Al precio de poder definir de una vez por todas en qué exactas manos nos encontramos.

—Y, ¿si son manos enemigas?

—Es mejor saberlo de una vez. De ser así no tendremos otra alternativa que organizar el asalto a buen tiempo.

—¿Asalto? ¿Es eso lo que he oído?

Su Excelencia retira la taza haciendo un gesto soberbio:

—Efectivamente, un asalto arriba, no existe otra alternativa.

—Pero, no tenemos recursos, tío, ¡por Dios!

—Todo depende de cómo hagamos las cosas, niño, en la vida siempre es así.

—¡Recuérdense de Ayacucho! —dijo Santana, despidiendo granos de arroz de su boca.

—¡Revuelcas el aire y encima escupes la mesa!

—No es lo mismo, no es lo mismo, lo de Ayacucho fue diferente.

Fernando no es un hombre de temores pero le preocupa la salud actual de Su Excelencia. Piensa que manteniendo las cosas bajo control y utilizando el encanto de cierta discreta prudencia se podría conseguir por lo menos el objetivo de llegar. Ahora que Su Excelencia ha decidido marcharse para siempre y rechazar cualquier forma de poder, juzga que; sus enemigos triunfaron ganando por doble partida: salieron del estorbo sin necesidad de volver a conspirar en su contra. Para Fernando, las tropas de arriba, si es que las hay, sólo cumplen con el encargo de vigilar que se perfeccione lo que Su Excelencia tanto ha prometido: partir. De esta manera, tomarse por asalto el

piso de arriba significaría una provocación innecesaria, un error cuyo costo ni siquiera se atrevía a imaginar. Come sin masticar, traga entero. De repente pregunta:

—Y, ¿para cuándo sería ese tal asalto? ¿Se puede saber?

—Para ya mismo.

—¿Cómo?

—Como lo estás oyendo, ¡para ya!

Hay frío en la mesa. Un frío intenso que se confunde con el silencio. Arriba cobran cuerpo los registros del clarinete cuando el Regimiento de las Milicias Blancas da trámite a una movida contradanza española. El baile parece haber reemplazado el movimiento de las tropas. Caen en el suelo los cabos de las velas y un esponjoso ruido de claveles macerados revienta en el borde de los zapatos de charol. Nadie quiere quemarse con el fuego. Por las hendidias abiertas chorrea el vapor de los perfumes. Su Excelencia vuelve a introducir su cuchara en la taza y toma pensativo un poco más de aquella infusión milagrosa. Ahora mastica como tallos de apio los filetes de aquella carne deshilachada:

—Humm, debo comer despacio dentro de la prisa natural del momento. Más calma, caraqueño, más calma.

Nadie responde.

Sin terminar aún, Su Excelencia retira la taza, palmotea sobre la mesa. El hombre de los tarros de lata de estribor levanta sus ojos, mira desprevenido y retorna a lo suyo. Escribe sin pausa, febrilmente, asistido por desconocidas fuerzas. Bernardino corre a responder el llamado:

—Negro, tráeme acá un poco de agua. ¿Qué pasó con el agua?

Fernando sale de su silencio como fósforo que se enciende en la noche:

—¿Tienes café negro?

—Sí, por supuesto, señor, acabo de colar.

—Tráeme a mí una tacita, la necesito.

Teniendo cuidado de no revolver el aire quieto, Santana habla casi sin mover sus ojos:

—Y a mí también, negro, pero en taza grande.

Bernardino ajusta sus guantes entrelazando los dedos de sus manos. Acaba de mirar el tazón de caldo casi desocupado y no consigue controlar el feliz brillo de sus ojos. Canta por dentro:

—¿Puedo alzar los platos?

—Sí, llévatelos, llévatelos.

Con el encanto de un prestidigitador, Bernardino enseña de pronto una bandeja de madera donde comienza a colocar las piezas de porcelana, pero deja de última la taza con los restos del caldo. Al arrancarla de su sitio, todos observan aquel preocupante roto en el mantel. Un remiendo diferente, más elocuente que el del día anterior. Hacia una esquina de la mesa, entre Fernando y Santana, aparece de repente otra perforación sin remendar. Poco a poco el mantel se deshace, lentamente se aproxima la muerte. Todos bajan la mirada en presencia de tantas cosas latentes, oscuras, secretamente implacables. Al final de la contradanza se escucha el canto de un búho. Triste canto. Viene de arriba, tal vez de lo más elevado del buque. Sin atreverse a mirar a los lados, Bernardino agarra como puede las últimas piezas descarriadas, corre a la cocina en procura del agua, del café. Los ojos de Santana empiezan a brillar como en la víspera de las batallas memorables:

—Esos margaritos ni se imaginan lo que les espera —dice. Los brazos quietos, los labios rectos, los párpados en su sitio. Y el aire no se revuelca.

Bernardino regresa casi en el acto trayendo la jarra con el agua filtrada, un vaso de cristal vacío y las tazas de porcelana con café servido. En un recipiente aparte trae tantos terrones de azúcar. Tantos, que alumbran como trozos de misterioso relumbrón. Su Excelencia bebe el agua. Dos o tres sorbos. Fernando y Santana ponen azúcar en las tazas, bogan el café.

—¿Vamos ya, muchachos?

—Vamos, vamos, estoy que me como a esos margaritas.

Pero no se han alcanzado a mover de sus asientos cuando se escucha una voz:

—¿Me permiten que los acompañe?

Es el mismo hombre de la levantadora de seda del otro día. Ahora viste impecable: saco gris, pantalón del mismo color, chaleco, un pasador de oro bajo el cuello de la camisa, lazo de seda y zapatos de charol donde la hebilla ha sido reemplazada por un moño.

—¡Oh!, ¿así que es usted?

El hombre no espera ser invitado. Sin más trámites acomete el asiento desocupado y se acomoda con gran solemnidad al lado de Su Excelencia:

—Y, ¿cómo lo ha pasado Su Señoría en el día de hoy? —pregunta.

De sus ropas se evapora una especie de niebla perfumada.

—Bastante bien.

—¡Alabado sea Dios! La salud es el más precioso de todos los bienes imaginables para ese pobre mortal que es el hombre. Sí, es cierto, su semblante lo dice todo, está usted de lo más bien.

Fernando y Santana parecen hechos de piedra fría mientras el hombre continúa:

—Estaba preocupado por ustedes pero he aquí que me los encuentro departiendo tan cómodos como si estuviesen tomando el té en la sala de sus propias casas. No saben ustedes lo feliz que esto me hace, créanmelo.

—¿Preocupado?

—Y avergonzado también, Excelencia. Prometí a usted que el capitán bajaría en cualquier momento pero desgraciadamente ello ha sido imposible hasta ahora.

El coronel Santana se revuelve en su asiento y agarra la empuñadura de su sable. Junto a él se incorpora la misma nube pestilente de siempre. El hombre arruga el entrecejo, mira con prudencia bajo el mantel:

—¡Uff!, pensé que eran los perros —dice.

—¿De manera que tampoco hoy?

—Fue imposible, materialmente imposible, por lo que se me ha asignado el encargo de darle a conocer a Su Excelencia los verdaderos motivos de este molesto inconveniente.

—Soy todo oídos, tengo derecho a saberlo todo.

El hombre vuelve a mirar bajo la mesa, repasa las suelas de sus zapatos y al encontrarlas limpias voltea a ver a los lados:

—¿Los perros están afuera? —pregunta.

—Allí, junto al biombo, ¿no los ve?

—Bien, bien, prosigamos, ¿por dónde iba?

—Hablaba sobre los motivos que han impedido al capitán...

—¡Eso es, eso es!

El hombre se dobla encima de la mesa como para atravesar con un cuchillo la carne de un secreto:

—El capitán está enfermo, ésa es la verdad. Esta mañana amaneció con algo de pus en sus ojos. Se trata de un secreto pero pienso que Su Excelencia debe estar informado de la verdad.

—¿Pus en los ojos? —gimió Fernando.

—¡Shsss!

—¡Pobre hombre! —dijo Santana, sin moverse.

—Un espectáculo deplorable, sí, es cierto, pero ya mismo ha iniciado un riguroso tratamiento con limón asado y agua con sal.

—¡Pus en los ojos!

—Y, ¿puede ver?

—Sí, no se preocupen por el viaje que no se suspenderá de ningún modo.

—No es el viaje aquello que me preocupa —dice Su Excelencia.

—Lo sé, lo sé, es la patria, por supuesto.

—Y mis documentos, necesito mis documentos, sin ellos estaré perdido.

—¡Oh! ¡Lo olvidaba! ¡Cómo puede ser posible! Eso era lo otro que debía informar a Su Excelencia.

—¿Qué?

—Pues que su petición de hace unos días fue remitida de inmediato a su destinatario para lo de su competencia.

—Pero la respuesta no llega, nada llega, ¿cuánto debo esperar?

—Aún no, Excelencia, pero eso es explicable. El correo de Santafé no es ahora el mismo de antes, ya usted lo sabe, han sucedido tantas cosas desde entonces.

—Necesito además el dinero de mi libranza, señor, no es solo el pasaporte, lo de la libranza tampoco es claro.

El hombre queda lelo:

—Perdón, ¿de qué libranza me habla usted, Señoría?

—¡De la que consta en este papel! ¡Mírela! ¡Mírela!

Su Excelencia busca en sus bolsillos, saca el documento. El hombre aspira profundo, agarra el papel y lee detenidamente. Está recostado al espaldar de su asiento como multiplicando imágenes vacías. Suspira, dobla los pliegos, ladea la cabeza:

—Percibo un problema —dice—. No es grave pero de todos modos es un problema.

—¿En la libranza?

—Sí. ¿Observa usted aquí este espacio vacío?

Su Excelencia voltea a mirar:

—¿Y?

—Pues que no debería estarlo, eso es todo.

—¿Falta algo allí?

—¡Oh!, ¡por supuesto! Faltan los sellos, general, ¡los sellos! Un país no puede nacer así.

—¿Cómo los sellos!

—Ja, ja, ja, faltan todos los sellos, pero eso no importa, no se preocupe, todo se resolverá, para eso estoy yo aquí, lo que pasa es que nadie se ha acostumbrado todavía.

—Yo no tengo esos tales sellos, señor.

—Calma, acepto que se trata de un requisito quizás demasiado formal, eso es cierto, pero ocurre que en estos tiempos de fundación de la patria debemos



obrar con especial tacto.

—No me opongo a que así sea, señor, pero...

—Lo sé, lo sé perfectamente, y tengo la solución en mis manos.

El hombre busca en los bolsillos de su saco y coloca un envoltorio sobre la mesa. Lo abre, como las mujeres del mercado desanudan los pañuelos que cargan en su seno: timbres, sellos de todas las denominaciones, trozos de actas copiadas en caracteres diminutos, codificaciones con su articulado, párrafos, numerales e incisos, transcrito todo en letras microscópicas vestidas de santo, plumas para escribir, secantes de tinta, frascos con tinturas de diferentes colores y demás útiles de oficina. Orientado por su instinto, el hombre introduce sus dedos en el envoltorio y saca dos sellos por el valor exacto requerido:

—¡Aquí están!

Moja los sellos en su lengua, cantando, los coloca donde debe ser. Silba trozos cortos de canciones lejanas. Pasa un pliego de papel secante encima de todo y le extiende el documento a Su Excelencia:

—¡Qué hermoso es todo esto! ¡Qué fascinante!

Su Excelencia lo toma en sus manos.

—Bien, muy bien, eso es, ahora vuelva usted a entregármelo, Excelencia, dímelo todo de nuevo.

—¿Cómo?

—¡Je, je, je! ¡Por supuesto! ¡Mire usted qué espectáculo más lindo!

—No entiendo este juego, señor, ¿qué es lo que pasa?

—¿Juego? De ninguna manera, Excelencia, no se trata de ningún juego.

—¡Insisto en que no entiendo toda esta mierda!

—Calma, calma, somos los hombres de las leyes, señor, los hombres de una patria en formación. Entréguele usted el documento ya mismo y verá que pronto lo entenderá todo.

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Pues para que el trámite se inicie como debe ser, sin nulidad alguna desde sus mismas fuentes, así de simple es el asunto, así de fácil, no se preocupe.

Lelo, Su Excelencia retorna el papel a las manos del hombre:

—¿Se encargará usted del trámite?

—Por supuesto, será un honor, todo un honor, para eso estoy aquí, ¿no lo ve?

—¿Del pasaporte y de la libranza?

—De todo, Excelencia, precisamente para eso estoy aquí, déjeme obrar con manos libres, se lo ruego, es cuestión de paciencia y de un poco de comprensión.

La noche avanza. Y de repente lo absurdo se toma natural, accesible a todas las puertas. El hombre guarda su envoltorio en uno de los bolsillos de su saco:

—¡Je, je, je! ¡Qué maravilla, qué maravilla!

Se pone de pies:

—Buenas noches, Excelencia, buenas noches, señores, debo actuar con rapidez, perdón, perdón.

—Buenas noches.

Sale del recinto, se pierde de vista, ha dejado un charco de babas en el suelo.

—¿Qué hacer ahora? —pregunta Fernando. Pienso que las cosas han cambiado, ¿no es así?

—No lo sé, no lo sé, siento que la cabeza me da vueltas.

De nuevo hay frío en el comedor, páginas de frío que la incertidumbre pasa hoja a hoja. La sombra de los asientos; de la mesa, de sus ocupantes chorrea al piso. El hombre de la mesa de estribor levanta sus ojos, hace un gesto amable. Estira sus piernas dormidas, se levanta y camina hasta el ventanal. Desde allí mira desprevenido la oscuridad de la noche.

—Tengo sueño —dice Su Excelencia—. Oh, qué sueño tengo.

—El caldo ha comenzado a obrar, tío, debería recogerse de una vez, hágame caso.

—Sí, tienes razón, iré a dormir.

Santana sale de último para no revolcar el aire.

## QUINCE

De regreso al camarote el camino no es tan penoso como antes. Es extraño pero algo que ocurre en su cuerpo lo hace menos penoso. El caldo empuja desde el vientre, arde en las tripas como un zarzal seco y las imágenes son entonces frescas en la ventana. Su Excelencia está más animoso:

—¡Psss! ¡Psss!

Acaricia la cabeza de sus mastines.

Como a través de un cedazo roto de todos lados chorrea el resplandor de una luna diferente. Luz expulsada, lejana y próxima al mismo tiempo en la bajamar del cielo. De repente, aterrizada de invisibles anaqueles, todos observan cuando una paloma viene a posarse en el sitio acondicionado para la correspondencia. Picotea casi encima de sus propias patas, enseña el nervio de sus alas, rebrinca. Luego levanta vuelo. En sus garras lleva un rollo de papeles:

—¡Miren, miren aquello!

—¡Una paloma!

—Es el correo, quizás sea el correo.

—Pero es extraño —comenta Fernando.

—¿Extraño?

—Sí, es de noche, ¡no es posible!

La paloma da una vuelta completa en redondo del vapor y desaparece por el costado de estribor:

—¡Ha desaparecido!

—Quizás voló hacia arriba, ¿no lo creen?

—¿Hacia arriba?

—Tal vez no, no estoy seguro, no vi la trayectoria.

—Yo pienso que voló hacia Santafé.

—¿En plena oscuridad?

Todos callan.

Las manos enemigas cagan su enigma amarillo

Dejan abandonados los granos encima de las azoteas confusas  
Pica el ojo desprevenido  
Baja el veneno al vientre como el sol al incendio donde se tuesta  
La lejanía  
Paloma, paloma, paloma dímelo  
¿Qué se hizo tu vuelo que era como hecho de blancas tejas?

Su Excelencia llega a la puerta de su camarote, se despide, desaparece detrás del madero. Sólo sobrevive en la pupila la niebla luminosa que chorrea de la lámpara. Arriba el baile enseña sus facciones, cobra una fuerza que humilla. Se danza al compás de la música del Regimiento de las Milicias Anaranjadas. Sólo se tocan aires de la tierra que las parejas más jóvenes bailan, despachan a brincos sobre el piso de tablas. Se filtra el polvo como un césped gris hecho de finos granos, y con él se cuelan también los perfumes. Su Excelencia agarra su cabeza entre sus manos, se tumba en el camastro. Abre la ventana y vuelve a tumbarse de espaldas, lelo en la noche:

Y observa uno a uno iluminados los objetos de su aposento. Ahí están los baúles del viaje, su escritorio de campaña, la mesa con el platón donde manos imaginarias vienen a lavar sus máculas, su valija de efectos personales, el asiento donde ella reposa convertida casi en una sombra de veladura. Siente un ruido, un resoplido, tiembla:

Al lado de sus baúles de viaje, saliendo del mamparo de madera, ve venir su caballo. Su Excelencia da un salto, queda sentado en el borde del camastro:

—¡Ven, ven Pastor! ¿Qué te pasa?

El caballo atraviesa el mamparo, termina de salir, resopla, cabecea extrañando el aliento de los objetos próximos, rema con sus manos. Rema suave, como lloviznando pasos suaves en redondo de un pequeño lugar. Baja y sube su cabeza, manojo de tallos de apio que rebrinca. Su cola cepillada es algo que flota perdurable. Vienen y van las orejas:

—¡Ven aquí! ¿Es que no te acuerdas? ¡Ven, ven!

Su Excelencia tiende su mano, brota el heno, el carretón, la alfalfa. Pastor resopla, reconoce el olor del fantasma:

—¡Acércate más, carajo!

Sobre la mesa de noche brilla un plato de porcelana donde Fernando trajo por la mañana unas ramas de apio, de yerbabuena. Su Excelencia camina hasta él, agarra el manojo en sus manos y se aproxima al animal:

—Toma.

Pastor agita su cabeza, da un paso adelante y estira sus belfos de terciopelo grueso. Muerde, resopla, comienza a desaparecer:

—¡Quédate, carajo, no te vayas! ¿Por qué me haces eso?

Flota la cola cepillada, brilla el anca blanca. Desde el mamparo tapizado con papel de colgadura Pastor vuelve a mirar, resopla. Fieles al efecto del reflejo en el espejo sus ojos duplican la lámpara encendida. Suena un golpe en la ventana:

—¿Quién vive?

Su Excelencia gira en sus tacones, ve la imagen que ha golpeado: la cabellera, la cofia de encaje en su frente, los labios tiernos y aquellos ojos tan perdidos:

—¡Teresa! ¿Ahora eres tú? ¿De verdad que ahora eres tú?

Tiembla. Un frío de náuseas filtra la ventana, pesada página donde la fiebre anota sus tibias cosas. Camina hacia ella, lentamente, temeroso de llegar a alterar la serenidad de la imagen. Llega al camastro, se arrodilla en las sábanas. De cerca, Teresa sonríe. Está vestida como en aquel mes de mayo en Madrid, cuando la fiesta de bodas. Después el manto nupcial se transforma en un sombrero de alas y Teresa recupera la imagen de aquel día en la Coruña, cuando junto con él embarcó rumbo a Caracas. Quiere palparla pero Teresa lo detiene:

—Espera un momento, amor, espera, no me toques, me volvería polvo en un instante, deja quieta esa mano.

Su Excelencia queda paralizado:

—En el nombre de Dios, ¿a qué has venido?

—Sufro.

—En el nombre de Dios, respóndeme con claridad, ¿a qué has venido?

—Ni cuerpo, ni sentimientos, ni manos para tocarte me dejó la vida que perdí. Nada, nada me ha dejado.

—¡Respóndeme, carajo!

—Sentí que me llamabas, sí, eso fue.

—¡Oh! ¡Dios mío!

—No temas de mí, ¿qué te pasa?

—¡Hace tantos, tantísimos años!

La imagen de Teresa se deteriora, duerme su propia desaparición. Ahora es sustituida, de lienzo a lienzo, por la de una mujer de mirada de mucho mundo:

—¿Qué?

La imagen sonríe, muestra sus dientes perfectos, los labios pintados, perfectos:

—De nuevo en el nombre de Dios, ¿quién eres? ¿Qué diablos es lo que está pasando?

—¡Adivínalo!

—Respóndeme, ¿quién eres en medio de ese miserable borrón, eh?

—Haz un esfuerzo, niño, recuérdalo, qué ingrato eres: ¿Por qué te han echado ceniza encima?

—¿Tú?

—Recuerda, fue en París.

Su Excelencia pierde la paciencia:

—¡Cerraré la ventana!

—No, aguarda un instante, no puedes hacerme eso.

—Por última vez, respóndeme en el nombre de Dios, ¿quién eres?

—Fanny.

—¿Fanny? ¡No puede ser, no puede ser!

—¡Oh! ¿Es tanta mi desfiguración?

—¡Ven, ven, no te vayas!

Una ráfaga azota la ventana. Cruje la madera, los dientes mastican otros dientes. Y todo queda de repente tan vacío como lo estaba al atardecer, cuando desde allí Su Excelencia pudo ver el agua escrita en la orilla, los árboles gigantes, aquellas colonias de pájaros cayendo en el aire como rápidas piedras.

Confusión en las ideas, aberración en la memoria. Nada de despejo. Hipo, extremidades frías. Arriba la fiesta se perfecciona. Su Excelencia tiene la rara certeza de haber hablado durante horas. De haber hablado a solas poniendo a volar sus manos, enseñando sus dientes amarillos. Está amaneciendo como sin noche previa, sin condición alguna.

La fiebre ha ido a la esquina por su pan para el desayuno, por tabacos, pero volverá. Hay duermevela.

## DIECISÉIS

Palacios llama a la puerta desde hace rato. Su Excelencia despierta, salta, queda sentado en el borde del camastro. Han pasado cuatro días pero nada parece cambiar. Arriba continúan los mismos movimientos de tropas y durante las noches se acentúan los signos de la fiesta, pero el peligro que una vez se presintió en todo aquello parece haber desaparecido. Con el paso de los días cuaja la costumbre. Del capitán se pudo saber que todavía padece de misteriosas condensaciones purulentas en sus ojos, por lo que se teme que la contaminación se ha tornado de verdad resistente a las medicinas convencionales. Pero todo indica que el viaje no se suspenderá de ningún modo. Palacios vuelve a golpear la puerta. Su Excelencia limpia con sus manos las cuadras de sus ojos, organiza maquinalmente su pelo y camina tropezando los objetos, casi cegado por la luz que inunda la ventana. Abre la puerta:

—¿Qué es la joda, carajo?

—Perdone usted la interrupción, general, pero ahora mismo estamos pasando por Mompox.

—¡Cómo ha de ser!

—Ahí lo tiene, mírelo usted mismo, mírelo, mírelo, ¿no lo recuerda?

Casas blancas brillantes bañan su sombra en el río. Sobre la orilla la multitud se agolpa. Su Excelencia sale a cubierta donde la luz abunda como rota basura de espejos. Camina hasta la barandilla, se agarra con fuerza. Ha dormido vestido una vez más. Apelmazado, su cabello muestra la señal de la almohada. Con una mano intenta de nuevo organizar su pelo y con la otra se sostiene en pie. Y en el borrón de sus sentidos ve, escucha la apoteosis, el griterío de la multitud que pronuncia su nombre. Toda la población se ha volcado sobre la orilla. Los ancianos, los niños, las mujeres, los hombres. Baten sus manos, sus trapos de colores, sus herramientas de trabajo. Han venido los sastres, los peluqueros, los herreros. También los artesanos de las sillas de mimbre con sus muebles de bordadura, los trabajadores del oro mostrando las calzas de sus dientes, las piedras engastadas en los anillos de

filigrana donde el día se abrillanta. Todos gritan, saludan al hombre que avanza solitario rumbo a la mar en procura de un instante de silencio, de paz. Tan solo de una porción de lejanía para poder morir.

Blancas casas visibles en el detenido humo de la luz  
Muros, paredes secantes de lentas tintas de ojos  
De tintas verbales paralizadas en el chorro de la boca  
Cartones blancos ahitos de tintas, de vísceras diarias  
Pueblo mío de todos los lugares  
En cada piedra tuya un corazón extendido  
En cada cáscara de cal esa bala insigne, ese amor, aquel suspiro  
del intestino  
Muros, patios como desadoloridos hospitales de árboles, almas  
niñas tan sueltas en lo sombrío  
Tan sueltas  
Tanto como la niebla de aquello que no se tiene o se tuvo algún  
día  
Paredes secantes de tantas vidas  
Donde todo pasa Permanece.

De repente el vapor acelera como obedeciendo a una inesperada urgencia. Mompox es puerto obligado en la ruta pero todo indica que esta vez el navío no se habrá de detener ni siquiera en cumplimiento de una escala técnica. En las orillas crece la multitud. Algunos agitan ahora inmensas hojas de plantas que han teñido con acuarelas y cales de diferentes colores. Es la gloria.

Desde el momento en que el vapor atraviesa una línea imaginaria en el río, comienza a caer una espesa lluvia de flores: siemprevivas, violetas, lirios del campo, campanas, carretones empujados desde los páramos, clavellinas. Lustrosas, las aguas se ven cubiertas de reflejos, vaporizadas de perfumes que vienen de las lejanas tormentas del tiempo.

El vapor vuelve a doblar su velocidad.

Un escuadrón de aves diminutas agrieta el cielo despejado. Chillando agujas, los pajaritos picotean la cabeza de un gavián en fuga. El gavián avanza, tasajea la claridad en zigzag, fija sus ojos en los acontecimientos de abajo. Da una vuelta en redondo perdiéndose por el lado de estribor, reaparece por el alcázar de popa. Sobre su cabeza los diminutos pájaros no dan tregua, no deben descansar hasta expulsarlo de su territorio. El gavián se detiene, cometa suspendido, gira. Encrespa sus plumas, agudiza la mirada. En el cielo azul hace su siesta de pesadilla. Los pájaros ganan altura, cagan desde



arriba en los ojos del gavilán. Vilipendiado, el gavilán emprende de nuevo la fuga, se hace pequeño en el horizonte, desaparece:

—José, ¿qué voy a hacer con estas tripas? A ver, dímelo, ¿qué hago con este buche?

¿Voz, murmullo, pensamiento interior?

Nadie escucha, pues desde las orillas chorrea el espeso calostro de la apoteosis que vomita su nombre, sus raras hazañas. Muchos de aquellos hombres enseñan en lo alto sus armas de fuego, disparan al vacío. Por todos los graderíos de tierra pulpa comienzan a bajar columnas de húsares armados que corren a ocupar los champanes estacionados en la ribera. Son los soldados empobrecidos, mutilados por la guerra, cuyos uniformes de otros tiempos salpican el suelo destrozados por la podredumbre. Vienen descalzos, famélicos, aunque dispuestos a volver a morir una vez más por la gloria de esa cosa fresca y sangrienta que ellos conocían con el nombre de patria. Cosa abierta, destripada, amada. En instantes, aquellos champanes se ponen en movimiento, rumbo al vapor que cruje en el centro del río empujado por la cuchara delantera cuya velocidad se ha duplicado de nuevo. Las calderas trabajan a toda máquina, el humo se atropella en las chimeneas, el cielo se empaña como un párpado que rueda encima de las cenizas secas. Dentro del pecho, Su Excelencia escucha el martillo que golpea la esponja más púrpura. Delante de sus antiguos soldados y sin acariciar ningún falso sueño, Su Excelencia siente que sus ojos son visitados por densas caravanas de imágenes que trotan por los callejones:

Ve otra vez el pequeño campamento de Jauja, apasible en las azoteas de un aire detenido, frío. Al fondo las moles de piedra custodiadas por desiertos de arena. Más arriba, en lo imposible, las cumbres nevadas, los volcanes, las fumarolas por donde supura la tierra su bilis. Viene del triunfo de Junín y se tropieza de bruces con una noticia que le encalambra los ojos:

—Y, ¿qué se sabe de Santafé?

—Lo peor, general.

—¿Cómo lo peor?

—Sí, lea usted mismo el correo, léalo no más, léalo.

Su Excelencia lee, permanece mudo, mastica sus propios dientes. Patea, patea el piso. Camina de un extremo al otro del salón, arrastra más de lo debido los tacones de sus botas como sucede cuando pierde el control. Va hasta la esquina del canapé, regresa a la otra esquina. Y de paso por el mueble del centro barre con el puño de su mano derecha las copas que hay encima:

—¿Cómo pudo haber sido posible?

Las copas estallan en el piso.

Perpleja en un rincón, Manuela sabe de memoria que debe esperar un poco la curva de la temperatura. Su Excelencia recorre de nuevo el salón, pisotea los vidrios rotos, clava en ellos sus ojos. Sólo entonces ella decide hablar:

—¿Qué ha sucedido?

—¡Lo peor! ¡Lo peor!

—Dímelo.

Su Excelencia tiembla:

—No podrás siquiera imaginarlo.

—Habla de una vez, por Dios, ¿qué ha pasado?

—Ese miserable consiguió finalmente lo que tanto buscaba.

—¿Qué?

—El Congreso acaba de revocarme la Ley de Autorización.

—¡Es él, es él!

—Sin duda.

—No lo entiendo, acabas de derrotar a los ejércitos del Rey.

—Sí, pero quieren impedirme que me corone de gloria en Ayacucho.

—¡No lo entiendo, no lo puedo entender! ¿Es así como piensan la patria?

Manuela exhibe espuma en el borde de sus labios. Un borrón de espuma, aquella grieta siniestra en el centro de su frente. Sus ojos fusilan los objetos, su pecho tiembla:

—Yo te lo dije, debiste matarlo a tiempo, yo te lo dije tantas veces.

—La miserable envidia será aquello que nos perderá para siempre.

—¡Malnacido!

Manuela viste un traje rosado debajo del cual su piel resulta mucho más lechosa. Piel quiteña, de blanco lodo insurgente. Acaba de cambiar su uniforme de húsar por ese traje rosa, para aquietar con su resplandor el natural nerviosismo de Su Excelencia en vísperas de la batalla definitiva contra los ejércitos del Rey. Amando, jugando, haciendo alboroto, Su Excelencia piensa mejor que nunca, encuentra siempre otras alternativas, superiores estrategias. Es una ley de su alma. En su sabiduría de hondo olfato, Manuela entiende que debe sosegar a su hombre vestida de mujer y no de soldado. Antes de la guerra nada mejor que el espectro del amor. Pero la noticia de Santafé lo acaba de estropear todo. Arrinconados contra los glaciares aguardan los prestigiosos regimientos de Burgos, Gerona, Fernandinas. Lo mejor de España. Están armados hasta los dientes y cantan himnos sin reposo para poner a circular su sangre congelada en medio de los altos hielos.

Perfectamente uniformados, profesionales del bien y del mal, aquellos soldados se acicalan delante de espejos que ellos mismos se fabrican poniendo a congelar agua de las vertientes en pequeñas cacerolas redondas. Y permanecen tranquilos, agazapados en la niebla que el imperio colonial prolonga desesperadamente, atolondrados por la falsa ilusión de que las tropas americanas jamás irán por ellos hacia legiones donde hasta el terciopelo de los frailejones gotea escarcha. Todo ocurría entonces como si el Rey, arrinconado en su orgullo herido, acabase de ordenar a sus tropas vivir al pie de los volcanes, más allá de todas las nubes conocidas, para conservar al menos la gloria de papel de permanecer en América aunque fuese de aquel modo. Pero Su Excelencia era un raro perro de caza dispuesto a ir hasta el final.

Manuela sabe perfectamente que eso es lo que Su Excelencia viene soñando de tienda en tienda, de noche en noche, cuando hacia la madrugada conversa a solas, emite órdenes locas que son como piedras rodando por los callejones:

—¡Fusílalo!

Su Excelencia no responde. Observa los muros, la grieta de humedad que chorrea del techo, las copas rotas en el suelo, la guirnalda que la brisa fresca forma en la cortina del ventanal. Y ordena al correo abandonar el salón:

—No puedo hacerlo, tú lo sabes perfectamente, simplemente no puedo hacerlo.

—¿Cómo que no puedes?

—No está en mí.

—Pero es tu enemigo escondido y tienes ahora en tus manos toda la gloria, todo el poder militar, es el momento de hacerlo.

—De llegarlo a hacer perdería en un instante toda mi gloria y pasaría a la historia como un tirano despreciable, ¿lo entiendes?

Manuela no puede impedir que la espuma continúe acumulándose en el borde de sus labios:

—¿Qué harás?, ¿qué harás entonces?

—No lo sé.

—¿Regresarás a Santafé?

—¡No lo sé, no lo sé!

Los pequeños champanes se separan de la orilla del río, en travesía y comienzan a navegar rumbo al vapor principal donde Su Excelencia arruga el cuenco de sus ojos para ver mejor la lejanía. Mompox brilla bañado de leches secas. Muros blancos resplandecientes en la mañana, techos amusgados,

salpicados por la caca memoriosa de las golondrinas. Caen al agua las siemprevivas, las violetas, las clavellinas, los lirios del campo, aquellos carretones traídos de la sierra. Por las puertas de las casas brotan tantas vasijas cargadas de otras flores que las mujeres y los jóvenes derraman en el agua. Tanto el valor principal como los pequeños champanes flotan ahora sobre un territorio esponjado de flores. En la proa inundada de una paz triste, la cuchara come alucinada una rápida sopa de perfumes, pistilos, polen y abejas arrastrados desde la floresta. Como humo suelto, toda la gloria se esponja.

La embarcación de Su Excelencia acaba de duplicar otra vez su velocidad, truenas. En el centro del río, donde fulge la línea imaginaria del viaje de la buena ventura, la cicatriz se hace entonces más honda. Perplejos, los soldados que acaban de subir a los champanes para ir a palpar aunque fuera la madera de la popa, el miserable francobordo del vapor, observan que el navío de Su Excelencia se pierde río abajo inalcanzable en medio del estruendo de sus calderas.

Mompox va quedando atrás:

Blancos muros lejanos en el ojo donde la memoria sustituye a la  
imagen  
Secantes intervenidos por el secreto que campea en la leche de cal  
Techos de barro, musgo encendido en las gracias del viento  
De golondrinas cacas  
Aquel chorro sangriento de los murciélagos locos en los mangos  
de almíbar  
La lejanía constante, siempre la lejanía de la ventana que nunca  
llegó  
Toda la cal dilatando esa claridad  
El farol apagado en el borrón del tiempo  
Pacientes sillas al descampado, asnos en los parques detenidos  
Bosta callejera coronada de mariposas  
La gota de sudor en el callejón de la frente que piensa  
Aquel oro en la mano de la sarracena

La mano de Su Excelencia agarra la barandilla, agarra fuerte:

Vuelve a verse en Jauja sin poder abandonar el insomnio donde lo empuja el recuerdo. He ahí el mismo vallecito del Alto Perú, calcado en lo que fue, donde los vientos helados cristalizaban las aves en las madrugadas del invierno. Han pasado varios días. Hay paz en la casa, pero Su Excelencia se

pasea nervioso por los corredores a la espera del resultado en Ayacucho. El Mariscal Antonio debió reemplazarlo al frente de sus tropas y marchó de inmediato en busca de los ejércitos del Rey, pues su Excelencia decidió respetar las órdenes llegadas de Santafé en el sentido de no ir más allá de lo autorizado. Pasan los días, las noches, pero los correos no vienen con las noticias de la batalla que decidirá la suerte del Rey en América. Desfilan las nieblas, cruzan también los pájaros hilvanando aquella hierba donde pastan como animales los ojos agónicos de quien permanece en la ventana:

Hasta que una tarde, con gran estruendo, alguien cae de bruces en las gradas del portal. Acaba de desplomarse de su cabalgadura. Todavía habla cosas incoherentes, sus ropas se observan picoteadas por las águilas, los cóndores hambrientos. También su piel. Está boca abajo, inmóvil, irreconocible. Pero cuando Su Excelencia da vuelta a su cuerpo con el pie derecho, reconoce que se trata del capitán Alarcón. En sus manos agujereadas por la acción de las larvas tiembla un papel firmado por el Mariscal Antonio:

—¡General, hemos derrotado al Rey de España!

Su Excelencia grita, brinca, corre a abrazar a Manuela mientras otros atienden al capitán Alarcón. Ella viste de soldado, lleva puesto un tricornio azul adornado con plumas amarillas a voluntad de su ingenio desocupado de los últimos días. Su Excelencia baila con ella, salta, brinca una contradanza:

El general Valdés, y con él el Rey de España, acaban de ser derrotados para siempre. Comienza en el mundo un nuevo periodo de su historia de loca perdida. La tierra está abonada con tanta sangre que parece fértil. La guerra ha terminado. ¿Terminado? No, apenas vuelve a comenzar. La boca de los hombres es sólo una pobre huérfana en ausencia de la sangre.

Su Excelencia sirve dos copas de San Lúcar, bebe junto con Manuela. Sus ojos atraviesan la muselina transparente que cuelga en la ventana del salón:

Ve al Rey.

Ve al Rey comiendo flores tristes que él mismo le extiende de sus manos generosas, leales. Rodeado de sus soldados pomposos, célebres ellos en la ruina de sus armas valientes, muertos como panes ahitos de levadura fermentada, el Rey llora de rabia. Está abajo, colocado en anaqueles inferiores, y desde arriba Su Excelencia lo observa con piedad. Pero, más arriba aún, en una azotea escondida, ríen sus enemigos. Tapan sus bocas con la mano, murmuran asuntos de lodo y brillo aparente. Acaban de salir de clase y permanecen en la puerta de la escuela. Cóndores finos de cuello de pajarita, de alas y picos acicalados. Muy pulcros, abanican sus alas extendidas al sol de la plaza de San Bartolomé, dejan ver debajo sus códigos, sus leyes como

cuchillos. Se pavonean, sacan las letras de los párrafos, aceitan las tildes de los incisos, paisajean la patria. Toda la patria que pronto será suya. Entre tanto, allá en Jauja, Su Excelencia baila *La Generala*, chupa la boca de Manuela agrandada por el espíritu del vino, no cabe en sus calzones. Busca la carne y la encuentra: Manuela, ven. Y la señora del pobre viejo de Thorne rebrinca como una potranca, ofrece su tricornio, chupa los labios de su héroe, los párpados, desliza al suelo sus polvorientas ropas de húsar. A su lado, Jonotás carcajea, alborota, baila lo demencial mismo hasta dejar el vaho de sus genitales impreso en los brillantes recuadros del piso.

Serenos en su cálculo, los cóndores de la plaza de San Bartolomé aguardan su oportunidad. Qué vergüenza, dicen. Qué vergüenza señores, señoritas, no es nuestra culpa que ellos sean así.

La velocidad del vapor es tanta que pronto desaparecen las últimas imágenes de Mompox. Como puede, Su Excelencia camina hasta la popa. Desde allí agita sus manos perdidas, se despide de la multitud que ya ni se percibe. Pero, como en Honda, de repente se escucha el trueno de una voz:

—¡Que cesen de inmediato los homenajes!

El grito espanta bandadas de pájaros antes mimetizados en la floresta de las orillas:

—¡El tirano que baja por el río no es más que un nudo de ambiciones!

Su Excelencia parece no entender.

—Tío, tío, ¿escuchó usted?

—¡Es una infamia!

—¡Un nudo de ambiciones que sólo persigue su propia gloria!

—¡Malnacidos!

—Viene de arriba, ¿sí lo están oyendo?

—¿De arriba?

—No lo sé, es que no se sabe.

—Pienso que sí, de arriba, oigan, oigan.

—No, creo que de la orilla, me parece que es de aquella orilla.

—¡Miserables!

La voz vuelve a escucharse, esta vez más lejana, débil como si viniese de un lugar oculto en el bosque, del lado de estribor donde brillan las aguas de una ciénaga casi azul sembrada de lotos:

—¡Un dictador que sólo conoce el idioma del general acostumbrado a gritar a sus soldados y a ser obedecido ciegamente! ¡Esa es la piltrafa humana que huye por el río, no se equivoquen ustedes, no más flores!

Su Excelencia responde, grita, pero pronto debe desistir. Sus pulmones comienzan a sentirse vacíos y en segundos lo sacude un espasmo. Un espasmo mortal. Agarrado a la barandilla de popa tose hasta doblarse como un trapo lavado. Tos seca en un principio, tos que al final cobra el sonido de la flema que se desgarrar de las paredes interiores. Vieja cal. Y pinta espuma bermeja en el borde de sus labios. Una espuma que se apresura a retirar con su pañuelo de lienzo:

—Si pudiese despacharlo todo de una vez —dice.

—Inténtelo ahora mismo, tío, aproveche.

—No puedo, ya te he dicho que no puedo.

—Existen pócimas, señor.

—¿Y es que no entiendes, carajo?

Vuelve a toser.

En la distancia, Mompox ya no existe.

## DIECISIETE

Las casas desaparecen. Su Excelencia escupe en el suelo, mira de reojo el color, la consistencia de su saliva, siente miedo. No sabe de qué pero siente miedo. En sus oídos aún resuena el oprobio, aquel ultraje. A sus espaldas Palacios monta guardia. También lo hacen el rubio y el bayo de ceniza de paja. Aúllan, rompen la mañana con su enigmático sonido de sirenas de luto. Santana acaba de proponer ir al comedor para tomar el desayuno y todos a su manera lo siguen. Su Excelencia se acerca donde está Palacios, extiende su brazo derecho encima de sus hombros, lo estrecha:

—¡Mi buen José!

—Debe usted tranquilizarse, señor, no haga caso de esas cosas.

—Lo sé. Resistiré hasta Bocas de Ceniza, te lo prometo.

—Por supuesto que sí, ¡no faltaba más!

—En Sabanilla tomaré un velero y voltearé las tripas, eso es lo que debo hacer.

—¿Podré ir con usted?

—Sí, irás conmigo.

—Le hará bien, señor.

—Lo sé, me curaré para siempre, y luego emprenderé mi viaje definitivo.

—¿Dónde al fin?

—Jamaica, tal vez Londres, aún no lo sé.

—Y, ¿volverá?

—Sí, volveré, pero no aquí. Iré a Caracas, allí nos encontraremos de nuevo.

—¿Caracas?

—Bueno, quizás San Mateo.

—¿En la Hacienda?

—Sí, muero por volver donde nací, perderme en los patios, morir, ¡estoy asqueado!

Mientras hablan, Su Excelencia y Palacios caminan hacia el comedor. El sol calienta y el vapor parece haber retornado a su velocidad convencional.



Las cucharas de proa bajan y suben como los párpados de alguien que se ahoga entre el lodo. De repente, en el cielo despejado se observa un punto en movimiento. Es el gavilán que regresa trayendo en sus garras una serpiente. Se aproxima en su vuelo, pasa revista a la cubierta con su cabeza inclinada, da una vuelta por el costado de estribor y desaparece como si hubiese entrado al piso de arriba por una de las ventanas abiertas del otro lado invisible. Su Excelencia percibe el detalle, prefiere callar. Nadie ha visto, escuchado nada. Y ni él mismo está seguro de ser cierta su interpretación de los hechos. Toda la leche de las cosas que componen la imagen del destino chorrea por su rostro. Tiembla.

Dentro del comedor el aire es más fresco que en cubierta. Atento, Bernardino acude a la puerta:

—Los estaba esperando —dice.

—¿Qué nos tienes para hoy? —pregunta Santana.

—Carnes, huevos, caldos, hoy la cosa está mejor que otros días, hoy todo es abundancia.

—Y, ¿frutas?

—¡Oh!, lo olvidaba, por supuesto, también tengo frutas.

Todos se concentran en Su Excelencia, cuya mirada ausculta los diferentes espacios del recinto:

—Y, ¿aquél? —pregunta Fernando.

—Sigue ahí, tampoco ha dormido en toda la noche, me desespera este tío.

—¿Tampoco anoche?

—Parece un murciélago, eso mismo es lo que parece ese hombre, un murciélago.

Testigo del tiempo

Ojo puesto en el intestino que hace su siesta

Cronista de lo invisible aquel hombre ahí

¿Quién habla sino el amor, el respeto

Quién comprende como no sea el adolorido Aquel que comió con el dolor del mismo plato Con la muerte bebió leche de la misma ubre Quién?

La historia no es la verdad sino apenas el sentimiento de lo que llaman verdadero

Tejido de afectos ocultos

La historia presume de una higiene imposible

No entiende que por su boca también habla el corazón

El hombre siente que hablan de él. Hace un gesto educado, saluda brillantando sus ojos, regresa a lo suyo. Ahora escribe utilizando un

complicado implemento metálico de otro tiempo. Bebe, chupa de un segundo tarro de lata que acaba de abrir. El recipiente suda, la espuma brota por su orificio, chorrea por los bordes:

—¿Qué diablos bebe ése?

—Cerveza, señor.

—¿Cerveza? ¿Y qué diablos es eso?

—Sí, un invento nuevo, un invento que vendrá en el futuro, no se sabe cuándo.

—¿Cómo lo sabes, negro?

—Me lo dijo. Además, yo mismo levanto de la mesa los tarros vacíos.

—¡Oh! ¡Qué bicho más rancio nos ha tocado!

El vapor se balancea.

Las mesas pierden su equilibrio. Sólo entonces Su Excelencia percibe cómo las flores que resplandecen en el centro de la mesa aún están frescas. Las acaricia con la punta de sus dedos, duda en el tiempo, piensa. Al verlo, Bernardino se apresura a explicar:

—Son de las que acaban de tirar en Mompox, señor.

—¿Al río?

—Sí, en su honor.

—¡En mi honor! ¡En mi honor!

Y ve de nuevo lo invisible:

Primero el agua, luego la prolongada línea que lleva a la mar, después la vuelta que se insinúa al fondo sembrada de manglares batientes. Ahí está la imagen de Lolo Boussingault, atolondrado por la repentina visión de América. Toma nota, observa el desarrollo de los acontecimientos con excitación. A su lado, Manuela, recostada en el lecho. En toda la extensión del aposento se pavonean dos docenas de gatos de todos los colores. Pasa Natán llevando una ponchera con agua fresca para el baño de su señora, un pan de jabón perfumado, aquella toalla blanca entibiecida en los alambres al sol. Casi inmediatamente detrás cruza Jonotás, alborotando con sus carcajadas y sus sucias botas de soldado. Lleva puesto su uniforme militar, pestilente, casi adherido al cuerpo. Lanza órdenes, vuelve a carcajearse. Afuera, en el vecindario, de todas las casas próximas al Palacio Presidencial mandan cerrar las ventanas. La esclava de la señora está excitada, alborota más de lo permitido por el honor, escandaliza.

En medio de la acuarela, tendida en el lecho permanece Manuela.

Muestra su pecho desnudo, terso, rosado como todos los pechos quiteños. Lolo Boussingault llama de repente a la puerta, Manuela le ordena seguir,

atravesar el tabique. Los ojos del científico no pueden creer aquello que observan: mamando del seno de Manuela hay un osezno. Se trata del mismo animal que durante las semanas anteriores ha estado correteando por la casa, causando heridas en las piernas de los visitantes, haciendo el pánico. Pero ahora las garras del osezno están puestas en los pechos desnudos de Manuela. Viendo sus ojos de espanto, Lolo comprende el motivo que impidió a Manuela atenderlo en el salón como siempre lo hacía.

—¡Don Juan!

—¡Oh! Señora, perdone usted.

—No se preocupe, vaya por favor a la cocina y tráigame un tazón con leche, rápido, vaya usted rápido que este animal me va a matar.

—¿Leche?

—Sí, rápido, que este animal no quiere soltarme.

La boca de Manuela está húmeda, excitada, ríe entre líneas.

Bernardino trae el desayuno a la mesa. Pone de primero el plato con la porción de fruta delante de Su Excelencia, luego coloca los otros servicios. Sus movimientos parecen cantos, himnos serenos. Su Excelencia suspira, cubre sus rodillas con la servilleta de tela y empieza a comer. Mastica despacio, ensimismado en lo invisible que desfila delante de sus ojos. Está herido. Todavía percibe, borrosa, la imagen de Jean-Baptiste, a quien también decían Lolo por causa de afecto. Y lo ve entrar de regreso trayendo presuroso el tazón con leche. Lo coloca junto a la cama de Manuela no sin antes pasarlo por las fauces del animal. El osezno olfatea, sigue con su mirada la trayectoria del recipiente, retira sus garras del pecho de Manuela, baja a la alfombra y bebe salpicando el piso. Ella suspira, cubre su desnudez, sonrío:

—¡Ufff!

—¡Señora mía!

—Todavía es un animal feroz, déjelo, no se acerque usted.

Al beber, el osezno gruñe como un perro cuando Jean-Baptiste intenta acercársele:

—¿Qué hago ahora, señora mía?

—Rápido, llame por favor a Coxe, este animal es un peligro.

Jean-Baptiste va al patio y regresa con Coxe. Traen lazos. Juntos dominan al osezno mientras traga, mientras distraído salpica la alfombra. Y, amarrado, bola afelpada, Coxe lo arrastra hasta el patio. Sin preguntar nada saca su pistola y lo despacha para siempre de un solo disparo en medio de los ojos. El animal da un salto hacia atrás, convulsiona, se dobla. Sentada en el lecho, Manuela escucha el disparo, sonrío:

—Ya está —dice.

—Pobre animal, señora mía.

—Era un peligro, don Juan, ya lo ha visto usted mismo, pobrecito, era un verdadero peligro.

La sonrisa de Manuela no desaparece mientras abotona su blusa.

Su Excelencia también escucha el disparo y reconstruye en el acto su dormitorio, la noche, el mes, la hora exacta. Los pasos de Carujo en las escaleras, los gritos, el tumulto en los corredores. Baja un telón iluminado y en él aparece la imagen de Fergusson bañada en sangre. El coronel se dobla de espaldas, rueda por la escalera. Los ojos de Carujo brillan, sus manos todavía sostienen la pistola humeante.

—Hace calor, ¿no es cierto? —comentó Fernando, como quien dice cualquier cosa.

—¡Ufff!

—¡El de hoy será un día de infierno, miren ustedes el cielo, mírenlo, ni una nube!

—De infierno es poco, ¡miren ese azul!

—¿Podremos por fin ver al capitán?

Nadie responde, las mandíbulas trabajan. Han pasado algunos días del viaje pero nada cambia: se repite el agua, se copian los manglares, las ciénagas extensas sólo son la continuación de otras inundaciones, los pájaros de hoy imitan los chillidos de ayer. Toda la vida a bordo ha terminado convertida en un insulso paseo entre la proa y la popa, el comedor y los camarotes. Quizás por ello la ilusión de llegar se acrecienta como un batido de claras de huevo, ahoga sin decirlo los diarios ojos impacientes, empuja.

Perdidos entre ropas esponjadas, imágenes que se duplican y palabras que sobran, Fernando y Santana conversan, comen sus huevos revueltos, opinan bobadas sobre el día, el viento, las orillas, beben café, mastican sus masas de maíz. De repente, Fernando siente que una mosca revolotea en el aire encerrado, gira, se posa en sus labios. Mosca diferente que dejó en su vuelo una estridencia especial como de alas en el esmeril, arco de cerdas de un violín que se arrastra sobre cuerdas de tripa de gato. Fernando no otorga importancia al asunto, espanta la mosca. El animal levanta su vuelo. Es verde, tornasol, y su cuerpo se observa del tamaño de un grano de maíz esponjado en lo húmedo: mosca nunca antes vista. Y cuando todos laven elevarse perciben de pronto otras dos que han entrado al recinto. Dan vueltas en redondo de la mesa, se posan en los huevos revueltos como pesadas gotas de barro que

Santana aborrece con toda su alma. Acaban de estropear su desayuno. El coronel maldice, pide licencia para desahogarse:

—¡Putas moscas! ¡Miren dónde se han venido a cagar!

Pero no ha cerrado todavía su boca cuando otro escuadrón atraviesa el biombo de la puerta, pone sus alas en el esmeril. Y, una a una se posan en todos los platos, recorren el borde de las tazas de café, saborean las masas, la tortilla:

—¡Nos están invadiendo! —grita Santana.

Bernardino corte, abre sus ojos:

—¡Negro, cierra rápido la puerta!

—¡Las verdes otra vez! —dice Bernardino.

—¿Las verdes?

—Sí, vienen de la ciénaga, estamos en la época. Se han asustado con el ruido del vapor.

La puerta del comedor no es en realidad lo que se dice una puerta. Se trata de una cortina de percal de color amarillo improvisada en el sitio como lo fue también el comedor. Bernardino corre, cierra como puede aquel biombo. Pero un segundo escuadrón tropieza el percal, de modo que muchos de esos insectos revientan a causa del impacto y otros tantos ruedan por el piso. Desde allí, heridos o no, se arrastran bajo la cortina y entran. Muchas de esas moscas traen sus palas untadas de estiércol, hasta de sangre fermentada de algún cercano campo de batalla. Su Excelencia parece estar viendo de nuevo lo invisible, sabe que desde mucho tiempo atrás reside en el territorio de la fiebre:

—¡Vámonos!

Una tercera oleada de insectos se estrella contra la cortina:

—¡Salgamos ya, no resisto este espectáculo!

Todos corren a la puerta, salen. En los platos solemnes las moscas devoran los restos del desayuno, se escucha el trajinar de sus mandíbulas. Sorprendido, el hombre de la mesa de estribor abandona también el comedor. Parece alterado por los acontecimientos y camina en dirección a la popa. Pasa junto al puente, cruza por el primer pasillo, se pierde.

—¿Recuerdan ustedes el episodio de las plagas de Egipto? —pregunta Fernando.

—Aquéllas no eran moscas, sino, ¿cómo se dice?

—¿Langostas?

—¡Cállense, carajo!

Afuera las moscas no entorpecen. Todo indica que han elegido como principal objetivo la mesa del comedor. Abierto el biombo, regimientos compactos de aquellos insectos entran al recinto hasta convertir la mesa en un hervidero tornasol donde la luz se incrementa:

—Vienen de las ciénagas —insistió Bernardino—. No se puede hacer nada.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, ¿de dónde más podrían venir?

Nadie dice nada.

De pronto una de las moscas alza el vuelo, da una vuelta en redondo a la mesa. Detrás se levanta un puñado y tras éstas se incorpora el enjambre. La estridencia del esmeril es total. Algunas revientan al estrellarse contra los mamparos que se interponen en su ruta a veces ciega, otras buscan la luz de los ventanales donde tropiezan con los vidrios y los anjeos hechos con telas de mosquiteros. Pero el grueso del grupo consigue rehacer la promisoría orientación de sus pasos iniciales, busca a tientas el roto de la puerta y en pesado zig-zag asciende hasta casi perderse en la transparencia del día. Todos ven cuando las moscas entran en rigurosa formación y cuando al dar la vuelta al navío por el costado de estribor desaparecen definitivamente:

—¡Se han ido! —exclama Santana.

—Es extraño, miren ustedes, miren.

—¿Qué?

—El modo como han desaparecido.

—¿Qué sugiere, tío?

—Digo que no comprendo cómo al doblar por la proa no aparecieron después por la popa, eso no es normal.

—¡Es cierto, es cierto!

—¿Irían arriba?

Nadie responde. Fernando toma su estómago con ambas manos siente frío:

—Tío, ¿usted está sugiriendo que esos bichos vinieron de arriba?

—No lo sé. No los vimos bajar pero sí los vimos desaparecer, nadie se está inventando nada.

—¡Oh! ¡Dios mío!

Fernando siente miedo por la primera vez. Sabe que nada en el viaje es transparente: el capitán no aparece, los documentos se confunden, se extravían en su trámite, el hombre del comedor continúa siendo un enigma. Al paso por Mompox ha vuelto a tronar aquella misma voz que en Honda

dispuso poner término a todos los homenajes. El vapor avanza como entre tinieblas y ahora las moscas acaban de desaparecer misteriosamente. Sin embargo, el viaje avanza sin otros contratiempos y a veces en oleadas rápidas, alcanza a llegar hasta el olfato de Su Excelencia la presencia de la mar cada vez más próxima. Nada es transparente, es cierto, pero todo transcurre dentro de lo previsto. Siendo así, ¿cómo precipitar errores ingenuos que en el momento de llegarse a producir pasarían a engrosar la cuenta de cobro contra Su Excelencia?

Mientras todos conversan en cubierta Bernardino retorna al comedor. Al llegar al biombo de la puerta lanza un grito desgarrador:

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¡miren aquello!

El coronel Santana corre al sitio, observa el desastre: las moscas acaban de devorar el mantel, las flores que había en el centro de la mesa. Y se han bebido también el café de las tazas, el agua del florero.

Confundido, Santana regresa donde Su Excelencia lo espera:

—Se han comido hasta el mantel —murmura.

—¿Cómo?

—No miento, por Dios, han devorado la tela, la mesa está desnuda.

Su Excelencia piensa en los pueblos que acaba de liberar:

—¿El mantel?

—Y las flores también, todo.

Todos callan. En la distancia, Bernardino no se atreve a entrar al recinto del comedor. Su Excelencia siente que el bayo y el rubio oliscan cerca de sus botas:

—Regresaré al camarote, señores, siento movimientos en mi estómago.

—Vaya tranquilo, tío, nosotros montaremos guardia.

—¡Psss, psss!

—Déjalos conmigo, José.

Los perros siguen a Su Excelencia.

La distancia hasta el camarote es ahora mayor que siempre. Una distancia pesada, cargada de enigmas. La fiebre vuelve, reanuda su ciclo. Mira el horizonte del río, el paisaje que se extiende al sur en sentido contrario al que lleva el vapor en la ruta de la mar. Ve nubes lejanas, bosques espesos, ciénagas brillantes que van quedando atrás. Piensa en su gloria, en los arcos triunfales de un día. Vuelven las ciénagas de pantano en cuya superficie revientan burbujas espesas de fermentación en el intestino del universo. Ahí está él bajo los arcos bordados de hojas de laurel, de regreso de Junín, de Ayacucho. Sentado en el corredor de su casa, en Lima, observa los regalos:

una vajilla de oro, la misma que debió vender en Santafé pocas semanas atrás para poder emprender el viaje por el río; la carroza del Virrey, también, desde cuyas portezuelas de oro lo saluda Jonotás, ebria junto a Manuela y Natán la linda, cagadas de la risa las tres, señor, alborotando el esponjoso perfume de la mañana; y aquel uniforme también de oro que ahora se admira en el espejo enclaustrado en su aposento para que nadie lo vea con él puesto.

Continúa caminando abrazado a Palacios. Llega a la puerta de su camarote, se despide de todos, entra. No son aún las nueve de la mañana. Al cerrar percibe algo en el piso. Se apoya en los baúles, recoge aquello: es una carta que le ha sido deslizada por debajo:

General:

Permítame presentarme ante Su Excelencia confesando que quien le escribe estas líneas es sólo un testigo comprometido con su destino personal y nada más. Dirá usted que esto es demasiado poco en la actual desventura porque la patria está por encima de cualquier asunto y no le falta razón. Sin embargo, ya verá usted las cosas atroces de que es capaz eso que denominamos el tiempo pero que otros llaman la historia. Ya podrá observar hasta dónde llega su capacidad de olvido, de ingratitud, de acomodo. Y hasta qué punto sus enemigos de ahora tendrán el cinismo de invocar su prestigioso nombre al hacer exactamente lo contrario de lo que usted haría. Pero así es la vida, como un largo ruido de lluvias falsas. La soledad a la que ha sido arrojado y el destierro de que pronto será víctima ciertamente son resultados naturales. Deplorables pero naturales. ¿Qué cosas no se han dicho de la señora Manuela? A ella se la han tenido que tragar como un vermífugo las esposas de los señoritos de Santafé, de la patria entera, y hasta ellos mismos que no se le resisten para nada en el lando, en las ventanas del palacio, en la calle, en los bailes donde fulge a su lado. Se la han tragado, es cierto, por miedo, pero se la cobrarán caro, Excelencia. El ser humano es así: destripa, mastica, pisotea, perfora con sus uñas. Tritura no sólo el alimento sino todo aquello que se coloca a su alcance. Masticar es su destino, hasta la muerte. Esa es su naturaleza. Muchas ratas del futuro chuparán de su memoria, de su sombra de ángel. ¡Y resulta que usted es ahora un traidor! Conozco que se le acusa de desmedida ambición. ¡Qué le vamos a hacer! Eso es lo que murmuran precisamente aquellos que jamás podrán alcanzar su dimensión. También se afirma que arrastrado por ella, usted ha ido más allá de los límites territoriales permitidos por el Congreso. Se le acusa, en síntesis, de violar la Ley y la Constitución. Desconozco si esto ha sido cierto. Además, no me interesa. Pues, aun siéndolo, ése sería su mejor motivo de orgullo. Pues a cambio usted ha hecho una obra: tuvo de lugartenientes suyos a los mejores soldados de Waterloo, Austerlitz, Moscú; puso en el palacio de los Presidentes a su amante; fue generoso con sus enemigos e intachable con sus amigos; estuvo por encima de todas las ratas engominadas que ahora corren a tomarse todos los rincones de la patria en su nombre; y derrotó al mejor de los ejércitos de Europa. He oído decir que piensa abandonar la patria, irse para siempre, traicionado por casi todos. Opino que, de poderlo hacer, sería lo mejor. Es doloroso aceptarlo, pero es así. Sin embargo, presiento en su destino un desenlace que ni siquiera me atrevo a insinuar. Cuídese usted, general. Y cuando le pido que se cuide ni siquiera sé por qué exacta razón lo hago. Pues hasta juzgo que tal vez sería mejor no hacerlo y terminar de una vez por todas con esta miseria revestida de tanto lujo. Definitivamente. Los hombres que triunfarán serán siempre aquellos cuya grandeza consista en la gris celebridad de reclamarse los hombres de la ley. Pero nada se podrá contra ellos porque la ley es siempre mucho más que un papel, mucho más que un simple trazo de tinta: ¡es la humanidad mediocre! Y, contra ella, nada se puede. El mundo futuro será de quienes, como las ardillas, deriven su poder de la acumulación ordenada de una almendra detrás de la otra. El gran



magnicidio de la humanidad lo cometerán precisamente los hombres de la ley, y se cuidarán de hacerlo meticulosamente en su nombre. Pero nosotros, los que pertenecemos al ruido de la imaginación y de la audacia, siempre tan próximas, estaremos condenados a la derrota y a la soledad. Seremos temblorosos desechos sociales, muertos en vida, perdidos de cualquier regazo posible y fugitivos de todo sosiego: somos definitivamente románticos. Me perdonará usted el atrevimiento que significan estas reflexiones. Nada especial pretenden ellas como no sea manifestarle a tiempo mi afecto ahora que se prepara para salir de la patria. Y si Su Excelencia encuentra merecida de mi parte una respuesta suya, bien puede hacerlo colocándola en un sobre cerrado dentro de su buzón de correspondencia. Los encargados del correo se las arreglarán para ponerla en mis manos, pues ellos conocen de mi actual paradero. De usted, con los mejores sentimientos de respeto.

Uldarico Clavel

Al terminar de leer, Su Excelencia siente que otro hombre acaba de ir por él a la letrina.

## DIECIOCHO

Mira los baúles, el edredón fermentado que cubre el camastro, el brillo de la madera de su escritorio. Todo aquello bañado por la saliva violeta del crepúsculo. Color de rara tristeza, piensa. Y vuelve a ver las tardes de su infancia en San Mateo, espolvoreadas como panes serenos con aquel mismo tono le luz.

Entre tanto la ventana permanece abierta a la visión del río. Pasan los mismos árboles de hace cinco días, se calcan las ciénagas, los pájaros, pero en realidad nada es idéntico. Extensos manglares en formación, aguas en secreto movimiento. De vez en cuando un guáymaro, un cámbulo, un búcaro donde la sombra del día esconde la diferencia, el borde, el color. Percibe los esquemas, los entiende. Mompox ha quedado atrás, su griterío. No ha vuelto a salir de su camarote. Ha preferido permanecer oculto, meditando en la carta de la mañana. Un documento para ser pensado, se dice. Quizás sea mejor no comentar nada de ella todavía. Es mejor.

La carta contiene juicios que sin ser interesantes podrían resultar peligrosos. ¿Quién será ese tal Uldarico Clavel? No lo sabe. Ni lo adivina siquiera. Además, ¿cómo pudo haber llegado esa carta a su camarote? El día es como un líquido dentro del cual se piensa. Un líquido que huye sin pensarlo hasta que de repente cambia de color.

Por la ventana la tarde oscurece. Y con la llegada de la noche el ruido del vapor se hace más sordo, espeso. Van siendo casi las siete pero en el horizonte todavía existe algo de luz. Escasa, deshilachada en las ramas pero ahí está. Las naves de la ventana fulgen relativamente quietas, ligeramente agitadas sin embargo por la acción del viento, por el vaivén del vapor. ¿Serán los árboles los principales fantasmas del miedo, lo móvil en el corazón de lo invisible?

—No, hijo, no son los árboles —dice una voz. ¿Por qué tendrían que ser los árboles?

Su Excelencia siente frío, pesado granizo en la boca de su estómago. Revisa el camarote, ojea los cuatro costados donde las sombras son como

animales agazapados. No ve a nadie. Pero de pronto en la ventana se dibuja alguien. Inicialmente parece el triste vestigio de un animal. Segundos más tarde se insinúan los rasgos principales: se trata de un hombre desorganizado que lleva puestas misteriosas prendas de sacerdote:

—¡Oh!, ¡no es posible!

El viejo ríe:

—Todo es posible, hijo, todo en el mundo es posible.

—Mi querido Robinson, ¿tú aquí?

—Calma, calma.

—Te hacía muerto.

—¿Muerto? ¿Muerto yo?

—Sí, no había vuelto a tener noticias tuyas, ¿qué querías?

—Muerto he vivido.

La voz de Robinson es firme, escarpada. Sus ojos como de piedra brillante. Las manos secas, huesudas. Robinson viene del ser y de nada. Durante su ausencia ha debido desempeñarse como traductor, nodriza, mecánico de imprentas, maromero en un circo del Cáucaso, destilador de mentas y otros licores, maestro:

—No sabes la falta que me has hecho por estos últimos tiempos, viejo, si vieras.

—Lo sentí, no miento, lo alcancé a sentir, por eso mismo he venido de prisa.

—La infamia de estos últimos días no tiene nombre.

—Nada tiene nombre, hijo, déjate de bobadas, nada, la vida no da para más.

—Y me he sentido hastiado de todo, Robinson, hasta de aquello que más he amado, tengo miedo.

El viejo vuelve a reír:

—Calma, calma, deja que la sabiduría descienda lentamente sobre tus sienes como debe ser, no te afanes.

—Robinson...

—¿Sí?

—No puedo con la memoria, no puedo, me pesa demasiado.

—¿Qué dices?

—¿Recuerdas el patio de nuestra casa en Caracas?

—¡Cómo no habría de recordarlo!

—Era tan sereno, ¿lo recuerdas?

—Últimamente yo también he vuelto a ese patio, no me lo habrás de creer pero así ha sido.

Su Excelencia no puede impedir que sus manos empiecen a temblar:

—¡Lindos tiempos aquéllos!

—Recuerdo que te leía en voz alta a la sombra de los nísperos, ¿lo recuerdas acaso?

—¿Era el *Emilio*?

—Así es, carajo, no lo has olvidado.

Su Excelencia camina, se aproxima a la ventana. Desde allí la imagen se percibe más nítida:

—¿Y qué diablos haces con esos trapos encima? ¿Estás loco?

El viejo se mira de arriba abajo, carcajea:

—¿No los conocías acaso?

—No, nunca los vi.

—Son de cuando me decían padre Antonio.

—¿Tú?

—Sí, franciscano, ¿no lo recuerdas?

Robinson suelta otra carcajada que retumba dentro del camarote. Su Excelencia mira a los costados, duda, calcula el alboroto. Luego acompaña las carcajadas del viejo, tose, ríe de nuevo con prudencia. Hace tantos meses que no ríe. Cierra sus ojos, entra en la plenitud de la risa franca, regresa. Ahora Robinson viste un traje diferente, su mirada es otra:

—Vengo de una pena demasiado honda —dice el viejo.

—De una pena, ¿tú?

—Sí, acabo de perder a mi mujer.

—¿Qué dices?

—Eso mismo, como lo estás escuchando.

—¿Aquella que conocí un día?

—No, otra nueva, mi niña de Francia, tal vez no la conociste.

—Oh, Robinson, ¡cuánto lo siento!

—Una fresquísima adolescente de París, si la hubieras visto, un verdadero pimpollo.

—No lo puedo creer, viejo sinvergüenza.

—No resistió las fiebres, hijo. Murió como un pollito en mis brazos.

—Nunca me avisaste nada, eres un ingrato.

—A eso he venido, acaba de morir, ¿qué quieres?

—¿Qué dices?

—Como lo oyes, aquí en el Magdalena, en este mismo sitio por donde ahora vamos.

En la ventana brilla cierta luz diferente:

Su Excelencia ve a la niña de Francia recostada en los brazos de Robinson. Trae sus ojos perdidos en la serenidad de las fiebres. Encima de una pequeña mesa destartalada descansa el alambique donde hasta ayer ella destiló aquellos licores que vendía de casa en casa para conseguir lo del viaje en compañía del viejo sabio. Al lado de la niña los trajes de Robinson dan la impresión de total ruina, total indigencia, total desorden. Bañado en sudor, el pimpllo convulsiona, picotea inconsciente los dedos del viejo, expira. Robinson llora callado, bendice su frente, besa sus labios agrietados, se la echa al hombro:

—No pudo con sus ilusiones —murmura.

Desde la ventana, Su Excelencia observa cuando ambos casi desaparecen en el horizonte. Y cuando, sobre la orilla del río, el viejo empieza a abrir la tumba como una sombra callada. Luego todo se evapora entre lejanía y colores:

Polvo en las mejillas rotas  
Rojo de lápiz en los labios de amoratado humo detenido Claustro  
en los brazos  
¡Tun! ¡Tun!  
El tiempo que era demasiado ya ni siquiera existe  
Ni sopla por el lado de las ilusiones ni nada  
¡Tun! ¡Tun!  
La tierra invita a la fiesta del sueño  
Traen regalos en cajones de tablas  
Habla el cedro  
¡Tun! ¡Tun!  
Bailan las palas  
La niña de Francia cae de bruces a la fiesta final con su alambique  
en los brazos

Lo que desaparece es porque ha sido. Vuelve la fiebre:

De arriba chorrea la música de las primeras contradanzas. Ahí está de nuevo el Regimiento de las Milicias Pardas. Su Excelencia sacude su cabeza, coloca una de sus manos en su frente. Fiebres vesperales, cálidas visitas de calenturas crepusculares que se inician con las primeras brisas de la noche.

Sudor denso después, espuma de bajamar, maleza salada del amanecer que refresca la espalda, los flancos, las sienes blanqueadas.

La música va en ascenso.

Suenan los instrumentos que anuncian el comienzo del baile. Varias parejas brotan al centro del salón, pisan la imaginaria línea en redondo, dejan caer al suelo algunos cabos de vela. Enseguida saltan encima, zapatean, cae una copa al piso, se rompe. Corren los criados, se escucha la barredura de los desperdicios. Vuelve la calma.

Ahora descienden los perfumes como filtraciones en medio del piso de tablas. Las mujeres chillan, alborotan como en los tiempos del génesis, se agitan en delgadas risas de seres que se ocultan del placer dejando siempre una señal en el camino, una miga de pan en el bosque de Pulgarcito. A cambio de eso, los hombres arrastran sus pesadas botas, van donde ellas, las besan en el cuello, en las manos del dulce pantano. Ellas ríen de nuevo, se esconden pero dejan ver dónde lo hacen. En respuesta los hombres avanzan torpemente, las arrastran al centro del salón. Otras dos copas se rompen en el suelo. Vienen los criados y recaudan los desperdicios. Por las grietas del techo rezuma el licor que había en las copas rotas. Su Excelencia reconoce el gusto del San Lúcar, se tumba en el camastro. Mastica sus dientes, se revuelca de rabia. De estar arriba, ahora todas las mujeres serían suyas. Y con seguridad una de ellas vendría a él, altanera, del brazo de don Juan de Larrea. Una muchacha con trote de potranca, altiva, de ojos atropellados. El viejo Larrea hace una reverencia.

—Le presento a usted a la señora de Thorne, general.

Su Excelencia se mueve como un pavo en celo en el atrio de la catedral de San Pedro:

—¿La señora de Thorne?

—Manuela de Thorne, señor.

—¡Dulce señora mía!

La boca besa las manos: extraño privilegio de las manos, dulce abyección de los labios. Su Excelencia trata de recordar:

—Podría jurar que la he visto a usted antes, señora.

—¡No es posible!

—Sí, créamelo, esta misma tarde desde mi caballo.

—¡Qué vergüenza!

—¡Oh!, ¿de modo que es usted la misma adorable mujer que casi me tumba de la cabalgadura?

—No siga, general, no siga usted, me ha hecho avergonzar.

Manuela de Thorne está radiante. Y Su Excelencia cree estar viendo a la misma persona que le arrojó al rostro aquella corona de laureles en la tarde de ese mismo día cuando hacía su entrada triunfal por las calles de Quito.

—No fue mi culpa, general, estaba excitada por los acontecimientos, créamelo, jamás había visto a un hombre como usted.

—Hermoso gesto de su parte, señora.

—¿Me perdonará?

—¡Oh!, señora mía, no diga eso, fue en realidad un honor para mí.

—Gracias general, es usted un verdadero hombre.

Manuela es altanera. Sonríe, hace descender el párpado azul de su ojo izquierdo, pica la mueca, la picardía, muerde su labio inferior, suspira como atragantada de flores. Toma por fin al viejo Larrea por el brazo, hace un gesto cargado de enigmas y se aleja del lugar. De ida saluda a la diestra, cuaja insinuaciones a la siniestra, habla tan sonora que se la puede escuchar a distancia. Finge estar en lo suyo, lela en los ojos mismos, en los labios de sus interlocutores. Pero desde todos los sitios hasta donde la ruleta del festín la conduce se las arregla para observar cuanto Su Excelencia hace, con quién habla, a quién toma de las manos, dónde se posan sus pequeños y tristes ojos negros.

Arriba el baile se toma más intenso. Una mujer zangolotea el currulao, divierte a las tropas que la rodean, hacen la fiesta en redondo de su cuerpo exaltado. Cinco copas más ruedan por el suelo. Las botas de los generales y de otros oficiales las trituran contra las tablas antes de que pueda llegar la servidumbre. Su Excelencia golpea la almohada con los puños, siente que llora. Rema la rabia en su mar. De repente, Jonotás lanza un grito desgarrador, irrumpe en el salón dispuesta a ejecutar la maroma mortal que muchos oficiales le imploran. Están ebrios, exhiben sus labios rajados por las huellas del vino. Ahí está el coronel Fergusson, rojo irlandés hinchado de alcohol, palmoteando las contorsiones de Jonotás:

La esclava tiene sus esclavos, se los merece.

Jonotás se dispone a bailar en cuclillas hasta dejar sus genitales impresos en el piso. Viste de soldado, lleva amarrado a su cabeza aquel trapo rojo de siempre. Sin embargo, para la ejecución de la maroma mortal ella debe cambiar su uniforme de húsar por una falda de amplios pliegues. Corre a su alcoba y regresa vestida de mujer. A su lado alborota el almizcle, un penetrante talco de pestilencias orgánicas. Manuela corre a su lado, le entrega una copa llena de vino que Jonotás desocupa de un envión. Luego se lanza al centro del salón. Se contorsiona, hace que su baba ilumine el fervor de su

boca. Ruedan los clarinetes, toda la oficialidad se agolpa en redondo. Jonotás danza febril, ordena flujos de relámpagos sobre su cuerpo. Entra en éxtasis, brama, baja lentamente al centro de la tierra, tiembla. Besa el piso, se levanta, huye como loca por los corredores, carcajea: como dos grandes cascos de naranja brillan sus genitales en el suelo eterno.

Fergusson palmorea, arroja espuma por su boca, rueda encima de una silla, se duerme ebrio. Y casi todas las mujeres que todavía permanecen en la Quinta empiezan perplejas a desfilar hacia sus casas, como golpeadas por el puño de una transgresión de donde jamás podrán regresar. En un rincón, Su Excelencia lo observa todo, permisivo. Ahora la música de las contradanzas cobra nueva fuerza, se eleva al cielo como en el gran baile de la resurrección de la carne. Su Excelencia despabila sus ojos, da un salto, queda sentado en el borde del camastro. Azota con sus botas el piso, putea:

—Mi gloria, mi gloria, ¿por qué la destruyen?

El esfuerzo del grito pone a silbar su pecho. Tose. Tos seca al principio que después se desgarrar. Como si en sus pulmones hubiesen muros de papel mojado que se estuviesen viniendo abajo. Cortinas viejas, gobelinos, lirios de trapo, percales podridos, a causa del polvo de las ventanas, tablas blandas. Y se queda sin aire, suspendido de repente en una especie de limbo orgánico. Pasan los segundos, se juntan los instantes en el tibio líquido del tiempo que corre, no respira. No puede hacerlo a pesar de la desmedida órbita de sus ojos. Arriba los oficiales alborotan, juntan con láminas de metal las palmas de sus manos. Pero las carcajadas de Jonotás superan todo escándalo. Corre la leche del tiempo, se cuaja en cada pálpito, en el lomo nevado de cada instante. El aire no entra en los pulmones. Blando, Su Excelencia empieza a doblarse en el camastro como una vela derretida:

—¡Me muero!

Y ve la luz eterna:

Una luz que es como una mariposa que acaba de brotar en un cristal de hielo. Más allá de esa luz observa una puerta. Portal abierto hacia un gran fondo helado, petrificado por la acción de la muerte, de los extensos días despoblados:

—Es cierto, es cierto, la muerte es fría, qué fría es la maldita muerte.

Toda muerte pone en fuga cualquier tibieza  
La mano asombra por lo perdido  
El labio desciende a lo inconcluso  
El pie agarrota  
Hasta la exaltación espanta



Nada existe tan frío como el instante en que el fuego se apaga en el ser

La puerta que Su Excelencia percibe es como un dios que bate él mismo las naves. Ve los rostros de sus abuelos, las imágenes de sus antepasados. Todo está en orden, bañado por la nostalgia de las fotografías. Venteado sin embargo por una brisa helada, misteriosa. Hacia el fondo la visión es aún más nítida a pesar de la profundidad en perspectiva. Van y vienen gatos, pájaros esponjados, animales de fósforo con grandes cornamentas. Ahí está la isla de Santo Domingo, barrida por un sol infiltrado. Las arenas brillantes. Corre el año de 1550 y sus viejos parientes ya han puesto sus pies en la isla. Van hacia Caracas, enrolados en el servicio de la Gobernación. Más atrás escucha la madrugada del 13 de octubre. Una madrugada en el mar, en medio de los sargazos temblorosos del Caribe:

Gente muy hermosa:

Los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños y ellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios.

—¡Dios mío, déjame morir serenamente por el inmenso amor de esta patria que he fundado, déjame morir!

Las piernas muy derechas, todos a una mano, y no barriga, salvo muy bien hecha.

Ellos vinieron a la nao con almadías, que son hechas del pie de un árbol, como un bargo luengo, y todo en un pedazo, y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes en que en algunas de ellas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, fasta haber de ellas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de fornero, y anda a maravilla.

Y si se trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen con ellos. Traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tedio de escribir, y todo daban por cualquier cosa que se los diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, que estaba allí un Rey que tenía grandes vasos de ellos y tenía mucho. Trabajé que fuesen allá, y después vide que no entendían en la idea. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde y después partir para el Sudeste a buscar el oro y piedras preciosas. ¡Ay! Don Cristóbal, don Cristóbal.

Su Excelencia respira.

Puede por fin arrastrar un poco de aire a sus pulmones cuando la lumbré del extremo del corredor comienza a brillar con mayor intensidad y el viento se toma cuanto más frío. Rueda por el suelo. Putea de nuevo, rabioso. Se inclina, agarra la manta que le sirve de abrigo en sus incursiones a la cubierta, se arropa. Camina en cuatro patas hasta la puerta, espera. Sabe que no debe salir en esas condiciones. Gana fuerzas. Toma la cerradura, se apoya en ella, consigue ponerse de pies. Aguarda unos instantes, todos los instantes necesarios. Seguro de no volver a rodar por el suelo abre la puerta, sale. Una bocanada de viento lo empuja contra el mamparo, lo azota. Y ríe. No puede dejar de reír:

—¡Putita la vida!

La bocanada de viento se lo engulle. Salir al viento es como salir a la vida. Y vuelve a reír. No sabe por qué, pero vuelve a reír. De pronto canta, lo hace como un pájaro enfermo con una voz de muerto cubierto de cenizas. Canta, canta. La cabeza de Su Excelencia es ahora más blanca que al comienzo del viaje.

## DIECINUEVE

Santana corre al encuentro de Su Excelencia pero éste rehúsa:

—¡Deja!

—Está usted demasiado pálido, general.

—Es el fantasma de las lámparas, ¿no lo estás viendo? Yo estoy bien, como nunca.

—¿Las lámparas?

—¿Y es que lo dudas?

—Ya nos estaba comenzando a preocupar con su silencio de casi todo el día, tío.

—Dormía, dormía, eso es todo.

—Gracias a Dios, eso le sentará bien, dormir es como volver a nacer

Fernando interviene:

—El escándalo de arriba se torna cada vez más desesperante, tío, ¿cómo pudo usted dormir?

—No quiero hablar de eso, ¡déjate!

—Es casi una afrenta, señor.

—He dicho que no deseo hablar más de eso ahora, ¿lo entiendes?

Todos callan ante el brillo de tantas flores negras en los ojos, también en los labios. El camino a seguir es confuso. Su Excelencia no distingue los objetos a determinada distancia, titubea, siente que hasta le estorba la compañía de los suyos:

—¿Saben ya algo del capitán?

Santana corre a responder:

—Absolutamente nada, señor.

Humo en las palabras gastadas, en lo inútil de tanta esperanza convencida de su eficacia. El bayo y el rubio muerden en vano la goma de las manos de Su Excelencia. Han corrido a su encuentro, alborotan, juegan con el flojo pellejo de sus manos. En respuesta, Su Excelencia aprieta sus húmedos hocicos, arruga el cartílago de aquellas orejas casi de cartón. Los perros gruñen con cariño, saltan, dan una vuelta en redondo. Jadean, chupan su baba:

—Nada aún, ¿cabrones?  
—Bueno, lo de siempre, que continúa enfermo.  
—¡Psss, psss!  
—Déjalos, José, déjalos jugar.  
—Del correo ni agua, señor.  
—¿Ni del pasaporte?  
—Hemos revisado el casillero tres veces y nada.  
—¿Nada??  
—Nada, señor, nada.

Su Excelencia recuerda la carta que le fue deslizada bajo la puerta en la mañana y siente que ha pasado demasiado tiempo desde entonces. Cuántas cosas sucedidas, cuánta luz difusa entre los trapos humeantes, cuánto desperdicio. No dirá nada de aquella carta. Ya llegará el momento de hablar:

—Y, ¿de la libranza?  
—Como si hubiese desaparecido, señor.  
—No consigo explicarme tanta demora, definitivamente no lo consigo.  
Su Excelencia camina sin rumbo fijo. ¿Dónde ir?  
—Es por el correo, tío, en el invierno el correo es un desastre, por todas partes se riega el agua.  
—¿Sólo por el correo?  
—No otra cosa podría ser. No veo por qué razón el presidente Caycedo habría de arrepentirse a última hora.  
—Es posible que lo esté consultando todo con sus amigos.  
—¿Consultando el presidente? ¿Consultando un pasaporte?  
—Quizás no quiere comprometerse de modo individual.  
—¿Para lo de un pasaporte?

Su Excelencia sonríe. Existe viento fresco, ayudado por la velocidad del vapor en las cada vez más espesas sombras de la noche. Ninguna visión de pájaros o de otros animales a barlovento. Ruidos sí, cantos en las orillas, aullidos como quejidos, música de selva en el mejor momento de la vigilia salvaje cuando todo despierta en las pupilas agrandadas, dilatadas. Su Excelencia respira hondo, vuelve a sonreír:

—Olvidas que no se trata en este caso de cualquier pasaporte.  
Oscurecidos por una rara miel los cuerpos avanzan por cubierta. Dibujan su sombra en las tablas chorreadas de aceite, inventan movimientos que son como de párpados de hojas. Fernando teme hablar, se decide por fin:  
—Todos desean que se vaya usted de la patria, tío, ¿no es así?  
—No todos, no todos, ¿qué te pasa?

—No hablo de sus amigos, señor, eso se entiende.

—Lo entiendo, lo comprendo perfectamente, déjalo así.

—¿Entonces?

—Tengo enemigos que me quieren ver aquí, precisamente porque suponen que me marché para reagrupar mis fuerzas y regresar luego en son de venganza.

—¡Es inaudito!

—Pero es cierto, casi que lo estoy viendo en la lógica de los últimos silencios, se trata de un lenguaje muy nítido.

Fernando se detiene:

—¿Podrán en realidad creerlo así?

—Por supuesto que sí. Aquí me tendrán encerrado, acorralado a su antojo, vigilado de cerca en todos mis movimientos. Me tendrán en sus manos.

—Nada de eso es tan sencillo, señor, no lo crea.

—Te equivocas, la envidia es una máquina a todo vapor que la historia de la humanidad aún no reconoce en su exacto valor.

—¿Qué dice usted?

—Nada, hijo, déjate de tanto trigo en la boca, pareces un pájaro.

—¿Qué? ¿Un pájaro?

—Cállate, deja que el corazón siga latiendo a su antojo, bey, ¡déjalo!

Fernando guarda silencio. Un arrume de dudas amarra su lengua, confunde el parque donde corretean a libertad sus pensamientos. ¿Qué diablos decir, responder? Sin proponérselo, el grupo ha comenzado a deslizarse hacia el comedor. Viene alumbrado por las lámparas que manos invisibles ya encendieron pero también por la agónica luz del crepúsculo que alcanza a humedecer la cubierta como una amarga esponja. ¿Por qué razón misteriosa todos los crepúsculos habrán de ser siempre así? Desde allí, en la envoltura de la brisa, el baile de arriba ya casi ni se escucha. ¿Tal vez porque al descampado el eco no es tanto o porque el bramido de las calderas cobra allí mayor significación? Quizás. Además, se sabe que el viento actúa como una barredora que arrastra feliz tanto lo del reino del oído como lo del reino del olfato. De pronto el biombo del comedor casi que puede tocarse. Su Excelencia apaña todo el cielo en sus ojos, se enconcha en la frazada que lo arropa, emite un suspiro:

—Comeré alguna cosa, sí, eso haré, vamos, vamos de una vez.

Busca la barandilla de babor, se apoya. Orienta su mirada hasta donde Palacios aguarda, lo llama a su lado con un gesto casi invisible, extiende su brazo derecho encima de sus hombros, lo arropa:

—Vamos a hacer algo por la patria, señores, ¿qué les pasa?

Todos sonríen. El bayo y el rubio parecen entender el alcance de lo decidido. Corren adelante, atraviesan el biombo, regresan saltando. Hay contento. Fernando y Santana toman la delantera. Atrás, Su Excelencia casi se confunde con el cuerpo de Palacios:

—¿Sabes una cosa, José?

—Diga usted, señor.

—¿Sabes que mi deseo de marcharme es verdadero? No estoy engañando a nadie.

—Siendo suyo así debe ser, general, ¿cómo podría ser de otro modo?

—Han pisoteado mi gloria, José, mi gloria, estoy hastiado.

Palacios siente que Su Excelencia reduce la velocidad de la marcha:

—No se puede pisotear ninguna gloria, señor, es imposible.

—¿Qué dices?

—Es que la gloria debe ser como ciertas nieblas, de esas que todos sabemos que están ahí pero que son impalpables.

—¡Ja, ja! No digas bobadas, hombre, tú no sabes nada de la gloria, ¿quién te dijo? Todavía eres como un niño.

—No ha sido asunto mío pero la he vivido por los bordes, señor. No sabe usted lo que yo he sentido con cada trompeta, con cada hoja de laurel que ha caído en su honor, se me paran los pelos.

—¡Hablas como un loco! ¿Quién te ha enseñado tanto desperdicio?

La mirada de Palacios no tiene antecedentes: ¿está viendo?

—Es cierto, señor, siento que digo bobadas, perdóneme.

—No importa, ¡habla!

—Es que mis ideas son simples, general, ¿qué quiere? Desperdicios sin brillo, comparo con la naturaleza, eso es todo, nada más sé hacer.

—¡Te lo ordeno!

Tiembla de amor la descompuesta voz de Su Excelencia, ordena a su modo, dispone el confuso universo de lo poco que el destino le ha dejado a su disposición. José ya lo conoce todo de memoria, lo adivina, respira tranquilo como un lirio que un corazón desesperado acaba de pisotear:

—¿Qué podría yo decir?

—Hablábamos de la gloria. José, y decías algo.

—¡Ah!, ¡así es, de esa niebla que llaman gloria, je, je!

—Me la han pisoteado, ¿no lo ves?

—Lo veo todo, señor, por supuesto que lo estoy viendo todo.

—Tú no ves nada, José.

—Hablemos de otra cosa, general.  
 —¿Niebla entonces, carajo? ¿Niebla?  
 —No, niebla no, nada de eso.  
 —¿Qué? ¿Qué? ¡Dilo!  
 —Niebla no, tal vez sombra en un espejo empañado, uno mismo en él, yo no sé.  
 —¡No sabes nada, estás loco!  
 —Es cierto, siento que usted me hace decir cosas demasiado confusas, señor, vámonos de aquí.  
 —Continúa, carajo, ¿qué entonces?  
 El biombo del comedor ya ha sido atravesado por Fernando y por el coronel Santana. Los perros van y vienen:  
 —No lo sé, es que no es nada fácil.  
 —¿Ni niebla ni espejo? No sirves para nada. ¿Entonces qué?  
 —Agua.  
 —¡Cabrón de mierda!  
 Su Excelencia se resiste a entrar, tiembla.

La Gloria no es ninguna señora amontonada para siempre en  
 algún sitio  
 Ella en cambio es a duras penas lo ajeno más ausente  
 Lo que no pertenece sino al reino de la desaparición:  
 La trompeta al fin calla  
 El laurel trasciende el imperio del polvo invisible  
 El oro cambia de manos con el comercio de los sentimientos  
 Nada queda  
 ¿Entonces?  
 Recordar, recordar, recordar  
 He ahí el gesto  
 La almendra del secreto  
 Recordar pues del recuerdo algo queda  
 Aunque sea un poco de calumnia para comer con la espesa sopa  
 en la mesa del último día  
 Eso tan solo

—¡Cuando llegue a la mar treparé en una barcaza y me largaré a lo mío! ¿Lo sabías ya?  
 Palacios ya no tiene la mirada de antes:  
 —Debería usted hacerlo de una vez, señor, ¿qué espera?

—No puedo de ningún modo, necesito la ayuda de la mar en la boca de mi estómago, ¿no lo sabes?

—Lo sé, pero no hago sino pensar en las muchas angustias que usted podría evitarse con sólo un pequeño esfuerzo.

El biombo está ahí, templado por el viento. Por debajo se derrama la luz de las lámparas como un líquido sereno que dignifica el ser de las tablas. Del otro lado del biombo figuran las mesas, los asientos. Reman despacio tantas sombras. Lejos, en las orillas crece la sinfonía de aquella otra fauna que despierta empujada por la oscuridad. Fauna misteriosa para la que la noche es como el mejor de los días, que procura la sangre donde duerme oculta, se agazapa bajo los hongos, atisba desde la casa de lo invisible que se desplaza pisando las hojas, quebrando las ramas. Palacios siente que Su Excelencia se enconcha aún más en su frazada, se junta a su cuerpo:

—¿Recuerda Su Excelencia el patio de la casa en San Mateo?

—¿Que si lo recuerdo?

—Sí, el viento, todo aquello, ¿todavía lo recuerda?

—¿El patio? ¿El viento? ¿Qué es lo que estás diciendo?

—Aquellas cosas, señor, todo, ¿lo recuerda?

—Sí, sí, ¿qué te sucede?

—Qué patio más fresco era, ¿no es verdad? Yo todavía lo cargo aquí en el pecho.

—¡Venteado, carajo!

—Y aquellos nísperos siempre en movimiento.

—¿Qué te pasa, cabrón?

—No lo sé, pero siento miedo, no hago más que pensar en Hipólita, en estos días no he hecho otra cosa.

Su Excelencia tiembla. Sabe perfectamente que el recuerdo en bruto es un veneno de difícil consumo, que atraganta. Dentro de él, casi siempre lo mejor de su vida retoma atropelladamente, con todas sus viejas formas alteradas. Pero también sabe que sin recuerdo no habría llanto alguno. Lo ha visto así en los animales, aún en los más próximos a su vida, que sufren pero no lloran porque cada instante pasado ya no existe para ellos.

—Yo también, José, hasta creo haberla visto a la vieja, no te asustes.

—¿Visto?

—¿No me crees?

—No diga bobadas, general, que en usted esas cosas no lucen.

—¡Mamá Hipólita!

—¿Qué hará ahora? ¿Qué hará ahora la pobre vieja?



—Reza, José, reza, carajo, reza.  
Una ráfaga bate el biombo:  
—¿Y recuerda usted la fuente del patio?  
—¿La fuente?  
—Cómo sonaba de lejos, señor, era una dicha.  
—Yo la escuchaba desde el dormitorio cuando había paz en la casa.  
—¿La fuente?  
—¡Qué fuente, carajo, qué diablos! Hablo de Hipólita.  
Palacios escupe en el suelo:  
—¿Volverá usted de su viaje algún día, general??  
—Sí, pienso que sí, regresaré cuando todas las cosas se hayan calmado.  
—¿A San Mateo?  
—Sí, a esos vientos del patio, tal vez sea bueno volver.  
—Ya no serán los mismos de otros días, señor.  
—Tampoco nosotros lo seremos, José, despreocúpate.  
—No me haga caso, general.  
—También para entonces hasta los mismos árboles habrán cambiado, ¿no lo crees?  
Palacios vuelve a sentir que sus ojos están mirando de un modo diferente:  
—¿Recuerda usted las hojas que se arrastraban por el suelo y que de niño lo hacían llorar de miedo? No se me haga el bobo, general, ¿recuerda eso?  
—¿Las hojas?  
—Años después yo las recogía, con una pala mientras usted leía, ¿no lo recuerda?  
—No eran las mismas, José, no seas pendejo.  
—Bueno, eran otras, de acuerdo, eran otras.  
—No lo recuerdo.  
—Yo sí.  
—Y, ¿qué de especial tenían aquellas malditas hojas?  
—¿De especial?  
—Sí, ¿por qué las recuerdas?  
—No, por nada, bobadas mías. Al que recuerdo es al maestro Simón cuando leía para usted bajo los árboles.  
—¡Oh, mi Robinson!  
—Lindos tiempos, señor, deberían volver.  
—Todavía no éramos nosotros, cabrón, ¿no es verdad?  
La mano de Palacios hace el biombo a un lado:  
—Recordar es bueno, general, es como llorar en seco.

—¡Cabrón de mierda!

—Por ahí debe andar la señora Manuela, ¿no es cierto?

—Déjala, déjala quieta, ¡uff! No vengas ahora con eso.

La luz de las lámparas baña los dos cuerpos que entran al recinto. Tan rotos como un trapo inservible.

## VEINTE

Fernando y Santana rodean la mesa, esperan en ordenado silencio la llegada de Su Excelencia. En un asiento recostado al mostrador Bernardino dormita con los ojos abiertos. Parece una costumbre suya de los viejos tiempos de la guerra, cuando además de cocinero de segundo rango en uno de los tantos frentes de los ejércitos patriotas debió desempeñarse como centinela. Al escuchar el alboroto dentro del recinto, Bernardino retoma al mundo de la vigilia. Entonces disimula haber estado apenas distraído, como mirando en medio de la siesta otras regiones de ensueño. Carraspea la garganta, tose, abandona su asiento y sale presuroso al encuentro de los comensales. En su carrera tropieza la esquina de la mesa del lado de babor, siempre vacía. Al fondo, en la mesa del costado contrario, a estribor, el hombre de los tarros de metal reacciona confuso, suspende su lectura, mira hacia la puerta. Mientras tanto chupa la espuma que hay en el borde del recipiente que acaba de destapar. Al verlo, Su Excelencia se aproxima a la oreja de Bernardino:

—¿Todavía continúa resoplando ahí el bicho ese?

Bernardino sonríe:

—Desde el medio día apenas se ha levantado para ir al sanitario. Cuando bebe de esa porquería orina mucho.

—¿De esa cosa?

—Casi orines de cristiano, señor, haga de cuenta.

—¡Insoportable!

—Sí, parece de madera, de piedra o algo así, imperturbable el ratón.

—La cosa no es tan simple, señores.

Fernando habla en tono bajo:

—¿Le preocupa de verdad a usted el carajo ése, tío?

—Y, ¿qué quieres que te diga?

—Parece inofensivo mírelo, mírele esos ojos, juraría que es inofensivo.

—Podría no serlo. Este es el momento en que todavía lo ignoramos todo sobre él.

Bernardino interviene:

—Esta tarde lo estuve reporteando.  
 Su Excelencia se desplaza sinuoso hacia la mesa del centro:  
 —¿Lograste sacarle algo?  
 —Cosas demasiado generales, señor.  
 —¿Como cuáles?  
 —Déjeme ver, déjeme ver, señor...  
 —Sí, ¿como cuáles?  
 —Que toma nota sobre todo aquello que va observando en sus viajes y que trabaja para su propio placer.  
 —¿Para su propio placer? ¿Tú lo crees?  
 —Eso mismo dijo, general.  
 Toman asiento. Inquieto, el coronel Santana interviene:  
 —Negro, ¿y averiguaste de qué vive el bicho de mierda ése?  
 —¿De qué vive?  
 —Sí, quién ve por él cuando viaja.  
 —Comprendo, comprendo, su mujer, creo recordar que vive de su mujer.  
 —¿De su mujer?  
 —Eso mismo fue lo que dijo, coronel, juro que eso fue exactamente lo que oí.  
 —¡No lo puedo creer!  
 Santana escupe en el suelo:  
 —¡Entonces es un maricón, un miserable mantenido!  
 Desde el fondo, el hombre de los tarros de lata vuelve sus ojos hacia el grupo, saluda, remueve su congestionada cara de gladiolo. Tiene inyectadas sus tristes pupilas. Pero en esta oportunidad no sonríe y se limita tan solo a lo necesario. Luego retorna a su trabajo, desplaza su índice derecho al entrecejo y ajusta el aro de sus lentes. Bajo su asiento se esponja de pronto una gran sombra:  
 —¡Sí, eso es, un maricón! Mírenle esas pestañas, ¡con razón!  
 —¡Shsss!  
 —Y, ¿quién pierde?  
 Campea la risa en las bocas escondidas.  
 Su Excelencia y sus amigos repasan el mantel con ambas manos, ondean sus dedos en la azotea blanca de lino almidonado, pulcro. Y observan el viento agitar la llama de las lámparas. Hay oscuridad aunque arriba la luna alumbraba un poco más que en los días del comienzo del viaje. Sin embargo, al crecer de tamaño aquella luna de ordenadas yemas rotas, todos perciben cómo

se agiganta el reflejo que remite el vapor en su mecanismo de espejo. Santana no consigue controlar su excitación:

—Insisto en que es un maricón, un pobre maricón y punto. —No necesariamente.

Regañado a causa de su pestilencia, Santana responde sin mover siquiera sus manos:

—¿Cómo se llaman aquellos mirlos a quienes sus mujeres sostienen?

—Es posible que se trate de una mujer especial, coronel, un caso especial.

—A ver, ¿cómo se llaman, eh?

—¡Gallinas!

—Ni así. ¿Permitiría usted exactamente eso de su mujer? ¡Qué vergüenza!

Fernando guarda silencio. Del otro lado del biombo Palacios monta guardia junto a los mastines que trazan círculos continuos en redondo de sus botas de campaña. Cansados a veces se sientan, jadean, salpican las tablas impregnadas de espesos y viejos aceites:

—Mírenle el peinado, ¿es posible? ¡Lululú! Ternura mía, ven, ven aquí, ven.

—Déjelo quieto, coronel, usted no está seguro de nada, no pierda el tiempo en eso.

Bernardino ha estado esperando las órdenes en relación con los alimentos. Fernando sonríe, calla, sepulta el gesto de su boca con la palma abierta de una de sus manos. Ni se atreve a mirar al coronel Santana, nervioso en sus agresiones abstractas.

Luego mira al cocinero:

—¿Qué tienes para comer?

—Para hoy tengo lentejas en guiso, arroz, carne al vino.

—¡Lentejas, tío, lentejas!

Abandonado a la espuma de tantos pensamientos, Su Excelencia permanece ensimismado. No está al tanto de nada, escucha las voces pero no registra, baila su propio danzón interior. De repente, como salido de la floresta, murmura:

—En otros tiempos adoré las lentejas, ¡hombre!

—Quizás pudiese volver a comer un poco ahora, tío, no es sino proponérselo.

—¿Ahora?

—Sí, ya mismo.

—¿Y cómo es que este negro las ha preparado?

—En guiso, señor.

—¿En guiso? Hummm...

Bernardino sube, baja su rostro lavado, pone a brillar un ojo más que el otro mientras improvisa enigmáticas señales:

—En guiso, sí señor, con algo de tomate y cebolla, a su gusto.

—¿Tienes caldo?

—¿De paloma?

—Sí, del mismo de estos días pasados, no estaba mal el caldo ése.

—Por supuesto, Excelencia, sabía que de pronto usted lo preferiría a las lentejas.

—Tráeme entonces de eso.

—¿Sólo eso?

—No, aguarda, y en un plato por separado algo de lentejas, arroz y ají picante; de repente he sentido como si una mano se hubiese abierto en mi vientre, una mano incompleta, voraz.

Fernando no puede disimular su contento:

—Qué maravilla, tío, se observa usted mucho mejor ahora.

—¿Mejor de qué?

—Bueno, del apetito quiero decir, de su aspecto general.

Su Excelencia está de mal humear, da un vuelco:

—¡Definitivamente no me trago a ese hombre! —dice.

—¿Hombre? No sea usted tan generoso, general.

—Sospecho de él.

—¿Qué sugiere usted, tío?

—Que nos espía, hombre, ¿no lo entiendes?

—¿Espía y maricón? ¡Qué cosa más linda!

—Por última vez, no esponjes el aire, carajo, te lo advierto.

—Ya no sé ni qué pensar, tío, todo aquí es tan confuso, tan inasible.

Bernardino se ha marchado a la cocina, canta y silba, alborota con las ollas para darse importancia. Arriba el baile revienta de nuevo por el lado de las trompetas, chorrea el recinto, cuaja en el viento. Esta vez viene del costado de los camarotes. Su Excelencia se agacha hasta casi tropezar su barbilla en el mantel:

—Lo espiaremos a él, ésa es la consigna, nosotros lo espiaremos a él.

—Será un placer, señor, yo cuidaré de la niña.

—Cállate, debemos obrar con total naturalidad.

Distraído en lo suyo el hombre desocupa de un sorbo el contenido del recipiente que tiene a su disposición. Levanta la cabeza, deja chorrear plácidamente las últimas gotas. Hace a un lado el tarro vacío, busca afanoso

en su portafolio y saca uno nuevo que abre con maestría desprendiendo con su dedo índice una pequeña lámina de aluminio. Brota la espuma por el orificio, santifica la tapa. El hombre chupa de esa espuma, trapea con su lengua víctima de un raro placer de otro tiempo. Bebe, permanece pensativo acompañado de tantas cosas invisibles. Refresca sus ojos en el brillante cauce del río donde la luna hace pozos. Y luego, dudoso, empieza a escribir. Traza los signos, muerde sus labios, piensa. Utiliza un novedoso instrumento de metal:

—¿Lo están viendo ustedes?

—¿Al maricón?

—No, aquello con que escribe, ¡miren!

—Por supuesto, tío, es la primera vez que veo algo semejante, ese tipo no es más que un rebuscado, qué cosas se carga.

Santana se revuelve en el asiento:

—¡Se lo dio su mujercita!

—Ni más ni menos que un objeto del futuro, señores, mírenlo, ¡qué perfección!

—Será inglés.

—¿Inglés?

—¡Shsss!

—¿Qué sucede?

Su Excelencia finge poner en orden las flores que hay en el centro de la mesa:

—Viene Bernardino.

—La gallina cacarea en su rincón, ¡hasta huevo tendrá!

—¡Cállate, te lo ordeno por última vez!

Bernardino asoma por el roto de la puerta, trae en lo alto una bandeja con la que hace lujos y malabares. Se ladea, empuja con la rodilla la contrapuerta, parece divertirse con los delicados equilibrios del cuerpo. Llega presuroso hasta la mesa, sonrío, da comienzo a la ceremonia: pone la taza con la milagrosa sustancia de palomas junto a las manos de Su Excelencia, se extasía por unos instantes mirando los hundidos ojos del héroe, su labio inferior pronunciado hacia abajo. Luego coloca el guiso de lentejas, el arroz humeante. Y en un cristal redondo el ají para el picor de la lengua. Enseguida deja en su sitio los otros platos, las arepas de maíz, la mantequilla de leche. Fernando brilla entonces más que nunca:

—Abrigo la ilusión de que esta vez no vuelvan a visitarnos las moscas del otro día.

—¿Las verdes?

El coronel Santana come en silencio, casi ni se mueve mientras mira el fondo de su plato:

—En la otra mesa ya tenemos una, señores.

—¿Una qué?

—¡Qué habría de ser!

Su Excelencia pateo las botas de Santana por debajo de la mesa mientras Bernardino pone agua en los vasos:

—Las moscas no navegan la noche, ¿lo sabías acaso?

—Quizás no.

—Son seres que pertenecen a la luz, eso es todo, así de fácil, ahora no vendrán.

—A la luz, ¿carajo?

—¡Y a la porquería!

De pronto el vapor se inclina más de la cuenta y se siente un golpe a babor. Las mesas revientan de su sitio, sobre el mantel pulcro ruedan granos, pozos, partes de los alimentos:

—¿Qué sucede? ¿Sintieron el golpe?

—¡Mierda!

Todos se miran:

Junto a la barandilla de metal brillante sobresale la pesada sombra de un cuerpo descomunal, esponjoso cadáver en medio de las aguas. Ofrece un volumen compacto en su base aunque hacia arriba, exactamente encima de la línea de cubierta, muestra como unas alas portentosas que el viento azota a gualdrapazos. Después del impacto el vapor recupera su equilibrio perdido pero aún así la velocidad no consigue ser la misma de antes. Aquello parece un gran pájaro descompuesto en el lecho del río, y con el golpe, que todo lo ha removido de su sitio, ocurre la extraña sensación de haberse derramado un frasco de perfume que acaba de quebrarse:

—¡Nos hemos golpeado contra la orilla!

Todos se han agolpado junto a la puerta, permanecen lelos mirando tantas sombras. Las lámparas todavía se balancean colgadas del techo, arrastran detrás de su luz el ser de las cosas que se encharca sobre los aceitosos pisos de madera. Su Excelencia aguarda que sus ojos dilaten la pupila:

—No ha sido contra la orilla, miren, miren eso.

—¡Contra un árbol, contra un árbol!

—¿Contra un árbol?



—No, contra un velero muerto, señores, ¡mírenlo ahí! ¿Es que no lo están viendo?

—¿Un velero?

—¡Mírenlo, mírenlo ahí!

—¡Un pájaro inmenso!

—¿Qué pájaro, pelotudos?

—Un velero, ¡carajo!

El navío que reposa en el centro del río es inmenso, portentoso a causa de las sombras donde hasta se agranda en forma de flor de nenúfar. Flota en un mismo sitio, ladeado, boqueando su quietud de entierro en aquel promontorio de arena y fango. De repente, mientras el vapor de Su Excelencia se desliza con cuidado casi tocando el costado izquierdo del velero encallado, Palacios empieza a temblar:

—General, ¿vio usted, vio usted?

—¿Qué?

—Lo que estoy viendo, señor, Dios mío, mire eso ahí, mire eso.

—¿Dónde?

—¡La luz, la luz!

—¡No veo ninguna luz, carajo!

—Mírela allí, mírela.

Palacios señala con su mano extendida en el instante en que una pálida luz vuelve a brillar. Es una luz titilante, débil, extraviada entre los maderos cargados de niebla, las velas destrozadas, los lazos, las jarcias rotas. Una nube se rompe en el cielo y la luna baña el lugar. La luz se hace entonces más tenue, casi desaparece:

—Alguien olvidó allí una lámpara, señores.

—¿Será una lámpara?

—Pienso que podría ser un cofre lleno de joyas, a veces brillan así.

—Pronto se apagará, señores.

—¿El cofre?

—¡Cuál cofre, huevón!

—Es un aviso.

—¿Aviso?

—Sí, para los navegantes, eso es todo.

—Es posible que haya alguien a bordo todavía.

—¿En el velero?

—Un sobreviviente, es posible, yo pienso que ahí hay alguien todavía.

—Grítale, Santana, grítale, a ver, grítale.

Santana da un paso adelante:

—¡Hey, hey!

—¡Heeeyyy, heeeyyy!

—Es el eco.

—Grítale de nuevo, Santana.

—¡HEY, HEY!

—¡HEEEYYY, HEEYYY!

Los manglares de la orilla retoman la voz como desde otro piso donde bromean gruesos coros.

—¡Yo veo una sombra, yo estoy viendo una sombra, mírenla!

—¡Quítate, cabrón, déjame ver!

—Allí, general, mírela, mírela cómo se desplaza. Dios mío, mírela.

—Es un trapo, ¡imbécil!

—Puede ser un sobreviviente, general, mire usted bien, yo veo un bulto.

—Es el viento, hombre, ¿no lo ves?

El velero encallado comienza a quedar atrás, se aleja de la popa más y más. En la distancia la misteriosa luz vuelve a encenderse. Ahora es más intensa y parece provenir de una lámpara de aceite que alguien agita desde la base del palo mayor:

—Mírenlo, ¿no les dije?

—¡Sí, es alguien, es alguien!

—¡HEY, HEY!

—¡HEEEYYY, HEEYYY!

—¿Eco? ¿Solamente eco?

El cadáver del velero queda atrás, comienza a desaparecer definitivamente. Su Excelencia toma por el brazo a Palacios, tropieza con sus botas el cuerpo de los perros excitados por el alboroto, extiende su brazo encima de los hombros de su mayordomo, murmura:

—Es extraño.

—¿Qué, señor?

—Juraría haber visto a alguien allí. Eso que vimos era un hombre.

—Quizás un centinela, señor, eso es todo.

—¿Por qué no respondió?

—Tal vez no escuchó, señor.

Su Excelencia se nota de pronto demasiado triste, como si sobre sus ojos hubiese comenzado a llover polvo de ceniza. Luego sonríe entre flores de sepultura:

—Regresemos al comedor, vamos, vamos.

Más allá de cualquier visión imaginable en la popa, suspendida en las sombras más negras, aquella luz vuelve a titilar. Mientras unos mueren, la vida continúa encendiendo otros fósforos:

—¿Otros fósforos?

—Qué, Excelencia, ¿qué dijo usted?

—No, olvídale, vamos al comedor.

—¿Cuáles fósforos, tío?

—Cómetelos, hombre, vamos ya al comedor, vamos, vamos corriendo, ustedes ya no saben correr, a ver, ¡corran, corran!

## VEINTIUNO

Bernardino acaba de poner orden en la mesa. Cambió el mantel, limpió el borde de los platos derramados, puso de nuevo todo en su sitio. Después del golpe contra el cadáver del velero encallado el ánimo de los viajeros no puede ser el mismo de siempre. Hay temor por las posibles averías, invisibles aún aunque seguramente implacables con el paso de los minutos, tal vez de las horas. Averías ocultas agazapadas en lo oscuro del destino. Y existe también incertidumbre en relación con el futuro. Tropezar en la oscuridad con los desperdicios de un velero encallado donde una luz agónica parecía prevenir el peligro, no ha sido nunca un buen presagio. Ni antes, ni ahora, ni nunca. Además, el capitán viene enfermo de pus en sus ojos y nadie sabe cuál es en realidad la exacta verdad acerca de sus condiciones. El paisaje del navío muerto entre el fango y los túmulos de arena, la visión de la luz incierta titilando junto a los palos, los trapos desgarrados y las jarcias rotas, la imagen fantasmal que todos creyeron haber visto agitando la lámpara al pie del palo mayor, fueron cosas capaces de producir en los viajeros un raro desconcierto. Prisioneros de pequeñas señales enigmáticas, todos abrigan ahora la certeza de que acaban de ver la púrpura esencial de sus propias vidas.

—¿Cuál púrpura?

—Ninguna púrpura, nada de eso he pronunciado siquiera, ¿qué te sucede?

Han regresado a sus puestos en la mesa. Fernando se observa el más pensativo:

—No me agrada ver cosas tan muertas en la vida, eso me descompone.

Santana parece más fresco, ofrece la apariencia de encontrarse en mejores condiciones:

—¿Qué cosas?

—¡Cómo qué cosas!

Santana piensa que se habla del hombre de la mesa de estribor, quien continúa bebiendo aquella espuma blanca que chupa como un ternero huérfano de sus tarros de metal:

—¿Cosas como aquella que resopla en el rincón?

—Me refiero al velero, ¡carajo!

—¡Ah!, pensé que hablaba usted de los mariquitas del bosque.

—¿Ya vuelves con eso?

—No me gustan, es todo.

—¡Quédate quieto, carajo!

—Yo hablaba en serio, Santana.

El coronel Santana deja de reír:

—Preferiría no decirlo, pero a mí esas cosas me recuerdan momentos de la infancia que quisiera borrar para siempre.

—¿Cuáles cosas?

—Pues las que acabamos de ver en el río, hombre, esas ruinas.

—Yo siento algo raro en el pecho, algo raro.

—¿Estrechez?

—No, no exactamente.

Santana deja de comer, busca la palabra justa:

—¿Ahogo?

—No, tampoco.

—¿Agonía?

—Sí, sí, eso es, agonía, ésa es la palabra.

—Basta, cabrones, basta ya de toda esa basura, ¡a comer!

Todos callan, bajan sus ojos al piso, sienten que han estado hablando más de lo debido. Agarran los cubiertos, trozan, devoran la carne al vino, las lentejas, el arroz. Su Excelencia aproxima la taza, revuelca las hierbas entre el humo y las fragancias vaporosas, toma dos cucharadas seguidas de caldo con gran bulla, de pronto siente náuseas. Se trata de algo que no puede impedir. Se endereza rabioso, limpia con la servilleta de trapo sus labios agrietados por la fiebre, lame los bordes tostados, muerde las corazas secas. Aleja la taza con el caldo, cierra sus ojos. Fernando teme decir cualquier cosa pero al fin habla:

—Tío, haga usted otro esfuerzo, tan solo un poco más.

—¡No quiero!

—¿Se ha enfadado con nosotros?

—¿Enfadado?

—Sí, no es sino verlo.

—¡Ustedes son insoportables!

—Perdón.

—Ya, olvídenlo todo, olvídenlo.

—No hemos querido molestarlo, señor.

—Está bien, basta.

Su Excelencia recuesta su cuerpo al espaldar de su asiento, respira hondo. Su pecho silba, se congestiona en segundos y está a punto de estallar. Cierra otra vez sus ojos, se pierde en las realidades invisibles:

—Lo verdaderamente importante, todo lo fundamental permanece aún en el limbo de las cosas jamás resueltas. Vean ustedes qué paradoja.

Fernando calla hondo, Santana mastica con miedo. ¿Qué decir?

Sobre la majestuosa mesa del vivir tiembla el portafolio de los asuntos pendientes:

—Pienso que usted debe tranquilizarse, tío.

—¿Tranquilizarme? ¿Es eso lo que me pides ahora?

—Todo se arreglará, ya lo verá usted.

—Nada se arregla solo, chorlito, ¿has oído acaso ese refrán?

—¿Refrán?

—Bueno, ¡lo que sea!

—Aún tenemos muchos días por delante, señor, no desespere, todo se arreglará.

Su Excelencia abre sus ojos:

—¿En que día vamos?

—Estamos coronando el quinto día, sí, el quinto día, ¿no es así?

—Cinco largos días, señor, quién lo creyera.

—¿En qué fecha estamos ya? A ver, ¿lo saben acaso?

—Hoy es 20 de mayo, general.

—Y, ¿cuándo llegaremos? ¿Saben eso? ¿Saben acaso eso tan simple?

Nadie responde.

Los ojos de Su Excelencia anuncian la invasión de las fiebres que retornan puntuales en su horario de la noche. Brillan congestionados, se entristecen de pronto de un modo especial. Su voz baja de tono, pierde brillo, sus ideas ya no son tan claras:

—¡Vámonos, vámonos muchachos, vámonos que aquí no nos quieren!

Fernando deja de comer, mira a Santana, regresa sus ojos a su tío, duda de aquello que acaba de escuchar:

—¿Cómo dijo usted, tío?

Su Excelencia flota como un ramo de apio en el hervor de la fiebre:

—Ya me voy de estas tierras ingratas y no tengo mi pasaporte a mano, ¿si lo ven?

—Llegará, llegará a tiempo.

—¿Cuándo?

—Todavía tenemos varios días por delante.

—Aquí no me quieren, eso es todo.

—El general Caycedo cumplirá su palabra, tío, lo hará.

—¿Y la demora? ¿Qué me dices de la demora?

—Los correos deben haber sufrido algún tropiezo, señor, no desespere. Su Excelencia tuerce su boca, ordena a sus labios reír:

—Tú no sabes nada, muchacho, conozco estos ríos, conozco estas llanuras y montañas y conozco de memoria estas alimañas.

—¿Sugiere usted que en todo esto hay una mano enemiga?

—¿Que si adivino manos enemigas? ¿Quieres más pruebas?

—Sí, general.

—Hay manos y hay pies, ¿no lo olfateas acaso?

—No lo sé, no lo sé. Y, siendo así, ¿qué hacer entonces?

Su Excelencia responde sin dudar:

—Esperar, sólo esperar, he cambiado de parecer. Parece mentira pero ahora he cambiado de parecer.

Santana salta en su asiento:

—¿Esperar?

—Sí, nada más podríamos hacer dentro de la prudencia a que me siento obligado.

—Pienso en algo mejor, algo que usted ya insinuó.

—¿Qué?

—Asaltar, general, asaltar arriba.

Su Excelencia vuelve a reír:

—Eres torpe, demasiado torpe para estas cosas.

—Aclaro que la idea inicial no fue mía, señor.

—Es cierto, no fue tuya, pero no has hecho más que soñar con ella sin percibir las modificaciones que las circunstancias acaban de introducir a este asunto.

—Si no actuamos ya mismo terminaremos arrepintiéndonos para siempre; así veo las cosas, general.

—No es tu gloria la que está en juego, Santana, no es tu maldita gloria.

—Perdón, señor, perdóneme usted, yo sólo deseo lo mejor para su gloria.

—¿Qué hacer entonces? —pregunta Fernando.

—Aguardar, ya he dicho, aguardar un poco.

—¿Esperar?

—Y vigilar, vigilar tan atentos como podamos todos los movimientos a bordo.

—Y, ¿si de repente las cosas se agravan?

—¡Ah!, entonces usaremos la fuerza.

—¿Por las armas?

—Por las armas.

—¡Uff!

Santana brilla en su asiento, señala hacia estribor con el racimo de sus labios:

—Yo me encargaré de aquel maricón, déjenmelo a mí.

—¡Shsss!

—¿Ya vuelve usted con esa carcajada?

—¡Basta!

El puño de Su Excelencia truena sobre la mesa.



## VEINTIDÓS

La ceremonia se ha malogrado. Su Excelencia hace un gesto a Bernardino y le sugiere el final de todo. ¿Para qué insistir en aquello que ya no siente? No consiguió probar bocado, de pronto sintió náuseas, honda repulsión de las cosas, hasta de las personas que lo rodean. Las lentejas están intactas, el arroz intocado, las masas de maíz, la mantequilla, el ají picante idénticos a como fueron traídos a la mesa. Bernardino acude diligente, obedece el gesto y comienza a levantar los platos. Por debajo van apareciendo las perforaciones, aquellos remiendos en el mantel. Nadie habla. ¿Con qué fin? Su Excelencia desprecia la ruina inmerecida que sus ojos observan, se sitúa junto a los lagos donde el agua rema despacio su propio espejo. Suspira hondo, enreda su pelo transparente. De pronto su mirada se cruza con la del hombre de estribor, quien de inmediato dibuja para él un gesto amigable, tristemente distante. El hombre permanece como ensimismado en su caldo, lelo en las márgenes de los mismos lagos donde el agua rema. Lleva a sus labios el instrumento con que ha estado escribiendo, piensa sereno, moja los bordes de su boca con la punta de la lengua y desliza la fuente en su labio inferior de una comisura a la otra.

Su Excelencia responde el gesto, se despide con un enigma y camina rumbo a la puerta pero un escuadrón de hojas que tropieza en el biombo lo detiene. Mariposas de terciopelo, cáscaras afelpadas de barrigas redondas, agomadas, atraviesan el biombo, se cuelan, dan vueltas en el sereno suspenso del comedor. Su Excelencia siente que se trata de un presagio, del aviso de algo que se quiebra no sabe dónde ni cómo. Las mariposas flotan, trazan trayectorias, rayan la pizarra de la escasa luz y se estrellan contra los mugrosos cristales de las lámparas. Algunas revientan con el impacto en el vidrio encendido, otras consiguen filtrarse por la ranura del mechero y agitan sus alas en el fuego, se consumen. Al principio las llamas de las lámparas resisten los gualdrapazos, flamean sin extinguirse y queman las patas, las puntas de los alerones. Hay humo orgánico, olor de chamusquina, fetidez de

grasa frita. Pero con la fuerza de la invasión el fuego cede, se debilita, se extingue hasta dejar el comedor en tinieblas:

—¿Vieron eso, carajo?

—¡Por supuesto que lo estamos viendo!

—¡Psss, Psss!

Palacios salta, atraviesa el biombo, se coloca con los perros a espaldas de Su Excelencia:

—¡Nos están invadiendo otra vez!

Bernardino corre a la puerta, muestra el brillo de su ojo azul, ajusta los guantes de sus manos:

—¡Calma! ¡Calma!

—¿Y es que no has visto nada, negro, carajo?

—No se preocupen que esto sucede con relativa frecuencia, no se preocupen.

—¿Estos animales?

—Sí, estamos en invierno y la luna va en creciente, eso es todo.

Viéndose a oscuras, el hombre de la mesa de estribor se pone de pies, organiza sus cosas en su valija de mano y camina hacia la puerta:

—Permiso, señores —dice al pasar.

Santana hace un gesto, tuerce sus labios, se agarra las nalgas, suspira:

—Siga, siga, siga nada más, siga.

El hombre da un saltito, se inclina, camina rápidamente. De cerca su piel se observa gruesa, grasienta, cargada de años y de viejas señales de viruela. Aunque rasurado de todos los días, su barba es espesa, torpemente cerrada, azul negra. Sus lentes dobles, pesados, sucios de polvo, de caspa que baja de sus cejas pobladas. Lleva sus papeles bajo el brazo, arrastra el calzado al caminar, desaparece en las sombras del puente rumbo al alcázar de popa, tropieza el cubo de brea, el cabrestante invisible como empujado por la banda de barlovento. Su Excelencia permanece encelado en aquella visión:

—¡Síguelo!

Santana empuña su sable, parte en carrera. Tropieza aquel mismo cubo de brea, aquel mismo cabrestante invisible, hasta los lazos, los aparejos de cáñamo, los sólidos bloques del puente. Desaparece. Minutos más tarde regresa:

—¡Escapó!

—¿Qué dices?

—¡Se evaporó en mis narices, se evaporó!

Pero había luna, no es posible.

—Sí, en cubierta, pero en los pasillos no se veía a un palmo.

—¿Cruzó por el pasillo de camarotes?

—Supongo que sí, Excelencia.

—¡Cómo que lo supones, incapaz!

—Es que no estoy seguro, todo sucedió tan rápido.

—¿Lo perdiste antes del pasillo entonces?

—No lo sé, no lo sé, todo fue tan confuso.

Santana comienza a temblar:

—¿Tienes frío?

—No.

—¿Miedo?

—¡Nunca, general!

—¿Por qué tiembles entonces?

—No lo sé.

—¿Rabia?

—¡Dios mío, Dios mío!

Todos callan, otro escuadrón de hojas vivas tropieza el biombo, se cuela al recinto. Nervioso, Palacios da vueltas en redondo con su mano derecha en la empuñadura del sable. Avisados, el rubio y el bayo permanecen atentos, oliscan la fragancia de chamusquina que brota del comedor. Olor de mortecina que también asciende de las aguas y troncos podridos que se evaporan como un manto de fiebre:

—Es la primera vez que veo a ese hombre levantarse.

—Bernardino ha retornado:

—¿No les decía?

—¿Qué?

—Mírenlas otra vez, en el invierno de mayo son una verdadera plaga, señor.

—No es la primera vez, Excelencia —dice Palacios.

—¿Qué dices?

—Hace unos minutos estuvo junto a nosotros.

—¿El hombre ése?

—Sí, cuando lo del velero encallado, ¿no lo vieron ustedes?

Fernando coloca sus manos en la cintura:

—¿Junto a nosotros?

—Sí, coronel, caminó detrás de nosotros hasta la barandilla y lo estuvo viendo, todo.

Los navegantes guardan silencio, tragan grueso, sienten que un fósforo en llamas recorre los aposentos del vientre. Su Excelencia comprende, calla, abre todas las puertas posibles, levanta sus hombros, quiere voltear al revés sus bolsillos, traza un desesperado mohín de desprecio:

—Descansaré.

Soledad

Hola, soledad

Verdad única, lamentable devaneo del oro

Orfandad, tristeza de leche prestada

Tanto asedio infantil de la muerte que arranca árboles

Llanto, llanto en las sillas puestas al viento junto a las viejas  
balaustradas

Desprecio

Toda la gloria del mundo en el cuenco del ojo asustado por el  
signo de los últimos visitantes

En el tiesto de la mano que tiembla

Blanca certeza en limpio de estar abandonado al destino

Solo en lo único

En lo cósmico inalcanzable

Dimensión donde otros hombres no consiguen asomar sus uñas

Su mierda

Su ojo chorreado por el estigma

Solitario

Donde apenas dos eternidades lo contemplan:

La eternidad pasada

La eternidad que viene

Eso es todo

Rumbo al camarote el regreso es lento, tambaleante. En algunos momentos Palacios debe fingir que se detiene a observar el cereal que se abrillanta en el cielo, cuando siente que la respiración de Su Excelencia se agita y suena como algo que desliza sus dedos en la cuerda de un violín:

—¿Cómo se siente ahora, general?

—Bien, muy bien, con deseos de correr y dejarte atrás. ¡Tú no sabes correr!

—Vi que no comió, señor.

—Tomé agua, mordí un poco de apio, ¿no te parece bastante?

—No es suficiente, señor.

—Eres un mal hombre, José, me quieres ver hinchado de comer  
 —¿Hinchado? ¿Con agua y apio? ¡Oiga, dígame!  
 —Ya no puedo con nada que sea por la boca, José, nada.  
 Palacios aplasta con sus botas un pequeño insecto que brilla en el suelo:  
 —Tiene usted ahora un mal extraño, general.  
 —Hastío, hombre, hastío, no te preocupes.  
 —Rara enfermedad.  
 —¿Esa? No lo creas, siento que la arrastro conmigo desde niño.  
 —Disculpas, disculpas, debería comer en forma, señor.  
 —¿Vuelves con la historia?  
 —De agua y apio no se vive, señor, ¿a quién ha visto?  
 —Debo desocupar el estómago, eso es todo.  
 —Tampoco usted se ayuda en eso. Nada se puede con su cabeza dura, eso es lo que pasa.

Su Excelencia quita su brazo de encima de los hombros de Palacios. Sus piernas ya no son las de antes. Cuerpo muy flaco, extenuado. Semblante adolorido. Voz ronca, pulso comprimido.

—¡Vaya, vaya con mi cabeza dura!  
 —Debe comer y no come, debe vomitar y no vomita. ¿A quién a visto?  
 —¡Majadero! Si intento vomitar, ¿qué arrojaría?  
 —Espuma, aunque sea espuma, Excelencia.  
 —¡Cabrón!  
 Palacios tiene sus ojos húmedos:  
 —Usted se está matando, señor, y yo así no quiero seguir para ninguna parte.

—Yo voy a vomitar, sí, te lo prometo, pero en la mar, aquí no, ¿entiendes?

—¿Por qué en la mar? ¿Por qué? ¿Por qué tiene que ser en la mar y no aquí, de una vez y punto?

—¿Tú podrías hacerlo sin tener mareo? ¡Contéstame!

—¿Quiere que le diga una cosa?

—¿Una cosa? Dila, dila rápido.

—Me iría a la letrina y me metería el dedo, sí, hasta el fondo, eso haría.

—¡Uff! No deberías inmiscuirte de ese modo en mis cosas.

—También hay gotas, general, gotas para beber con agua.

—¡No te metas, carajo!

—Usted se está matando, eso es todo, y debo decírselo así de claro.

—¿Matando? ¿Porque procuro la mar y no una sucia letrina?

—Tengo miedo.

—Deja, deja, ¡vamos! A ver, ¡corre, corre conmigo!

Su Excelencia extiende de nuevo sus alas en los hombros de Palacios, empuja. La luna ha vuelto a aparecer, ilumina el difuso territorio de la cubierta. Sin embargo, ambos tropiezan con torpeza el cubo de brea, el cabrestante invisible donde casi ruedan por el suelo, enredan sus botas en los aparejos de cáñamo que abundan junto al puente, dan tumbos en lo oscuro:

—¿Dijiste miedo?

—Bueno, creo que ya ha pasado.

—¿Miedo de qué? ¿Y encima lloras y te ríes?

—No lo sé, déjeme, señor, déjeme quieto.

—Mientes, siempre se sabe, mientes.

—¿Y es que usted no tuvo nunca miedo, general?

Su Excelencia pateo las láminas del puente, los maderos donde esas láminas crecen como flores planas, brillantes, pateo la culata, los aparejos aceitosos, embreados a lo largo de tantos viajes:

—¿Y me lo preguntas? ¿Me golpeas de ese modo?

—No dije ni mú, señor.

—¡Oh!, cómo conoces lo mío, José. Abro la palma de mi mano y estás tú.

—Hipólita me contó.

—¿Esa? ¿Te contó qué?

—Que de niño usted se despertaba llorando, que parecía un gato.

—¡Negra cabrona! ¿Y qué?

—De miedo.

—Oye, escucha, respétame.

—Perdóneme, no fue mi intención, general.

—Ella lo sabe todo de mí. Mírala, mírala allí a mamá.

Ríen, tambalean, avanzan abrazados dando tumbos contra los palos, los metales bañados por la brea, corrompidos por el óxido. Su Excelencia tose, siente que hablar pone ronca su voz. Se enconcha aún más en su frazada, esconde en ella parte de su rostro:

—Sí, despertaba llorando, eso es cierto, mamá ya había muerto pero yo la seguía viendo, no muy nítida pero la seguía viendo todas las noches.

—¿Deseaba usted volverla a ver después de muerta?

—¿Que si lo deseaba?

—Sí.

—Habla más duro, estoy como si tuviese los oídos taponados con algodón, ¡habla más duro!

—¡Que si quería usted volverla a ver a ella!

—Nunca ocurrió, sólo en sueños. Dormía boca abajo y rezaba, la vi sólo unas pocas veces, distinta, ¡vaya que estaba bien distinta!

—Yo sí.

—¿Tú sí qué?

—Logré verla despierto, verla, señor, verla.

—¿Qué dices?

—Junto al armario, general, siempre como esperando algo al lado del armario, yo no sé qué esperaba la pobre al lado de ese armario.

—A ver eso, déjame agarrarme, cabroncito embaucador.

—Es cierto, señor, lo juro.

—Oye, mírame, lloras y te ríes, ¿qué es eso?

—No lo sé, tengo tupida la nariz.

—Vaya juego, te metieron el cuento, ¿no es así?

Ahora tropiezan con los muebles del salón de estar, sienten la carraspera de la alfombra bajo las botas, dejan atrás la brisa que sopla en cubierta. El rubio y el bayo acezan abajo, salpican el piso. Bajo las lámparas apagadas, repletas también de mariposas de terciopelo oscuro, flota suspendido aquel mismo aliento de grasa quemada, de fritura de seres vivos del que acaban de huir en el comedor. Los ojos de los perros brillan luciérnagas:

—José, mira bien este puño, míralo, ¿conoces lo que es el hastío?

—Difícil, señor.

—Sabes lo que es eso, ¿sí o no?

—¿Como una fatiga que no queda en el estómago?

—¡Mierda! Olvídalo, buenas noches, Josesito, vete al diablo.

—¿Qué pasa?

—¿Estás oliendo? ¿Estás oliendo acaso esa basura?

—¡Ifff!, ¡iff!

—Ardo en la fiebre, veo luces que no existen, déjame solo, déjame, vete ya.

—Échese agua, señor, póngase un trapo húmedo en esa cabeza dura, hágame caso.

—¡Vámonos, vámonos muchachos, esta gente no nos quiere en esta tierra!

—¿Qué dice, general?

—¡Vámonos muchachos! ¡En esta tierra no hay espacio para nosotros!

La puerta del camarote se cierra. Adentro él continúa hablando en el vacío.

## VEINTITRÉS

Dentro del camarote Su Excelencia tropieza los muebles, palpa afanoso las superficies cóncavas, las apófisis agudas y redondas, las carpetas tejidas. Agarra las cerillas, enciende la lámpara de aceite de encima de la mesa. Y vuelve a ver la carta:

—Qué tipejo, lo había olvidado.

La lee de nuevo, sí. Está escrita en letra tendida de oes redondas y eses completas. Los palos de las tes ligeramente ascendentes, anticipados al cuerpo principal del signo. Es una letra clara aunque tal vez un poco menuda y apretada. Pero bajo la luz de la lámpara vapuleada por el vaivén del vapor aquellas letras se superponen, parecen barajarse continuamente. Como verdaderos cuerpos físicos, cada trazo hace su sombra, tiembla, titila aumentado, se esponja. El sentido de todo escapa, huye, se vaporiza en el papel extendido sobre las tablas:

—¿Quién diablos será ese tal Uldarico?

Va hasta la ventana y ajusta las naves de madera. Afuera queda el viento, el escenario de aquella noche monótona calco de muchas otras. Su cabeza arde como una bola de fuego. Hoy no he tosido tanto como ayer, piensa. La frente, las orejas, los labios son cerezas. No he tosido como otros días. Me ordenaré un poco el pelo. Dame el agua, dame acá el agua. Fatigado quiere tumbarse en el camastro. ¿Qué sucede con el silencio?

—Responderé a ese tal Uldarico, sí, ese tío se las trae con lo que dice.

Da una vuelta de más, se mira en el espejo en sombras, regresa a su escritorio. Allí todo está en orden: el frasco con la tinta, el papel, la pluma, el secante. Empieza a escribir:

Río Grande de la Magdalena, mayo 20.

Avanzo por el río rodeado de enigmas, ciego. Voy, pues, en manos de la suerte. El capitán trae pus en sus ojos y éste es el momento en que ignoro cuál es su grado de responsabilidad en esta aventura. Hemos tropezado con navíos muertos en el cauce y he visto cómo se han silenciado las manifestaciones de aprecio que me han brindado estos pueblos. Todo sea por la patria. Arriba no descansan las tropas y el alboroto de un baile interminable no me permite dormir.



Llevo náuseas de todo, hastío, sueños malogrados, y sólo deseo vomitar cuando abra los ojos en la mar. Dios quiera que se pueda cumplir mi único deseo de ahora: vomitar. Ignoro si esta carta llegará a su destino. Pero, si es así, ruego a usted proceder a responderla de inmediato. Sólo de este modo podré tener el consuelo de saberme comunicado con el mundo exterior que tanto amé un día, pues ahora únicamente espero el instante de la traición. Si lo quiere y lo considera prudente, lea usted por favor esta carta a mis amigos. No sé de qué servirá, pero hágalo. ¡Hágalo, por favor! Todos deben saber que, a pesar de todo, no he tenido motivos de arrepentirme de haberme retirado del mando supremo.

—¡Héroe, eso es todo, basta, suelta esa pluma!

La carta es escrita de un plumazo. Con el último trazo de su firma introduce el papel en un sobre, derrama lacre en los bordes y apunta con atención el nombre completo del destinatario: Uldarico Clavel. Toma de nuevo la carta que recibió en la mañana y lee otra vez las instrucciones: «Coloque su respuesta en un sobre cerrado y déjela en el buzón de la correspondencia. Los encargados del correo me la harán llegar, pues ellos conocen de mi paradero».

Las instrucciones no ofrecen garantía pero no existe otra alternativa. Es preciso confiar, obrar con cierta audacia. Siendo verdadero todo lo que la carta contiene, nada en ella podría comprometerlo sin embargo. Cada palabra ha sido calculada, pasada por espesos filtros. Su Excelencia retira de su cabeza el trapo húmedo con el que combate las fiebres, va hasta la puerta y abre. Afuera el viento sopla como un animal en carrera, la luna alumbra la cubierta proyectando en el piso la sombra compacta de las chimeneas, cuajo oscuro. Espera que sus ojos se acostumbren a la otra oscuridad del exterior. Y después de verificar que nadie anda por ahí, rápidamente desliza su carta en el buzón. Se esconde detrás de la puerta, cierra en silencio:

—¡Vete, papel, vete rápido, vete lejos, anda, anda!

—¿Anda?

—¡Vuela!

Desde las sombras exteriores surge de pronto una figura confusa, rápida, que nadie ve. Camina en la punta de sus pies, envuelta en un trapo donde el viento se entolda. Llega al buzón. Introduce su mano delgada, delicada, de pelos algo rubios, toma la carta. La esconde volando debajo del trapo. Y del mismo modo como brotó de las sombras volvió a perderse en el mundo de lo invisible.

Tumbado en su camastro, renovado el trapo húmedo en su frente de fresas, de cerezas asadas en la fiebre. Su Excelencia ignora cuanto acaba de ocurrir afuera. De pronto escucha un ruido inusual. Un sonido de quebradura que no consigue identificar en medio del gran alboroto de la fiesta de arriba. Pero cuando empuja sus ojos a la puerta ve la imagen de un caballo salir del

mamparo. No es Pastor, su caballo blanco. Es otro. Al lado del animal cuaja enseguida la imagen de una mujer:

—¿Quién vive, carajo?

La mujer ríe:

—Casilda, Casilda la agorera, general.

—¿Casilda?

—¿Y es que acaso no me recuerda, señor?

Su Excelencia ha saltado al borde del camastro. El trapo húmedo cae al suelo:

—En el nombre de Dios, ¿a qué vienes?

—Vengo a cumplir la promesa, señor.

—¿La promesa?

—Sí, la que le hice un día en Santa Rosa, la que le hizo mi hijo por el camino de Tunja.

—¡Habla más duro, carajo!

—Vengo a traerle el potro, general.

Su Excelencia ordena su pelo, lo alisa con ambas manos:

—¿El que un día soñaste que sería para un gran general?

—Venga acá esa santa memoria, señor. ¡Bendito sea Dios!

—Gracias, mujer, yo creía en tus sueños, yo creía en ellos, gracias.

—¡Vaya! ¡Vaya! Lindos tiempos los de esa guerra. Provocaba criar caballos entonces.

El potro cabecea, golpea el piso con uno de sus cascos:

—Casilda, dime la verdad, carajo, ¿me estás viendo?

—Borroso, general, demasiado cambiado para lo que usted fue, muy borroso.

—¿Cómo?

Casilda desaparece, el potro da un paso adelante. Su Excelencia camina a su encuentro, cuida de no asustarlo, le extiende su mano adornada con un manojo de hierbas que acaba de tomar de su mesa de noche. Algo de apio, yerbabuena, toronjil. El potro resopla, baila en sus patas delanteras, se desplaza por el recinto cerrado en redondo, casi vaporizado en la sustancia de los muros. Desaparece. Lejos un relincho, sonido de dientes, bolsas de respiración vaciadas en el pasto:

Ese viento que es como un puño cerrado, azota la ventana, las naves se abren. Su Excelencia vuela a cerrarlas, tambalea, rueda pesadamente en el camastro. Siente que retorna la fiebre pero sus manos no tienen fuerza

siquiera para recoger del suelo el trapo húmedo. Afuera el vapor empuja, avanza rumbo a la mar lejana, se queja.

—Hipólita, ven, ponme ese trapo de mierda en la frente, pónmelo rápido.

—¿Señor?

—Hey, tú siempre tan sorda.

Quejidos.

## VEINTICUATRO

Amanece.

Es la aurora. Su Excelencia la ha visto cuajar ensimismado en la ventana. Casi no ha dormido lelo en los velos, en el desgarrado telón anaranjado de la descomposición cósmica. Es el séptimo día del viaje y nada cambia. Poco a poco las cosas avanzan hacia un punto de equilibrio desesperante. Nada sucede, como no sea la repetición de los bailes arriba, cada vez más escandalosos, el creciente acuartelamiento de tropas. Pasón de árboles calcados, de pájaros de tantas nubes iguales. El capitán ha mandado razón: su salud es estacionaria a causa de la resistencia que la infección ofrece a los medicamentos convencionales hasta ahora suministrados, y se excusa otra vez de no poder bajar como ha sido su intención desde el inicio del viaje. Pero compromete su honor personal en que acaba de dar comienzo a los trámites relacionados con el pasaporte y la libranza, todo ello al más alto nivel ante el gobierno central procurando agilizar los desenlaces aunque sin perjuicio de los reglamentos y con arreglo a las leyes existentes. Además, informa que el servicio de correos ha sido reforzado y que hará cuanto esté a su alcance para comunicar a Su Excelencia tan pronto como pueda el itinerario del viaje, sus escalas oficiales, la fecha y la hora en que habrá de finalizar aquella travesía y demás datos de interés.

Pero las promesas del capitán se quiebran como los huevos, no se cumplen. Los días siguen pasando. Aquel cinturón de selvas del río es ahora más espeso, las ciénagas supuran un cargado olor de azufre. Aquellas moscas verdes no han vuelto a invadir sitios precisos en el navío pero en más de una ocasión estuvieron rondando cerca de la barandilla, dieron vueltas por el puente, pusieron sus patas en los aparejos y muchas de ellas quedaron pegadas en el cubo de brea. Pero durante las noches las mariposas de terciopelo sí volvieron a invadir los espacios iluminados, apagaron a gualdrapazos los mecheros y dejaron en el ambiente su misterioso olor de fritura. Nada pudo detenerlas. Cada nueva noche aparecieron en mayor número, capitaneadas por ejemplares de gran tamaño que tenían la abarcadura

de un vampiro adulto. Arriba el baile ha tronado con mayor alboroto y el volumen de las pisadas aumenta. El dinero de la libranza no llega, el pasaporte no aparece por ningún lado. No se conoce cuál habrá de ser el plan del viaje, cuáles las escalas previstas. Pensando en lo uno y en lo otro, Su Excelencia viene de amanecerse en la ventana. Observa cómo las sombras desaparecen, cómo los velos se tornan transparentes, cómo brota nítida la curvatura de los montes, el trazo del pájaro aparece, la fiebre huye.

Una franja rosa desfila por el horizonte, toca su tambor húmedo, sus flautas, sus cencerros. Grandes aves náufragas planean: patos, iguazas, gallinetas de agua, cercetas, todos con sus cantos originarios. Retozan en los esteros, dejan allí su obra, desaparecen.

Ocurre el asunto de la claridad.

Su Excelencia se despabila, va hasta el recipiente del agua, enjuaga su rostro de las cicatrices de la noche. Está contento, todavía persigue la línea de un triste minué. Piensa en mamá, temprano ser muerto, siente que su pecho se arruga como un papel inservible. Ahí su recuerdo en el patio, atolondrado por la tos, la fiebre, como arrastrada donde la tierra teje su semen, prepara sus grandes ciclos. ¿La muerte? Y ve las flores. Son las mismas que chorrean por los balcones, que cubren sus hombros cuando pasa montando su cabalgadura que baila en las piedras. Tienta tibieza de arcos triunfales. ¿La gloria? En el cielo los querubines soplan sus instrumentos y él siente que la gloria es un sapo concreto bañado en leche, una mierda derretida que lo arrastra como despojo hacia un destierro inmerecido. Mierda derretida que se confunde con las aguas, rumbo a las Bocas de Ceniza, que es por donde él debe hacer su ingreso a la mar. Vómito sideral. ¿Morir mismo?

Piensa sereno

Medita el pensamiento salpicado de imágenes que el alba arroja a los atrios

Llora sereno lo que la vida enseña

Escribe en hojas intensas tan profundas como el corazón.

De la ventana nada se sabe mientras no amanece

En tanto un hombre no permanezca en ella tan solo como cualquier pompa muerta

Los ojos enamorados de lo invisible

Lelos en el enigma de algo que es como arena en polvo

Talco de espejo

Cristal de fina pelusa de lluvias interminables

Y en el cuenco del ojo el hastío mortal  
En el tiesto de la mano la tibia bilis.

Su Excelencia aprieta la toalla de franela, destripa sus ojos húmedos, suspira:

—Son gases, vaya, ¡tamaños gases!

Ayer pudo por fin coronar algo en el sanitario. Algo importante, diferente de orinar amarillo. Cuando lo consiguió, después de seis días de puro viento, sintió verdadera felicidad:

—¡Lo logré, carajo, lo logré!

—¿Logró qué, tío?

—Pues cagar, mijo, ya parecía este general un cuerpo glorioso.

—Pues claro, ¿sin comer?

Santana se infló:

—Está usted progresando, general.

—¿Serían las frutas?

—Lo que sea, pero es una victoria, una verdadera victoria.

Todo sucedió ayer. Y desde entonces siente que su cuerpo responde con mayor alegría a la luz que baña los objetos, al agua, a las ramas de apio que logra morder. Acaba de lavar sus ojos en el platón, siente que su cuerpo flota suspendido en medio de todos los objetos: el camastro, los baúles, la valija con sus pertenencias, el asiento, la palangana, la toalla de franela, los merecimientos. Y siente, también, que sus ideas han amanecido azules, limpias, lavadas con algún preparado de cenizas. Vuelve a la ventanal: todavía no termina de aclarar.

Arriba se baila aún. La música corre a cargo del Regimiento de las Milicias Blancas. Por las grietas que el frío de la madrugada ha ensanchado se filtran los ronquidos de hombres que han bebido, cuyas lenguas mastican las palabras como espesos dulces. Encabritadas, las mujeres hablan más de la cuenta, opinan de cuanto asoma a sus mentes. Unas parecen colgar del brazo de sus prometidos como frutas en los árboles, otras más escasas suenan como sentadas en las poltronas. Hacen la comidilla de lo observado en los rincones, detrás de las pesadas cortinas. Junto con estos sonidos chorrean también los perfumes que la noche marchitó, rancio estigma que supura la piel amanecida, la piel macerada en las secreciones que el tiempo añeja en los valles del pelo, en las hondonadas húmedas. Pero la fiesta va en bajada, y los asistentes se han estado escurriendo a sus lechos como el agua al cauce. Ahora sólo queda en el aire algo así como el espectro del baile, su estertor, los zapatazos de los últimos bailarines babeados, la sorpresa de la luz que revienta en las naves.

Su Excelencia se abriga, abre la puerta de su camarote:

—¡Psss, psss!

Los perros no andan por ahí. Deben estar con Palacios montando guardia en cubierta. Afuera, en lo hondo del pasillo, sopla una niebla como cuajada de leche transparente. También allí mancha el día. Mira a los lados, espera. Algo le dice al oído que indague en el buzón. Desliza su mano, baja al fondo. Allí hay un papel enrollado. Lo saca a la luz, observa la cinta tricolor del lazo. Desata el nudo, extiende el papel, lee:

Dudo al decir a Usted que tanto la petición de su pasaporte como la de su libranza han sido devueltas sin ser diligenciadas a causa de un detalle por fortuna superable: los sellos por Su Excelencia adheridos a sus memoriales estaban vencidos desde el día anterior, por lo que carecen de todo valor. ¡Mire Usted hasta dónde llega la acción del tiempo en los asuntos oficiales! Siendo así, los documentos han quedado como si nunca hubiesen nacido a la vida, infelizmente muertos. Parece mentira, pero es así. Anticipándome sin embargo a su justificada molestia, me permito hacer devolución de sus pedimentos escritos, a fin de que tenga la benevolencia de estampar en ellos los sellos vigentes que de paso le estoy anexando para su mayor facilidad. Le reitero de nuevo mis súplicas para que sepa comprender el incidente, comprometiendo una vez más mi honor de Capitán en que continuaré al frente de estas diligencias, presionando en lo debido y dentro de los reglamentos hasta obtener oportuna respuesta y solución a sus urgencias. Afectísimo:

El Capitán

—¡Métete eso por el tubo, cabrón!

Su Excelencia se descompone. Putea, mierdea, pateo en los tabiques, grita. Palacios acude corriendo, agarrándose los pantalones con ambas manos:

—¿Dónde diablos estabas, carajo?

—En la letrina, señor.

El bayo y el rubio están animados, buscan cosas que no existen. Detrás de sus colas llegan los coroneles Fernando y Santana. Traen todavía las señales de la noche en sus ojos, bolitas de goma en las esquinas, vienen envueltos en sus ropas de dormir. Santana ostenta en su mano, desnudo, el sable de acero que lo acompaña desde varios años atrás:

—¿Qué ha pasado?

—El asunto ha superado su límite tolerable, señores, esto es una mierda.

—¿De qué se trata?

—¡De lo peor!

—¿El hombre del comedor?

Su Excelencia niega con su cabeza:

—¡Los papeles me han sido devueltos! ¡Mírenlos aquí!

—No entiendo.

—No puede ser, tío, es una infamia.

—Hey, hey, sí puede ser, ¡míralos!

Los papeles tiemblan en el piso, Fernando los toma de ahí:

—¿La razón?

—¿La razón? ¿Crees que la hay? ¿Crees que pueda haber alguna razón válida?

—Alguna habrá, tranquilícese, tío, tranquilícese por favor.

—El argumento es el de siempre, señores.

—Bueno, eso ya es otra cosa, ¿cuál?

—La ley, el reglamento.

—Cómo la ley, vamos, usted no ha hecho más que cumplirla siempre, ¿no es así?

—Los sellos que puse en los papeles estaban vencidos, míralos, ¡muertos!

—¡Vaya error!

—Ningún error. ¿Qué te pasa, joven?

—Debimos mirar antes, señor, era algo fácil de advertir.

Su Excelencia manotea en los papeles, escupe en el suelo, da varias vueltas en el saloncito de estar, tropieza los muebles, se detiene congestionado:

—¿Qué vale ese papel frente a mi gloria? A ver, respóndanme señores, ¿qué vale?

Fernando extiende la carta, lee en silencio:

—¿Y la vas a leer así?

Fernando comienza a leer en voz alta. Al terminar, todos callan. Y sienten cuando un viento frío que viene de la proa pasa entre ellos como por los dedos de una mano. Un viento que arrastra sugerencias de plantas, de animales de pantano, que despeina suave y se pierde a sotavento haciendo tremolar las banderas:

—¿Ven ustedes cómo me tratan aquellos colegiales engominados?

—¿Qué rayos es todo esto? Vamos, no termino de explicármelo, es que no entiendo.

—Tienen el poder, eso es todo.

—Si fuese por mí los cogería por la lengua y los iría azotando en el trasero hasta que viniesen sus madres a llevárselos a orinar y a dormir, eso haría.

—¿El poder?

—¿Qué te pasa, joven? El poder, el tenebroso poder de los papeles, eso es lo que tienen.

—Míreme este puño, general, ¿sabe lo que haría con él?

—De todos modos los sellos sí están vencidos, ésa es la verdad, tío.



—¿Sabe lo que haría con él?

—¡Métetelo por el tubo!

—¿Qué hacer ahora?

—Derribaremos la puerta, eso es exactamente lo que haremos.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? Ya mismo, hombre, ya mismo.

La mancha del día se extiende a lo largo del vapor.

## VEINTICINCO

De pronto Su Excelencia se convierte en un desperdicio lejano, ausente. Es otro hombre en sólo unos instantes. Y como un sonámbulo que acaba de levitar de las sábanas hacia el centro del aposento se hunde en la madera, huye. Ya nada vale la pena, piensa. Corazón en pulpa, pensamiento cortado en filetes tibios. Viene de la rabia de sentirse vilipendiado, confundido en el miserable espejo de los papeles. Pero ya nada importa. ¿Qué podría importar? Y siente que acaba de bajar otra vez a esa serenidad a la que no se acostumbra pero donde sabe que debe comenzar a vivir de ahora en adelante.

En los campos de batalla la patria es siempre algo simple de definir: la lanza que se clava en el vientre, en el pecho enemigo; la fuga de cualquier Valdés; la imagen luminosa de un Rodil abandonando la fortaleza del Callao con el pellejo pegado a sus huesos, ¡hey!, ¡hey!, espantado, ¡hey!, ¡hey!, tambaleando en el centro del viento enrarecido, cantando su delirio de fantasma resucitado, murmurando los himnos de la muerte, su barco de maderas podridas, de telas rotas hundiéndose en el azul, rumbo a España. La patria es también el trazo de la bala en la noche, su humo, las compañías marchando al abismo cegadas por el mal de las nieves perpetuas, los caballos espumosos mostrando sus tripas que barren el polvo, sus intestinos, chillando por los desfiladeros bajo las manchas sombras de las alas de los cóndores, corpulentos pájaros hambrientos que brotan de las cuevas salpicando el aire con su hediondez; los bailes, las coronas de laurel, las contradanzas. ¿La gloria?

Por todo esto valía la pena vivir.

¿Valía la pena?

Por todo esto y por las cartas secretas que los correos arrastraban atravesando las noches, los días, de un mar al otro o desde la arena tibia hasta la helada ceniza de los volcanes para decir ven, ven junto a mí, ven ahora. Todo esto era la patria. Y lo es aún para el coronel Santana ahora que acompaña a Su Excelencia en este viaje de bajada. Un triste descenso en procura de la mar, ¡vaya bajada! Pero algo le dice al coronel que aquella

patria que él mismo había ayudado a imaginar con sus cartas, con sus secretos guardados ya no era la misma de ahora. Más allá del crujiente vapor nacía otra patria, esa que otros hombres vomitados por las puertas de los colegios señoriteros tenían ya a su disposición allá en Santafé. Viendo el rostro de Su Excelencia, Santana percibe de repente que algo agoniza para siempre, que otra lógica se impone de ahora en adelante. Intuye que, terminadas las guerras, la estirpe de los héroes comienza a ser desplazada por la raza de los legisladores, hombres puntilludos de las íes. Raza novedosa, engominada, cargada de arabescos en la lengua. Sigilosa, atenta al brillo de la hebilla y dispuesta a morir si es necesario por un extraño ser: la ley. No es, por lo tanto, una estirpe cobarde, torpe, no. Fíjate bien, escucha: es como si el coronel estuviese descubriendo el nacimiento de una nueva alquimia de los ritos, las formas, los protocolos vacíos. De modo que, silenciadas las armas, los héroes se ven de pronto sin lenguaje, sin palabra concreta, pues en los salones de la patria los engominados, los sigilosos del orden sustituyen la verdad por la forma, la informalidad por los procedimientos pomposos, la naranja por la cáscara.

Los hombres de las leyes cabecean sobre las tildes  
Beben de una leche de letras vacías  
¿Qué fue de lo hondo?  
Ellos con sus papeles amontonando otra clase de patria  
Quedándose con todo  
Chorreando de su gomina amarilla hasta un suelo todavía  
manchado por la tibia sangre

Empujados río abajo los héroes ya no saben si resignarse o si lanzar un último coletazo. Sería posible pero ya nada vale la pena. Sólo soñar con un pensil, lugar invisible, morir con honor, vomitar a tiempo. Acusados de transgredir el inasible espíritu de la ley, los héroes deben defenderse ahora de ser tratados como traidores, proseguir un viaje a ciegas hacia donde todo es desconocido:

—En realidad ya no sé qué es lo que vale la pena. Pienso que nada positivo sacamos con tumbar esa puerta.

Fernando no cree aquello que escucha:

—Tranquilícese, tío, piense bien las cosas.

La lejanía de Su Excelencia es total. Se niega a hablar pero sus manos no tiemblan como antes. Hastío, realismo, soberbia, todo junto. De pronto, rechinando sus dientes, recoge su mirada y ríe:

—¿Ya se han visto ustedes?

Fernando y Santana están en ropas de dormir:

—¡Hey!, ¡hey!, ¿y además de todo se burla de nosotros?

—Oigan, majaderos, búsquense unas mujeres que los bañen y los pongan en su punto.

—¡Mal hombre!

—¿Y pensaban echar abajo esa puerta así como están vestidos? ¡No me hagan reír!

Hay risas, lánguida fantasía en los labios. A poco suenan carcajadas. Los coroneles Fernando y Santana visten todavía sus ropas de dormir, sus gorros de noche colgando en el cuello. Gorros como de recoger limosna en las iglesias, verdes, terminados en punta. Se miran, vuelven a reír. Los pantalones de Santana están manchados entre las piernas, chorreados de algo espeso, rotos en una de sus rodillas:

—Vete, corre a dejar esa vergüenza en el taburete.

Fernando y Santana desfilan, esconden sus cabezas:

—Hey, rápido, señores, ya nos veremos en el comedor.

A espaldas de Su Excelencia queda Palacios. Ya se ha acomodado los pantalones en su sitio:

—Vamos, José.

—¡Psss, psss!

—Sopla, dame acá un empujón.

La mano de Su Excelencia agarra el antebrazo de Palacios, los perros corretean, olfatean la punta de las bolas:

—Vamos a la barandilla, ¿qué te pasa?

—Hace frío, señor.

—Mi estómago va muy bien, el otro día andaba demasiado mal, ¿lo recuerdas?

—Gracias a Dios.

—¡Corre, vamos, corre conmigo!

—General...

—¿Lo has olvidado? Apuesta conmigo, ¡vamos!

Su Excelencia avanza, trota hasta la desembocadura del pasillo, asoma a cubierta, se detiene:

—¿No te lo decía? ¡Tú no sabes correr!

Envuelto en su frazada se hunde en la niebla del amanecer. Sus ojos fulgen con cierta alegría, miran pasar algunos pájaros erráticos.

## VEINTISÉIS

Caminan juntos, tan despacio que parecen dibujados sobre un lienzo de lavadas cenizas. Su Excelencia respira trabajosamente pero a pesar de todo se observa alegre, notoriamente más ágil que ayer. Abajo salpican los perros. La mañana no termina de despejarse, reproduce una especie de niebla satisfecha plantada quieta en la goma del agua. Lejos en la ribera, la niebla disminuye el fulgor de los pastos, causa opacidad en las ramas. Los árboles, tal vez manglares, parecen hombres clavados en un trance de total autismo. Y allí, lelo de nuevo en lo invisible, absorto en lo que existe del otro lado de la ventana que nunca llegó, Su Excelencia ve otra vez lo que Córdoba le contó un día:

24 de julio, día de aniversario:

Pomposa, en la Quinta, Manuela hace clap-clap con sus manos, da los últimos toques visuales a los bocados, los rosolis, los botellones de vino sobre las mesas, aquellos candelabros encendidos. Ella ha repartido invitaciones a los amigos de él, a sus propios amigos. Quiere que sea algo íntimo. Ya han llegado algunos de los invitados pero Su Excelencia no aparece. De pronto alguien que viene envuelto en gruesas mantas llama a la puerta. Manuela acude, corre ella misma: es el correo. Su Excelencia manda avisar que definitivamente no podrá ir. Se disculpa, envía besos, inventa motivos de último momento. En realidad no quiere ir. Es el día de su cumpleaños, está triste, como hundido. Y prefiere permanecer alejado, eximido de todo, asomado a una de esas ventanas que siempre están ahí y que son como alguna imagen que de repente se aquieta, se empoza en cosas de la memoria del deseo, de todo. Trabaja, fija sus ojos en el papel de colgadura, escribe, moja el borde de sus labios con la punta de la lengua, piensa. El sueño ni siquiera existe.

En la Quinta la fiesta es un éxito. Manuela va y viene, chupa de la botella, de las copas, habla duro. Por los corredores y los salones se pasea la oficialidad invitada. Se bebe del mejor San Lúcar y afuera, en los patios, hay toneles de chicha para la tropa. De pronto, cerca de la media noche, alguien

pronuncia un nombre. Un nombre que todos identifican como el del principal enemigo. Y viene la descarga. Se putea, se maldice, se calla la rabia. Varias copas ruedan al piso, estallan por la ilusión de una muerte. Se brinda por la guerra aún pendiente, por las ejecuciones inaplazables. Crofston y Fergusson hacen trazos de un lado al otro, desocupan copas, cantan a gritos himnos irlandeses. Toc, toc, golpean con sus tacones. Ambos enseñan claveles en sus ojales, anillos en sus dedos, heridas visibles remendadas en quién sabe qué costureros de nucas del camino. Alguien se encarama en un asiento, manda callar. El silencio baja, da su hachazo mortal. Por los costados vuelve a escucharse el viento, el sonido del agua que corre:

—Quería decírselo a ustedes, señores, el responsable de todo es ese miserable.

—¿Quién lo duda?

—Propongo un juego, ¡hey!, ¡un juego!

—¡Dilo!

—Un juego que acabo de inventar.

—Dilo de una vez, te oímos.

—¡Fusilémoslo ya!

—¡Eso!, ¡eso!, ¡eso!

—Calma, a ver, se acabó, sopla hasta el fondo.

—¿Fusilarlo?

—¡Tráelo al mierda ése, tráelo!

—¿Habías visto antes una idea más bella? ¿La habías visto?

—Vamos, vamos, desocúpala, sopla largo.

—Oye, ¿y yo qué hago?

—Espera, no hornees todavía las tortas, tenme aquí.

—¿Y los fusiles?

—¿Cómo? Hey, tráelos.

—Linda noche, ¿eh?

Manuela rompe la fila, sus labios chorrean luz:

—¡Yo hago el muñeco!

—¿Usted, querida señora?

—Sí, ¿y lo dudas?

Natán ríe nerviosa, Jonotás alborota pestilente con su rancio uniforme de tropa. Manuela hace una seña y ellas vuelan por los implementos, desaparecen rumbo al desván. Quince minutos después el muñeco está listo para la ceremonia. Viste un saco de campaña de aquellos que fueron desechados después de las primeras batallas, pantalones rellenos de trapos, de

aserrín, botas invertidas. Crofston coloca en su cabeza un bicornio desteñado que Jonotás trajo a última hora casi sin poder sostenerse de la risa:

—Miren, miren, pónganle esto al señor, se lo merece el fanfarrón, ¿no es cierto?

—Tráelo acá, empújalo, ¡a ver ese negocio!

Jonotás está atragantada, se agarra de un poste, orina por sus piernas, llora de la risa. Fergusson piensa en Irlanda pero sus ojos miran ahora el cielo de Santafé:

—¡Linda noche!

—Helada, como todas las de julio, sóplate otro.

—Ya casi ni veo, carajo.

—Vamos a jalarnos, empújatelo, a ver.

—Me permiten ustedes, ¿coroneles?

—Es un honor, este clavel es para ti.

—Tengo sed, mal hombre, sed de eso, dame acá.

—¡América! ¡América!

—Dame acá, mal hombre, bien, bien, gracias por el clavel.

—Añoro Irlanda.

—Déjala en la alcoba, hombre, córrela que estamos de fiesta.

El muñeco no tiene rostro, ni gesto, ninguna insignia. Manuela corre al tocador, regresa con los implementos. Dibuja aquellos ojos quietos, la nariz recta, el pelo distribuido en puntas sobre la frente, el bigote, la boca cerrada, apretada:

—¡Helo ahí, ya está!

Alguien asoma en la fila:

—Falta algo.

—¿Algo? ¿Los ojos astutos? Es difícil.

—No, otra cosa, adivínenlo.

Ese alguien que habla ha estado medio ausente durante toda la noche, perdido por los rincones, vigilante como un atento testigo de otro tiempo. Y bebe de un líquido blanco, espumoso que chupa de un desconocido tarro de metal:

—¿Otra cosa? ¿Acaso las pelotas?

Truena la carcajada en el patio:

—No, un código, un arrume de leyes bajo el brazo, ¡eso, eso!

—¡Ohhh!

—¿Quién es ese bobo?

—¿Cuál?

—Aquel, aquel que acaba de cruzar por el salón, ¿no lo viste?

—No lo sé, déjalo.

—No sé qué es lo que bebe de esos tarros, ¡fanfarrón!

—Vamos a la ceremonia ya mismo, vamos que este muerto es un verdadero primor, ¿no les parece?

El muñeco es arrastrado al patio central. Un invitado que chorrea vino por los labios se arrodilla en el suelo, pone cara de serio, traza en el aire los signos de todos los sacramentos. Jonotás todavía orina de risa encima de las violetas, no puede andar. Natán está asustada, observa desde el roto de la cocina. Terminados los sacramentos comienza el silencio. Un silencio que nadie pide, que brota de los pisos, de los muros fríos. Crofston sale al centro del patio, coloca el muñeco en su sitio, ordena al pelotón de fusilamiento cerrar filas. Los soldados hacen a un lado sus tazones de chicha, tambalean como pájaros envenenados, a duras penas consiguen mirar por el roto irritado de sus párpados. Tienen sueño, miedo de hacer aquello. Y ríen, ríen sin control, babean sus fusiles. Están delante del Señor Vicepresidente de la República.

—¡Atención, Firrr!

Crofston es el hombre más feliz de la tierra. Desocupa su copa de San Lúcar, ordena a los soldados ¡apunten, arrr! Los soldados tiemblan con el dedo en el gatillo:

—¡¡¡Fuego!!!

El muñeco desaparece derretido por la pólvora y las balas. A varios metros a la redonda llamean los últimos restos.

Agarrado con ambas manos a la barandilla, Su Excelencia no puede deshacerse de aquella visión. Sus amigos, sin proponérselo, acaban de poner en marcha una dinámica de locos cuyas consecuencias se perciben ahora. Ahora más que nunca, cuando el destierro del héroe sopla a barlovento:

—Hace frío aquí, general.

—Maldita sea, mira el humo de la pólvora, el fuego en el patio.

—¿El humo de qué?

La ventana que nunca llegó todavía permite pozos de hechos sucedidos, imágenes quietas:

—Sí, hace frío, José.

—Deberíamos refugiarnos en el comedor.

—¿Refugiarnos? ¡He!, qué te pasa, hombre, si montones de viento es lo que necesito, montones de ese viento.



Su Excelencia no puede terminar. Siente que un tejido de flema cierra su respiración, tose. Tos derretida, como si hondos revestimientos pulmonares se estuviesen viniendo abajo, viejas cortinas. De pronto la tos termina. Su Excelencia ha quedado sin aire, suspendido en una especie de víspera orgánica. Está pálido, sus labios se observan cubiertos de crema de violetas. Pasan los instantes, la respiración no regresa. Palacios lo observa todo de cerca, siente miedo:

—Señor, señor, qué hago, dígame qué puedo hacer.

Su Excelencia no responde. No lo hace ni siquiera con su mirada muerta, cristalizada en aquel brillo de ojo de pez arrancado del agua. Comienza a doblarse, tela mojada puesta en un alambre tendido. Se agarra a la barandilla, sus piernas parecen de trapo. De repente un espasmo, enseguida una convulsión y con todo la grieta de una oportunidad. Un hilo de aire fresco entra a los pulmones, se instala en las ruinas, alumbra. Pero ese hilo de aire provoca de nuevo la tos, pinta de sangre la flema expulsada, se enreda en la rejilla de los dientes, de los labios. Es la cuota que se debe pagar por la tranquilidad que regresa. La sangre lo redondea todo, lo felicita todo, todo lo mima. Basta sólo una ligera pinta en los labios para que se produzca el encanto, el milagro de la resurrección orgánica, la recuperación del equilibrio perdido:

—Putas si estoy mal, José.

La voz se enreda, se adhiere a la goma en los labios.

—Tranquílcese, señor, ya pronto vamos a llegar.

—Apaga y vámonos, hombre, ya nada importa.

—Las cosas se arreglarán, general, de eso estoy seguro.

—Quiero trasbocar.

—Hágalo ya, ya mismo, ¡hágalo!

—No puedo, si al menos pudiera, ¿qué hicieron de mí?

—Usted ni siquiera lo ha intentado, general, ¡hágalo!

—Hastío, ladrillos enteros en la boca, ¿qué quieres, imbécil?

—Es que no entiendo.

Su Excelencia sonrío de rabia, mira a lo lejos, regresa el pez con sus ojos vidriosos al sereno lugar de las aguas:

—¿Lo viste?

—¿Vi qué?

—Pienso que voy a morir.

Palacios siente un golpe frío en su estómago:

—¿Morir?

—¿No lo estás viendo? Sí, ¿y qué? Morir, mi plazo se cumple.

—No debería usted hablar de eso ahora, señor.

—¡No debería!, ¡no debería!

—Lo digo por la patria.

—Apaga y vámonos, vámonos hombre, dejemos que los días hagan lo suyo.

Su Excelencia es otra persona, ríe, da pequeños saltos junto a la barandilla. La niebla del amanecer es ahora más transparente, polvo de talcos diseminados a espaldas de una fuente de luz astral. Árboles, pájaros, pastos, ciénagas, todo es más nítido, más presente en el relieve, en el luminoso auge de las líneas:

—Ponme la mano en el corazón, José.

—¿En el corazón?

—Óyelo.

Palacios obedece:

—¿Y...?

—¡Cómo que y! ¿No lo entiendes? Eso es lo que yo digo, carajo, ustedes no entienden nada.

—Ahí está, señor.

—Pues claro que ahí está. Todas las menudencias están ahí todavía, pues aún no ha venido el carnicero, si lo quieres saber.

—Vaya, vaya, ya lo sé, sí, ya lo sé.

—¿Qué?

—Se trata de la señora Manuela, ¿no es así?

Su Excelencia sonríe con mayor claridad:

—Pobre tipo tú, pobre tipo.

—Hágame el favor, general, no lo niegue.

—Corramos, tú no sabes correr, a ver, ¡vamos, vamos!

—¿Correr ahora? Ni loco, general, usted no lo quiere reconocer.

—No es por ella, José.

—Sus ojos brillan, señor, vaya si lo conozco a usted, no lo niegue.

—Pienso en Anita, ¿sí lo ves? En Anita. Tú eres un pobre tipo, no sabes nada.

—¿La niña Anita?

—A ver, corre conmigo, apostemos, hombre, ¡ya, ya!

—¿Anita?

—¡Je, je, je!

Su Excelencia trota, tropieza en los aparejos, tambalea. Palacios mira a otro lado, seca sus ojos.

—¡Anita! ¡Anita!

## VEINTISIETE

Bañados, con sus cabezas húmedas aparecen en cubierta Fernando y Santana. Vienen radiantes, ríen, alborotan juntos, distraídos. Desde donde está, Su Excelencia manotea:

—Vamos al comedor, muchachos, ¡vamos, cabezas de taco!

Ellos se acercan, Santana todavía chorrea agua al piso:

—¿Te bañaste? ¿Te has bañado por fin?

—Sí, general.

—No lo creo. Oye, muéstrame tus orejas, a ver, a ver.

—Tengo el pelo mojado, señor.

—Y la lengua también. A ver, muéstrame las gualdrapas, muéstramelas, nada de embustes, no te has bañado, eso es lo que pasa.

Santana no se mueve del sitio:

—Al medio día me baño, señor, lo juro.

—¿No te lo dije? Vamos, vamos andando, eres un mugroso.

La cólera de la mañana ya ni se recuerda. En realidad nadie quiere volver por ella. La indignación que Su Excelencia pudo haber sentido cuando leyó el papel donde el capitán le anunciaba la devolución de sus papeles es ya un asunto del pasado. El amanecer, la naturaleza que revienta por los costados, la niebla en fuga todo lo modifican. El ánimo es otro, los humores del pensamiento soplan de diferente manera. Pensándolo bien el viaje es un éxito. Es cierto que el pasaporte no llega, que el dinero de la libranza se retarda y que las peticiones no han logrado su efecto a causa de unos cuantos sellos vencidos. Pero la travesía continúa por el río superando los obstáculos. Río abajo, inevitablemente abajo, inevitablemente rumbo al mar. ¿Caída definitiva? Todos conocen de memoria la ruta, saben que ella se cumple. Entonces, ¿qué otra cosa pedir?

—Miren ahí —dice Fernando—, estamos entrando en la Vuelta del Ángel.

—Carajo, tan rápido.

—Es lo justo, tío, hoy estamos completando el séptimo día. —¡Chúpame el dedo! ¡Juraba que íbamos por el décimo! Todos se resuelven, regresan a la

barandilla:

—Es un lugar hermoso esta vuelta, ¡miren, miren cómo se estrecha el chocolate!

—Y peligroso, ¡capón!

—No tanto, aquí el cauce se estrecha pero es hondo, ¿sienten ustedes? ¿Sienten el olor??

—¿Qué?

—Los bagres, los bagres tigres.

—Aquí son famosos los remolinos, señor.

—Bagre sudado, sudado con papitas y arroz, no estaría mal.

—¡Por supuesto que no!

—No parece peligroso el sitio este, pero lo es.

—Por los remolinos, ¿lindo?

—¡Deja! Por los bancos de arena allá, allá, a la salida de este vueltón.

La nariz recauda lo mejor de aquella embarcación torpe, teje el sentido de cuanto almizcla por los costados. La mirada espera, registra, clasifica todas las cosas que van apareciendo en la ventana que nunca llegó:

—Y, ¿aquello? ¿Han visto aquello?

—Si en realidad vamos por la Vuelta del Ángel, aquellos deben ser los restos de *El Libertador*, sí, esos deben ser, ¡mírenlos!

—¿Qué? Venga acá, ¡sópleme el ojo!

—Coronel, póngalo, póngalo aquí, déjeme hacerle el favor.

—Calla, Santana, calla.

—Sí, esos son, miren la insignia, miren.

—¡Pobre viejo!

—Quién, ¿pobre viejo quién?

—Elbers.

Su Excelencia calla, no escucha, suspira lelo con sus ojos puestos en la caravana de aquello que desfila en la ventana: Elbers, sus vapores, su monopolio en el río, todo vuelto un total fracaso. Ahí están los restos de las máquinas, las chimeneas ladeadas corrompidas por el óxido, la herrumbre, los aparejos rotos, los mamparos perforados, el puente abierto. Todo detenido en el tiempo, atrapado en redes de barro, de arena fangosa:

Un día

Sentados junto a la vidriera donde la memoria limpia el polvo

Ahí donde la vieja remembranza manotea con su trapo

Encontraremos tantas cosas perdidas

Hallaremos lo mejor de nuestras idas cosas invisibles

Todas ellas sucedidas o no sucedidas  
No interesa  
Cosas tan verdaderas como los actos carnales dentro del frasco  
Como lo que vimos dibujado en la ilusión de una lejana  
    vespertina  
O lo que nos hizo sangrar con la gracia de un sueño  
La sopa que nunca llegó  
El velero en el vaso con agua donde la clara del huevo anunciaba  
    aquellos viajes  
Y en el centro de todo el cuerpo de un vapor atrapado  
Uno mismo  
Un día un día  
Veremos los poderes del agua  
Día nuestro, tan confuso que podría ser el mejor

Al entrar en la vuelta, el vapor reduce su velocidad pero las calderas trabajan de pronto con más fuerza, como si la barriga del navío hubiese comenzado a arrastrarse sobre un piso de goma. Los restos de *El Libertador* se observan ahora más próximos, arrojados por una especie de niebla misericordiosa que supura por sus propias ventanas destrozadas, emanación azul, gris, plomo lejano. Por esas mismas ventanas brota también una enredadera de flores cuyas ramas se han elevado con tan extraña fertilidad que han ido a dar al palo horizontal del ancla. En medio de la niebla azul, las campanas de aquella enredadera parecen objetos causados por la obra del sueño. Las calderas del vapor se toman un descanso antes de empujar de nuevo la nave por el centro del río, rugen mansas en un sitio profundo. La trepidación desaparece. De pronto todos escuchan algo que hiela la sangre:

—¡Hey! ¡Hey!, ¿están oyendo ustedes aquello?

—¡Din, don, dan!

—¿Del cielo?

—¡Silencio, carajo!

—Madre mía.

La música de las campanas ocupa el cauce:

—Viene de arriba, quítese de ahí, ¿no lo ve?

—¿De arriba? Está usted mareado, coronel Santana, no viene de arriba.

—¿Cuánto vamos?

—Lo que quiera, no viene de arriba.

—He dicho que silencio, ¡carajo!

Las campanas no tienen campanario:

—¡Shsss!

—De dónde entonces, ¿cabeza de estopa?

—De allá, del lado de eso.

—¿Del cadáver?

—¿Cuál cadáver? No he pronunciado esa palabra, coronel, ni siquiera esa palabra.

—¿Qué es eso, pues? ¿Qué diablos es eso que flota allá, muerto?

—Oye, oye, qué pasa, hágase a un lado, despeje el paisaje.

—¿Sienten el olor de los bagres?

—Eso sí, eso sí es otra cosa.

—¿Y eso qué es?

—¿Qué? ¿Eso rojo de allí?

—Sangre, de los bagres, ¡el tajamar los está destrozando!

—¡Madre Santa!

—Bagres tigres, pobres bichos, hombre, ¿sí serán bagres tigres?

—A eso apestan, lo juro.

—¡Shsss, canarios estúpidos!

Un golpe de viento agita la enredadera, la música se hace más nítida, brilla en el pecho de la niebla:

—¡Din, don, dan!

—¿Quieren que les diga algo? Son voces, cantos como de niños, señores, eso es.

—Quédese con eso, lindo. ¿Cuáles niños? ¡A ver!

—En el limbo los niños cantan, ¿no es así?

—Sigue usted mareado, coronel, ¡lástima! Son las flores de campana, ¿no lo ve?

—Estoy de acuerdo contigo, Fernando.

—¿Flores? ¿Din, don, dan?

—Son campánulas, no te olvides.

Nadie habla.

El vapor acelera, las máquinas vuelven a hacer trepidar el fuselaje. Pasa el agua, por la proa sopla muy fuerte a barlovento. La niebla gris aletea por los costados, hace figuras. Poco a poco los restos de *El Libertador* quedan atrás, envueltos en su propia aureola de polvo de plomo. Niebla propia, como sopor de volcán en siesta, eterno crespón que envuelve una imagen congelada en el tiempo. Finalmente, la Vuelta del Ángel queda atrás, la visión del fantasma desaparece. Pero, aún así, la música de las campanas alcanza a llegar, en

oleadas, servida en pequeñas bandejas que el viento empuja. Por la proa se divisa una recta sin final y el vapor se enruta río abajo. Hunde sus cucharas:

—Ha pasado el peligro, señores.

Fernando no puede dejar de mirar atrás:

—Hace sólo dos años subí por aquí, rumbo a Santafé, y no recuerdo haber visto nada semejante.

—Cómo, coronel, si de subida la Vuelta del Ángel se cruza en las horas de la noche.

—No fue por eso, chorlito.

—¿Por qué, tío?

—Hace dos años ese vapor no había encallado aún.

—¡Oh!

Santana se toma el estómago:

—¿Saben qué, señores?

—¿Qué?

—No puedo olvidar ese olor de los bagres, ¡ufff!

—¡Psss, psss!

—Vamos, muchachos, vamos al comedor.

—¿Por qué será tan especial el almizcle de los peces?

Nadie responde.



## VEINTIOCHO

En el recinto todo se observa ordenado, limpio. Bernardino acude diligente, saluda, escucha el pedido: algo de fruta para Su Excelencia, agua de apio a la temperatura del cuerpo que tan estupendos resultados ha dado últimamente, acompañada de hojas de toronjil, de orégano. Para Fernando y Santana huevos revueltos, café negro con azúcar. Y para todos arepas de maíz, mantequilla de leche, algo de queso:

—¿Mantequilla? ¡No puede ser!

—Así como lo oyen, señores. Descubrí una taza de natas en la alacena y tap-tap-tap, batí mantequilla.

—¿Ah, sí? Entonces tráela, tráela adelante, con las arepas. Bernardino está radiante, no puede casi hablar:

—También tengo pan fresco.

—¿Pan?

—De hoy, de ahora mismo, madrugué a hornear, plas-plas, amasé pan.

Santana aletea, ríe, muestra sus dientes amarillos:

—Eres un jilguero, negro, trae acá ese pan fresco, ¡hummm!

—¿También las arepas?

—Oye, oye, ¿qué te pasa? ¡Tráelo todo!

Su Excelencia alisa el mantel con ambas manos:

—Hace días que no comemos pan, yo también comeré. Los labios de Bernardino titilan nerviosos:

—Es un honor que ustedes me hacen, general, voy corriendo.

Minutos más tarde está servido el desayuno. Todos comen con apetito, respiran hondo en los platos, resoplan en los fondos. Su Excelencia consigue devorar un mango completo, medio pan embadurnado a medias con una ligera película de mantequilla, un trozo de queso del espesor de un dedo de la mano. Encima de todo bogó una taza de agua de apio con toronjil, acompañada de cocimientos de orégano. Afuera, Palacios monta guardia, espera su turno. Los perros rondaron la mesa, salpicaron el piso. Ahora permanecen echados a los pies de Su Excelencia, como embelesados:

—Nos entusiasma verlo así, tío.

—¿Cómo?

—Comiendo, señor, nos tranquiliza verlo así.

—¡Ve! ¡Ve!, si estoy perfectamente, ¿qué les pasa?

—Lo sabemos, pero es evidente que hoy ha comido mejor que ayer.

—¡Un buen ladrillazo!

—Así es, síntoma innegable, mire los ojos que tiene ahora.

Su Excelencia se toma pensativo:

—Del cuerpo me desentiendo, chicos, él sólo se compone, pero en cambio no puedo con mi alma.

—Todo se arreglará, ya lo verá usted.

—La vileza no se arregla ¿dónde lo han visto?

—Usted podría hacer algo pero no quiere, eso es claro, eso es lo que pasa.

—¿Valdría la pena?

—Se tomarán la patria esos señoritos.

—¿Y qué? Ya hice bastante por ella, ahora sólo deseo irme de aquí.

Fernando duda, se decide:

—Perdón, pero con sólo mover un dedo lo voltearía todo en su favor. Lo que pasa es que usted no quiere.

Su Excelencia se transforma:

—Tengo toda la iglesia, todo el ejército, la inmensa mayoría de la nación está por mí.

—¿Y usted se enconcha? ¿Teniendo todo eso a su favor se enconcha?

—Ustedes no entienden nada, cabezas de estopa.

—¿Recuerdan lo de Honda? —pregunta Santana.

—Lo de Honda y lo de Mompo, aquel gentío, señores, parecían hormigas.

—En Cartagena el cariño es todavía superior.

De abajo, baba tibia sube la fiebre. ¿Dónde estaba? ¿En qué lugar exacto de la biología se agazapa diariamente para reventar así de ese modo tan puntual? En aquel caldo las ideas van como al mercado:

—Todos insisten en que debo quedarme, ¡pobres bichos!

—No sólo en que debe quedarse sino en que debe retornar al poder, señor.

—¡Están locos!

—¿Y si se lo pide el pueblo entero?

—Mírame a los ojos, ¡no lo haré!

—Se prepara un consenso nacional en tal sentido, ¿lo sabía?

—Por supuesto que sí lo sé, y pierden el tiempo; mi determinación es irrevocable.

—La patria se desgarró, general.

—¡Vean, vean! ¿Y qué?

—Se destroza cuanto usted hizo, ahora nada respetan.

—Deja, no es por mí que se desgarró, deja que las cosas sucedan, eso es todo.

—Pero...

—Deja, deja así las cosas, ya nada vale la pena.

Nadie ha tenido ocasión de mirar con detenimiento aquello que hace el hombre de estribor. Quieto, ha permanecido como invisible. Antes estuvo leyendo pero ahora escribe, traza veloz, registra cuanto viene a su mente. Un hombre verdaderamente responsable de lo suyo. El silencio es total. La fiebre asciende, perturba, pone en punta los pelos de la piel. Su Excelencia murmura algo que nadie escucha, algo que asoma y que rápidamente desaparece en la ventana que nunca llegó. Luego dice:

—Vámonos, muchachos, vámonos que aquí no nos quieren.

Todos beben el producto de sus tazas y se ponen de pies. En el extremo, el hombre de la mesa de estribor alza sus ojos, hace un gesto amable, misteriosamente lejano en señal de despedida y regresa a lo que viene haciendo. Ya en la puerta, donde el viento bate el percal del biombo, Fernando se atreve:

—Y, ¿ahora qué?

—¿Qué de qué?

—Pregunto no más, pregunto qué debemos hacer.

Su Excelencia se carcajea:

—Yo no sé si estoy loco, señores, pero creo que mi deber es volver a colocar en el correo estos papeles.

Santana parece desconcertado:

—¿Comenzarlo todo de nuevo? ¿Eso es lo que usted dice?

—Sí, chorlito, pegar estos sellos y empezar de nuevo.

—¿Usted, general?

—¡Psss! ¡Psss!, ¡vamos, vamos!

Santana baja sus ojos, camina solitario hacia la barandilla. El viento ha secado su pelo que la grasa natural mantiene en su sitio. Su Excelencia lo ve ir:

—¡Hey, ven aquí!

Santana voltea:

—No olvides tu baño al mediodía, comadreja.

Todos ríen.

De regreso a su camarote, Su Excelencia trota rápidamente. Se agita, tambalea pero lo consigue. Va a su escritorio, pone goma en los sellos y los estampa en los documentos. Enseguida desliza todo en el buzón:

—Corre, corre, mirlo cantor.

Cierra la puerta.

Por las grietas del techo aún caen las últimas fragancias del baile de arriba. Fragancias no más pues el baile ha terminado. Pero la música continúa lejana, viejos fonógrafos inexistentes, invisibles, patria distante.

¿La patria?

Para unos los fusiles de la guerra

Para otros un libro con todas las leyes

Para muchos este río, aquella mirada bajo los plátanos, el olor de  
la mesa servida

Los tristes ojos de la abuela

Aquellas plazas de los parques cargadas de hojas

Este suspiro.

Se tumba en el camastro. Mira sus manos violetas, siente que respira sonoro como un gato en siesta. Lloro. ¿Cuántas veces lo hizo antes? La imagen de aquel vapor encallado en la Vuelta del Ángel no lo abandona. Es él. Y siente que son demasiado pocas las cosas que de ahora en adelante tendrá la oportunidad de hacer. Ensaya el murmullo de una canción pero su pecho suena tan ronco como el pecho de un gato.

—¿Qué pasó con mi voz?

## VEINTINUEVE

Es mediodía:

Toda la mañana la ha pasado tratando de controlar la respiración para evitar un nuevo acceso de tos. Ronca, carga flema. Siente la amenaza constante de algo que es como la tela de una cortina vieja que se descuelga. No sabe si ha dormido, si solamente ha pensado triste durante largas jornadas. La música casi desapareció arriba, vaporizada en la resolana del día, por lo que puede estar más tranquilo. Sin embargo todo arriba es igual. Pasan regimientos de un lado al otro, truenan órdenes de mando, chorrean notas destempladas, perfumes rancios de vez en vez. No son reconocibles las voces pero todo indica que entre ellas se han mezclado últimamente las de sus peores enemigos. Amenaza la lluvia. ¿Sueña?

Sale a cubierta. Dentro del camarote el calor resulta insoportable. Camina hasta el castillo de proa acompañado a distancia por Palacios, el bayo y el rubio. Allí el aire, aunque cálido, por poco desató el acceso de tos que viene evitando desde las horas de la mañana. Trae fiebre. El ciclo de la calentura avanza hacia su gloria. Es algo que lo asedia en determinados momentos del día: a la medianoche, al crepúsculo, al mediodía. Todo en él se cumple dentro de un riguroso sistema de ciclos orgánicos: su corazón, tic-tac, comprimido pero regular, sus fiebres de fijos horarios, su estómago difícil pero previsible, su tos siempre inminente, agazapada junto a cada palabra, compañera de todos los instantes.

La hora de la fiebre ha llegado. Acostumbrado a su padecimiento debe rendirse ante ella. Vestida con su camisón donde los ojos cristalizados ven tantas cosas misteriosas, parece una señora puntual que todos los días empuja la leche, el pan a la puerta. A la medianoche nadie la iguala murmurando en la alcoba con su frente adornada de diademas de carbones encendidos. Pasan las horas, conversa en un tono monocorde de estufa que cocina con el prestigio de su rescoldo. Sin saberse exactamente de qué modo, hacia las tres de la madrugada ella se duerme y entran sus ayudantes con abanicos, trapos mojados. Hacia las seis, cuando amanece a través del brillante polvo

suspendido en las grietas ya todo está bien. Hay sudor en los flancos, en la ropa, pero el estado general resulta aceptable. Ocurre el desayuno: algo de fruta, agua con apio, la prueba del queso, del pan. Hacia las diez comienza a sentir frío, erizadera. Frío interior nacido en la almendra del hueso. Una hora después las mandíbulas saltan, comen de sus propios dientes. A las doce meridiano la fiebre toca su concierto, los tenores y los bajos abren sus bocas en éxtasis. De arriba baja el bochorno, el viento se detiene en las ramas, los pájaros acicalan sus plumas a la sombra, escuchan correr las rápidas fuentes. Huye el apetito, hasta la ilusión de vivir. A la una de la tarde ya no sabe exactamente quién es. Observa muchas cosas del pasado, disfrazadas pero reconocibles. Cosas que le producen alegría pero también hastío. No desea dormir pero la biología lo abandona en un sopor equivalente a la inconciencia. Los minutos desaparecen, la vida entra en un piélago sereno donde los fantasmas no asustan, se limitan a flotar suspendidos en la luz de los corredores como seres amigables. De pronto, al final de una larga bajada, Su Excelencia comienza a despertar de su torpor. No necesita consultar su reloj para saber que van siendo las cuatro. Ha vuelto a sudar, está fresco. Pero sus músculos parecen venir de una ceremonia donde debieron ser flagelados. Vuelve la alegría, los ojos recuperan cierto brillo de humedad. Bebe agua filtrada, remoja las cáscaras tostadas que hay en sus labios, en su lengua. En ocasiones consigue pasar algún alimento sólido. Conversa con cierto ánimo, traza proyectos para el porvenir. Proyectos de largo, mediano, de corto plazo. Dibuja con sus manos sobre el mantel mucho de aquello que aún falta por hacer, ríe. Hace chanzas a sus amigos, pronuncia palabras de grueso calibre, deja que las horas escapen.

Sin darse cuenta del asunto del tiempo vuelve a sentir frío. Y sin consultar su reloj adivina que ya van siendo las seis. Lejos, el sol rueda. Es la peor hora del día. Su cuerpo, su piel se erizan, tiembla como un animal atrapado en una cueva. Ahora el frío se asocia a la tristeza, al sereno hastío del momento. Y cae en una hondura misteriosa de la que no cree poder salir. Todo deseo se espanta, se malogra al teñirse con la acuarela del horizonte. Reza. Es el momento de unirse a algo que vislumbra en un lugar extraño donde el corazón tiene más tino que inteligencia. La señora del camisón de fuego ya ha vuelto, está en el jardín apañando leña, juntando troncos para el fuego de la noche. Llama a la puerta, entra, está en su casa y se mueve con entera libertad. Fiebre y sombra se juntan. Crece la noche, la señora hace las camas, el fuego inicial, deja todo listo y va al patio donde canta lejana. Hacia las nueve hay un espacio maravilloso, una especie de valle preliminar a las altas montañas del

fuego. Allí soplan frescos vientos. Tan frescos que a veces Su Excelencia siente frío. Las ropas están húmedas por dentro. Se muda, comprueba en las flexiones la densidad de las flagelaciones. Pero su mente está limpia, continúa trazando utopías. Bebe agua filtrada con cocimientos de apio, cidrón, toronjil, orégano. Plantas sabias. Devora algo sólido, boga cuando puede media taza de sustancia de palomas, mira las estrellas, recita en francés algunos versos. El cielo vuelve a ser el mismo enigma de siempre, agradable a los ojos acostumbrados a mirar desde la ventana, prometedor al sentido de la utopía. Fija sus ojos en el cereal que brilla, identifica en su lugar a su adorable Venus:

—¿Eres tú el planeta, o lo soy yo en cuanto al lugar donde nace la pregunta?

Siente que la memoria del amor lo invade:

—¡Estoy solo, inmensamente solo de todo amor!

Como en los momentos más solitarios de su gloria ni siquiera le interesa la respuesta. Siente que avanza a ciegas por el cauce de un río sobre cuyas aguas espesas se acuestan los troncos de los árboles, las selvas más espesas de todo el universo. Del lado de la proa sube ya el esponjoso almizcle de la mar. Mar lejana, aún invisible. Arriba los movimientos continúan. La música del baile todavía suena como si viniese de un viejo salón olvidado donde se ofrecen lánguidas tazas de té en la mañana de alguna terraza soleada.

De pronto llega el anuncio del frío. La travesía por el valle de los frescos vientos termina, todo indica que van siendo las once de la noche. Las mandíbulas crepitan, los ojos parecen vidrio, detenidos en la semisombra de los espejos. La mujer del camisón encendido ha retomado del patio, coloca arrumes de leña en sus sitios preferidos. El camarote toma un color especial donde el rojo predomina. Su Excelencia aceza, busca afanoso la placenta del lecho y se envuelve en aquellas natas primitivas. La misma modorra, la lengua algo trabajosa, calor en la cabeza y los extremos fríos, pulso frecuente, apurado, respiración estertorosa. Sus músculos se agitan. Abandona el camastro, da una vuelta, regresa a él. Abre la ventana.

Desde las sombras recibe la visita de quienes acuden para verlo. El reloj avanza, tic-tac. Retornan los sonidos del baile, crece el movimiento de las tropas. Los regimientos alborotan con sus trompetas. Vuelven las contradanzas, los minués, los currulaos. Chorrean los perfumes espesos, limpios y frescos. Se escucha el menudo chillido de las mujeres en celo y más atrás el espeso ronquido de las bestias que las persiguen por los aposentos. Suenan los pañuelos, los besos en las manos, carraspea la ropa almidonada en

su contacto con las mesas, otras manos, otros vestidos almidonados, las alfombras. Su Excelencia suda, conversa con sus visitantes. El tiempo avanza, vuelve a percibirse su tic-tac, como salido de pronto del olvido, donde el alboroto de arriba lo había empujado. Mira la señal, lo comprende todo: son las tres.

La mujer que hace el fuego de las fiebres toma sus cosas, abre la puerta, escupe y sale. Su Excelencia está fresco, desciende suavemente al sueño de la baja edad media de la madrugada. La calentura huye, aquella leña se apaga. Amanece, brilla el sol en la misma ventana en ese idéntico polvo derretido de las grietas. Su Excelencia hace flexiones, comprueba no sin cierta tristeza el progresivo deterioro de sus músculos:

—¡Mierda, casi me caigo!

La vida retorna, vuelve a mostrar cierto sentido.

Pero con el paso de unas cuantas horas la fiebre se esponja una vez más. Asedia. Los ojos de Su Excelencia vuelven a ser de vidrio, sus labios pierden de nuevo toda humedad. El horario del cuerpo parece implacable. Un hondo escalofrío le recuerda que ya van siendo las once de la mañana y que todo debe volver a empezar. Sonríe:

Toda esperanza se pierde, fracasa en la fumarola de la arena que chorrea en la clepsidra. Es mediodía:

De pronto Su Excelencia se encuentra junto a la barandilla, de regreso del castillo de proa, de donde el fuerte viento lo puso en fuga cuando amenazó con desatar aquella tos. La tos no es como la fiebre, viene en cualquier momento, asalta, carece de horario. Cuando llega, toda relación con la atmósfera se interrumpe y el cuerpo entra en una especie de interinidad mortal. Hay agonía. Después ocurre algo que es como el equivalente de un acto de entrega generosa a lo implacable. Y Su Excelencia muere, queda de trapo. Pero cuando eso sucede es porque ha empezado ya mismo a revivir a causa de una delgada corriente de aire que se filtra por la boca, por las gratas ventanas. La relación con la atmósfera se instaure de nuevo. Y sólo entonces recuerda que algo cuelga en sus labios. Corre a esconder ese algo, limpia con su pañuelo, mira a los lados. Vuelve a mirar el pañuelo, revisa el desperdicio y siente desconsuelo: la sangre ha pintado. Tiene miedo.



## TREINTA

El viento que puso en fuga a Su Excelencia anuncia lluvias. Arriba las nubes se agrupan, forman una espesa colada color plomo. Vuelve a sonreír:

—Hey, cielo, ¿cuándo diablos vas a llover? ¡Míranos, estamos recalentados! ¿Qué te crees?

Lloverá.

Achicado el callejón de la geografía por la presencia de tanta nube baja, espesa, el viento se toma más fuerte, comprimido, veloz. Parece buscar el cinturón del río para deslizarse por él hacia otros sitios de mayor holgura. En la ribera los manglares se agitan, ven alejarse sus hojas desprendidas. Viene la tormenta. Doblado en la barandilla Su Excelencia se entretiene observando las burbujas del francobordo, la espuma que humedece amarilla la parte superior de las cuadernas. Palacios no lo ha perdido de vista:

—Va a llover, señor.

—Hey, ¿cómo lo supiste?

—Es mejor que usted se resguarde de una vez, ¿no lo cree?

Caen las primeras gotas en la cubierta, resbalan sobre la brea:

—Vámonos, José, a ver, ¡corre conmigo, corre!

A lo lejos se observa el trazo de una descarga eléctrica, después se escucha su estruendo. La lluvia engruesa. Su Excelencia camina por el centro, busca protección bajo un pequeño alero metálico de la estructura del puente, se refugia. Su estatura parece aún más pequeña, frágil. Está de frente a sotavento, siente el empujón en su espalda. Recostado a los mamparos del puente comienza a caminar rumbo al camarote. Lo hace despacio porque quiere ver la lluvia, recordarla. En ese momento llegan a su lado Fernando y Santana. Vienen del alcázar de proa, de prisa, avisados por la tormenta:

—¡Tío, corra usted a guarecerse!

—Eso es lo que hago, ¿no lo estás viendo?

—No conviene para nada que usted agarre un resfrío ahora, señor.

—Deja, no pasará nada.

—Tenga, tenga esta frazada, póngasela en los hombros.

—Presta acá, dámela.

—Por este lado, así no, eso es, eso es.

—El viento, señor, ¡mírelo!

—Jajajá, déjate que nos vamos a caer, no me empujes.

Caminan en fila india bajo el cobertizo hasta tropezar la entrada al pasadizo principal. La tormenta alborota en la proa mucho más que por el extremo de popa mientras en el cielo rugen las descargas. El día acaba de oscurecerse de un modo enigmático, lo que otorga mayor fulgor a los fenómenos eléctricos. Al doblar por el corredor de los camarotes todos observan cómo los mamparos interiores, cómo el fondo, cómo los muebles resplandecen con cada latigazo. Fieras asustadas, los viajeros se detienen en el pequeño recibidor. El coronel Santana enciende con su yesquero la lámpara de allí. La llama agarra, titila, se apaga enseguida a causa del viento. Intenta de nuevo pero la ventisca vuelve a barrerlo todo de un plumazo. Miran hacia afuera, atraídos de repente por un objeto en movimiento, ven una sombra pasar por la boca del pasillo. Santana salta:

—¡Es él!

—¿Quién?

—El maricón del comedor.

—No lo creo.

—Lo vi, juro que es él, lo vi.

—¡Síguelo!

Santana vuela, dobla a la izquierda en dirección al castillo de popa, se pierde. Minutos más tarde regresa:

—¡Desapareció!

—¿Cómo? ¡Es imposible!

—Pues desapareció, eso es lo que ha ocurrido.

—No puede ser, el vapor tiene unos límites más allá de los cuales es imposible ir, encuéntralo, es una orden.

—Lo sé, Excelencia, claro que lo sé, pero he recibido órdenes tuyas de no estropearlo todo.

—No te entiendo, ¡chúpate el dedo!

—No puedo echar por tierra las puertas de los camarotes, señor.

—¿Cuáles camarotes?

—Los otros de allá, los del castillo de popa.

—¿Hay allí más cuartuchos?

—Dos.

—Pero se puede llamar a la puerta, ¿eh?

Santana sonríe:

—¡Puaj! Pues claro que lo hice, eso fue lo que hice, señor.

—¿Y?

—Y nada, nadie respondió.

—¿No les dije?

—¿Qué hacer entonces?

Su Excelencia duda, piensa:

—Vuelve allá, debes insistir, corre.

—¿Y si el bicho ese no responde?

—Deja las cosas así, déjalas así por el momento.

—¿Y si responde?

—¡Hey! ¿Y lo preguntas, bolón? ¡Pues lo interrogarás!

Santana da la vuelta, parte. Lo hace como si estuviese cumpliendo una orden en el desordenado campo de batalla. No ha sido éste su oficio pero las circunstancias lo exigen. El coronel Santana se ha desempeñado como secretario. Por sus manos pasó toda la correspondencia en los mejores días de la guerra. Escribe en nombre de Su Excelencia cartas que él firma casi sin leer, abre las cartas que llegan, clasifica el material, lo archiva. Pero ahora el coronel lleva varios días sin uso. Avanza el séptimo día del viaje y la incomunicación es total. Una expedición a ciegas en una noche sin astros. No tiene sentido escribir como no sea para registrar el instante de una luz que se enciende en medio del tumulto. Tampoco Su Excelencia trae salud para hacerlo. Relevado por algunos días de su trabajo, Santana parece feliz de regresar a ciertas funciones militares. Canta:

—Tralalá, tralalá, vamos, hermoso húsar, que el deber te llama.

Y desaparece. Más atrás marcha Fernando:

—Qué lindo es vivir así, ¡tralalá!

Su Excelencia no entra a su camarote. Prefiere permanecer a la espera de sus hombres, conocer el resultado de la operación. Afuera la lluvia es un verdadero diluvio, impide ver cualquier cosa más allá de la barandilla de babor. Palacios enciende de nuevo la lámpara con su yesquero de alcohol pero en segundos la llama es borrada de un plumazo por el viento. Por la desembocadura del pasillo se observan otra vez las descargas, el brillo casi metálico del agua en cubierta, el reflejo de los latigazos en los mamparos del fondo. Cinco minutos después, mojados. Fernando y Santana reaparecen por el pasillo. Santana viene adelante:

—El maricón ese ha decidido convertirse en un misterio, señor.

—Explícate, dilo todo de una vez.

—Hemos fracasado.

—Vamos, vamos, hablen ya.

Fernando está más sereno, controla sus movimientos, pide permiso a Santana:

—Déjeme a mí, coronel. Llamamos a la puerta de los dos camarotes, total, nada. Nadie respondió. Tentamos las cerraduras y estaban sin ninguna seguridad. Abrimos las puertas y entramos.

—¿Y? ¡Afánate, carajo!

—Los camarotes estaban completamente vacíos, general.

—¿Vacíos?

—Absolutamente.

Santana se anima:

—Buscamos hasta en las letrinas.

—¿Lo registraron todo?

—Minuciosamente.

—¿Y nada? ¿Nada vieron?

—Cuéntele usted, coronel Fernando, cuéntele usted mismo.

Fernando baja la voz:

—Sobre una repisa clavada en el tabique vimos un cuaderno, un cuaderno en blanco.

—¿Lo revisaron bien?

—En blanco, señor.

—Corre, tráemelo aquí, ¡pucha!

Santana vuela.

En treinta segundos está de regreso, casi no consigue hablar:

—¡El cuaderno ha desaparecido!

—¡Mírame el puño!

—Señor, juro que ha desaparecido de donde estaba.

—¿Buscaste bien?

—Palmo a palmo.

Fernando muestra unos ojos quietos, respira en entrelíneas:

—¿Miró usted bien en la repisa, coronel Santana?

—Pasé la mano por encima.

—Pudo haber sido la falta de luz.

—No, no fue eso, la puerta estuvo siempre abierta, había luz suficiente.

Su Excelencia pateo el mueble, ríe sin querer:

—¡Puaj! ¡Ese maricón va a acabar contigo!

Disgustado, Santana camina hasta el final del corredor. Se recuesta al mamparo izquierdo, mira la lluvia, piensa. ¿Piensa?, de su pelo engrasado chorrea el agua. En el trasluz, su espalda, su cabeza ladeada contra el tabique, sus piernas, su sable que cuelga como una tripa brillante. Fernando habla casi en secreto:

—Está nervioso, tío, compréndalo usted.

—Puto, eso es lo que está, y no le falta razón.

—También nervioso.

—Está bien, acompáñalo.

Fernando duda:

—Y, ¿qué opina usted de todo esto?

—¿Me lo preguntas? No lo sé.

Su Excelencia tose ligeramente:

—Debo guardarme ya, no me siento bien.

—Es la lluvia, hace frío, humedad, señor.

—Tío, ¿qué le pasa?

—Deja, deja, ¡vete con Santana!

—¿Cree que podrá hacerlo ahora?

—Calla, vete ya mismo, ¿no lo entiendes?

Su Excelencia va a la puerta de su camarote, se despide con un gesto, entra, desaparece.

## TREINTA Y UNO

En el piso brilla algo. Su Excelencia va a la mesa de noche, encueva su mano y enciende un fósforo. Lo que brilla es el perfil de una nueva carta que ha sido deslizada bajo la puerta. La toma en sus manos y va hasta su escritorio. Rastrilla otro fósforo, enciende la lámpara. No es de noche pero el camarote está a oscuras. Lee:

Agradezco su carta de hace unos días y procedo a responder de inmediato, no tanto porque crea que mis juicios le sean necesarios a esta altura del tiempo sino porque no hacerlo es grosero y podría llevar a Su Excelencia a imaginar que su carta jamás llegó a mi poder. Por fortuna no ha sido así, y debemos felicitarnos por la idoneidad del correo en tan difíciles circunstancias. Vivo en la patria que usted liberó y sufro por todo lo que dice relación con su suerte. Resulta inaudito el modo como ahora lo tratan sus enemigos y me asombro al pensar que Usted en su momento los hubiese dejado con vida. Pues en lugar de vivir agradecidos, ellos mismos lo empujan ahora hacia lo que Usted interpreta como un alejamiento voluntario del poder cuando en realidad se trata de un verdadero destierro. Toda gloria divide, todo honor despierta envidia. Esos que usted llama colegas definitivamente no aceptan a la señora Manuela y sufren lo indecible cuando ella habla en voz alta asomada a la ventana del Palacio Presidencial, cuando opina, cuando toma determinaciones que ellos juzgan atrevidas. Y ni qué hablar del simulacro de ajusticiamiento ocurrido en la Quinta. Aquel hecho episódico se ha vuelto un pretexto para poner en marcha un plan contra Su Excelencia, encaminado a separarlo del mando y si es necesario hasta a eliminarlo, como ocurrió en la desgraciada conspiración de hace ya casi dos años. Y, ¿qué decir de Jonotás? La odian. Todos la odian. Se la juzga indecente y se tejen infinidad de hipótesis extravagantes donde hasta su misma vida pasional se encuentra comprometida. Los colegas de Santafé se descomponen al pensar que llegando usted a coronarse Emperador, la antigua señora de Thorne quedaría de Emperatriz. ¡Esto los mataría! Como los ha venido matando de envidia el hecho de que Su Excelencia no los hubiese invitado últimamente a las celebraciones ocurridas en la Quinta. Es cierto que las nuevas ideas políticas tuyas han despertado inconformidad en algunos, pero insisto en que más allá de ellas la hierba de la envidia trabaja por debajo con mayor eficacia de lo que se supone. Muchos nos preguntamos de qué desgraciado material está hecha el alma humana, que goza cuando tritura, mastica, destroza al enemigo bajo pretextos que encubren móviles inconfesables. Siempre ha sido así y la historia parece olvidar que la ambición, el odio, el amor, la competencia que nace de la rivalidad, la envidia, todo eso que mueve nuestro espíritu con tanta potencia, participa de un modo mucho más significativo del que se supone en el movimiento político y social de los pueblos. Pero no: el hombre que somos nosotros no lo admite. Nos hemos idealizado a tal extremo que nos percibimos exactamente de un modo diferente al verdadero. La ciencia que explica la historia olvida con no poca frecuencia que sus famosas leyes se cumplen a través de los hombres, quienes con sus pasiones, mezquindades o grandezas las orientan con inaudita eficacia en función de sus designios concretos. Créamelo usted, Excelencia, que no exagero cuando pienso que la más implacable ley social puede quedar

convertida en una pamplina en presencia de un amor loco, de cualquier rivalidad. El resultado habrá de ser, quizás, el sincretismo de ambas cosas.

—Hey, hey, ¡qué filósofo me ha resultado este bicho!

Su Excelencia levanta los ojos, aumenta la intensidad de la luz en la lámpara. Limpia sus párpados, murmura:

—Veamos, veamos qué sigue aquí, a ver.

Lee otra vez:

Si me he extendido en estas necias apreciaciones, por lo demás nada originales, es porque me preocupa su actual destino, señor. Pronto llegará al final de su viaje y se colocará ante lo inexorable: tomar la determinación definitiva. Mi deseo personal es que ella sea la de no marcharse de la patria, pero algo en el corazón me dice que Usted de todos modos nos dejará para siempre. El destino es tan hondo como el misterio, señor. Estoy de su lado, créamelo, y sueño más con su ensombrecimiento de ahora que con sus glorias de otros tiempos. En fin, debo terminar. No se afane Usted por responderme. Los correos ya no son los mismos de otros días y el sigilo no está garantizado. Además, no lo merezco. ¿De qué serviría? He hablado con algunos de sus amigos y me han prometido estar atentos al desarrollo de los acontecimientos. No vaya Usted entonces a sentirse solo. A cambio le ruegan no perder la paciencia a fin de evitar comprometerse en actos de fuerza que en lugar de favorecerlo lo habrían de perjudicar con quienes permanecen al acecho de la menor oportunidad. Afectísimo:

Uldarico Clavel

—Qué tío éste, ¡pufff!

Su Excelencia termina de leer desconcertado. Tantas cosas dichas, sugeridas. Afuera la lluvia truena, las descargas eléctricas rebrillan en el camarote, se filtran a través de grietas invisibles. La llama de la lámpara se agita, las sombras sueltan sus hojas como llamas opacas. Un viento hondo forma ventosa en la ventana, en la puerta. De pronto Su Excelencia quiere tomar el papel, la pluma, responder de inmediato. Se siente tocado de cerca por apreciaciones tan dispersas e inesperadas que no consigue organizar. Toma de nuevo el pliego en sus manos y vuelve a leer aquel misterioso renglón escrito con ceniza de cementerio: «Algo en el corazón me dice que Usted de todos modos nos dejará para siempre». Y se sume en una tristeza extraña:

—¡Mi adorable loca!

Aquel simulacro de fusilamiento el día de su aniversario celebrado en la Quinta, aquella noche desdichada lo precipitó todo. No fueron suficientes sus actos de reparación, sus explicaciones. La máquina de la venganza habría de ser puesta en movimiento de todos modos. La inspiradora del juego debía ser alejada del poder definitivamente y no lo fue, debía ser sancionada ejemplarmente y no lo fue. Tampoco lo fueron los otros protagonistas, con la

profundidad deseada por el agraviado. Manuela seguía perorando tan duro como siempre en las transparentes ventanas del Palacio. Jonotás continuaba remedando a destajo, haciendo burlas, pronunciando palabrotas por todas partes sin ninguna censura. ¿Cómo romper con su adorable loca, contra cuya iluminada pasión siempre estuvo indefenso? Misterios del ser. La generala estaba allí, gobernando a su antojo la región más ciega de su ser, pisando duro aquel mismo camino de gloria. Zapateando fuerte con la rabia de quien se sabe vulnerable a la maledicencia pública:

—Loca mía, ¿qué haces ahora?

La lluvia amaina, las descargas eléctricas empiezan a oírse lejanas, apagadas por el agua distante de la atmósfera lavada, del río espeso, de las ciénagas casi esponjosas. Pero el viento silba, empuja los mamparos, pone a sonar las cerraduras de la puerta, de la ventana. Oye de nuevo los golpes, afina el sentido: alguien toca:

—¿Quién vive?

Los golpes crecen en la ventana:

—¡He dicho quién vive, carajo!

Del otro lado se escucha una voz delgada:

—¿No lo adivinas, hombre?

—¡Llamaré a mis escoltas!

—Deja, deja, no es para tanto, escúchame, ¿no me oyes?

—¿Robinson?

—Jo, jo, jooó.

—¿De verdad que eres Robinson?

—Lo adivinaste, sinvergüenza, lo adivinaste.

Su Excelencia abre la ventana pero sólo ve el espeso centro del día. Ya no llueve como antes y por el lado de estribor la evaporación forma una densa cortina de niebla que todo lo confunde. Ciénagas removidas, grandes fondos hirviendo burbujas, árboles húmedos evaporando miasmas invisibles, pastos, cauce sereno donde revientan menudas gotas últimas:

—Robinson, carajo, ¿dónde diablos estás metido?

—Jo, jo, jo, ¿es que no puedes verme?

—Sólo veo la niebla, viejo loco, di algo, di.

—Y, ¿qué quieres que diga? ¿Acaso un poema en francés? ¡Ve! ¡Ve!

—Deja, corre a burlarte de otro, ¡maldita niebla!

Largo silencio. Su Excelencia palpa la ventana, busca afanoso. Luego escucha de nuevo la voz:

—Siéntate.



—¿Cómo? ¿Que me siente? Hey, ¿y qué es lo que estás creyendo?

—Siéntate, carajo, y no discutas. ¿Todavía eres lo mismo de voluntarioso? Deja, ya no te luce. ¿O es que crees que te luce?

Su Excelencia toma asiento en el borde de su camastro:

—¿Y ahora qué?

—Espérate, hombre, ¿no puedes? Te hará daño para la bilis, sigues siendo el mismo.

Y ve su rostro en la ventana, perfecto, apenas lavado por causa del tiempo y la lluvia. Trae barba de varios meses, descuidada, sucia de restos de hojas secas, hasta de caldos derramados. Está anciano pero sus ojos continúan siendo voluptuosos, nutridos por la combustión de viejos maderos traídos de tierras libres, súbitas, desnudas. Su mirada es quieta. Su Excelencia casi ni puede hablar:

—Oh, maestro, ¿dónde has estado todo este tiempo, dónde?

—Pensando hijo, pensando tantas cosas.

—Por supuesto que pensando, eso es de suponerse, pero dónde, carajo, ¿qué te habías hecho?

—Andaba por ahí, en varios países, lindo, todo muy lindo, pero a veces me canso.

—Quédate esta vez, quédate conmigo un tiempo, tantas cosas que debemos conversar, si vieras.

—Sería lindo, pero no puedo. Pasan los años, pasan tan breves como los días y a medida que envejezco algo dentro de mí se confunde, me impide permanecer en un mismo sitio por mucho tiempo. Busco y busco, ¡uffff!, ya casi ni puedo moverme por mí mismo, ¿no lo ves?

El viejo Robinson muestra sus pies empolvados, sus sandalias medio rotas por las piedras del camino. Lejos, amarrada a la sombra de un árbol, se observa una mula cargada con ollas, alambiques, bultos, un asiento roto:

—¡Cuánta falta me has hecho, hombre!

El viejo se llena de aire, estira sus piernas. Ahora sus pies han quedado ocultos por el marco de la ventana:

—A mí también, hijo, a mí también, no lo creas, pero por fin he vuelto. Lo prometido no es olvido.

—El año anterior te esperé en vano.

—¿El año pasado? A ver, a ver...

—Supe que venías, oí el rumor, un soldado andaba diciendo que te vio por los lados del Orinoco, que eras tú.

—¿Por el Orinoco? No, no lo era, estuve en Francia, y si vieras qué cosa más linda me he conseguido.

—Ya me imagino.

—Bueno, bueno, deja ya, una niña, eso es todo.

—Viejo corrompido.

—Me ama, es rubia, si la vieras.

—Eres muy viejo para andar en esas cosas, Robinson, ¿le lavas la ropa acaso, le limpias todavía el trasero?

—Ji, ji, ji, casi casi, ¡si vieras qué pimpollito me he robado!

—¡Robinson, Robinson!

Otro largo silencio:

—¿Recuerdas la tarde aquella en Roma?

—¿En Roma? Oh, sí, sí, tantas cosas pasaron desde entonces.

—Hey, ¿y sí valdría la pena todo esto? ¿Valdría la pena?

—¿Qué dices?

—Olvidalo.

—¿Que si valió la pena? Por supuesto que sí. Lo que tienes bajo tus pies es ya una patria, una patria libre, ¿no lo sientes?

—Jurábamos por todo, ¡qué cosa!

—¿Hablas de Roma?

—Nos arrodillamos, ¿lo recuerdas?

El viejo Robinson ríe:

—¡Cómo podría olvidarlo!

—Ha pasado tanto tiempo, han sucedido tantas cosas desde entonces.

—Y, ¿qué querías, bolón? ¿Estás abrumado por eso?

—Triste no, pero hoy conozco a los hombres, sé de su naturaleza y nada espero.

—¡Hea! ¡Sí que eres otro!

—Me dejo ir, eso es lo que hago, me abandono con las manos quietas, eso es todo.

—¡Puaf! Dímelo, ¿esperabas algo más?

—Aspiraba morir en paz, tan sólo eso.

—Jo, jo, jooo, no hables así, no te confundas por tan poco, la naturaleza sabe aquello que hace, déjala, déjala actuar.

—¡La naturaleza!

—Y, ¿no la ves? Llámala, invócala, siéntate con ella a la mesa, métela a empujones bajo las sábanas, con confianza, hijo, hazlo con toda confianza.

—Estoy enfermo, Robinson, eso es lo que pasa.

—¿Qué? ¿Y, dime, no has vuelto a cantar?

—Nada, ya no tengo voz, todo se me ha ido acabando, óyeme el pecho, óyelo.

Suenan las campanas de un colegio lejano. ¡Don! ¡Din! ¡Don! Un colegio de aquellos que crecen entre arboledas, ese patio en el centro, aquel reloj de péndulo en el muro de papeles brillantes, atrás un patio con niños procurando guijarros, sudorosos, niños pájaros, gatos salvajes en los muros y a lo lejos una lavandera cantando. Junto a la entrada un viejo de botas, grandes bigotes, quizás demasiado serio. A su lado, colgado de un clavo, un látigo. ¡Don! ¡Din! ¡Don! Robinson cambia de aspecto:

—¡Debo irme!

—Quédate, cabrón, quédate que hay muchas cosas por hablar.

—Siempre es así, hijo, volveré.

—¡Quédate, carajo!

—¿Qué te pasa? ¿No escuchaste acaso la campana?

Robinson da media vuelta, empieza a caminar. Está completamente desnudo y sus huesos traquean con el movimiento. Encima de sus hombros brilla su pelo blanco, ondulado. A su lado, en ronda, aparecen de pronto cerca de una veintena de estudiantes. Bajo el árbol donde la mula espera con su carga de cachivaches, Robinson inicia su clase de anatomía sobre el modelo de su propio cuerpo. La mula resopla, muerde hojas, patea las hormigas. Nadie la escucha. Desde donde está, el viejo levanta sus ojos, sonrío, grita:

—Quédate tranquilo, volveré, ¿no me crees?

—¡Viejo de mierda!

Una nube pasa empujada por el costado de barlovento. A lo lejos una voz recita en francés páginas enteras de Rousseau. La mida patea el piso, continúa mordiendo la hierba. Junto a ella una francesita destila con la ayuda de su alambique media taza de licor de menta. Vienen más nubes, todo desaparece.

## TREINTA Y DOS

En el inmenso vacío que queda, Su Excelencia comienza a ver un apretado desfile de carrozas. Carros tirados por caballos coronados de plumas, formaciones de guardias reales vestidos de azul y oro. En el centro de todo la catedral de Notre Dame. De lejos llega el alarido de las trompetas. Hace frío, primer gualdrapazo del invierno europeo en las mejillas. Puñados de alondras picotean nerviosas, presienten la estación de las nieves. El mundo entero aguarda el instante de su esplendor. El Papa en persona se aproxima a Bonaparte, traza en el aire el signo de la bendición. A un lado Josefina espera. Bonaparte agarra la corona que brilla en la bandeja, la deja caer suavemente en las sienes de su mujer. Luego agarra la otra corona, se la pone él mismo. Un millón de personas estalla en apoteosis nunca antes vista. Su Excelencia queda perplejo, extasiado. Bonaparte ilumina el palco de honor, lámpara encendida del poder soberano, pájaro de colores tan hondamente triste con su mano entenada en la herida del pecho. Los ojos de Su Excelencia no descansan:

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! ¡Esto sí es lujo, lujo de verdad!

Mira la corona que Bonaparte acaba de colocar en su cabeza, percibe de lejos el galope del corazón de Josefina, observa la mano del Papa tan suntuaria como el local de una joyería, escucha la apoteosis interminable. Y siente que algo se quiebra en su estómago. Pobre, lastimoso ejemplo de una costumbre pasada de moda, murmura. Espectáculo fascinante, repugnante también. Piensa en la esclavitud de su patria, ve una portentosa luz que se enciende de pronto:

—¿Seré yo? ¿Seré acaso yo el señalado por el destino? Madre mía, ¿seré yo?

El griterío de un millón de franceses no termina. Bonaparte tiene de sobra fuego en sus ojos. Su Excelencia siente que el vapor se balancea, observa que las naves de la ventana van y vienen, se azotan:

—Qué gloria sería la mía si llegase a ser el libertador de mi patria.

¿Eso que llaman historia qué podría ser sino lo imaginario mismo  
Lo soñado andando por los caminos, derramado como la leche en  
los hogares del fuego  
Una, dos, tres obsesiones juntas en el espejo  
Y un poco de polvo de realidad encima?  
Aquí estoy después de todo  
Río abajo  
Enfermo como el último de todos los cuerpos  
Los bolsillos limpios  
Separado de toda comunicación y cubierto de hojas secas  
De insectos  
¿Qué clase de documento es esta vida que llevo?  
Otros vendrán a buscar papeles entre el polvo

A procurar archivos donde sólo hay palabras, precarias palabras de un día, sólo palabras. Pero, más allá de ellos, los historiadores sacralizarán el archivo, dirán que es allí donde está la verdad objetiva, reemplazarán las palabras por el papel rancio. Y lo que algún día fue voz, sueño, imaginación, pasión desbordada, pasará a ser sólo documento en ese aterrador frigorífico del archivo:

Aquí estoy después de todo  
Río abajo junto con todas las tristes hojas inservibles  
Carga de gloria  
A ciegas la pequeña luz en la hendidura que aún supura en mis ojos  
Dulcemente condenado en el centro de dos eternidades:  
La pasada  
La que viene

Su Excelencia piensa en Bonaparte, ojea en la ventana abierta la niebla que sube por el río. Sabe quién es él mismo, a veces se confunde atolondrado. Ha tenido bajo sus órdenes a los mejores soldados, a los más bravos coroneles ingleses, irlandeses. Cabezas rubias como el oro, intrépidos, de duro corazón. Mandó también sobre los soldados de Escocia, Alemania, Polonia, América: Charles Sowerby, William Fergusson, O'Connor, Daniel O'Leary, Córdoba, Sucre, Rupert Hand, Arthur Sandes, Santander, el general Miller, Charles Demarquet, el soldado de Bonaparte en Austerlitz, Cayetano Freyre con su joroba de Cuasimodo, Louis Péroux de Lacroix, soldado de Bonaparte durante su invasión a las planicies rusas, Richard Crofston.

—¿Crofston? ¡Imbécil!

Richard Crofston, el coronel que dio la orden de disparar al muñeco de trapos aquella noche de aniversario en la Quinta. Charles Whittle, atolondrado coronel venido de los humos de pólvora de Waterloo. Y Patrick Campbell, ese adorable coronel británico que acompañó a Su Excelencia en su recorrido hacia los suburbios de Santafé, apenas catorce días atrás, cuando tomó por el camino de Honda rumbo al vacío de este viaje donde ahora se encuentra. Chillan los oídos, las máquinas braman en la bodega. De frente a Su Excelencia, con la niebla helada golpeándole el rostro, Campbell observa cómo la comitiva continúa la marcha y se pierde en la distancia:

—¡Se ha ido, mírenlo, se ha ido el caballero de Colombia!

Una eternidad espera adelante.

Cesa la lluvia definitivamente. A estribor, la ventana vuelve a ser del mismo tamaño de siempre. El vapor hierve en las calderas, las cucharas delanteras empujan la embarcación. Ha vuelto la fiebre. Bajo el espejo que cuelga en el mamparo, encima de la mesa donde hay una toalla limpia, doblada, brilla un platón esmaltado. El navío se balancea otra vez, varias gotas gruesas salpican la mesa donde el platón esmalta su propia sombra. Su Excelencia no puede separarse de la ventana. Viaja más hondo en el tiempo, más hondo aún si ello es posible:

La primavera florece en los jardines de Madrid. El palco está lleno de nobles y la reina de España bate su abanico de pergamino donde vuelan algunos gorriones diminutos pintados al óleo. Delante de Su Excelencia está el príncipe de Asturias. Se divierten los dos, juegan una partida de pelota que empujan con la ayuda de una pala de madera. De pronto uno de los brazos de Su Excelencia tropieza la cabeza del príncipe, su sombrero rueda por el suelo. El incidente no pasa a más, el disgusto inicial se hunde en el olvido. Pero transcurre el tiempo y el príncipe de Asturias se convierte en el Rey Fernando VII. Entonces ya no es el sombrero aquello que le es arrebatado al príncipe sino la misma América española. Sin embargo, en el mejor momento de su gloria, el autor de aquella formidable página de la historia universal es empujado ahora río abajo, condenado a romper aquellas aguas de barro disuelto, de ramas destrozadas a causa de la creciente. Lejos, las ciénagas quietas, esponjadas, residencia de corpulentas mariposas de terciopelo que ahogan la luz de las lámparas, de moscas abombadas que estallan contra los mamparos, contra el almidonado percal que hace de biombo en la puerta de entrada al comedor. El destino.

Una voz débil sopla a sus espaldas:

—¿Cómo estás, amor?

Su Excelencia vuelve sus ojos, tiembla, retrocede espantado:

—Cómo, ¿tú aquí?

Ella ríe:

—Decidí venir a verte, vaya, hombre, ¿no te agrada?

—¿Cómo lograste llegar hasta aquí?

—Ven, ven aquí, ¿o es que no me vas a besar? ¿Pasa algo?

—¡Hea! ¡Dímelo!

—Secretos míos.

—¡Dímelo!

—¡Nich, nich!

La lengua de Manolita Madroño es un dulce de icacos con el que ella hace juegos. Su Excelencia extiende sus brazos:

—Acércate.

Ella camina, menuda como una visión apasible, llega a sus brazos, deja que él la bese:

—Cierra esa ventana, podrían vemos.

—¡Oh! Ya mismo, espera, lo estaba olvidando.

Su Excelencia obedece, rápidamente retoma:

—Ya está, ven, ven aquí.

—Ahora apaga esa lámpara, me molesta tanta luz, así no puedo.

La mano serena de Manolita Madroño señala la lámpara encendida en el escritorio de campaña. Bañada por la luz brilla la carta:

—¿Te han escrito?

—Sí, vaya, un amigo.

—¿Amigo o amiga?

Su Excelencia sonríe:

—Amigo.

—Muéstramela.

—Deja, no puedo.

—Eres malo, mal hombre, dame acá, me estás mintiendo.

—Te amo, olvida el papel, ¿cómo podría mentirte?

—¿De la Sáenz?

—Te amo, te amo, ven, ven aquí.

Los ojos de Manolita Madroño ya no tienen el brillo de antes:

—Dímelo de una vez, ¿te escribió la tal Sáenz?

—No, tú eres la única, debes creérmelo, tú eres la única.

—Júralo.

—Lo juro.

—Apaga entonces aquella lámpara. ¿Lo juras? Júralo una vez más, quiero oírlo de nuevo.

—Lo juro, Manolita, tú eres la única, hummm...

Su Excelencia camina hasta el escritorio de campaña, sopla la llama. El camarote queda a oscuras, iluminado tan solo por la grieta de luz que se filtra por debajo de la puerta. Manola respira tan hondo como un animal, abre sus labios, muerde. Está impaciente. Tiene la misma fuerza de los días de Huaylas, de Ancachas. Pero, a cambio, Su Excelencia es apenas un despojo que difícilmente consigue mantenerse en los pies. Si el fósforo da candela, ¡qué dará la fosforera! Las manos acarician, hacen lo suyo. Manos lelas, suspendidas en un raro vuelo sobre la ropa de la piel. La ropa brilla en el suelo, aletea su feliz agonía. Los cuerpos van al camastro, hay amor. Al despertar, asomada a un hondo vacío de cosas medianamente logradas, ella da un salto:

—¡Corre, tranca esa puerta!

—¿Qué ocurre?

—Oye, escucha aquellos ruidos, ¿qué es eso?

—¿Lo de arriba?

—¿Arriba?

—Sí.

—¡Oh!, pensé que alguien venía por el corredor, casi muero de susto.

La música se escucha más nítida:

—Parece un baile, ¿lo estás oyendo?

—¿Un baile?

—Sí, no te hagas el bobo, ¿irás?

Su Excelencia calla:

—Te estoy hablando, amor, ¿irás al baile?

—No lo sé.

—Si vas, ¿me llevarás contigo?

—Sí, sí, por supuesto, déjame ver, déjame ver.

Su Excelencia hunde su cabeza en las sábanas, desaparece. Las manos de Manolita Madroño tocan la piel de su frente, se untan de sudor:

—¡Mío, mío!

Pasan los instantes, hay más amor. Esta vez amor insomne, iluminado por el espectáculo de la mirada atenta, contemplativa en la materia de la posesión. Manolita brilla, húmeda en la penumbra del camarote:

—¡Qué lindo es viajar!



Su Excelencia respira entrecortado:

—Lindo, lindo.

—Una se marea delicioso, una siente como un nudo en el estómago.

El tiempo es una baba rápida, huidiza. Abajo las máquinas braman sordas, empujan con fuerza. El camastro se balancea. Manolita abre su boca, saborea el dulce:

—¿Puedo fumar?

—¿Fumar? ¡Vete al diablo!

La niña no puede tenerse de la risa:

—Sigues siendo el mismo, el mismo bravucón.

Ella se sienta en el borde del camastro, mira sus pies, su desnudez completa. Y se observa tan blanca en la sombreada leche del camarote:

—¡Debo irme!

El reloj de siempre comenzaba a andar una vez más:

—No, quédate, por Dios, quédate conmigo, no me dejes ahora, no puedes hacerme eso.

—En casa me esperan, hombre, no puedo.

Su Excelencia se incorpora:

—Acompáñame hasta el amanecer, te necesito, sólo hasta el amanecer.

—Mío, adorable malhombre, hummm...

—¡Quédate!

No termina de hablar cuando Manolita desaparece llevándose consigo la ropa que acaba de recoger del suelo. De pronto la puerta del camarote se abre de un golpazo:

—¿Quién había aquí?

Manuela entra convertida en una fiera:

—Nadie. ¿Qué es ese modo de entrar?

—¿Nadie? ¿Y ese olor a mujer?

La Sáenz viene hasta el lecho, busca, palpa las sábanas, olfatea la almohada. De repente salta:

—Y, ¿esto qué significa?

En sus garras armadas cuelga un diminuto zarcillo de mujer:

—¿Qué?

—No te hagas el desentendido, ¡puto de mierda!

—No lo entiendo, no lo entiendo, no sé qué ha pasado.

—¡Acabas de mancharte! ¡Eres un miserable mentiroso!

—¡Hey! ¿Qué dices?

—¡Mira lo que te hago!

La fiera quiteña clava sus uñas en la carne, destroza la piel y sigue la floración de la sangre. Luego corre a sentarse, llora:

—¡Estás azorada, estás azorada!

La baba del tiempo se desliza, pasan los instantes, el silencio es total. Aquel llanto disminuye:

—¡He debido matarte, matarte de una vez!

—Mira, mira bien lo que hiciste, me has destrozado la cara.

—¡Hea!, demasiado poco, ¡debió ser más!

—¿Qué diré? ¿Qué diré mañana a quienes deseen verme? Me has arruinado la cara.

La Sáenz regresa a su asiento, sonrío:

—Dirás que tienes resfrío, eso es todo.

—¿Resfrío?

—Eso mismo. Yo te cuidaré.

—¿Me cuidarás?

—Sí, mi putico, está bien, te cuidaré, ¿qué más puedo hacer?

Un escuadrón de caballos enloquecidos rompe la puerta. Son los caballos de Su Excelencia, también los de sus amigos. Al cruzar el dintel se detienen, superpuestos los unos a los otros, dan vueltas en redondo. Monta él en Pastor, sale a cabalgar desde el alcázar de proa hasta la popa, por el lado de babor. A esta hora el vapor está desierto, sumido en la noche de su mayor abandono. Agarra una hoja de papel, hace una corona y la coloca sobre sus sienes. Luego ríe. Ríe loco. Ríe hasta el amanecer.

La fiebre arrastra imágenes, sopla esos carbones encendidos.

## TREINTA Y TRES

A través del ventanal del comedor, mirando más allá de la proa, el río se observa como un esponjoso cadáver inflado por las lluvias. Es mediodía y el sol calienta. El techo del recinto crepita como lo hace toda superficie de madera cuando se evapora la humedad. El castillo de proa, donde están el comedor y la cocina, ofrece una amplia visibilidad a través de la cristalería. A babor, zona de los desplazamientos entre el comedor y los camarotes, Su Excelencia a veces cree ver en la ribera diminutos poblados, lejanos caseríos que después desaparecen como espejismos. Y a estribor, zona de tránsito restringido, sólo se observan densos manglares y, de vez en cuando, los mismos espejismos del otro lado, todo ello a través de ocasionales rotos abiertos en los mamparos. El vapor continúa su marcha por el centro del cauce. Y el agua, más revuelta que ayer, corre veloz. Hace sólo un momento salpicó la cubierta, lanzó espuma en ella como sobre un atrio.

Todos se han sentado en el comedor, devoraron ya sus alimentos y no han hablado. Nadie aventura una sola hipótesis acerca del novedoso hecho del día: el bicho de la mesa de estribor no ha aparecido para nada. No se acercó a desayunar, tampoco vino a tomar su almuerzo ni a beber de sus recipientes metálicos. Santana y Fernando han fracasado en su empeño por identificar el lugar donde duerme, donde se aloja con sus papeles y sus cosas. Bernardino acaba de levantar los platos de encima del mantel. Los rotos, reparados con decoro con trozos de otras telas, brotan de pronto no sólo debajo de los platos del héroe sino bajo la sombra de todos los otros recipientes. Unas migas de pan acaban de rodar por el suelo. El rubio y el bayo corren por ellas, las devoran. Santana suspira:

—No me gusta para nada lo que está sucediendo.

Fernando alisa el mantel, termina de asear sus dientes con la lengua:

—¿Te refieres a lo del bicho aquel?

—Hea, ¿qué otra cosa podría ser?, ¡pues claro, hombre!

—Es extraño, mi madre que es extraño, definitivamente ya no entiendo nada.

—¿Qué tienes en la lengua? Extraño no, ¡sospechoso!

Su Excelencia acaricia la cabeza de sus perros:

—¿Sospechan ustedes dónde podría haberse metido ése?

—No, toda nuestra diligencia ha sido inútil —dice Fernando—. Ha desaparecido.

—¿Lo han buscado? No puede haber desembarcado, señores, por ahí debe andar, ¿no lo creen?

—¿Que si lo hemos buscado? Hágame el favor, Excelencia, toda la mañana.

—Y, ¿anoche?

—No lo vimos, pero Bernardino asegura haberlo visto cuando vino a comer.

—¿Notó él algo extraño?

—Nada. Según las informaciones el bicho comió normalmente, escribió cerca de una hora y se retiró a la barandilla de estribor para contemplar la noche desde allí. Fue la última vez que lo vio.

Su Excelencia esta incómodo:

—¿Y, mientras tanto, los diligentes señores a qué se dedicaban?

—¿Nosotros?

—¡Métete el tubo, por supuesto!

—Estábamos custodiando por los lados del castillo de popa, pasando revista al camarote donde hallamos el cuaderno que desapareció de la repisa, eso hacíamos.

—¡Vaya, vaya! ¿Y hasta qué horas montaron guardia?

—Hasta la media noche estuve yo —dijo Fernando.

—¿Y este mugroso?

Santana bajó sus ojos:

—El coronel permaneció vigilante hasta las dos de la madrugada, señor.

—¿Eso fue cierto, Santana?

—Cierto, general, hasta pasadas las dos.

—¿Y no viste nada?

—Luz en el biombo del comedor, luz nada más, eso fue todo. Fernando sabe que nada en todo aquello es satisfactorio: —¡Estará enfermo el arenque ese!

Santana frota sus manos, no se atreve a mirar:

—Pudo haber desembarcado al amanecer.

—¿Qué dices?

—Bueno, es lo que pienso, lo que se me ocurre.

—Imposible, no hemos atracado en ningún sitio.  
—Mientras dormíamos, digo, quizás mientras dormíamos.  
—¡Basta!  
—Es posible que hub...  
—¡Basta ya, cabrones!

Todos callan. Nada tiene sentido. Su Excelencia se pone de pies, sale de largo, azota el biombo que cuelga en el roto de la puerta. Congestionados, Fernando y Santana lo siguen de cerca. Palacios se aproxima y pide autorización para sentarse a comer. Hay rabia, desconcierto. Su Excelencia camina de prisa, confronta, enfrenta, mira de reojo. Llega hasta el pasillo de los camarotes, busca el suyo, abre la puerta y se despide con un gesto enigmático. Cierra de un golpe seco. Presiente algo, olfatea, está seguro de la existencia de algo allí. Algo que palpita en algún sitio. Mete su mano en el buzón, palpa. Es un rollo de papel. Lo saca. Retira la cinta tricolor, desenrolla el pergamino oficial, corre junto a la ventana donde espera la luz y lee:

Excelencia:

Como Secretario del Congreso Nacional debo comunicar a Usted que en reunión plenaria del pasado doce de mayo se discutió su pedido de subir a la segunda planta del navío, el que ha sido denegado por motivos de conveniencia nacional. Ruego a Su Excelencia tomar atenta nota de lo anterior para lo de sus fines. En cuanto a la libranza ya se han dado instrucciones perentorias para evitar mayores dilaciones. Su pasaporte va en camino y es probable que le sea entregado a usted mismo durante el viaje. De no ser posible, lo encontrará a su llegada y le será entregado por un funcionario especialmente comisionado. Soy, con perfecto respeto, de vuestra Excelencia muy obediente servidor:

Gomino Azuero

Putea, pateo las tablas, corre a la puerta:

—¡¡¡José!!!

Palacios dormita recostado al mamparo exterior, en la desembocadura del pasillo:

—¿Qué sucede, señor?  
—¡Llámalos, es urgente!  
—¿Ha ocurrido algo malo?  
—Diles que vengan.  
—Ya vuelo, ya vuelo.

Palacios desaparece pero en segundos retoma seguido de Santana y Fernando:

—¿Algo malo, señor?  
—¡Lean, lean esto!

Fernando agarra el pergamino, lee en voz alta, palidece con cada letra:

—¿Qué hará usted ahora, señor?

—Subiré a cualquier precio. 1 la llegado el momento de la verdad.

—Vamos, calma, es preciso diseñar un plan.

—Ningún plan, mi sola presencia es el plan, señores, vamos. Fernando no entiende:

—Hemos llamado a la puerta y nadie responde, ¿por dónde subiremos entonces?

—¡La derribaremos!

—¿Cuándo?

—Hey, mírame, ¿qué te pasa?, ¡pues ya mismo!

—¿Ya?

—Vayan por sus armas, yo los aguardo en la puerta, ¡vuelen, carajo!

—¿Y yo?

—Quédate conmigo, José.

Fernando y Santana corren por sus armas de fuego mientras Su Excelencia se dirige hacia la puerta. Lleva alta la frente, trae una mirada de fuego. Pero en el trayecto, al salir a cubierta, siente un raro ahogo, tose. Palacios se aproxima, intenta ayudar pero es rehusado. Aquella tos se agranda, desgarras las paredes internas, siente él que trozos enteros de sus pulmones se desprenden como viejas cortinas raídas. Dentro de su cuerpo un viento que viene de lejos levanta un polvo húmedo que en segundos se transforma en melaza y no puede respirar más. Se recuesta al mamparo de la desembocadura, agarra los aparejos, los embreados cáñamos que cuelgan, permanece suspendido en una especie de eternidad:

Y vuelve a ver a mamá, agonizante, transparentando su cuerpo por los corredores de la casa de San Mateo. De mamá no queda nada, ya ni siquiera es ella. Sólo la palidez de sus largos vestidos, esa tristeza suya de mujer derrumbada, aquellos ojos de estancia, la lentitud de cada paso suyo en el vacío.

La respiración no vuelve.

Su Excelencia siente que sus ojos se han ido volviendo de vidrio, cristal quieto de bagre arrancado al agua. Tiene delante el helado paisaje de Santafé. En la distancia observa un jinete. Hombre hecho de viento que avanza a galope tendido. Levanta su caballo una columna de polvo del color de la ceniza, se acerca. Su Excelencia comprende que viene hacia él. La distancia se achica, la velocidad se reduce, la figura toma cuerpo en la balaustrada: es un soldado vestido con su uniforme de húsar. A espaldas suyas ve de pronto

aparecer otros dos bultos que hacen las veces de escoltas. El soldado sonríe, hace a un lado su morrión, saluda:

—Amor, vengo a buscarte.

Ese soldado vestido de húsar no es otro que la adorable loca de Su Excelencia. Acaba de llegar de Quito con la idea de instalarse a vivir en el Palacio de la Presidencia. Sí, en la Presidencia, ¿y qué? Los bultos que la acompañan como escoltas son sus esclavas de siempre: Jonotás y Natán. Metidos hasta el cuello dentro de unos sacos de pellejo de alpaca que las esclavas traen a la grupa de sus mulas, maúllan cerca de veinte gatos de todos los colores imaginables que Manuela trajo consigo para almizclar los corredores del Palacio. Su Excelencia retrocede, no puede creer aquello:

—Eres loca, eres loca, ven, bájate, ¿cómo ha sido posible todo esto? Debiste avisarme, bájate, no puedo creerlo.

Le ayuda a su loca a descender de su caballo, la carga en sus propios brazos, la besa. Y siente que de inmediato ocupan el cielo de Santafé unas hojas secas que no provienen de los árboles próximos sino de algunos balcones secretos, de puertas que se cierran tan pronto como acaban de vomitar aquel desperdicio:

Son las papeluchas de la infamia. Hojas volantes que los enemigos de Su Excelencia prepararon para recibir a la adorable loca del héroe en las calles de Santafé:

Ha llegado a vivir junto a Su Excelencia la notable Madame du Berry, decían las papeluchas. Bienvenida la adorable loca del cornudo de Thorne.

Palacios lo agarra por el brazo pero Su Excelencia no tiene fuerzas ni siquiera para rehusar la ayuda que lo entorpece, que lo llena de vergüenza:

—¿Ya está usted mejor, señor?

La respiración empieza a normalizarse. Un delgado hilo de aire refresca las ventanas de la nariz, hilo de tamarindo, de aguas frescas de río, de vegetaciones vírgenes. Hilo que se aloja adentro. Todos los músculos de su cuerpo tiemblan. Y escucha de pronto una voz lejana, ceremonial. Una voz que viene de los tiempos más enigmáticos, donde el futuro y el pasado se confunden:

Poca expectoración, el hipo repite con bastante fuerza, algún delirio en sus labios, pulso más frecuente y apretado contra los muros, contra los rincones solos, sudor ninguno, el cuerpo algo despejado pero con la misma modorra del agotamiento, la lengua trabajosa a ratos, empujada, ayudada a ratos, calor en la cabeza y los extremos fríos aunque ahora se encuentra despejado a beneficio del cáustico:

—¿Mejor? Sí, ya voy mejorando, sigamos.  
—Espere usted un poco más, podría caerse.  
—Hea, no te metas, ya estoy perfectamente, ¿no me estás viendo?  
—Todavía tiembla, Excelencia, perdóneme, pero aún se tambalea.  
—¡Mentira, no tiemblo!  
—No estoy de acuerdo con lo que hace, debería esperar, no tenemos afán.  
Pronto llegan a la puerta. Allí aguardan Fernando y Santana:  
—Ya comenzaba a preocuparnos su demora, tío.  
—No era nada.  
Santana está impaciente:  
—¿Empujo esta mierda de una vez?  
—No, llamaremos primero.  
—¿Empiezo ya?  
—Quita de allí, ¿qué esperas?  
Se escuchan los primeros azotes en la puerta.



## TREINTA Y CUATRO

Golpes secos, azotes con los nudos de la huesuda mano empuñada. Más allá del quinto golpe, cuando Santana se alista para descargar su sable contra el metal de los marcos laterales, se escucha una voz que brota de atrás:

—Buenas tardes, señores, ¿en qué puedo servirles?

Todos dan la vuelta. Allí está el hombre de la levantadora roja. Su Excelencia casi lo empuja con el pecho:

—Vamos, vamos, ¿de nuevo usted?

El hombre afina sus modales:

—Excelencia, qué grato es volverlo a ver, ¿de qué se trata ahora?

—¡No toleraré más enigmas en mi propia nariz!

—Calma, mucha calma, ya veo que insiste usted en subir, ¿no es así?

—¡Tengo derecho!

—Tiene usted razón, toda su razón, pero existen órdenes superiores en contra que supongo conocidas de usted.

—No las entiendo, no las acepto.

—Hablo de la determinación del Congreso Nacional.

—¡Métetela por el tubo, quítala de allí!

El hombre carraspea, limpia su garganta. Frota sus manos y mira a los lados. Arriba el cielo es azul mientras en las orillas la vegetación se observa espesa, cerrada, de un color verde oscuro:

—Perdóneme, general, pero creo que le han informado mal.

—¿Informado mal? Vea, vea usted con lo que sale ahora, ¡se me prohíbe subir!

—De ninguna manera, ahí está el asunto, no se trata de una prohibición.

—¿Cómo le llama a eso, cabrón?

—Es que carece de todo sentido hacerlo, señor. Arriba sólo hay desperdicios, basura, ratas de mar. Todo está en desorden, los pisos no pueden ya con el polvo y los papeles, si usted lo viera, da lástima.

—¡Eso!, ¡eso!, ¡quiero verlo todo! ¡De eso se trata!

—¡Oh!, no conviene.

—No conviene a qué, dímelo, ¿a qué?

—A su salud, señor.

Su Excelencia se tambalea:

—¿Quiere que le diga una cosa de una vez? Sospecho de usted, sospecho de todo este miserable enigma.

—Cálmese, cálmese Excelencia, yo pienso que el capitán...

—¿Cuál capitán? ¿Cuál chulo? A ver, ¿dónde está ese tal capitán?

—El señor capitán, señor, nada menos, el hombre que nos conduce en este viaje, hablo de él.

—¡No creo en él, no lo he visto!

—¿Desea usted verlo? ¿Así que ése es el problema?

—¿Cómo? Por supuesto que sí, de inmediato, ¡ya mismo!

Un remolino de viento infla de pronto las prendas de vestir, despeina. El hombre se abraza, pone sus manos en los muslos, impide que se levanten los vuelos de su batón de seda, habla más lento:

—Perdón, miren ustedes qué viento más imprudente, casi me lanza al vacío, por poco me deja con el campanario a la vista, ¡jo, jo! Espérenme aquí, corro a vestirme como es debido, ya mismo vuelvo.

Parte en carrera. Las máquinas truenan en la bodega, los aparejos de cáñamo se balancean, brillan con el día a causa de la brea. De pronto el hombre se detiene, da la vuelta y grita:

—¡En cinco minutos estaré de regreso!

Su Excelencia avanza un paso, gallo de pelea vestido de colores:

—Está bien, está bien, pero al sexto minuto derribaremos esa puerta, ¿entendido? ¿Queda entendido?

—¡No será necesario, señores, ya regreso!

Y se perdió.

En menos de seis minutos el hombre está de vuelta. Elegante, vaporizado. De su piel, de sus ropas se desprende un suave olor de perfume. Trae saco y pantalón, todo de grueso paño azul oscuro, viene como asomado a un jardín. Zapatos amarrados con lazos de cinta, un alfiler de brillantes en el centro del pecho, chaleco, leontina en la faltriquera izquierda y en la derecha un racimo de llaves de cornerina. Camisa pechona de cuello de encaje, lazo azul a modo de corbatín. En el hueso de su nariz, frágiles lentes de montura de oro, delgados aros, en realidad un monóculo. Ha peinado su bigote, el pelo de su cabeza con gomina brillante que desprende una fragancia de minuciosas cajitas guardadas. El hombre se coloca delante de la puerta, se apoya en su bastón, llama con cierto canto:

—¿Capitán?

Su Excelencia sonrío mientras Santana salta adelante:

—Hey, ¿y sí cree usted que alguien responderá a esta pobre flauta?

—¿Cómo flauta?

—Digo, ¿a ese gritito de gato?

El hombre se impacienta, gira como espantapájaros en el eje de su bastón de oro:

—Y, ¿lo duda? No olvide que en el mundo de los viajes abundan las claves, coronel, no lo olvide.

Y cuando dijo «claves» su voz tomó un acento especial.

—¿Cuánto tiempo debemos aguardar?

—Paciencia, por favor, Excelencia, mucha paciencia.

—¡Acabo de preguntarle cuánto tiempo debemos aguardar!

—Un momento, volveré a llamar, es extraño.

Tose, carraspea, llama:

—¿Capitáaan?

No termina de cerrar su boca cuando algo suena detrás de la puerta.

Santana empuña su sable guardado.

—¡Ya viene! ¿Oyeron eso? Pues bien, ya viene, eso era todo.

Chirrido.

Todos escuchan cuando alguien empuja el pasador de un viejo picaporte. Caen sales minerales envejecidas, arruinadas por el tiempo, por la clausura de los grandes momentos de olvido. Polvo, cáscaras de una vieja pintura, de un lejano barniz, de una tostada brea expuesta al climaterio del río. Oxidación, sufrimiento de las cosas, cierto gozo de la muerte mineral:

Una diminuta ventana se abre en el costado izquierdo de la puerta.

¿Ojo?

¿Roto?

Luz del otro lado del enigma a la altura de nuestras cabezas. El hombre del bastón retrocede:

—¿Capitán?

Por la diminuta ventana aparece sólo una mano. Una mano vieja que oculta los ojos de un rostro curtido, embalsamado en la tinta de los viajes. Nariz curva, ganchuda, por cuyas ventanas soplan rudas matas de pelo. En el labio superior un bigote espeso cuyas puntas chorrean aún la grasa de una sopa fría:

—Perdonen la demora, señores, pero estaba almorzando.

Su Excelencia avanza, agita ambos brazos, aparta con energía los obstáculos, se aproxima al roto:

—¿Es usted el capitán?

—¿El capitán? Oh, no, de ninguna manera, señor, yo no soy el capitán.

—¿Quién entonces?

El hombre no retira su mano de encima de sus ojos ocultos.

—Sólo soy un ayudante, señor, ¿en qué puedo servirle?

—¿Y el capitán?

—Es una lástima, pero él continúa imposibilitado para bajar, ahora mismo descansa.

—¡Necesito verlo, es una orden!

El hombre del otro lado permanece sereno, casi sonríe, no quita su mano de encima de sus ojos. Mano curtida, biombo asoleado sembrado de pecas, de cáscaras en las cicatrices. Mueve sus labios:

—Temo que no se va a poder, señor.

—¡Hey!, ¡hey!, ¡creo que tú no sabes quién soy!

—Lo sé, señor, pero el capitán se ha quedado sin ojos, ¿qué hago yo?

—¿Cómo?

El hombre dibujó algo que pareció una sonrisa:

—Bueno, es un decir nada más, una clave de viaje.

La ventana no tiene más de medio palmo cuadrado, y en ella a duras penas sólo cabe la cuarta parte del rostro de un hombre. Ahí está esa nariz con sus naves donde soplan matas de pelos de alambre, ese labio de encima cubierto con aquel bigote ensopado, aquella mano curtida enneblinando los ojos. Su Excelencia ni se atreve a hablar. Fernando y Santana se miran, bajan sus ojos al suelo donde brilla la brea derretida. Palacios monta guardia por el flanco de atrás acompañado de los perros. Sobre las cabezas de todos cuelgan los aparejos, tantos nudos de tantos lazos. En el cielo despejado las golondrinas parecen piedras negras que alguien lanza desde las orillas. De pronto vuelve a hablar la boca del otro lado de la puerta:

—Bueno, ¿y qué es lo que se ofrece?

Su Excelencia parece despertar de un misterioso sueño:

—¡Subir, subir, subir ya mismo!

—¿Subir? ¿Es eso lo que he oído?

—¡Subir, exactamente eso, subir!

—Sería un lamentable error, señor, se podrían ustedes enfermar, están contaminadas hasta las ratas, créanmelo, no exagero, hasta las ratas.

Su Excelencia grita:

—¡No creo, no creo en esa famosa enfermedad, quítate de ahí, abre ya la puerta, ábrela!

—Yo no miento, señor, ¿por qué habría de hacerlo?

—Si no abres, derribaremos esa puerta, subiremos por nuestros propios medios.

El hombre del otro lado duda unos instantes pero luego habla:

—¿Es usted el Caballero de Colombia?

—¡Soy el presidente, cabrón!

—Es un honor, es un verdadero honor, y lloro de sólo pensar que lo tengo a usted delante y no puedo verlo. Toda mi vida quise conocerlo a Su Excelencia, pero ya no tengo ojos para hacerlo, es una desgracia, una verdadera desgracia.

—Déjate ver, quita esa mano de allí, quítala.

Estoy ciego, señor, yo también me he contaminado, ¿no lo ve?

—¡Hea! ¡No te creo!

El hombre se disculpa, pide a todos que por favor se retiren a prudente distancia y separa su mano de encima de sus ojos:

—Mire usted, mire usted mismo, general, debe convencerse de una vez por todas.

Rotos, estoraques en la cuenca del ojo, ventanas vacías, despobladas de toda soberbia, de toda imagen en el espejo, de cuánta ruina. Lejanía de todo lo perdido donde crece la medianoche del viejo archivador junto a su lámpara quieta, ciega, arrume de papeles que el viento empozado clasifica, tintas, mangas sucias por el polvo en los codos, en las muñecas de trapo de las manos, sellos, tablas de escritorio donde se vilipendia la patria que viene de la guerra del honor, donde ella se domestica, donde agoniza entre perfumes y distinguidos calzados de hebilla, dulces brillantinas en los bigotes de doble sentido, en el pelo. Dentro de los rotos desocupados hay restos de tejido viscoso, residuos del universo del otro lado, el mundo de arriba dibujado, trazado en relieve. Todos retroceden, gimen. El hombre de la diminuta ventana vuelve a colocar su mano encima de sus ojos, enneblina el enigma:

—¿Se convence usted ahora, Excelencia?

—¡Pobre, pobre hombre, no es posible!

Los labios del hombre del otro lado del enigma tiemblan, parecen morder el espesor de un tabaco inexistente. De pronto cobran firmeza, permiten que una lengua manchada deje allí alguna humedad, abandone un aliento, babas brillantes que se queman en la cáscara del borde exterior. Luego esos mismos labios hablan:

—Dígame Florentino, general, pertenezco a la familia de los Florentinos, ¿no lo recuerda?

Nadie escucha. La visión de aquellos ojos lo ha trastornado todo:

—Y, ¿así mismo se encuentra el capitán?

—¿El capitán? Oh, no, él está bajo tratamiento especial, no ha llegado aún tan lejos.

—¿Se quedará él ciego también?

—¿Y quién habría de saberlo? Ni Dios mismo, señores, pero de todos modos cualquier cosa que ocurra sucederá después del fin de esta travesía, despreocúpense ustedes, ya estamos cerca, ya pronto llegaremos, ¡nch!, ¡nch!, el curso del viaje es más veloz que el curso de la enfermedad ¿no les parece?, ¡nch!, ¡nch!

La lengua del hombre es la de un pájaro que asea su pico en la rama. Fernando acaba de sacar su pañuelo, escupe el piso y hace desaparecer la saliva con la suela de su bota. Pasa el lienzo sobre sus labios, murmura:

—Conjuntivitis, conjuntivitis de la peor, eso, eso es.

El hombre del otro lado del enigma vuelve a depositar cristales de baba en el borde exterior de sus labios. Las babas se evaporan, las cicatrices brillan y dejan ver de pronto la estética de la muerte. Diminutos espejos se quiebran allí, donde la lengua trapea:

—¿Conjuntivitis? ¡Oh no! No es eso. Dicen que es un mal muy antiguo transmitido por el contacto con los papeles viejos, eso es todo.

Santana se mira las manos:

—¿Por el papel?

—Lo ignoro, coronel, pero eso es lo que dicen.

—¡Podredumbre, eso es!

—¿Podredumbre? ¿Dijo usted podredumbre?

El hombre muerde una de las cáscaras secas que flotan en sus labios, la arrastra adentro, la come. Aquella boca vuelve a temblar:

—Excelencia, ¿puedo retirarme? Estoy fatigado, créamelo.

Nadie responde.

El hombre entiende y cierra la pequeña ventana. Al otro lado cae el picaporte, se escuchan esas pisadas subiendo la escalera. Una escalera de cámara de pequeños travesaños. Después los oídos tiemblan, las manos buscan sus apoyos naturales, los ojos ya no saben ni qué cosas hacen. La estética de la muerte ha dejado su baba en la transparente visión de las cosas. Y no habrá en adelante agua suficiente para lavar aquella baba, para expulsar

de allí esa certeza desconcertante. El vapor parece más veloz que nunca en el centro del río. Ya llegan las sales de la mar. ¿Y, la muerte?

—¿Qué? ¿Qué?

Humo, llovizna, ceniza de agua.

## TREINTA Y CINCO

Detrás de la puerta fulgen ruidos como de cadenas arrastradas, oxidadas trancas de acero que se levantan y caen luego sobre el polvo que transpira en las camas de los cerrojos. Y todos escuchan cuando un viento de huracán empuja miles de hojas de papel. Son pliegos fijos de libros abiertos, que pasan veloces de un lado al otro como revisados por una mano invisible. También hay hojas sueltas arrancadas de aquellos libros, desprendidas de las repisas adheridas a los mamparos. A espaldas de los papeles batidos se escucha al huracán empujar esos frascos llenos de tintas de colores, aquellos sellos de madera, de caucho, de metal, las plumas de escritorio, la goma, los lacres para los documentos, los rancios portafolios. De pronto el alboroto se hace más lejano, casi delgado, hasta que al final sólo se escucha un silbo tenue como de suaves brisas que pasan de estribor a babor lamiendo el lomo de un afilado pergamino. Su Excelencia despierta:

—¿Qué ha sucedido?

—¿De qué, tío?

—Cómo de qué, ¡mira, mira!

El hombre de la levantadora roja que debió cambiar por sus ropas elegantes, por su bastón, ya ha desaparecido:

—¿Qué se hizo ese chivo?

—Voló.

Las fiebres han vuelto. Están en su mejor momento, encienden luces en las sienas. De repente el vapor entra en una especie de violento torbellino, se balancea, hace que todos pierdan su equilibrio y que deban agarrarse a los aparejos embreados para no rodar por el suelo. Palacios corre, dispone sus manos y hasta sus brazos en un gran gesto de auxilio. Aquellos ademanes del mayordomo son rehusados mediante otros gestos y todo vuelve a la calma. Por el francobordo hierve la espuma, sube hasta asomar en el piso de la cubierta donde se transforma en agua. El líquido se desliza en el piso aceitoso hasta llegar cerca del puente, va y viene, toma diferentes rutas brillantes,



comienza a evaporarse y retorna al olvido. Su Excelencia suelta sus manos de los aparejos:

—Iré al camarote, estoy fatigado, han sucedido tantas cosas.

Todos guardan silencio.

Y camina. Camina apoyado a los mamparos del puente, hace a un lado los aparejos de cáñamo que parecen haberse descolgado más de lo debido. Mira hacia el castillo de popa y frota sus ojos. Vuelve a mirar, agachado, siente el perfume animal de la bosta fresca que el viento arrastra, la amalgama de tantas sombras que le vienen de lejos, que le llegan bajo el bordado: ve venir sus caballos. Pastor rebrinca al frente. Sí, es Pastor. Lo reconoce por el modo como hace lujos con sus manos, como pisa, como despliega su cola peinada, por la manera como resopla. Tantas veces lo vio, lo enceló en el azúcar de sus propias manos. Pastor avanza adelante, comanda el grupo. Son cerca de una docena de caballos los que vienen, imagen que parece repetirse en doce espejos puestos en fila de mayor a menor. De arriba, manos invisibles lanzan papeluchas que caen al agua. Lenguas de fuego inflamadas por la ponzoña, que bajan al cauce del río hasta casi confundirse con el agua. Pero un inesperado soplo que viene del lado de babor las eleva de nuevo, las empuja hasta la orilla. Arrastra aquellas papeluchas más allá de los manglares, de las ciénagas pobladas de insectos, de aves de extraños cantos, de cocodrilos con sus bocas abiertas llenas de moscas verdes. Las papeluchas difaman, esto es lo que sostienen:

Ha llegado a Santafé la liviana, la loca, la coqueta Madame du Berry. Viene a hacer su vida al lado de Su Excelencia. Ella, la mujer del pobre cornudo de Thorne que pretende coronarse de emperatriz, la gran meretriz de América, ella, la que no sabe ocupar su sitio, la que ha vuelto al lado de su ciego amante el Emperador de América. Ella, la puta loca.

De pronto las papeluchas desaparecen. Una nube de pájaros locos queda aleteando donde las papeluchas estaban. Su Excelencia siente frío, hondo frío bajo el sol. Un frío desconocido. La estética de la muerte vuelve a dejar su baba en la visión de todas las cosas. No hay agua que lave esa baba, que sea capaz de regresarlo todo hasta el otro lado del hastío, donde la vida pudiese recobrar su sentido, la más pequeña esperanza. A espaldas suenan los pasos lentos de Palacios, la acezante respiración de los perros:

—¿Viste aquello, José?

—¿Qué, señor?

—¿Cómo qué?, ¡las papeluchas, hombre, las papeluchas!

—¿Cuáles papeluchas?

—Las que acaban de ensombrecer el cielo, míralas, míralas allí.

—¿Aquéllas? Son golondrinas, señor, mírelas, son golondrinas.

Su Excelencia vuelve a percibir la estética de la muerte asomada en cada detalle, sonrío:

—Sí, las golondrinas, carajo, pero las papeluchas también.

—Cómo no, señor, cómo no.

—Siento frío, José. ¿Tú tienes frío?

—Hace calor, general, ¿ha dicho frío?

—Ya lo sé, ya lo sé.

—Frío con calor, eso es posible, a veces pasa.

—¿Puedes ver el arco iris, José?

—Dónde, dónde, señor.

—Míralo, allá, sobre los manglares, ¿no lo estás viendo?

—Así es, señor, acabo de verlo.

—¡No me mientas!

—Lo veo, señor, mírelo, mírelo ahí.

—¿De verdad que lo estás viendo?

—Sí, general, mírelo ahí, por supuesto que lo estoy viendo.

La mano de Palacios miente en el aire, señala lo inexistente. Pero aún así los caballos pasan de largo, a babor, se en rutan hacia el castillo de proa. Pastor se detiene. Su Excelencia lo reconoce, sabe que es él. Tantas, tantas veces lo ha tenido en sus manos, tantas veces le ha dado cristales de azúcar, cereales en el cuenco de sus manos. Pastor resopla, estira sus bellos, trata de alcanzar una rama de apio. El manojo aparece en el viento, se dibuja. Pastor resopla delante de él, lo toma en sus bellos y parte al galope.

—¿Lo has visto, José?

—¿Qué otra cosa, general?

—¿Cómo qué otra cosa?, a Pastor, ¡míralo!

—¿Su caballo? ¿A Pastor?

—No, a mi vaca, ¡cabrón!

—Sí, lo he visto, pasó por ahí, señor, pasó por ahí, es que estaba mirando para el cielo.

—No me mientas, Josesito, no seas tan chulo, no sabes ni mentir.

Palacios sitúa sus ojos en la misma dirección donde Su Excelencia tiene puestos los suyos:

—Por supuesto que lo he visto, señor, no estoy mintiendo.

—¡Oh!, muero, muero de hastío, muero de total hastío.

—No diga cosas así, señor, dan dolor.

—¡No puedo, carajo, no puedo! ¿Cuándo veré la mar?

La puerta del camarote está ahí.

Su Excelencia se despide de Palacios, corre a tumbarse en su camastro. Atrás suena la puerta entre los acontecimientos del pasadizo en sombras, golpea embombada por el viento que se destuerce en la ventana, en las ropas profundas y hasta en las sábanas cuyo brillo enloquece. En el silencio que crece más allá del sordo bramido de las máquinas surge de nuevo aquella voz del otro día. Palabra que chorrea de los muros, de los misteriosos lugares de tinieblas. La voz habla así:

Desde la mañana hasta el mediodía ha padecido de ideas algo confusas, conversa a ratos con precaria serenidad. La tos aumenta, expectora un poco más. El pulso siempre febril, apretado. Frío en los extremos, calor en la cabeza. La gana de comer casi inexistente, sed ninguna. Pronto regresa la misma confusión en las ideas, aberración en la memoria. Un pequeño delirio se percibió cerca de las seis. Nada de despejo en todo el día, los orines están detenidos, el hipo no cede. Pulso miserable.

La voz se desvanece en lo suyo hasta desaparecer. Muro adentro, la estética de la muerte borda ropas frescas, prepara algo. Su Excelencia tiembla.

Va hasta su escritorio de campaña, desea garabatear alguna cosa. Pero a su pensamiento no llega idea alguna. Sólo arriman párpados pesados, grandes ruidos de árboles, silbos de vientos, chapoteo de animales en las aguas reprobables de las ciénagas sulfurosas, calor de carbones, hilos atados con nudos indescifrables, tanta maravilla, semejante oprobio, hojas secas que el viento barre. Doblado en la tabla de su escritorio Su Excelencia encuentra un papel. Lo extiende, lo aplana con ambas manos, lo alumbrá: es el pliego de cargos en su contra. Nunca lo conoció antes pero ahora lo tiene en sus manos por la primera vez:

La metamorfosis de este hombre no tiene comparación: de patriota sin tacha se ha convertido en un pobre ambicioso. El viaje al Perú lo ha perdido definitivamente, pues hasta le ha hecho mudar lo mejor de sus ideas políticas de otros tiempos. Sus triunfos, los honores casi divinos que se le han prodigado, los desmedidos encomios, todo esto le ha trastornado su cabeza y le ha hecho concebir el proyecto de dominar los pueblos a expensas de sus libertades, convertido en un abominable emperador. Acaba de redactar una Constitución Política detestable, evidentemente contraria a sus principios de otras épocas. Ha usado el lenguaje de la moderación sólo para engañar a los incautos. Sin rubor alguno anula de repente sentencias de los Tribunales Civiles, poniendo en libertad a los condenados, y hasta ha confesado que él no

podía restablecer el orden y reunir las partes dislocadas de la República gobernando con arreglo a las leyes y a la Constitución. Delante de este despropósito no hemos hecho otra cosa que insistir en la guarda de la Ley, de la Constitución que él se empeña en desconocer. De este modo, Su Excelencia camina en procura de un poder omnipotente, y a espaldas nuestras se burla por la adhesión que profesamos hacia las leyes. Para él, todos los funcionarios públicos son ignorantes, los diputados al Congreso unos pobres necios, locos o enemigos de la independencia, la Constitución únicamente un código de necedades y las leyes la ignominia de Colombia. Cada día que amanece nos amenaza con marcharse para siempre, dejándonos, según él, sumidos en el caos. Y cree asustarnos con pequeñeces de esas. Se burla de los colegiales ilustrados, a quienes califica de locos. Durante las campañas del Sur cometió el crimen de ir más allá de las fronteras autorizadas por el Congreso, arrastrando sus ejércitos camino de la aventura y procurando no la libertad de esas tierras sino su propia gloria, la satisfacción de su vanidad insaciable, como ocurrió en el Perú. Violó reiteradamente el artículo 191 de la Constitución, nuestro retrato fue apuñalado y luego fusilado por sus lugartenientes y edecanes. Nos ha creído cómplices y hasta autores directos de la conspiración contra su vida, y desde entonces no sabe qué hacer para causar nuestra deshonra. No ha vuelto a cursarnos invitación para asistir a los convites y celebraciones de etiqueta que últimamente ha dado en su Quinta. Y cuando el cónsul de Inglaterra ofreció un convite en nuestro honor, se excusó de asistir para no premiamos con su presencia y prestigio. Vencidos como fuimos en la votación para presidir la Convención de Ocaña, celebró nuestra derrota, en Bucaramanga, donde entonces se encontraba, en medio de bailes, alborotos nocturnos y convites. Habla el idioma del señor que reprende a sus siervos, del general acostumbrado a mandar soldados que obedecen ciegos. Celebró a solas la infamia del coronel Crofston, cuando ordenó al pelotón de fusilamiento que abriese fuego contra el muñeco de trapo con el que me compararon aquella noche, en aquella fiesta ocurrida en la Quinta de la Sáenz. Finalmente nos ha perseguido, encarcelado bajo acusación de conspirar contra su vida. Es en esta mansión del despotismo donde existe ahora el Vicepresidente de Colombia, vilipendiado por el hombre más ambicioso que nosotros hayamos conocido nunca.

Su Excelencia terminó de leer, lanzó el papel al suelo:

—¡Hijueputas!

Arriba comienza de nuevo la fiesta. Aquel cuaderno de Guitarra de Carmen Caycedo vuelve a abrirse y el Regimiento de las Milicias Pardas

interpreta *La Libertadora*. Chorrea la música, las grietas son como de agua en las tablas del techo. La contradanza ocupa el espacio. Suena la música de Boyacá, sube la fiebre. Desde los muros brota de nuevo la voz:

Nada de despejo en todo el día, orines detenidos, el hipo no cede. Pulso miserable.

Su Excelencia se incorpora en su lecho, vuelve a desplomarse:

—¡Vamos, vámonos muchachos, vámonos que aquí no nos quieren!

Afuera todo es igual.

## TREINTA Y SEIS

Son las cuatro de la madrugada. Su Excelencia no ha dormido. Sólo murmura, borda quejidos, transparenta imágenes que huyen tan rápidamente como van apareciendo en el dibujo de tanto sopor. Fiel reloj, las fiebres han cedido. Ya no es el mismo hombre calcinado que fue a la medianoche. El agua del río no ha dejado de espumar en el francobordo, mar imaginario que revienta en los espolones. Casi ha visto él la espuma bajo la barandilla de cubierta, en esa especie de ilusión permanente de la arena blanca a bordo. Su Excelencia está mojado por la abundante transpiración, la ropa de cama también. Sudor, naufragio de la media alma que sufre callada la compostura de los gestos que anuncian la muerte. El camastro huele mal, día a día se avinagra.

En lo que lleva de viaje Su Excelencia no ha podido tomar un baño en aguas profundas como a él le place. Aguas de cuerpo entero. A cambio, sólo ha podido asearse a desgano utilizando una toalla mojada que arrastra en su piel, en sus sitios declives. Fina ceremonia de trapos, de perfumes tibios dentro de la letrina. Cómo añora el Orinoco, sus aguas de profundidad invisible. Aquel Orinoco, el más lindo de todos los ríos que sus ojos vieron. Morir, dejar para siempre aquellos ríos, alejarse de ellos en un viaje hacia las tinieblas es algo que lo conmueve, que lo confunde:

—Yo no tengo corazón para la muerte, no me gusta, no la entiendo, ¡carajo!

No tiene corazón para aceptar la muerte, aunque su pensamiento la concibe como algo natural, una de tantas casualidades de la biología. Su Excelencia viene de la alta noche, de las fiebres acezantes que ahora huyen. Amanece, no ha conseguido pegar sus ojos. Arriba perduran los movimientos:

Vehículos arrastrados por caballos que llevan, que traen personal. Es la primera vez en todo el viaje que aquellos coches se escuchan encima. La redistribución del espacio se impone: arriba, del lado de la proa, parece instalarse el personal movilizado por las carrozas, mientras en el salón contiguo se acaba de abrir el baile que antes necesitó de toda la segunda planta. El danzón se torna más apretado, coherente, los sonidos más densos,

próximos a los sentidos. De pronto el alboroto del baile se impone sobre el desarrollo de la otra reunión. Todo indica que el Congreso Nacional acaba de ser convocado de urgencia. De encima bajan, en efluvios, densos aromas, erráticos perfumes porfiados. Son las vaporizaciones de las mujeres que danzan sus minués, aquellos valeses, aquellas contradanzas y los aires de dirección inglesa que sonaron un día en palacio. Su Excelencia ama esos valeses, lo que ellos encierran, sugieren. Saborea su lengua, el amargo sabor metálico de su aliento. Ahora su cuerpo es un río sereno, quieto en la humedad de las sábanas, dulcemente moribundo. Trata de incorporarse, se dobla. Y sonríe. Ríe a satisfacción, se carcajea. Teme toser, recoge las velas desplegadas a medias, calla. De arriba bajan también, a través de filtros de madera, densos chorros de luz. Luz mortecina, como de lámparas cansadas. De lámparas sorprendidas por las primeras señales del día en el lejano horizonte. Ahí los gemidos, los menudos chillidos de las mujeres ocultas detrás de las cortinas, sus carcajadas entrapadas en vino. Ahí las pesadas botas con sus espuelas de bronce que se arrastran en los alfombrados pisos de madera.

¿Lo imaginado

Lo fermentado en la fiebre

Aquello que suspira en la ventana que nunca llegó?

Su Excelencia mira de nuevo el reloj y percibe la señal de las cinco. Arriba la fiesta se disuelve. Suenan *La Trinitaria*. Sí, es *La Trinitaria*, aquella contradanza cuya partitura fue de su propiedad. Escucha sus notas apolcadas, oye la voz de Eduardo Grisolle flotando en los muros y percibe de nuevo las lámparas encendidas de aquella mansión de la Calle del Curato de Santo Toribio: ahí están las manos de Emilia Grisolle dibujando su rostro en el aire, fijando las líneas de su semblante en ruinas. Sonríe, casi tose:

—¡Hea! ¡*La Trinitaria*!

Se incorpora, se dobla en la ventana, la abre. Y percibe el final de la música en sus efectos, aquella sonatina que bate los manglares de la orilla de estribor, que agita esas alas extendidas de las aves acuáticas otorgando sonido a sus picos aplanados, cucharas vacías, palas vivas. El baile se disuelve, porción de niebla poblada de cuerpos derretidos en la luz. Desde lo hondo surgen los sonidos del Congreso Nacional. Alguien sube en una mesa, todos callan. La reunión no debe desintegrarse sin que quede en limpio algún resultado. Aplausos. Más aplausos. En medio del desorden Su Excelencia escucha el canto de sus paisanos, el murmullo de los Granadinos. Hablan de

su suerte, de los destinos de las patrias que representan. El hombre que perora encaramado en la mesa trueno incansable, no desestima la búsqueda loca de su punto de vista. Es Yáñez:

Benéficas serán sin duda para uno y otro Estado semejantes relaciones. No era fácil prever hasta dónde se extenderían sus útiles resultados; pero Venezuela, a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en Su Excelencia el origen de ellos, y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán aquéllas lugar mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, declarándolo así el Soberano Congreso en su sesión del día veintiocho.

La voz de Yáñez calla. Aplausos, más aplausos.

El silencio es absoluto.

La patria, la tibia patria donde nació, donde aún se levantan aquellos muros, aquellas ventanas floridas en el patio donde chorrea la fuente, allá en San Mateo, cálidos Valles de Aragua, esa patria no quiere verle más, lo destierra. Y exige de Colombia su expulsión del territorio como condición para el restablecimiento de las relaciones. Lloro. Entre sombras llora lo innombrable. Vaga tristeza dispersa que baja del reloj donde amanece, ansia, hastío:

—Madre, madre, quiero hacerlo, ¡ayúdame!

Mamá no oye.

*La Trinitaria* ha desaparecido.

Patea, patea las tablas del piso. La música se apaga, sólo se escuchan las voces de los últimos invitados. Comen ellos sus lenguas pesadas, pegajosas golosinas bañadas en vino. ¿Burdeos? ¿Madera?

Está sentado en el borde del camastro donde se ha desplomado. Sus ropas brillan con la luz del amanecer. Sube como masa de pan la tristeza, el desconcierto por lo que en realidad se pensó poseer pero nunca se tuvo. Extraña levadura. Brillan también las sábanas opacas por la humedad, fulgor triste de ropas ajadas en el relente de la ventana. Los coches de arriba se marchan, huyen de algo, de alguien. En el recinto del baile resta la agonía de los supervivientes que intentan dormir en las sillas apoltronadas. Un edecán viene trotando, cierra las cortinas, comienza a barrer. Barre enloquecido, febril. Su Excelencia afina el oído, escucha otras escobas afanosas en el recinto donde acaba de reunirse el Congreso. Túmulos, montones de hojas escritas van de un lado al otro, escucha cuando el viento se rompe en sus filos, cuando silba. Un fino polvo de ceniza de cigarros quemados chorrea como



agua en talco por las hendidias del techo, se vuelve humo al contacto con el aire de abajo:

—¡Cabrones! ¿Y encima de todo me escupen el humo?

Túmulos, montones de hojas flotan arriba en el raro viento de la alborada.

—¡Basta ya, cabrones, basta ya!

Su Excelencia corre a la puerta. Se detiene de pronto, queda lelo en la imagen del espejo que cuelga encima de la mesa donde está el platón con el agua, con la toalla limpia, el pan de jabón. Delante de aquel espejo cepilló sus dientes tantas veces, ordenó su cabello, miró detenidamente su piel seca. Pero, ahora, asediado por la amenaza de nuevas conspiraciones, rodeado de enigmas, visitado por la estética de la muerte en medio del fulgor de las fiebres, la tos, la inapetencia, aquel espejo se convierte en una especie de lugar olvidado, sitio para no volver.

Pero al pasar se vio:

La cabeza larga, embombada arriba, puntuda abajo, aguda en el mentón. El labio inferior salido, pronunciado en la tristeza, en la rabia, feo. Carnudo en la serena soledad pensativa. La frente arrugada, señalada por la aurora de la meditación. El pelo apretado, de madeja encrespada, blanco en las sienes. Sin carne en las mejillas, ni en el pecho, ni en los brazos. Deja de mirar el espejo, desciende: las piernas dan lástima. Lloro en silencio, en seco, llora sólo para sí:

—¡Lo han conseguido, lo han conseguido esos miserables!

La llovizna que cae no es de lluvia.

## TREINTA Y SIETE

De pronto observa que algo gira en su vientre. Una señal orgánica de aquellas que casi nunca sintió durante aquel mayo invernal que ya casi termina:

—¡Coño, un viento!

Sonríe, se aparta del espejo:

—¡Hey, hey, estoy vivo!

Arroja el gas, siente que algo más queda pendiente. Suda frío, sabe que tiene húmeda su piel, está contento. Reloj puntual, las fiebres han huido después de cumplir su itinerario. El acta que Su Excelencia escuchó leer no es un documento confuso de la medianoche sino de la inmediata alborada. Nunca como ahora está seguro de ser cierto aquello que escuchó: su patria pedía el destierro para él, lo empujaba al vacío. Está bien, señores, está bien, murmura. Y ríe. Va a la letrina. Se sienta, piensa. Desnudo a medias, los pantalones en los tobillos. De lejos, la puerta abierta, ve la mesa del comedor con un gran florero en el centro. Una mesa larga, tendida, cubierta con un lino color marfil. Hay cerca de una docena de puestos servidos, tres candelabros equidistantes, cada uno de ellos con seis esferas rojas, torneadas. Cubiertos de plata, platos de porcelana ribeteados en filigrana de oro. Porcelana blanca, francesa, distinguida. Puja, salen otros gases. Alguien trae a la mesa los condimentos: ají, pimienta. Le fascinan. Esa misma persona coloca después una botella de Madera previamente descorchada. Su Excelencia se sirve, bebe. ¡Glup! Puja. Los gases dan paso a los sólidos, él entona una canción. Toe, toe, caen los sólidos en la taza. La letrina tiene claraboya, el viento de la mañana sopla, barre los desperdicios. Arriba, como techo, el piso de encima, las últimas botas urgentes, en fuga. Continúa con la canción, *La Trinitaria*. Puja de nuevo, fracasa, lo recuerda todo en París:

¿Fanny Aristiguieta, la señora Villars?

Sí, ella. Es ella, brillante al lado del cabrón aquel de Beauharnais. Eugenio Beauharnais. Aquella tarde bailó con ella, sintió de cerca sus labios quemantes, ese raro equilibrio de sus movimientos, la hondura de aquellos ojos, su voz:

¿Qué pensáis de mí? Responded con franqueza, le dijo ella un día. Y como es siempre útil el conocerse, y saber lo que se puede esperar de sí, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me sirva de espejo.

—¿Espejo, yo?

Su Excelencia ríe, puja de nuevo. Toc. Suenan el fondo de la letrina. Vuelve a tararear *La Trinitaria*. Recuerda los labios de Fanny, su carne de querer la vida, sus palabras hacia ella. El vapor se balancea, él debe apoyarse en los mamparos del cubículo estrecho. Las espermas encendidas en la mesa brillan más, alguien entra trayendo las carnes, las legumbres, las frutas frescas. También la ensalada, que Su Excelencia observa no tan bien preparada como él mismo hubiese podido hacerla. A su lado, animoso, se aproxima Alejandro von Humboldt.

¿Alejandro von Humboldt?

Sí, es él. Viene del Orinoco, habla con él de muchas cosas de su patria, de América. Su entusiasmo es contagioso, todo en todo, lecciones de ciencias naturales mordiendo vino, carnes, bocados. Y le pregunta por las aguas, por los pozos profundos del río más lindo del mundo, su río amado. Humboldt responde empuñando su mano derecha, alzando el pulgar, diciendo muy lindo, lindo como ninguno ese Orinoco, los peces, las plantas, las aves, la llanura inmensa. Los dos beben de sus copas servidas. Burdeos, un vino tinto. Toe, toe, caen al fondo de la letrina las últimas heces. Hay despejo, alegría. Vuelve a cantar su contradanza, se detiene, murmura un vals. Aquel que bailó apretado al cuerpo de Fanny, en París. Siente hambre, tiene fe. Está feliz. Habla a solas:

—Si mi patria pide mi destierro no me iré, ¡eso sí que no!

—¿No me iré? ¿Resulta que ahora no me iré?

—No, de ninguna manera, es algo que va contra mi honor.

—Pero...

—¡Ningún pero, cabrón!

—Pero es que lo necesito, nadie sabe cuánto lo necesito.

—Sí, es posible, pero jamás expulsado.

—Mis amigos me piden que los apoye, me suplican sólo unos cuantos días de espera.

—¿Qué amigos?, ya nada vale la pena.

—Aunque sea por ellos, juran que las cosas cambiarán, que todo volverá de mi lado.

—No te dejes convencer.

—¿De mí, carajo?

De nuevo brota la voz, esta vez desde el oscuro rincón donde reposan los baúles del viaje. Es la voz donde la estética de la muerte afila su cuchillo, borda lo suyo:

Cuerpo flaco, extenuado. Semblante adolorido, inquietud de ánimo constante. Voz ronca, tos profunda con esputos viscosos, verdes. Digestión laboriosa. Dos o tres horas de sueño a la prima noche, el resto desvelado y con pequeños desvaríos. Esta mañana hubo unos vómitos que Su Excelencia atribuyó a una taza de leche de burra y no continuó tomándola. Mucho desvelo. La mayor parte es un quejido continuo pero el paciente siempre responde que está bueno.

Su Excelencia derrama la ponchera en la letrina, corre a vestirse: casaca, pantalones y chaleco blancos. Una cinta negra al cuello, sombrero de paja. En los pies botas de campaña. Feliz, habla como acompañado:

—Hasta jugaría una mesa de ropilla.

—¿Tú? ¿Ahora? ¿Una mano de ropilla?

—Y, ¿qué tiene?

—Vamos, te hacía contrariado.

—¿Contrariado? De ninguna manera, ¿olvidas que así pienso mejor mis cosas?

—¿Ropilla? ¡Pendejo! Es más entretenido el tresillo.

—¿Juego a estas horas? No, mejor comeré alguna cosa.

Vuelve al espejo, sonríe, arregla su pelo alborotado por el peso del desvelo y corre a cubierta.

Junto a la barandilla lo esperan los suyos. Al verlo aparecer se acercan con prudencia. Su Excelencia saluda, hace un gesto que es todo un enigma, se tambalea. Fernando responde, Santana lo hace detrás. Palacios se acerca, trae los perros. Su Excelencia lo toma por el brazo:

—Vamos al comedor, José.

El día es claro, fresco, la niebla comienza a despejarse, huye de la cenicienta superficie del río, de las orillas clavadas de mangles como hombres de oscuros cuerpos:

—¿Sabes una cosa, José?

—¿Qué, general?

—¡Acabo de cagar!

—¿Cómo, cómo?

—Así como lo oyes.

—Pero eso está bien, muy bien, señor, ¡hurra!

—Tan bien, que mira cómo me tiene. ¡Parezco otro!

—¿Contento?

—Y saludable. En estos días mi estómago ha sido un desastre.

Palacios duda, por fin habla:

—Por no comer, señor, por no comer nada.

—Por eso y por otras cosas más hondas, tú lo sabes perfectamente.

Callan. La puerta del comedor está allí.

## TREINTA Y OCHO

Palacios permanece en cubierta, junto al biombo. Se entretiene consolando la cabeza de los perros mientras arrastra sus botas en la aceitosa brea del piso. El rubio se sienta en sus patas traseras, el bayo de ceniza de paja ensaya saltos nerviosos, va a la barandilla, mira hacia abajo donde el agua bate su cuota de espuma. Su Excelencia entra adelante y toma asiento en el sitio de siempre. Atrás lo hacen Fernando y Santana. Vienen como regañados, silenciosos, desprovistos de imaginería en los gestos. No se atreven a nada. Ellos también se sientan a la mesa, aplanan el mantel. Bernardino viene corriendo:

—Buenos días, Excelencia, buenos días los señores, qué linda la mañana, ¿eh?

Saludos, gestos, bromas a los ojos del negro. Rápidamente todos se enteran de que hay frutas frescas a disposición, de aquellas que se cosechan por las riberas del río. Que también hay huevos, tortas de maíz, pan horneado en la madrugada de hoy, mantequilla de natas batidas, algo de pescado fresco del que picó los anzuelos en la noche de las trampas, de las totumas flotando en las ciénagas, en el río. Su Excelencia lo piensa. Anda como perdido en raras florestas, gozando la descarga de sus intestinos, la expulsión de sus humores malignos. Es otro hombre:

—Fruta, prefiero fruta.

—Le recomiendo los mangos, señor, ya han madurado, están como de miel.

—¿Mangos? ¿De Mariquita?

—De allí de Mompox, señor, son muy buenos también, sanos, sin picaduras de gusanos.

Pide dos mangos para él. Dos, dice espléndido, acompaña su voz enseñando el índice y el corazón de su mano derecha. Sus ojos brillan, sus labios se observan húmedos. No hay fiebre alguna. Sus ideas, sus imágenes tienen despejo, parecen producirse en un tiempo interior menos apretado, menos exigido por el apremio de los presentimientos oscuros de la muerte. ¿La muerte? Agita su cabeza, pone en fuga esas moscas de mierda. ¿La

muerte? Vuelve el insecto, da vueltas en redondo pero es puesto de nuevo en fuga. Sus amigos no perciben ni siquiera esos movimientos. Distráidos, piensa cada uno en lo suyo: huevos, tortas de maíz, café negro y, aparte, un poco de leche hervida. ¿Hay leche fresca? De esta misma mañana señores. Entonces sí. Su Excelencia llama a Bernardino a su lado, le hace un chiste. El negro ufana el brillo de su ojo azul. Produce fulgor de lejos, de cerca, tanto en el día como en la oscuridad. Y se hincha de gusto cuando Su Excelencia lo llama por su nombre, cuando le pide que se agache:

—¿Qué sabes del bicho aquél?

La mano de Su Excelencia señala la mesa desocupada del lado de estribor. Bernardino duda la respuesta, gira su cuerpo:

—Mírelo allí, señor, acaba de entrar.

Los labios de Bernardino se estiran como si fuesen de caucho, se orientan en la dirección del biombo. Misteriosamente aludido, el hombre saluda con un gesto respetuoso, amable, baja sus ojos, junta sus brazos al cuerpo y circula sin tocar las mesas, los asientos. Pronto ocupa su lugar habitual. Su Excelencia sonrío, mira a Santana:

—Ahí lo tiene, coronel, es suyo.

—Voy por él.

—¿Qué esperas? Es tuyo, imbécil, ve por él.

Santana mira a Fernando en procura de apoyo. Fernando hace intento de ir en su compañía:

—Déjalo, déjalo solo, vamos a ver de lo que es capaz nuestro coronel de la guerra.

Fernando ocupa de nuevo su asiento mientras Santana va donde el hombre. El hombre lee, distraído:

—Buenos días, señor.

—Oh, disculpe usted, buenos días.

El de estribor acaba de interrumpir su lectura, levanta sus ojos abotagados por el cansancio, enrojecidos. Con la luz que le llega de atrás a través de la ventana de cortinas corridas, brilla opaco el cristal de sus espejuelos. Vidrios visitados por el polvo de los días que fueron, por el ripio olvidado, casi invisible. Por la caspa, serrín blanco que va nevando desde la frente, desde las cejas tupidas, reseca. Coloca el libro en la mesa, dobla la esquina de la página para indicar el sitio de la interrupción, lo cierra suavemente. Con su índice derecho empuja atrás el aro de sus espejuelos, ríe. Santana parece firme:

—¿Me permite usted una requisa?

—¿A mí? ¿Una requisa? ¿Ha pasado algo?

—Sí, a usted, es cuestión de rutina.

—Bueno, por supuesto, no tengo inconveniente alguno, pero dígame, por favor, ¿qué sucede?

—Nada, nada, es simple cuestión de rutina, señor, de seguridad a bordo.

—¿De seguridad para Su Excelencia?

Santana se sorprende, suspende el procedimiento unos instantes:

—¿Conoce usted a Su Excelencia?

—Dígame, dígame, cualquiera lo reconocería, el Caballero de Colombia, vamos, ¿no es así?

Mientras habla, el hombre levanta sus brazos y se abandona a la exploración que se debe practicar sobre su cuerpo.

Santana requisa primero la persona, luego sus pertenencias. El procedimiento es minucioso, profesional. Las manos del coronel profanan lo íntimo, lo escondido, alteran el sentido de pertenencia del cuerpo, de la otredad. En conclusión, el ciudadano de estribor no carga consigo más que un libro, una pluma fuente para sus notas escritas, un portafolio con papel en blanco y tres tarros sellados donde suena esa espuma marfil que él chupa en sus momentos de sed. Terminado el procedimiento, Santana pregunta:

—¿Dónde diablos se la ha pasado usted todos estos días?

El hombre modifica su rostro:

—No entiendo la pregunta, coronel, aquí es donde he permanecido, ¿dónde más?

—Deseo saber dónde estaba usted escondido de ayer a hoy, eso es todo.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—En ninguna parte, señor, soy pasajero de este vapor y aquí me tiene, eso es todo, no estoy entendiendo nadar.

—Miente, usted se estaba escondiendo.

—Vámonos entendiendo, coronel. Si nuestros horarios de los últimos días no coinciden, eso no significa que me he estado ocultando de ustedes. Tengo mis derechos.

Santana sonríe:

—¿Sugiere que todo ha sido por azar?

—No creo en el azar, coronel, sino en la voluntad. He preferido permanecer a la sombra, en mi camarote.

—¿Su camarote? ¿Ha dicho su camarote?

—¿Y qué?



—¡Llevo días buscándolo!

—El número 5, al final del pasillo número 2.

—¿Podemos ir allí?

—¿Cuándo? ¿Qué pasa?

—Ya mismo.

—¿Los dos?

—Usted y yo, sí, usted y yo.

El hombre vuelve a reír:

—No es necesario, coronel, tenga usted las llaves de la puerta y corra ahora mismo a la revisión. Yo espero aquí, todavía debo hacer algunas cosas urgentes, prefiero esperar.

—¿Urgentes? Cuál es su oficio, a ver ¡dígame, dígame!

Santana casi empuja el pecho del hombre:

—Leo, escribo, señor, eso es todo, ¿hay algo malo en eso?

—¿Para quién?

—¿Cómo para quién?, ¡no entiendo!

—Sí, ¿bajo qué órdenes?

El hombre se carcajea, espanta con su risa un fino talco de caspa que baja por sus mejillas y que se deposita en el sereno olvido de sus espejuelos:

—Vamos, vamos, créame que no lo había pensado así, exactamente de ese modo. Pienso que escribo y punto.

—Yo soy un hombre práctico, señor, y sé perfectamente que las cosas no son así.

—Lo comprendo, lo comprendo.

—Y supongo además que si usted tiene la escritura como un trabajo, debe hacerlo para alguien, por orden de alguien, ¿no es así?

—Si es así, lo ignora, coronel.

—Cómo que lo ignora, ¿se me está haciendo el marrano?

El rostro del hombre vuelve a modificarse, sus labios tiemblan alterados:

—De ningún modo, coronel; lo que sucede es que viendo las cosas de esa manera en realidad ignoro por orden de quién leo y escribo. Desconozco exactamente para qué lo hago y usted acaba de preguntarme algo que sencillamente no esperaba, eso es todo.

Santana aprovecha el desconcierto:

—¿Cómo puede usted pasársela todo el día escribiendo, dele que dele, sin saber a quién?

—Es que no se trata de cartas, coronel.

—¿De qué entonces? ¿Informes? ¿Informes secretos?

—No lo sé, no me lo había preguntado antes, tal vez cosas inútiles.

—Pero lleva varios días escribiendo, ¿cómo puede ser posible?

—¿Días? Ojalá fuesen sólo días, coronel. Años, eso es lo que llevo en esto, años, largos y duros años.

—A ver, respóndame de una vez por todas, ¿quién lee aquello que usted escribe?

El hombre sopla, desocupa todo su aire:

—Hea, hea, me pide usted un verdadero imposible, ¿cómo habría de saberlo?

—Pero, alguien lo leerá, ¿no es así? Estoy seguro de ello.

—Siendo así quizás sea cierto; usted mismo podría hacerlo algún día, éstas son cosas que sólo el destino podría decidir.

—Preferiría hacerlo ya mismo. A ver, ¡deme acá sus escritos!

—¿Ahora mismo? ¿Leerlo todo ya mismo?

—¿Y qué?

El pecho del coronel casi empuja de nuevo al hombre:

—Lo lamento, coronel, no es posible hacerlo ahora, anoche lo destruí todo.

—¿Cómo que lo destruyó?

—Lo tiré al río, era infame, horrible. De pronto lo leí todo de corrido y ¡plaf! ¡Una miseria!

—¡Miente, marrano, miente!

—Compruébelo usted mismo, corra, hágalo, le he dicho que agarre estas llaves, ya verá cómo todo lo he tirado al río, ya lo verá.

Los labios del coronel brillan de rabia:

—Lo ha enviado usted todo arriba, ¿no es así?

—¿Arriba?

—Sí, espía, a lo alto, ¿no es así?

El ciudadano de estribor levanta sus hombros, ríe desengañado:

—Vamos, hombre, ¡nch!, ¡nch!, ¿para qué habría de hacerlo? Lo que escribo es sólo mío, coronel, sólo mío, créamelo. ¿Es que pasa algo arriba?

—¿Lo que escribe? ¿Y qué es exactamente lo que usted escribe?

—No lo tengo claro del todo, coronel, y preferiría no decirlo ahora.

—Ya sabe usted que puedo obligarlo, tengo mis métodos.

—En ese caso consúltelo con Su Excelencia, se lo ruego.

—Je, je, no es necesario, sé perfectamente lo que hago, tengo órdenes.

El hombre desespera, sopla de nuevo:

—Todo esto me aburre, coronel, siga sin entender una sola palabra.

—¿Le aburre? Vamos, vamos, falta lo principal.

—¿Qué?

—Su nombre.

—Qué despropósito, ¿mi nombre? No viene al caso, coronel, no viene al caso, ¿cómo podría venir al caso?

—Lo obligaré, usted bien se da cuenta que mi paciencia ha llegado a su límite, lo obligaré.

—Consúltelo con Su Excelencia, se lo ruego, mírelo allí sentado, no se pierde nada, coronel, no se pierde nada.

—No es necesario, estoy autorizado.

—¿A tanto?

—¡A todo!

El hombre brilla, ríe:

—¡Entonces máteme, hágalo ya mismo, máteme!

Santana retrocede, empuña su sable, lo desenfunda. El hombre se enconcha, entorna esos ojos suyos para significar un total abandono al destino del presente, busca sombras, lugares declives dónde recuperar el perdido hilo de su historia. Su vestido, sus modales, el curso de su pensamiento no son de ninguna manera cosas actuales. Parece en lo suyo un hombre de otro tiempo, testigo inoportuno de épocas amadas no vividas por él, sentidas es cierto pero jamás vividas. ¿Lo vivido? ¿Qué extraña cosa es lo vivido que por no haberlo sido no le correspondía? Sí, el hombre viene de otro tiempo. Un tiempo en que el humo de la pólvora aún no se apaga. Pasan los años, pasan, pero el alma humana continúa disparando, bebiendo feliz su sangre bermeja de todos los días, gozando las pintas de las heridas. Y, ¿hacia atrás? La historia. Eso que llaman la historia. Un miserable canasto con todo adentro: dientes rotos, trozos de brazos, de piernas, lenguas asadas en su flor, cartas, manos deshojando margaritas en las balaustradas, lágrimas, platos de sopa, traiciones, secretos, correos con razones, afanoso esperma humano, lívido en lo sorprendido de la noche, fanfarrias en medio de los combates, perros, caballos, ríos atravesados con todo el peso de la infamia a cuestras y en el fondo de todo la mierda del hastío. Allí, transplantado en el tiempo, el hombre de estribor retorna soberbio a lo suyo, intangible, respetable:

Testigo.

Se sienta, flor que abre y cierra en su mismo eje. Extiende su libro y lee. Sin interrumpir la fijeza de sus ojos se aproxima al borde de su taza de café, bebe uno, dos sorbos. Luego desaparece dejando su cuerpo ahí, lelo en lo otro que su corazón ama:

—¡Le ordeno por última vez, necesito su nombre, carajo!

El hombre ni responde. Ya no está. Ni siquiera se asoma al presente de las órdenes:

—¡Se lo estoy ordenando, cabrón!

El hombre nunca más vuelve a hablar. Empuñando su sable, Santana retorna a la mesa donde Su Excelencia lo espera:

—¿Lo mato, general? ¡Déjeme matarlo!

Su Excelencia ríe:

—Eres un animal, Santana, ¡el hombre más torpe que jamás conocí! Lo has estropeado todo.

—Está bien, general, está bien, pero déjeme matarlo, se lo ruego.

—Déjalo, déjalo ahí, no lo pierdas de vista, ¿está claro? ¿Para qué quieres matarlo?

—¡No lo resisto, no lo resisto a ese mal nacido!

—Cálmate, ¿qué sacas con eso?

—¿No lo vio usted acaso, no lo escuchó?

—Todo, lo vi, lo escuché todo, no has entendido nada.

—¿Y?

—Déjalo ahí, vigílalo, eso es todo, creo que ese hombre está loco, eso es todo.

De lejos, la leve sonrisa del bicho en su mesa de estribor recuerda a todos el enigma de *Gioconda*.

## TREINTA Y NUEVE

La mañana continúa fresca, reciente en la niebla de nunca acabar. Su Excelencia sale a cubierta y vuelve a ver lo invisible:

Adelante marcha Manola Madroño:

Aquella oreja limpia, en la otra un zarcillo menudo. Después percibe un movimiento, ligera modificación súbita del sitio donde nada hay, donde todo es posible. Los aparejos cuelgan y el viento produce sus gualdrapazos en el biombo del comedor, vela extendida en la puerta por donde pasan los cuerpos. Más alto en el cielo el sol brilla en las tablas, derrite la brea. Tantos fantasmas, tanta ilusión en el tejido: la modificación intempestiva del lugar produce su efecto. Allí está Isabel Soublette, la hermana del general, fresca en la mañana de las frutas, de la desocupación de su vientre de tierra, envuelta en una sábana casi transparente. Va camino de los pozos del Orinoco donde ríe altanera. Salta desnuda, rebrinca, brincan sus pechos duros, puntudos. ¿Más atrás?

Otra mujer pisa la madera, pies menudos. Es Josefina Núñez, su adorable Pepita de las estrellas. Monta su caballo, aúpa las huestes en aquellas duras jornadas de la guerra que al desaparecer lo fueron dejando solo, lo fueron abandonando a la inutilidad de un tiempo vacío, a la inclemencia de otra lógica: la lógica de los escritorios. Tibia, a su lado, la piel de Josefina tenía sentido en las frescas noches del llano. Blancas, sus manos también ofrecían sentido cuando transparentaban la sangre misteriosa en la hoguera donde crepitan los insectos, allí donde las mariposas se encendían fugaces como fósforos vivientes. ¿Más atrás?

Diminuta, diminuta muñeca que brota de su hamaca y pisa la alfombra descalza. Viene él de su lado, proviene de resucitar en sus besos bajo las estrellas del papel de colgadura de su aposento. Todo en la batalla fue perfecto, hasta la humareda final. Es ella, sí, Anita Lenoit. Se coloca discreta en la formación de fila india que avanza por la cubierta, que desfila desde el castillo de popa en dirección a la vieja estructura de la proa. Trae uno de sus

vestidos preferidos. Un vestido esponjado, lleno de viento en sus flancos. ¿Y, más atrás?

Jeannette Hart, la muchacha de Connecticut. Brota de la popa, rebota en el piso de la cubierta, alegre. Busca con sus ojos azules el amparo de papá, cuyo sombrero se agita en la barandilla de aquel barco fondeado a babor. Jeannette Hart, lisa, esquiva, bañada por una rara espuma. Ella, manejando ese gesto, aquel venturoso estigma de niña desprotegida que lo confunde todo, que amasa como pan al más duro. Muerde sus labios, como pajitas tostadas que acaba de arrancar por la ventanilla de un coche en marcha. ¿Y, detrás?

Bernardina. Todo en ti amor, tú siendo todo. Palabras que los labios de Su Excelencia pronunciaron un día y que sus manos escribieron tantas, tantas veces. Todo en ti amor, tú siendo todo, tú la única. Palabras enigmáticas, solitarias, supuradas por el corazón en esa ventana podrida de la boca que enamora a ciegas en el pecho del inconcluso, palabras locas puestas a disposición del amor por cuya alabanza toda mujer resulta bienvenida, única en la dispersión, imposible, fugaz en el pecho del que desde siempre se sabe desterrado, del desengañado que se busca afanoso en los espejos, en vano en los vidriosos ojos de la amante. Bernardina, tú, tú, todo en ti amor, tú siendo todo, tú la única. Palabras que todas sus cartas llevaron por los campos húmedos, también por los polvorientos. Voces locas que sus labios repitieron hasta la muerte, de belfo en belfo, de pecho en pecho, única verdad del huérfano inconcluso que se busca siempre más allá, en la misteriosa ventana que nunca llegó. De nuevo, amorosa, se pavonea la estética de la muerte. ¿Y, más al fondo? Aquella catedral donde se consume abochornado, niño, cáscara que se quema bajo los efectos de la gloria, de la deificación que nunca buscó, procuró. De nuevo ella, Bernardina, paseándose coqueta en la pantalla de sus sentidos. De pronto alguien rompe la escena, babea el suelo, atrapa la presa: es Florentino. Viene herido, se irá herido para siempre. Florentino el enamorado se llevará el sobrante, la abierta herida quemante de ser el segundo hombre en la posesión exclusiva de la carne, cargará hasta su cueva con los desechos. Y no lo perdonará jamás.

La fila es perfecta, intachable, pero incompleta. Faltan allá muchas otras mujeres. De pronto vuelve a modificarse la disposición de las cosas, hay movimiento en el tumulto. Arrastrando la cola de su vestido aparece su prima Fanny. Habla en francés, saborea su lengua tan dulce como una golosina de altas frambuesas. Se pavonea distante propietaria de la sangre, sobradora.

Finalmente suena todo el alboroto. Cargando un látigo brota de las aguas de la popa una mujer que viene rodeada por docenas de gatos, un oso joven,

varios pájaros cantores, una esclava tan linda que parece pintada y otra a su lado vestida de soldado, maloliente, perversa en la rota señal de sus labios, fiel y oculta, un trapo rojo amarrado en su cabeza. Grita:

—¡Largo de aquí, perras, yo soy la Sáenz!

Todas corren, se espantan, desaparecen en lo invisible. Ha llegado la Sáenz también, agitando su látigo en las sombras.

Cierra el desfile mamá. Su espalda tiene la curvatura de la muerte, tose. A su lado, Hipólita. Trae las tetas desnudas en el campanario, arrastra pesadamente sus sandalias, murmura cosas casi de ceniza.

El sol sube y la fiebre es como un canto. Su Excelencia desaparece él mismo en ese olvido infinito de todos los acontecimientos sucedidos, de todas las cosas amadas, deseadas, temidas. Un olvido que es igual a la memoria pero en la dimensión del hastío.

## CUARENTA

El crepúsculo.

Lejos, en el centro de la mirada por la proa a babor todos ven la aparición de aquel caserío. Ya casi anochece, puente de luz bordado en lilas, pero el brillo de los muros blanqueados alcanza a arrastrarse hasta el vapor. Limpio fulgor de cal, de puertas pintadas abiertas al vientre de los patios donde un gigante inofensivo sopla de tardecita. Han estado todos en la barandilla de babor, lelos en las figuras del atardecer y en sus raras contribuciones a la memoria que el silencio acrecienta. Reloj implacable, Su Excelencia siente que la fiebre retorna. Tic-tac, tic-tac, suenan sus sienas. Tibia niebla del río, de esa corriente que llaman la vida. Tic-tac. Viene Su Excelencia de una nueva victoria sobre la tos. Un triunfo efímero de sólo un par de horas atrás. Estuvo ahogado, desconectado de su relación con los potentes poderes del aire. Tanto, que sus acompañantes debieron soplar, agitar sus manos, aquellos trapos en su vecindad y hasta encima de su boca rígida, tostada, de su nariz del color de las violetas. Toda la vida, su vida, toda la gloria, todas las ilusiones condicionadas a un taco de flema. Además, pintó sangre en su pañuelo, dejó allí una huella mucho más notoria que siempre, despreciable. Pero el aire que de pronto comenzó a circular en predios de la barandilla de babor, el despejo pulmonar que siguió a la crisis, el orgullo de aquella estética de la muerte lo compusieron todo. La recuperación de Su Excelencia fue notoria, casi mágica:

—¡Vamos, cabrones, vamos, corramos por cubierta, a ver, vamos!

Dio tres pasos, comenzó a tambalear, disimuló estar viendo quién sabe cuántas cosas invisibles. Luego sintió la visita de la fiebre, sus pasos en la andrajosa ventana asomada, en el zaguán, en los corredores de adentro. Volvieron los ojos de cristal, aparecieron de pronto las cáscaras de cartón en los labios y se hizo aún mayor la exigencia de su corazón. Ciertas o no, ahí están todavía las paredes brillantes, las puertas pintadas donde de tardecita los gnomos entristecidos soplan desde el patio, las ventanas abiertas a los



apuestos, aquellas vasijas sembradas de novios de flores tostadas, de azaleas dobles, de agapantos:

—¡Miren, miren!

—¿Qué?

—¿Qué? ¡Pues aquel caserío! ¿No lo están viendo acaso?

El coronel Santana no desea hablar, está sentido. Pero la visión imprevista de aquel montón de casas le hace olvidarlo todo. En semejantes condiciones de abandono, en aquel crucero de enigmas cuatro casas pobladas son compañía. Santana comienza a saltar:

—¿Qué día es hoy?

Fernando no necesita hacer la cuenta:

—Estamos a 26 de mayo.

—¿26 de mayo? ¡Uff!

—A once días de la partida, a once días, ¿qué les parece? El coronel Santana deja de saltar, hace algunos cálculos:

—Siendo así, aquello debe ser Gambote, ¿no es cierto?

—¿Gambote?

—Sí, plumón, ¿no lo ves?

Su Excelencia ríe:

—¿Hasta cuándo? No conoce la patria, coronel, todavía no la conoce.

—¿No es acaso Gambote?

—¡Turbaco, hombre, Turbaco!

—¿Vamos ya por Turbaco? ¡Madre mía!

—Míralo bien, míralo bien, conozco este camino tanto como los trazos de mi mano, mira la torrecita de la iglesia.

De pronto el caserío desaparece de los ojos, huye tras una densa cortina de negros manglares. Cuajada de vegetales quietos, esponjados en la aparente preparación de su sueño. Pasa arriba un escuadrón de aves acuáticas, se hunde. Aves pesadas, hinchadas de grasa, refractarias a toda humedad, a la penetración de todo viento, herméticas. Atrás, quedadas en el último encanto de un pez, de un renacuajo, de un insecto, pasan las del final como cerrando el día. En ese instante todos escuchan una voz inasible que llena el río, un enigma más en el viaje:

Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la *Pinta* una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía un hierro, y un pedazo de palo y otra hierba que nace en tierra y una tablilla. Los de la *Niña* también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramujos. Esta tierra vido primero un marinero que se decía Rodrigo de

Triana; puesto que el Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fue cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra. Y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Por lo cual cuando dijeron la Salve, rogó el Almirante que hiciesen buena guardia sus marineros en el castillo de proa, y mirasen bien por la tierra, y que al que le dijese primero que vía tierra le daría luego un jubón de seda, sin las otras mercedes que los reyes habían prometido, que eran diez mil maravedíes de juro a quien primero la viese, eso dijo don Cristóbal.

Y la vieron:

—Miren de nuevo, mírenlo ahí otra vez, ¡hurra!

Espeso, Turbaco aparece, reaparece en las sombras tibias. A un lado los negros manglares y sobre la proa el cauce abierto, Turbaco al fondo. Abajo, infinita, el agua de vidrio poblada de luciérnagas. Ciénagas, aguas ciénagas. El vapor viene de describir casi una vuelta completa en el río para observar las pardelas, los juncos verdes tropezando la quilla, el francobordo, las cañas y los palos eternos flotando, los palillos labrados en la oscuridad de los tiempos, los gestos de lo hermoso simple que dejan las manos, aquellas tablillas cargadas de tantos escaramujos, lo que fue y lo que será pudriéndose en el agua de todos los días.

—¡Turbaco a la vista!

Con estas señales respiraron más dulce  
Alegráronse todos  
Anduvieron en este día hasta puesto el sol en la balaustrada  
Veintisiete leguas  
Felices en la visión de las algas, las cañas, aquellas hierbas  
Las tablillas cargadas de escaramujos  
Las tristes cosas labradas  
Felices

—¡Hurra!

Santana salta, no puede contenerse, joya que crece en su raído estuche de terciopelo.

Aquel caserío está al alcance de las manos.

Invisible en un principio, sobre las orillas del río se percibe ahora la multitud. Agitan sus lanzas, sus cobijas de colores, los pañuelos, esos sombreros de paja tejidos por la filigrana, las palmas de sus manos donde hay cenicientas hojas de plátano, amplias como sábanas hojas de malanga y hasta

de balsa de semillas de sueño. Dentro del vapor las lámparas ya fueron encendidas. Una administración invisible lo hizo todo, como lo ha venido consiguiendo desde siempre. La orilla es nítida, el crepúsculo todavía es suficiente. La apoteosis total. El viento bate las ropas que se extienden casi solas, que se ofrecen, las manos tendidas, aquellas hojas donde como en un sonajero suenan tantas cosas. Pero la velocidad de las máquinas se incrementa, el vapor trepida y el humo supura por los tubos inalcanzables. Humo negro, afanoso. Se repite de pronto lo sucedido en Mompox. Igual que entonces, el vapor huye veloz, las orillas son apenas rápidas líneas confusas.

Al pie de la barandilla Su Excelencia agita sus manos, responde a la apoteosis. Muchos gritan, le piden que regrese, que por favor no los abandone ahora. Su Excelencia baja los párpados, no responde. De nada servirá si se queda. De todos modos la patria que desaparece a sus espaldas ya no es la misma de antes, no podrá volver a ser la misma nunca, nunca más. La guerra lo había unido todo en el cuenco de su mano, junto a las piedras de su gloria. Producida la independencia cada quien reclamaba lo suyo, su pequeño pedazo, su carroña. Y todo aquello en nombre de la Ley. Luces, ahí las brillantinas escasas. Las iluminaciones de calabazo de Turbaco, los faroles. Brillo misterioso en las aguas ciénagas, en los caños espesos, quietos, por donde avanza el vapor entre plantas acuáticas, algas de agua dulce, palillos, tablillas coronadas de escaramujos dulces del agua, flores, hojas que parecen de cera, todo revuelto en las cucharas, todo evaporado en las locas ruedas de la proa. El griterío aumenta, los hombres y las mujeres corren por los manglares de las orillas y lanzan al agua sus canastas de flores traídas de la sierra, de la floresta húmeda, fresca. Crece lo oscuro, el crepúsculo ni siquiera puede ayudar. Pero la estrechez del caño aproxima las orillas al casco, los barrancos mojados casi tocan las barandillas. Contra la velocidad del navío, desconociendo el bramido de las máquinas en bodega, muchas de aquellas canastas consiguen caer en cubierta y revientan sobre las tablas lustrosas como Vientres de sapos cargados de joyas:

—¡Miren eso, miren eso!

Su Excelencia siente que llora por dentro, que algo se derrama como leche:

—¡Dios mío, ayúdame! ¿Qué te cuesta hacerlo?

Sólo murmura, piensa. Va a la barandilla del centro donde la manga es mayor, con sus manos toca, casi toca las palmas que le son ofrecidas, que le piden a gritos:

—General, no nos abandone ahora, no nos deje.

Algo sucedió que lo revolcó todo:

—¡No me iré, no me iré!

—¡La patria lo necesita!

Está loco:

—¡No me iré, no, no me iré jamás!

Por la cubierta del vapor el viento empuja las flores a barlovento, barre implacable. Ahora la velocidad se duplica, la presión del casco contra las orillas hace saltar el agua, la espuma sobre las ventanas, las puertas, las paredes, casi hasta los balcones. Se ofrecen, son extendidas las últimas manos pero la velocidad hace imposible cualquier contacto. Sólo líneas rápidas, confusas, objetos alargados, fósforos cuya cola de esplendor agoniza. Y truena una voz. Una voz de eco, rancia, soplo de carroña:

—¡Que finalicen de inmediato todos los honores!

La voz nítida, parece chorrear de arriba:

—¡El hombre que ustedes ven no es un héroe sino un nudo de ambiciones!

Hay silencio, hielo que entrapa triste, rabia. También hay desconcierto. Desde los suburbios alcanza a llegar la última lumbré de los fósforos. Abajo, destrozados por los dientes de las cucharas, flotan los desperdicios: flores rotas, canastas tasajeadas como piernas de animales sangrantes, hojas de plátano, de malanga, de balso de flores de sueño.

Según los cálculos, adelante sólo queda la ilusión de la mar. Ya se sienten, secas, sus primeras sales, el almizcle de los peces, las algas y los corales. Ni crepúsculo queda. Aparecida de repente la luna pone a brillar la barandilla, las ciénagas aguas sembradas de nenúfares, espeso metal de florero donde los grillos procuran su rocío. Nubes de insectos atraídos por las lámparas de aceite sobrevuelan el vapor.

—¡Excelencia, mire, mire usted aquello!

—¿Qué?

—Aquello, eso de ahí, eso que venía en aquella canasta que reventó contra el cubo de brea.

Un envoltorio. Un envoltorio amarrado con una cinta tricolor. Al abrirlo aparece una nota escrita:

Adjunto encontrará el dinero de la libranza así como su pasaporte que con tanta razón reclama.  
Soy de Vuestra Excelencia, muy obediente servidor

J. de D. Amador

Todos miran el horizonte de popa. Turbaco ya es algo del olvido de nunca más ojos, de jamás volver.

Su Excelencia manotea con las monedas empuñadas.

## CUARENTA Y UNO

Su Excelencia hace a un lado el biombo, sale a cubierta. Viene de beber su caldo de palomas y de comer casi un mango completo. No ha hablado. Se limitó a mirar, a observarlo todo en redondo. Vio las lámparas en cuyos cristales aleteaban atrapadas algunas mariposas nocturnas, sintió el saludo inclinado del hombre de la mesa de estribor. Un ciudadano manso de otro tiempo, testigo y punto, pensó. En cubierta el viento es tibio pero más fresco que adentro, las sales marinas acuden ostensibles, prefiguran lo invisible de otros sentidos. Pessoa tenía razón: el olfato es una vista extraña. Evoca paisajes sentimentales mediante un dibujar súbito de lo subconsciente. Es cierto. Sales tibias, cargadas de destilaciones eternas que hacen bien, que Su Excelencia recibe como un consuelo innecesario pero agradecido. De nuevo la estética de la muerte le dice que todo está en su punto, que el alma, la razón son fuertes, dignas. Que lo que resta es poco, glorioso en lo sencillo, en lo verdadero: dos amigos, una taza de caldo, una camisa, una cama tendida, un asiento donde poner los calzones, algo de agua y un tris de espera:

—José, ¿sientes ya el olor?

Palacios recibe el golpe que sopla por barlovento pero no se despeina. Él es crespo, apretado, muy rubio. De frente, sus ojos azules brillan:

—¿Del comedor?

—¿Qué dices, catire?, ¡de la mar! ¿No lo sientes ya?

Palacios orienta su nariz antes de responder.

—Sí, sí, ahí está, la mar, ahí está.

—¿De verdad la sientes?

—¡Cómo que si la siento! Desde Turbaco, señor, desde Turbaco la vengo sintiendo.

—Un olor diferente, ¿no es verdad?

—A mí me entristece, general, me hace sentir no sé qué cosa. Arriba las estrellas, la luna. A los costados esos bancos de tierra del canal, aquellos barrancos húmedos de un caño ahora más espacioso a la navegación. Adelante, por el alcázar de proa, la mortecina luz de las lámparas. Una luz

triste que rebrilla en el embreado de la cubierta, que chorrea en los aparejos de cáñamo y que coloca sombras en los mamparos y basta en la solitaria estructura del puente. Atrás, en la toldilla de popa, a sotavento la oscuridad plena:

—¿Ya lo sabes, catire?

—No es fácil, general.

—¿A qué te huele la mar?

—A ver, a ver, a caldo de animales, de animales vivos, eso es, a sopa de animales vivos.

Su Excelencia ríe, está a punto de toser:

—Cuál sopa, imbécil, la mar es un lugar, hombre, Josesito, un lugar, no lo olvides. A ver: ¿qué es la mar?

—Un lugar, señor.

—¡Eso, muy bien!

—Un lugar que a mí me entristece, me asusta, general, eso es lo que quiero decir.

—¡Un lugar y punto! A ver, de nuevo, ¿qué es la mar?

—Un lugar.

—Bien, muy bien.

Su Excelencia siente movimientos en su estómago:

—¡Oh!, mierda, ¡un retorcijón!

—¿Se siente bien, señor?

—¿Que si bien? ¡Perfecto!

—Debería ver un médico, nada pierde usted, general.

—Hey, hey, ¿qué te pasa?

La puerta del camarote está delante. Fernando y Santana se han quedado atrás, lelos en la espesa noche. La tiniebla del río no tiene comparación, dicen. Aire fresco, extraños sonidos en las márgenes, silbos, chillidos.

Entra:

—Adiós, José.

—Adiós, y no lo olvide, un médico, eso es lo que usted debería ver, un médico.

—Deja, deja, ¿qué te pasa? ¿Para qué había de necesitar yo un mueble de lujo? A ver, respóndeme: ¿Qué es la mar?

Palacios ríe:

—Un lugar, señor.

—Vete, catire, has aprobado la lección, no lo olvides, vete a dormir.

—Buenas noches, general.

—¿Qué es la noche? Dilo, ¡dilo por última vez!

—Un lugar, un lugar, ¿no es eso?

Golpea la puerta:

—Robinson, ¿eres tú?

Nadie responde. ¿Por qué habría de ser Robinson el autor del inesperado ruido en el camarote? No lo era. Sin embargo, algo hace que broten, lentas burbujas, aquellas palabras suyas escritas desde Pativilca:

Al observar el cielo y la tierra, admirando el pasmo de la creación terrena, podrá decir: dos eternidades me contemplan: la pasada y la que viene.

El origen de los sonidos es el viento. El frescor que sopla en la ventana y que empuja los muebles, la puerta, que hace dar gualdrapazos a las ropas, las sábanas, el cubrelechos:

—Dizque Robinson, ¡pobre viejo!

Mete la mano en el buzón porque presiente la presencia de algo. Dentro del cajón rebrincan algunos insectos, luciérnagas apagadas, encendidas. Las aparta, las respeta, juega con ellas. Luciérnagas que han hecho nido, que salen y entran a voluntad, colmena de diminutas lámparas locas. Abajo en el fondo palpa alguna cosa. Siente que sus manos tropiezan algo vivo, tibio. Retira la mano, duda de un bicho allí, teme de un animal venenoso. Va por la lámpara, retorna, alumbra. En el fondo hay una hoja de papel, sólo eso. Mete de nuevo su mano y retira el mensaje: se trata de una carta muy especial: no viene escrita a mano. ¿Cómo, entonces? En una máquina de imprenta. Parece una hoja arrancada a un libro, pero está firmada. ¿Letras de otro tiempo, de otros lugares ahora inexistentes? ¿Voces de diferente dimensión brotadas de otro fulgor de los años? Nadie lo supo entonces.

Responde por lo escrito ese tal Uldarico Clavel, dice:

Excelencia: He olvidado ya si es usted o yo quien está en deuda de respuesta. En realidad, eso no interesa. ¿En qué sentido podría interesar? Ya pronto todo terminará. ¿En qué forma? No lo sé. Es que ni siquiera deseo saberlo. ¿Para qué? Después de leer cierta página a usted atribuida siento que sobre los principales enigmas descienden ahora las claridades. No era para menos: las personas que han venido a llenar su vacío al separarse del poder, o son de aquellos generales que se hicieron temibles con sus hazañas de sangre o de aquellos que usted situó un día en la galería de los hombres grises de gabinete. Ratas de gabinete, digo yo, dominadas por un doloroso espíritu de pormenores, de orden, de legalidad a ultranza, apolíneos como dicen algunos. ¡Qué apolíneos! ¡Burócratas y punto! Hombres incapaces de ascender a lo sublime. No diría estas cosas si no fuese porque algo me dice que quizás sea esta la última oportunidad que el destino nos habrá de otorgar para hacerlo. Apenas de verdad que los grandes hombres sean sólo de instantes en la historia de la humanidad, y que, contra lo que se supone, el mundo siempre ha estado en manos de quienes prefieren el jesuitismo, los pormenores, las pequeñas cosas magnificadas sólo por un falso rito. Fernando González, el de la región de Otraparte, donde nacen quienes vivimos a la enemiga del destino, comparte conmigo esta opinión. González, ¿no lo recuerda usted, Excelencia? Quizás no. En fin. Es una necesidad que hago mía,



no sé por qué. Sé que pronto usted llegará al término de su viaje, que partirá donde el destino lo disponga. Si es así, que así sea para su gloria y honra. Me ahogo al pensar lo que vendrá. Mejor será morir. Ninguna ancianidad podrá tener esplendor en la patria de las Reglas Santas. La guerra ya dio lo suyo y punto. Aflora debemos soportar el tiempo de las ardillas. Suyo,

Uldarico

Una bola ácida sube por su garganta y estalla en la boca. Pone la carta en el escritorio de campaña, siente movimiento en su estómago. Va a la letrina, escupe, se sienta y canta. Cada vez que ocupa la letrina siente deseos de cantar. Desde niño. Canta *La Vencedora*, recuerda la fanfarria del coronel Cancino en Boyacá, ríe. Pero la tempestad es sólo de gases. Canta de nuevo, otorga a su cuerpo de huesos visibles una espera prudente. Ahora tararea en francés, recuerda a Fanny. Arriba, la claraboya sopla en tinieblas. Gases débiles, sin olor, eso es todo. Se viste. Ríe otra vez, tambalea contra los baúles. Ajusta la ventana, toca su frente encendida, se tumba. El camastro ni se mueve. Duermevela.

Arriba la música va en ascenso como ocurre siempre después del crepúsculo. Cosa rara, el movimiento de tropas ha cesado y sólo se escucha el cuchicheo de voces que murmuran en los sitios rincones, agazapadas. Duermevela de espaldas, cuerpo extendido. Ha puesto sobre su vientre la bolsa de terciopelo con el dinero de que dispone. El dinero de la libranza sumado a aquel que resultó de vender su vajilla, sus medallas, sus caballos, todo. En total, muy poco. Demasiado escaso para el viaje que debe emprender. Pero se marchará. Irá rumbo a Jamaica. Después, con permiso del destino, quizás a Londres, a París. Palpa las monedas, ríe. Duermevela de labios sonreídos.

—¡Vomitare, Dios mío, ayúdame!

Sueña.

## CUARENTA Y DOS

Medianoche.

Despierta sobresaltado, escucha ruidos en el pasillo. Sonidos que no corresponden a los conocidos pasos de Palacios, a las botas de Fernando, de Santana. No sabe cómo pudo incorporarse pero está sentado en el borde del camastro, espera. De pronto los ruidos se hacen más leves, lejanos. Luego desaparecen sepultados por el bramido de las máquinas en la bodega, por aquella música del baile de arriba. Contradanzas, valeses, minués. Copas, botellas de vino, jarras con rosolis. Madera, Burdeos, desciende por las hendijas el buqué, aquel humo de los cigarrillos. No hay movimiento alguno de tropas pero se cuchichea mucho. Un gran murmullo universal. Mira el reloj y comprueba que va siendo la una de la madrugada. Hay fiebre. Toda la fiebre del mundo vuelta ceniza en su frente, hastío. Se pone de pies, va hasta la mesa de noche, bebe gotas de agua. Agua filtrada. Siente ardor en el borde de sus labios y encuentra que falsean las cáscaras de las cicatrices al contacto con la humedad. Regresa al camastro y con un pañuelo seca la brillante orilla de sudor que se forma en su frente. Ha comenzado a sudar. Buena, amada señal. Signo de la calentura que huye:

—¡Ufff, uff!

Se dispone a tenderse de nuevo cuando escucha otros ruidos, esta vez más contundentes, afirmativos. Luego oye una voz:

—¿Quién vive?

Es la voz de uno de sus centinelas del Palacio de Gobierno, en Santafé. La reconoce, escucha cuando es silenciada de una sola cuchillada. Afuera hay gran alboroto de personas que corren arrastrando sus sables. Un asalto, piensa. El centinela gime, se ahoga, cae al suelo de un golpe. Palpa de nuevo su frente, siente que la fiebre aún está ahí, espera. Debe terminar de cumplirse el ciclo orgánico. Los pasos del asalto se escuchan más próximos. Vienen por el pasadizo del comedor, de la cocina, de la repostería. El bayo color pajizo, el rubio barcino corren, ladran junto a las escaleras y en las puertas de los aposentos principales. Un soldado anda por el tejado de la vecindad, se

agazapa. Luna llena. Luna de amplias, generosas visiones. La voz de una mujer se mezcla con los acontecimientos y le implora que salte a la calle, que brinque por la ventana, que escape cuanto antes. Salta. Los conspiradores rompen la puerta de la recámara contigua, equivocan su rumbo. Han sido engañados por la mujer, vuelven sobre ella. Uno de ellos pateo su frente, la injuria. Otro con acento de matón francés propone escapar. De pronto suena la voz de Fergusson cuando ocupa el pasillo de los camarotes, cuando da gritos, cuando pregunta por él:

—Excelencia, Excelencia, ¿qué ha sucedido?

Los asaltantes tropiezan con él y uno de ellos descarga un pistoletazo en su frente. Fergusson gime, su cuerpo cae de espaldas, rueda. Queda dormido, hermoso, fresco en su instantánea eternidad. Arriba crece el cuchicheo. Su Excelencia corre a la puerta, abre. Palacios está ahí:

—¿Está usted vivo, general?

—Muerto, catire, muerto, ¿no me ves?

—Gracias a Dios, venga conmigo, ¡corra!

—¿Qué sucede?

—Un asalto, señor, venga conmigo, rápido.

—¿Un asalto?

—Contra su vida, ya han huido, pero venga ya mismo conmigo, vamos.

—¿Escaparon los cabrones?

—Huyeron despavoridos.

Su Excelencia va por sus armas de fuego, se cubre con una manta:

—¡Vamos por ellos!

Con el segundo paso se detiene:

—¿Dónde están mis coroneles?

—Custodiando la puerta, señor.

—¿La puerta? ¿Cuál puerta?

—La que conduce arriba, por donde escaparon esos cabrones, allí están.

—¿Huyeron hacia arriba? ¡Claro, claro, ya se los había dicho!

—Sí, los vimos, los vimos cerrar la puerta, yo mismo los vi, eran varios.

—¿Dejaron heridos?

—No, todo está en orden.

Pasos rápidos por el pasadizo, por cubierta. Llegan junto a la puerta. Fernando está armado:

—El asalto vino de arriba, tío, ahora las cosas parecen más claras.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Santana está agitado y despide un olor de mortecina que el viento barre:

—¿Tumbo esa mierda? ¿La echo al suelo de una vez?

—No, coronel, todavía no.

—Acaban de huir, señor, están arriba.

—Deja, deja, ya lo sé.

Su Excelencia habla bajo junto a los oídos de sus coroneles:

—Debemos preparar el asalto de modo que sea perfecto, la historia no nos perdonará el más leve error.

—Y ahora, ¿qué hacemos ahora?

—Monten guardia hasta el amanecer.

—Deberíamos subir ya mismo, tío, óígalos arriba.

—Deja, deja, ya llegará el momento.

—Hace frío, tío, cúbrase.

La mirada de Su Excelencia no corresponde al momento: serena, vaga y lejana, quieta en el pozo del desengaño. Deja a sus coroneles montando guardia, toma a Palacios por el brazo y lo lleva hasta la barandilla:

—¿Sabes que estoy herido, José?

—¿Herido? ¿Dónde?

—Aquí, en el alma, ¿no lo estás viendo?

—Lo entiendo, señor.

—Esos puñales, esas botas en los corredores, esos sables, esos gritos...

—Gracias a Dios no lo tocaron, señor, venían con las peores intenciones.

—¿Qué dices? Hubiese preferido un pistoletazo en el cuello.

—¡Malnacidos!

La imagen de la noche de septiembre brilla en el agua, salpica la cubierta. Hay frío en la barandilla y el héroe está a punto de toser. Agarra el tubo, siente que el espasmo desaparece, ríe:

—Ven, ven conmigo.

Toma por el brazo a Palacios y viene a sentarse en un cubo de madera bajo el cobertizo del puente. Espera, tiembla de frío, mastica sus dientes. Palacios se impacienta:

—Debería usted regresar al camarote, hace frío.

—Déjame, déjame, aquí estoy bien.

—Iré a la cocina, Bernardino podría prepararle algún bebedizo caliente.

—No, quédate ahí, quédate.

Pasan los minutos, el vapor avanza. Minutos lentos en un principio pero ligeramente más rápidos después. Minutos, minutos horas. Nubes blanqueadas, entintadas lilas. ¿Amanece?

De pronto se escuchan voces abajo. Vienen de abajo, del agua. Palacios salta, corre a la barandilla y regresa con la noticia:

—¡General, estamos rodeados de canoas por todas partes!

## CUARENTA Y TRES

Gentes del pueblo. Montan en canoas, son muchos hombres. Su Excelencia desenfunda su pistola, camina del brazo de Palacios hasta la barandilla. Camina y piensa. Su mirada continúa siendo serena, vaga. Quieta en los objetos, hastío de muchos días. Tiembla de frío, respira difícil. Al asomar su rostro al vacío siente el golpe del viento. Su pelo está más blanco que ayer, sus arrugas más hondas, su labio inferior más feo, repisa herida. Al verlo, la multitud estalla:

—¡Libertador!, ¡libertador!

Aquellos hombres son de los suyos.

Uno de ellos comanda la operación y ordena silencio. El mandato se cumple en el acto. Río quieto, alba en las riberas clavadas de árboles, canto de pájaros que renace. El hombre amarra un papel a una piedra, da vuelta a su brazo, la arroja. Sube el guijarro, cae a la cubierta. El papel dice:

Provenimos de las orillas del río. Pudimos enterarnos de la conspiración de la medianoche por medio de un pájaro mensajero. Una paloma, una gallinaciega, un búho. Recorrieron los poblados, todos los poblados de la ribera y fueron dejando el aviso. Estaban nerviosos los animales, cantaron por fuera del tiempo, lo comprendimos todo. Volaron en la noche los que son diurnos, cantaron diferente los búhos, pudieron ver las gallinaciegas y lo entendimos todo en el acto. Y aquí estamos. Venimos a ofrecernos como soldados para lo que usted disponga. Ordene usted, Excelencia, lo que sea del caso.

La piedra, aquel papel son una verdadera joya. Su Excelencia murmura:

—Ya tenemos las tropas para el asalto, míralas, míralas abajo.

Hace un gesto, llama a Santana. El coronel llega corriendo, escucha la orden:

—Trae acá lo necesario para dictarte un mensaje.

Santana vuela al camarote, busca en el escritorio de campaña y regresa en instantes cargado con todos los implementos:

—Estoy listo.

—Copia, copia.

Dicta:

Oportunamente comunicaré a ustedes mis planes. Permanezcan en orden, guarden silencio, esperen. Gracias por venir. Si mi vida tiene algún sentido todavía, no dudo al decir que es a causa de este pueblo admirable del que ustedes hacen parte. Hoy, como en septiembre, quienes me rodean con calor son las gentes más humildes. Gracias.

Firma, amarra el mensaje al guijarro y lo lanza a su lugar de origen. El guijarro describe una parábola, cae. El hombre de abajo lee el mensaje, sonrío. Levanta su mano, señal de que lo ha comprendido todo, transmite a los suyos las primeras instrucciones. Se agazapan de inmediato en sus puestos, total silencio. Fuman, algunos queman hojas de tabaco, mastican. Silencio. Las canoas se juntan al casco, reducen la distancia, navegan como apéndices invisibles para no ser advertidas desde arriba. De pronto desaparecen, de pronto se advierten como transparentes paquetes de niebla. Se han mimetizado.

En medio de la niebla del alba Su Excelencia ve aparecer de pronto la imagen de Manuela. Viste de húsar, monta un caballo de riendas de plata. Resplandece en el castillo de proa y se desvanece junto al puente. Al escapar de nuevo a lo invisible deja a cambio de su imagen una fragancia de chamusquina que hiela la sangre. Lleva en su frente, fresco aún, el zapatazo de Carujo. Detrás de su caballo avanza Jonotás, Jonotás, arrastrando ella el pálido cadáver del coronel Fergusson eternamente muerto en su sueño.

Amanece la fiebre.

Desde las sombras del mismo instante del alba, Francisco de Paula extiende su mano amarilla, rodeado como está de generales y coroneles en el centro de la plaza. Su Excelencia sonrío, lo deja allí con su mano extendida al vacío, mordiendo su bigote engominado. Era el comienzo del fin. El escenario de la rabia y del cálculo.

Sobre las sienes la fiebre es como un pálido brillo.

## CUARENTA Y CUATRO

Atardece.

Siente fatiga, el organismo le anuncia el advenimiento de las calenturas vesperales. Se repite de nuevo el ciclo de sus pavorosas compañías: la fiebre, la tos. La fatiga proviene de su debilidad, de su ayuno. Debe entonces comer, anticiparse al asalto pues la llegada de la fiebre lo arruinará todo. Llama a Palacios y le ordena que vaya al comedor, que pida para él un caldo de sustancia de palomas. Rápido, antes de la ocupación, del vidrio en los ojos, del humo quemado en los labios.

—¿Caldo de palomas?

—Sí, del mismo con que me he venido alimentando en estos días, pero que sea volando.

—¿Ira usted al comedor?

—No, esta vez permaneceré aquí, que me lo traigan.

—¿Algo más?

—Sólo el caldo, vete, ya vienen las fiebres, vete.

—Ya mismo regreso.

A causa del atentado ocurrido en la noche de las calenturas, el camarote de Su Excelencia se ha convertido en un verdadero cuartel de operaciones. El contacto con los bogas que navegan abajo, mimetizados junto al casco, se ha mantenido vivo. El coronel Santana acaba de reasumir sus funciones como secretario, está feliz. El trabajo de guardia ha sido distribuido de modo que cada quien hace lo suyo: Fernando permanece en la desembocadura del pasadizo de los camarotes, Santana no se despegas de la puerta que conduce arriba y alimenta el contacto con los bogas, Palacios no abandona la espalda de Su Excelencia. El bayo y el rubio barcino han sido alertados. En minutos Palacios está de regreso en el camarote:

—Traigo malas noticias, general.

—¿Qué sucede?

—Bernardino dice que el caldo no es posible ahora.

—¿Cómo que no es posible? Hey, ¡qué pasa!



—Se acabaron las palomas, señor.

—Ayer las había, las vi, las vi.

—Sí, las había, pero fueron encontradas muertas esta madrugada sobre la mesa del comedor.

—¡No es posible!

—Y es cierto, señor, vi la sangre, las plumas, yo mismo lo he visto todo.

Su Excelencia no sabe qué decir. Sube la fiebre, comienzan a modificarse el espacio y el tiempo. Otros colores, otras distancias, diferentes significaciones. Lejos chillan pájaros, gruñen animales entre ramas oscuras, anochecidas. Desvarío, tos seca, ningún esputo, orines detenidos, extremos fríos, sopor, estertor en los ojos, abatimiento. Una ventana brilla:

—¿La sangre?

—Sí, la vi.

—No interesa, ya pronto iremos arriba, déjalos, déjalos. Palacios quiere agregar algo, lo dice:

—Pero eso no es lo grave, señor.

—¿Qué dices?

—Que lo grave no es lo del caldo.

—Por supuesto, catire, no tengo apetito.

—Hay algo más, señor.

—¿Qué? ¡Dilo, dilo de una vez!

—Nos hemos quedado incomunicados, ya no hay correo. —¿Las palomas?

—Sí.

—¿Mensajeras?

—Sí, eso mismo eran.

—¡Oh! Yo mismo me las he estado comiendo, ¡coño!

El vapor empuja, tambalea.

Hay silencio. Un silencio que hiela la piel, la sangre. Una gran noche ingresa por la ventana, oscurece el camarote. La lámpara de aceite sale del olvido, brota encendida. Sombras, movimiento de objetos agrandados en los mamparos. En la bodega las máquinas braman, todo trepida, vibra. Soplo en las mantas, en los hilos que cuelgan del cubrelechos. Las naves de la ventana van, vienen. Pronto serán las siete. Carbón encendido en las sienes, humo en los labios secos. Las siete de la noche, hora mortal, triste. La peor hora del solitario, del huérfano, del abandonado. Ni sueño ni vida. Tablas falsas, brillo de brea en el piso, llanto interior, niñerías. Las siete, hora señalada para una reunión de emergencia en el camarote. Sólo vendrá Fernando pues Santana

montará guardia. Su Excelencia camina, dibuja extrañas trayectorias, cruza el cuarto hacia allí, hacia allá. No se detiene, siente que sus ideas comienzan a aclararse. Sabe que es útil bailar, conversar con alguien mientras se piensa:

—¿Dijiste haber visto la sangre?

—La vi, sí señor, la vi, sobre las mesas.

—¡Oh! Yo mismo me he comido las palomas, quién iba a pensarlo, ¡yo mismo me he estrangulado!

Silencio, pronto serán las siete. Su Excelencia se detiene:

—¿Arrepentido? ¿De qué habría de estar arrepentido?

—No he hablado, señor.

—¿Crees que estoy arrepentido de cuanto hice en mi vida? Palacios tiembla:

—¿Cómo podría ocurrírseme semejante cosa, general?

—Mírame, mírame bien a los ojos: he construido varias repúblicas bajo la idea de una gran unidad continental, pero cuando me alejo del sur rumbo al norte, el país que dejo atrás se pierde y nuevas guerras civiles lo arruinan. Todo esto es una desgracia.

—Es el destino, señor, la fatalidad.

—Coño, catire, ninguna fatalidad, hablo de las ambiciones provinciales, de eso que nos está matando.

—También la fatalidad, general.

—Quédate con eso, ¡la ambición, la ambición!

Casi las siete. Su Excelencia vuelve a dar pasos, débiles pasos. Ni puede. Viene del ayuno iluminado, de la negación de lo inútil. Durante todo el día sólo ha bebido agua de apio, de toronjil. Sin azúcar, sin exceso alguno. Gotas en la lengua, débiles chorritos en los labios. Sólo agua. Su vida es ya como una ventana a solas, abierta, donde nadie asomará nunca más. Siente que es así y que ahora su gloria se separa de él como algo ajeno a su cuerpo que muere:

—¿Arrepentido? ¿Arrepentido de cuanto hice en mi vida?

Las siete, aún falta un minuto para las siete. Su Excelencia vuelve a detenerse, casi pierde el equilibrio, se agarra:

—Mírame, mírame bien, ¿arrepentido?

—Usted me asusta, señor.

—Dijeron que he pensado entregar todo esto a Inglaterra, pero olvidaron que esto no es mío. Me iré entonces, eso es lo que haré.

—Tranquilícese, general, está agitado.

—¿Agitado? Mírame: hice un espléndido pastel y al menor descuido los cerdos ocuparon la mesa; pero no me arrepiento, yo los perdono.

—Debió matarlos, señor. De haberlo hecho no estuviese usted así, como lo está ahora.

Su Excelencia ríe:

—¿Matarlos? No, de ninguna manera, mi gloria siempre estuvo por encima de esos miserables. De haberlos fusilado lo hubiera estropeado todo, imbécil.

Hay gritos de animales en los manglares de la orilla. Búhos, micos en las ramas, gallinaciegas.

Las siete en punto.

## CUARENTA Y CINCO

Entra Fernando, sale Palacios. La puerta se cierra y Su Excelencia ordena a su sobrino que ocupe el escritorio:

—Siéntate, te dictaré algo. Fernando dispone todo rápidamente.

—Estoy listo, tío.

—A ver, copia:

Capitán: a partir de este instante, siendo las siete de la noche del 27 de mayo, concedo a usted y a su tripulación un ultimátum de 24 horas exactas para que se me permita, con mis hombres, subir a la segunda planta. Vencido el plazo procederé de inmediato por las vías de hecho.

Asombro.

—¿Lo firmará usted mismo, tío?

—Presta acá eso, firmaré.

Firma, tiembla la mano de Su Excelencia:

—¡Vamos, vamos!

—¿Dónde?

—Vamos a la puerta, entregaremos el ultimátum personalmente.

—Yo iré, tío.

Yo también iré, vamos, ¿se te ha olvidado correr? ¡Hea!, ¡tú no sabes correr!

Sale adelante.

En cubierta el viento comienza a refrescar. La fiebre sube al techo, tuesta. Sienes secas, labios rotos, encascarados. Camina apoyado a los mamparos, agarrado a los aparejos, tambalea, mimetiza su debilidad en los naturales movimientos del navío. Sólo agua por alimento, gotas en la lengua, chorritos en la calcinada pulpa de los labios. Agua de apio, de yerbabuena, de toronjil. Palacios se une a Fernando, trae los perros. Llegan a la puerta donde Santana monta guardia. Su Excelencia señala con la mano:

—¡Golpea! ¡Golpea de una vez!

Santana saca su sable y azota la puerta. Al cuarto golpe algo suena del otro lado. Cadenas, sables que huyen, metales. Una barra se desliza entre

argollas, chirría. Alguien tose detrás, arrastra pesadamente sus zapatos. De pronto comienza a abrirse la pequeña ventanita del otro día. Huele mal. Sopla a carroña, a sopas avinagradas en lejanas cantinas, aguamasas. La ventanita termina de abrirse y aparece la misma mano sobre los mismos ojos ocultos, tapados. La voz del hombre es ronca, casi ni se escucha, sale como abriéndose paso entre grandes masas de flema:

—¿Otra vez ustedes?

Su Excelencia putea, pateo el suelo:

—¡Cómo que otra vez, cabrón, necesito al capitán!

—¿Al capitán? Oh, ¿y para qué?

—Hey, hey, viejo, ¿qué te pasa? ¿Es que no sabes quién soy?

—Ocurre que no veo, señor.

—Debo entregarle un documento, este ultimátum.

—¿Este ultiqué?

—¡Ultimátum, cabrón!

El hombre tose, limpia su garganta:

—Yo mismo se lo llevaré, deme acá eso, señor, el capitán está ciego.

Santana grita:

—¿Ciego?

—Ciego, definitivamente ciego, es una desgracia, una verdadera desgracia lo que ha ocurrido, la enfermedad no se ha podido detener.

—¿Y el viaje? ¿Qué pasará con el viaje?

—¿El viaje? No se preocupe, amigo, ya casi llegamos, no olvide que el agua baja y no se devuelve, hombre, ¿qué le pasa?

Adentro el ruido de los papeles contra los remolinos del viento remeda un concierto de pífanos. Silbos, pífanos locos. Viento que se hiere en los bordes, en los filos de las hojas abiertas, en las páginas sueltas. Pasa, tropieza, se rompe. Carne cortada, tasajeada. El hombre ni se da por enterado. Parece estar acostumbrado a ese silbido infernal:

—Y, ¿de qué diablos trata esa hoja?

Fernando interviene:

—Su Excelencia le está dando al capitán un ultimátum de 24 horas para que le permitan subir.

—Oh, gracias, gracias, deme acá eso, prometo que lo pondré en sus manos.

—Aquí lo tiene.

El hombre hace una pausa:

—A ver, a ver, un momentico, ¿están ustedes seguros de que el documento se encuentra en regla?

—¿Cómo? ¿Cómo en regla?

—Firmado, señores, y con sus sellos bien puestos, debidamente cancelados los timbres. Apuesto a que lo han olvidado todo.

Nadie puede entender. Santana se aproxima al roto:

—Se trata de un ultimátum, chivo cornudo, ¿no lo entiende?

—¿Chivo?

—¡Un ultimátum! ¿No sabe acaso lo que es eso? ¿Es que no ha entendido?

—Calma, calma, cumplo con mi deber, no deseo que ese papel les sea devuelto por simples vacíos de forma, ¡bastantes papeles tenemos ya!

—Llévelo así, no interesa, ¿cómo podría interesar?

—Están advertidos, es cosa de ustedes, a ver, deme acá.

La otra mano del hombre asoma por el roto, agarra el documento, lo arrastra:

—¿Algo más?

—Sí, ¡mézetelo por el tubo!

Santana no puede contenerse. El hombre se despide, desaparece:

—Buenas noches, señores.

Nadie responde.

Un banco de niebla asoma por la proa, se desliza junto al puente rumbo al castillo de popa. Su Excelencia está aturdido, siente que se extravía en el tiempo. Y ve el salto del agua. Grandes moles de piedra, el río, la imagen del indio con su palo labrado, un gran abismo al frente. El salto del Tequendama, catarata profunda, misteriosa. Más allá del borde está Boussingault, a su lado el médico Richard Cheyne, otras personas. Renoir, un óleo de Renoir. De pronto todo se modifica, la campiña ya no es una campiña donde la luz hace ensayos mágicos: en el borde de una inmensa mole de piedra Su Excelencia ve la imagen de un soldado de uniforme impecable, de bigotes espesos, de aquellos que se cortaron a los generales españoles después de la batalla de Ayacucho. El soldado brinca en las piedras húmedas, amusgadas, resbalosas, casi cae. Grita. El aullido rebota en lo profundo, hace eco. El soldado ríe. El grito, la risa son cosas para reconocer: es Manuela vestida de soldado, de bigotes arrancados a los cadáveres de la guerra, su adorable loca jugando a la muerte sobre las rocas resbalosas:

Boussingault corre, arranca a Manuela la botella de champaña de donde ella bebe sin medida, la junta a su cuerpo, le habla, intenta disuadirla.

Manuela entra en lucha, arrastra a don Juan Baptista hasta un lugar aún más peligroso. El médico Cheyne va en auxilio y juntos consiguen llevar a Manuela donde espera la cesta con los alimentos, el vino, los lienzos tendidos en la hierba. La adorable loca se lanza al suelo, ríe a carcajadas, hace mohínes de burla. Está bebida, acaricia la palidez de Boussingault, se recuesta en su hombro. Caen varias botellas al vacío. Niebla, luz en la niebla de la sábana helada, sueño, pan esponjado sobre los lienzos tendidos en la hierba, botellas de Madera, de Burdeos. ¿Renoir?

No, América.

La noche se orina encima de todos.

## CUARENTA Y SEIS

Encima del comedor, de las ideas confusas, del atolondramiento. Un viento raro agita el biombo, da gualdrapazos en ese percal almidonado que hace de falsa puerta. Sombras, pequeñas lámparas abatidas. Un primer escuadrón de mariposas de paño, gigantes, trata de alcanzar la luz de la lámpara que cuelga encima de nuestras cabezas. Viene del otro lado, no entiende la presencia del vidrio y estalla en el cristal limpio a la misma altura de la lámpara. Chorea una goma amarilla. El hombre de la mesa de estribor brota del olvido, murmura en voz audible a todos:

—¡Pobres animales!

Un segundo escuadrón repite el enigma y estalla contra el vidrio embadurnado. Cuerpos de goma, esponjosos. Los labios de Su Excelencia tiemblan, sus ojos tienen sueño de asco. Y ve de nuevo sus ejércitos perdidos, desperdiciados por la puna helada, avanzando a ciegas en medio de una cortante lluvia de arena de copos de nieve. Todos con sus fusiles como guitarras, con sus rostros embolsados en sus mochilas rotas por causa de los temporales de arena, de granizo. Vio sus pómulos reventados, sangrantes, sus ojos de acuario donde flotaban pústulas amarillas, verdosas, cantando todos las contradanzas de la libertad, ciegos. Y los vio rodar por los abismos, convertidos en gritos, caer a las musgosas mesetas mil metros abajo donde los cóndores abren sus picos, aletean y hasta riñen por la disponibilidad de las carroñas humanas. El hombre todavía observa el espectáculo de las mariposas, Su Excelencia responde:

—Sí, pobres animales.

—Vienen de la libertad, venían de allá y mírelas usted mismo empeñadas en este bochornoso espectáculo. ¿Por qué diablos tienen que venir a reventarse aquí?

Su Excelencia no desea ahondar más las cosas, sólo piensa en el ultimátum, en el asalto de mañana. Sin embargo, algo lo empuja a decir:

—Vienen de los pantanos, de la oscuridad de esos pantanos, señor.

—¿De las ciénagas?



—Eso dicen.

—¿Por qué entonces vienen a estrellarse de este modo? Allá, en las ciénagas, estaban bien. ¿Por qué entonces esa necesidad de venir a morir así? ¿No es ése un misterio, señor?

—La luz, señor, es por la luz.

—Oh, ¡la maldita luz!

Ambos sonríen.

Un nuevo contingente de mariposas revienta en el vidrio atraído por la lámpara de adentro:

—Mírelas, Excelencia, ¡mírelas otra vez!

—Mientras haya luz siempre será así, señor, parece doloroso pero es así.

—Es mejor mirar a otro lado, pensar en otra cosa.

—Sí, buenas noches, es tarde.

El hombre se levanta de su sitio, viene donde Su Excelencia, le extiende su mano:

—Buenas noches, general, que descanse.

Palacios estrecha la vigilancia, los perros se movilizan en redondo. Las manos se despiden, se juntan. El hombre es lento, ojos de pozo quieto, demora su mano, habla despacio:

—Yo permaneceré aquí toda la noche, general, casi no duermo, en mi oficio debo andar muy atento, demasiado atento a todo.

—¿Toda la noche?

—Bueno, es un decir, hasta la madrugada, en realidad es el calor aquello que no me permite dormir.

La mano del hombre todavía aprieta, amigable. Su voz baja de tono, confiesa:

—Tengo una baraja.

—Usted, ¿una baraja aquí?

—Sí, para ropillar.

Su Excelencia sonríe:

—Si lo hubiese sabido antes.

—No importa, aún hay tiempo, podríamos jugar una partida, ¿no lo cree?

—No, ya es tarde, buenas noches, me siento fatigado, el día ha sido tan agitado.

—Si acaso no conciba el sueño, no dude en regresar, general, yo estaré aquí.

—Gracias, buenas noches.

—No lo olvide, general, aún hay tiempo.

Tiempo oscuro, confuso, cargado de enigmas que crecen con la proximidad de la noche. A lo lejos brilla un relámpago mudo, callado, traza el cielo. Se iluminan los manglares. Se navega ahora por un lugar estrecho, espeso. Las máquinas empujan con mayor fuerza y la estructura cruje. De champán a vapor, toda una metamorfosis. Obra del sueño. De vez en cuando sus ojos perciben luces en las orillas, tal vez pequeños poblados, caseríos alumbrados por lámparas votivas, quietas en el milagro del tiempo. Pero ahora domina una total negrura. Ni luna, casi ni estrellas, ese luminoso cereal que a veces se desperdicia en el cielo. Nubes, nubes, nubes, altas y bajas. Abajo, en el francobordo, invisibles en la línea de flotación, avanzan los bogas, esperan callados la llegada de las órdenes. Su Excelencia piensa en ellos, los imagina apretados contra los barrancos húmedos, asediados por el peligro. Arranca su mano, se despide de nuevo:

—Debo irme.

—También conozco los secretos del tresillo, general.

—¿Del tresillo también?

—Eso mismo, aquí estaré, sería un honor antes de llegar a la mar.

—Buenas noches.

—Descanse usted, general, buenas noches.

Afuera llovizna. Poco, pero llovizna. El paso de Su Excelencia es rápido, su pecho se agita. Pasa junto a Fernando, junto a Santana y sigue de largo. Dobla, ingresa al pasillo de los camarotes. Abre la puerta, entra, cierra. Afuera queda Palacios con los perros. La ventana entreabierta. Allí hay algo. Algo móvil, lento en sus movimientos:

Mira la corona que él mismo coloca en sus sienes, pobre ejemplo de una costumbre pasada de moda. Lo dice, lo piensa. Escucha la apoteosis de Francia enloquecida. Piensa en la esclavitud de su patria, en la fama que habría de ganar quien la arrastrase a la libertad. Y vuelve a ver las mariposas en el vidrio del comedor. La historia se había cumplido, fugaz, casi en sueños. Ya ni siquiera recordaba el comienzo de todo. Pero, lo que ahora percibe en la ventana ofrece la doble imagen de la fascinación, de la repulsión más honda: un hombre como tal vez nunca antes la historia conoció, apoltronado en su trono de miseria, ofreciendo el deplorable espectáculo de coronarse él mismo. Triste en su soledad. La corona cae, rueda, suena sobre las piedras como un tarro viejo. La imagen llora en la ventana, avergonzada. Es la imagen de un dios abandonado en una isla despoblada, vapor a la deriva de sus propias ambiciones de un día. De pronto, sorda, brota por el costado opuesto la voz del otro día. Agazapada, viene del rincón de los baúles:

Modorra, hay modorra en sueño. La cabeza caliente, los extremos fríos. Dos o tres horas de sueño a prima noche pero con inquietud. El resto de la noche desvelado, conversando solo. Por la mañana las ideas algo confusas, conversando a ratos con alguna serenidad. La tos aumentó, expectoró un poco más. Pulso febril, apretado. Se muda a cada rato de la cama a la hamaca, de la hamaca a la cama, quejidos continuos, pero si se le pregunta responde que está bien, que nada le aqueja. Aberración en la memoria. La voz de Reverend se hace más nítida.

Sentado en su camastro, Su Excelencia da su espalda a la imagen que navega en la ventana vacía. De nuevo siente que recorre su camarote la estética de la muerte. Austeridad en el dolor, valor, soledad asumida, ninguna desesperanza. Mira sus manos:

—¡Hey!, ¿son ustedes?

Frota la una con la otra, siente los huesos en su evidencia, los cartílagos, el pellejo flojo, ríe:

—Pues óiganme de una vez, no creo, no creo en nada de cuanto ustedes han hecho.

Las manos callan.

Viento, soplo cálido que empuja por debajo de la puerta un papel. Va por él, lee:

Si acaso desea jugar una mano de ropilla, o de tresillo, venga al comedor. Aún hay tiempo.

Y se vuelve a ver jugando de pies, aventurando cartas, caminando por la alcoba al mismo tiempo que juega, trazando trayectorias frenéticas, partiendo la alcoba en todas las direcciones imaginables. Putea, pateo el piso, tira lejos los naipes, el dinero de las apuestas, muge de rabia, se marcha azotando la puerta. Acaba de perder.

Afuera, bañada en una extraña espuma lunar, Manuela canta *La Libertadora*. Vuelve a mirar sus manos, toca uno a uno sus huesos evidentes, los cartílagos, el pellejo demasiado flojo. No cree en ellas, en aquello que ellas hicieron un día. Pero esas manos suyas aún están ahí, cargan con la gloriosa pena de cuanto fueron haciendo, dejando para una historia que lo recibiría a él como sueño, no como biología. Morir, apagarse delante de todas las manos incapaces, descomponerse, oler a carroña podrida, licuarse, pulverizarse para siempre. Todo ello en soledad, la fama a un lado, la gloria sentada en la poltrona, ella esponjada respondiendo por una vida en fuga. Ya no más corazón, tampoco pensamientos, instantes de pasión, dolor, felicidad, ya no más nada. Sólo un fino polvo que el viento más leve barrerá.

Una ráfaga de viento trae a la ventana el sentimiento de una extraña humedad que invade el aire, olor de sal, de caldos minerales.

—¡La mar, la mar, sí, ven aquí, húndeme!

El vapor sabe dónde va:

—¡Vomitare!

En su vientre los humores se revuelven, se agitan. Arriba resplandece la fiesta, chorrea a través de las hendidias. Minués tristes, contradanzas españolas de letras libertarias, aquellos perfumes de un día, toda la melaza del amor. También arriba, en el aposento contiguo, se reúne de urgencia el Congreso Nacional.

## CUARENTA Y SIETE

Ha llegado la hora del asalto.

Pasaron 24 horas pero de arriba no llegó ninguna respuesta. Son las siete de la noche y el ultimátum se cumple:

—¡José!

Palacios entra tropezando:

—¿Qué sucede?

—Vamos, vamos al asalto, no tenemos otra alternativa, vamos.

—Ha llegado el momento, señor, todo está listo.

—Vamos, corre conmigo, ¿ya no sabes correr?

Por el pasadizo, en la pequeña salita de estar, allí en la desembocadura de cubierta Su Excelencia debe hacer pausa. Casi ni puede tenerse en pie. No respira bien, siente dolor interno, expectora ronco, estertoroso. Mira a Palacios:

—¿Tienes miedo?

—¿Yo?, ¿miedo yo?

—Sí, catire, miedo.

—¿Por qué habría de tenerlo?

—Estás pálido, nunca te había visto así.

Recostado al mamparo donde el pasadizo de los camarotes desemboca en cubierta, Su Excelencia se ahoga. Ve los días de Jamaica, observa cuando Piíto deja el agua en la pequeña mesa oscurecida por la noche de Kingston. Silencio, no habla. Camina en las puntas de sus pies, va a la hamaca, la atraviesa dos veces con su puñal, huye. Amestoy gime, muere. Ve de pronto la imagen de Luisa Crober, superpuesta al pálido semblante de harina de Mme. Julianne, aquella francesita que enlucía sus pómulos con harina de arroz, cereal en polvo cargado de perfumes, y que pintaba sus labios con aquel rojo mortal. Morir, no volver a sentir, apagarse como un fósforo frío, ¡uff!, querido Pessoa. Luisa Crober, Mme. Julianne, ambas hasta este momento en el olvido, recuperadas misteriosamente del polvo de los días

ahora que el destino volvía a situarlas en su lugar: deuda de amor, salvadoras mujeres de un instante:

—¡Mías, mías!

Noche del Rincón de los Toros, en San José de los Tiznados, huyendo por las sábanas, dejando atrás su hamaca perforada por las balas, su chaqueta militar como trofeo abandonado en la hierba tostada del llano. Aquella chaqueta que los ejércitos españoles anduvieron exhibiendo después asegurando la muerte del héroe, su derrota:

—¡Luisa, Julienne!

Palacios mira a otro sitio, simula no escuchar. Desea decir algo pero no se atreve. Toma aire, se detiene. Su Excelencia lo percibe todo, hombre agónico en sus pies:

—A ver, ¡dilo, dilo!

—Pienso que usted debería regresar a su camarote, señor, nosotros nos encargaremos del asalto.

—Hey, chulo, ¿qué te pasa? ¡Yo encabezaré todo!

—El viaje está por terminar, señor, pronto, muy pronto llegaremos.

—Llegar sin honor es morir, entiéndelo, repítelo.

—Está ahogado, señor, no está pudiendo respirar.

—Repítelo ya mismo, ¡te dije que lo repitieras!

—Llegar sin honor es...

—Morir. Llegar sin honor es morir, dilo.

—Llegar sin honor es morir, señor.

—A ver, ¿qué es la mar?

—La mar es un lugar, señor.

—Bien, muy bien, vamos, vamos de una vez.

—Aguarde entonces un instante, todavía está agitado.

—Bien, un minuto, óyeme entonces: me han desterrado, sí, estoy viejo, mírame, enfermo, cansado, desengañado, calumniado y mal pagado. Pero, aún así, sólo pido por recompensa mi reposo, la conservación intacta de mi honor. Por desgracia nada de eso consigo. ¿Vamos?

—Vamos.

Todo es pesado, lento, frágil. Pasos, otros pasos. Las tablas de la cubierta brillan, ciénagas de luna en la brea derretida, en los aceites derramados a lo largo de todos los viajes. Su Excelencia camina apoyado al hombro de Palacios, llega junto a la puerta:

—Ha llegado el momento.

El aire quieto que envuelve a Santana se percibe fétido, avinagrado.

—¿Ya son las siete?

—Acaban de sonar.

—Entonces dé las órdenes, señor.

Su Excelencia dispone, está radiante:

—¡Que suban los bogas!

Santana corre a la barandilla y con gestos simplificados transmite la orden. Hace descender la escalerilla de cáñamo. Suben los primeros bogas. Vienen mojados, con sus cabezas hasta cubiertas de espuma. Traen plantas, flores de regalo que arrancaron de las orillas. Su Excelencia las recibe, rápidamente dispone:

—¡Que suban los otros, hea, que suban los demás!

Van apareciendo veinte bogas semidesnudos también coronados de espuma de río, ojos de sueño de no dormir largos días. Traen cuchillos, garrotes, machetes que brillan. Sólo cuatro de ellos portan armas de fuego, algo de pertrecho y hasta piedras de chispa. Su Excelencia escruta:

—¿Eso es todo?

—Todo, general, esto es todo.

—Demasiado poco, pero subiremos, ¡vamos! ¡Que suban el madero!

Dos bogas vuelven por la escalerilla, bajan. Amarran a un lazo un madero inmenso y avisan que todo está listo. Los bogas de arriba tiran del lazo y en segundos ponen el madero en cubierta. Los hombres de abajo suben detrás:

—Estamos listos.

—Bien, muy bien, todos ustedes quedan bajo mi mando y recibirán mis órdenes a través del coronel Fernando, mi sobrino y del coronel Santana, mi secretario, ¿está claro?

—Más claro no se puede, señor.

La mano de Su Excelencia señala la puerta:

—¡Derríbenla!

Diez hombres agarran el madero. Cinco por cada lado. Toman impulso, lo descargan con fuerza. Con el primer golpe ceden las suturas y una espesa nube de polvo chorrea al piso. Del otro lado se escuchan rápidos desplazamientos, sables que se arrastran. Pasos tan leves que parecen de papel, gemidos del viento en el cuchillo de las hojas, cuchicheos de gentes que huyen.

Otro golpe.

Los bogas descargan el segundo golpe y la puerta se descuelga de un lado. Sólo la sostienen algunas astillas. El viento fluye, silba con más fuerza, empuja restos de naufragios antiguos, ecos todavía no silenciados. Pero el

cuchicheo se hace más débil, escondido, no por haber desaparecido sino porque su fuente se desplazó al piso de encima. Santana salta:

—¡Hay gente, hay gente arriba!

Con el tercer golpe la puerta se desprende y queda recostada a un mamparo. Chorrea el polvo, fino, forma una película que oculta la imagen del otro lado. Su Excelencia parpadea, observa como fósforos algunos recuerdos:

Las botas de caucho de Manuela, el abrigo que ella extendió en sus hombros, las tinajas para el baño, la toalla con que ella lo secó. Ve la ventana que ella abrió, el rostro de José París lleno de risa enseñándole el lugar por donde debe saltar. Salta al vacío, corre. Frente a él, engominado, un hombre de elegantes bigotes de manubrio. Sus manos manchadas de sangre, saluda, oculta sus ojos. Es el amo de los hombres de gabinete y está rodeado de jóvenes inasibles que cargan frascos con tintas patrias, documentos enrollados, liados con cintas tricolores, sellos, estampillas, libros donde se contienen las últimas constituciones, códigos de la patria. Su Excelencia corre, se oculta bajo el puente, permanece agazapado en medio de plastas de mierda. Desde allí escucha el patadón, y el rostro de Manuela sangra en el acto. Afuera como dormido, Fergusson ríe muerto. El general Ibarra, su edecán amado, muestra el muñón de donde acaban de arrancarle de cuajo una mano. Santana está feliz:

—¡Qué polvero, carajo!

La nube de polvo se disipa y todos ven la lumbre de una lámpara. Fernando va por ella, sopla, limpia el cristal, se cerciora de la existencia de suficiente aceite en el tanque. Da vuelta al dispositivo y consigue que la llama alcance mayor intensidad. Y todos ven en el piso, rodando, empujadas de un rincón al otro infinidad de hojas, montones de hojas amarillas, blancas, hojas escritas, vacías, hojas enrolladas, anudadas con cintas patrias. Polvo de hojas, restos de hojas, papeles sin término. Restos de archivo, viejos documentos que sin embargo tiritan, palpitan con vida, poseídos de un extraño poder interior. Una vida, un poder al que todos sentían pertenecer; Santana agita sus brazos, agarra para sí arrumes de hojas, está feliz:

—¡Qué mugrero, carajo!

—¡Cállate, cabrón! Fernando y yo iremos adelante, traigan más lámparas, nosotros llevaremos éstas, ¡vamos, vamos!

—¿Y, nosotros?

Los bogas esperan:

—Cinco de ustedes permanecerán aquí, los demás irán con nosotros.



Colgadas de las patas a un mamparo, todos ven las palomas abaleadas el día anterior sobre la mesa del comedor. Junto a ellas, brilla un documento:

—Es el ultimátum, tío.

—¿El ultimátum? ¡Bájalo, bájalo de allí!

Una franja de sangre seca atraviesa el papel. Sí, se trata en realidad del ultimátum. Pero en su parte inferior hay una nota agregada a última hora:

Devuelto por carencia de requisitos formales. Faltan sellos, timbres, todo. Instrucción especial interna: no debe olvidarse que estamos construyendo un país de leyes.

Donde cuelgan las palomas abaleadas, comienza una escalera de cámara. Es la escalera que conduce arriba.

## CUARENTA Y OCHO

Fernando camina adelante, lámpara en mano. Las escaleras son estrechas, empinadas. Su Excelencia asciende liviano, ágil, es otro. Desde la iniciación del asalto está que no se reconoce. Pero el ciclo orgánico de las fiebres debe cumplirse, comienza ya. Son las siete, la calentura reseca los labios y trae cristal a los ojos, debilidad general.

Por las escaleras abajo sopla el viento como por un orificio subterráneo. Suspendidos en ese viento bajan, suben papeles, hojas sueltas, documentos, cintas, frascos de tinta, papeles secantes. Trámite de cosas funcionarias. Polvo en el centro de todo ese vaivén. Cajones con libros, folletines, más polvo. Arriba, al término de la escalera, aparece un recibidor casi a oscuras. En una repisa clavada al mamparo izquierdo agoniza una lámpara de aceite. Allí el viento sopla más fuerte. La distribución del espacio resulta difícil, confusa. Uno de los bogas permanece al final de la escalera pero los otros siguen detrás de Su Excelencia. La música no ha dejado de sonar, pero en ella hay algo extraño: viene siempre de otro sitio, de un lugar diferente de donde se está. Ahí vuelven las contradanzas. Contradanzas superpuestas a los minués, a los vales, a los aires de dirección inglesa. Desde abajo la música se escuchaba arriba, se la adivinaba exactamente en ese mismo sitio. Pero ahora los sonidos están más arriba, más a los lados, dispersos, distribuidos en un espacio confuso, inasible:

—¡Óiganla, óiganla!

Santana tropieza, da traspiés, despide un olor fétido que se empoza en aquel encierro. El viento que sopla no viene de ninguna ventana, no existe a causa de corriente alguna que se forme en el vacío de las puertas. Es un viento que en realidad sustituye al estilo, a la manera de hacer las cosas. Algo que sostiene, que lleva y trae, algo invisible donde se suspende el tejemaneje de la materia que va y viene: papeles, sellos, timbres, cartones secantes, frascos con tintas, plumas, cajones con libros, polvo, santo polvo de la patria. La música está y no está.

Cuando los hombres de Su Excelencia ocupan el recibidor, un ruido de botas, de zapatos amarrados con cintas escapa de ese lugar, se interna en fuga hacia el primer aposento en tinieblas. Tropel de hombres perfumados:

—¿Oyeron ustedes?

—Sí, tío, por allí, por allí.

—¡Levanta esa lámpara, carajo, levántala!

—¡Por allí, por ese roto!

Entran por el roto.

Aquí en cambio el polvo es más denso, los papeles más ceremoniosos, solemnes. Amplios libros que se abren, cuyas hojas pasan como los días sin conocer el afán, plumas que se levantan, sumergen sus labios en los pozos de tinta de los frascos, ríen, trazan fresco lo suyo en las páginas. Aplausos. Otro papel se levanta, ajusta su corbatín de seda, limpia el polvo que los años han ido dejando en su textura, en sus solemnes renglones vacíos, carraspea. Aplausos. Del otro lado surge un papel amarillo desleído, deshecho, un papel ciertamente respetable. Peina sus cabellos de ceniza, tose ceremoniosamente, se deja escuchar en aquel silencio donde la música parece ajena. Nada dice, nada que pueda escucharse pero las hojas del salón permanecen atentas a su lenguaje de viejas destilaciones. La hoja amarilla se dobla, expira, baja a su cajón. Cinco páginas jóvenes adornadas con sus sellos funerarios en el pecho se aproximan, derraman aceite de lacre, santifican el sitio y leen de memoria lo tantas veces dicho. Una lluvia de flores de papel sepulta el lugar. Aplausos. Bajo las flores de papel, sepultadas por las páginas que soplan por el suelo grandes ratas devoran esquinas de libros, copulan, chillan.

Cuando los hombres de Su Excelencia invaden el recinto, un tumulto de pasos invisibles huye a la recámara contigua. Un sudor frío baja por todas las frentes. Arriba no hay hombres, definitivamente no hay gente allí pero el tejemaneje es ya tan autónomo que es como si la hubiese. Un pesado sueño amenaza los párpados. La fiebre se instala con su sinfonía. Cristal en el cristalino, opacidad, humedad en fuga en la mirada triste:

—Huyeron por allí, ¿no es cierto?

—Sí, tío, escúchelos, vamos de prisa, se escapan.

—¿Hay alguien en la escalera?

Santana sale de atrás:

—Un boga que dejé de centinela, señor.

—¡Vamos, vamos! Vamos entonces.

Palacios cubre la espalda de Su Excelencia, pistola en mano. Su cabello rubio, crespo, parece de cenizas a causa del polvo. Sus ojos azules brillan en

lo oscuro:

—¡Psss, psss!

Los perros tropiezan, corretean locos, persiguen el almizcle de los roedores.

—¡Levanta esa lámpara, cabrón! Me estás quemando los ojos.

—La tengo levantada, señor.

—¡Sube entonces la intensidad de esa lumbre!

—Ya no da más, tío.

—¡Sopla entonces ese cristal!

—¡Ffff, ffff!

Clavado al pórtico del recinto contiguo, Fernando tropieza un aviso:

Dormitorio.

—¡Por aquí, por aquí!

—¿Dormitorio?

—Lee, imbécil, lee.

—¡Vamos, vamos de prisa!

En cada movimiento suyo, Santana despide un olor de carroña de meses sin agua. Ropas repetidas, chorreadas, avinagradas. Su Excelencia chupa aire:

—¡Quítate de ahí, quítate!

El Dormitorio:

—¿Capitán?

Nadie responde. Un tumulto de pasos de papel desocupa el recinto, huye a otros lugares inexistentes. Más allá no siguen otros espacios, alcobas, pasadizos. Mamparo ciego, muro final. Una ventana de vidrio permite ver el río. Ventana amplia. Abajo el alcázar de proa, la cuchara comiendo la sopa del río. Más allá de la lámpara que trae Fernando, la luna existe en el brillo de las sábanas que cubren el lecho vacío, de las carpetas, del lustre que recubre los muebles de cedro. Silencio total, la música afuera muy leve, los perfumes del baile muy tenues, el tin tin de las copas casi inaudible. Pero en el dormitorio el silencio asusta:

—¿Capitán?

Ninguna respuesta.

Los controles del vapor están ahí, encendidos, abandonados. Varias hojas escritas vienen del recinto de atrás, rodean el lecho. Se leen ellas mismas, toman apuntes que escriben como comiendo, van a la ventana. Recostada en su camastro, una página dicta, da órdenes. Frascos de tinta, cartones secantes, plumas, sellos, timbres, cintas tricolores, de todo. Hay de todo. Invisible, el gobierno del vapor cumple sin embargo con todo lo suyo. Su Excelencia ha

quedado atrás en la historia. Los papeles sonríen, mastican su tinta, muestran sus condecoraciones. Ellos se sienten la patria, son la patria. Su Excelencia sabe que muere, que su vida ya no tiene sentido alguno. Va a la ventana:

Delante de sus ojos aparecen las primeras luces del puerto. Gigantescas lámparas de aceite cuelgan en los palos del muelle:

—¡Llegamos, llegamos!

Vieron pardelas, juncos verdes junto a la nao. Vieron los de la carabela Pinta una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra, y una tablilla. Los de la carabela Niña también vieron otras señales de tierra y un palillo cargado de escaramujos. Con estas señales respiraron y alegráronse todos.

Todos se agolpan en la ventana:

—Llegamos, ¿de verdad llegamos?

—Sí, miren, ésa es la mar, ¡óiganla, óiganla!

La mar de la muerte.

Desde su lecho de ciego un papel ejerce el poder, resopla esponjado.

## CUARENTA Y NUEVE

El vapor se detiene, las máquinas ya no hacen trepidar la estructura como antes. El ancla cae al agua, hierve el roto que deja, se hunde. El viaje acaba de terminar. Brillan los pisos con el alba. Pisos embreados, aceitosos, donde el día parece de metal de ceniza. Nubes de pájaros mansos sobrevuelan el cielo de la madrugada, saltan en los barrancos de la orilla y hasta cantan sentados en la barandilla de popa. Mugre, cáscaras de frutas por el suelo, hojas secas de plantas, ronquido de cerdos que comen desperdicios, que corretean asustados, que juegan con las moscas. De refilón contra la lumbre del alba brillan las frescas escamas de los peces, sus intestinos todavía húmedos tirados por el polvo. Perros flacos comen en tumulto, gruñen, muestran sus dientes con cada hallazgo. El puerto nace a esta hora del día, renace. Hombres desnudos mojan sus pies en la arena, chapotean, abren el vientre de los peces y lanzan a los perros la tripa sangrante. Cantan, ríen, soplan de paso las moscas que se posan en el borde de sus labios. Con la llegada del vapor se ha armado un gran alboroto. Los oficios del agua se suspenden, las mujeres secan sus manos en sus delantales y los hombres lavan sus pies, corren al encuentro del navío. Todos saben que en él acaba de llegar Su Excelencia. La noticia es como de pólvora.

Arriba no cesa la música del baile y por las hendidias no dejan de chorrear los perfumes, las fumarolas del tabaco que tanto molestan a Su Excelencia, el tin tin de las copas servidas con vinos de Madera, de Burdeos. Tampoco desaparecen los movimientos de las tropas, los aplausos, el rastrillar de los zapatos anudados con cintas, ese agudo silbido del viento que se tasajea en las hojas y se desuella en sus filos.

Amanece.

Fue necesaria toda la noche para terminar de llegar. Visiblemente cercanas en un principio, las luces del puerto en realidad no lo estaban tanto. Engaño de los ojos guiados por la ilusión final, por el acezante apremio de la espera. Vistas aquellas lumbres desde la ventana de cristal del dormitorio de arriba, al pie del lecho del capitán de papel, Su Excelencia dio por finalizado

el asalto y ordenó bajar, preparar el desembarco. Los bogas se distribuyeron estratégicamente y recibieron autorización para cantar en pequeños grupos sin abandonar sus puestos, hasta para fumar en la popa. Su Excelencia ha ido a la esquina de proa a mirar los signos del final de la travesía y ahora permanece lelo en las lámparas que navegan adelante. Allí amanece, enconchado en una frazada, observando cómo las luces avanzan a la misma velocidad del vapor. Pero el comienzo del alba lo aclara todo, pone las cosas en su sitio. El puerto de llegada no es un espejismo:

Casas de madera, de barro, altas edificaciones al fondo, balcones. Tiestos con azaleas, geranios, novios florecidos en las repisas. Espeso olor de mar, sales minerales untuosas, fresco viento ofrecido en bandejas hechas de luz, de amplias hojas de almendros, delgadas hojas de tamarindos. Alboroto de voces negras, pailas de frutas, bateas con bananos amarillos, piñas, aguacates, mameyes de miel, trozos de coco, nísperos, ñame espolvoreado con sal, yucas como secos leños. Pasan por el balcón mansos burros, lentos animales con su asoleadura de años, con sus cabezotas afelpadas cargando tinajas con agua. Gritos, cantos, cantos gritos. Un afilador de cuchillos brota desprevenido en la esquina, ofrece su oficio de piedras gastadas y se hunde de nuevo cantando. Los cerdos roncan, agitan su cola de tirabuzón, trituran los espinazos limpios de los sábalos. Pequeños pájaros saltones picotean el polvo, los perros ladran a los alcatraces, gruñen, muestran sus dientes a los buitres. Tragan sin masticar, agazapados, sus cuellos erizados, aquellas vísceras que encuentran frescas o que desentierran de la arena, del fango. Su Excelencia padece oscuros presentimientos. Tose, siente que pesadas cortinas se desgarran por dentro. Sus manos pertenecen aún al acero oxidado de la barandilla en la proa:

—¡Vomitara, Dios mío, ayúdame! Necesito desocupar mi alma, eso es lo que pasa.

Alcatraces de picos de madera planean bajo, ojos de aguja, procuran sus peces. Clavan en el vacío, rompen el agua y reaparecen mansos en la superficie. De madrugada las aves picotean, vuelan voraces. Sólo después de un tiempo se acicalan, se esponjan en las ramas, en las rocas arenosas bajo el sol extienden sus alas al viento. Espuma de luz, franjas lilas brillantes desde horas tempranas. A lo lejos los sonidos de todos los oficios: martillos sobre madera, en láminas metálicas, gritos de afiladores, tijeras, ruedas de carretas que van por las calles, grandes masas compactas que los herreros dejan caer en los yunques, lejano soplo de fuelles de piel animal.

—Mi gloria, mi gloria, ¿por qué la destruyen?

Y desde la mar los pescadores que vuelven. Hombres desnudos, corpulentos, retornan ya de la mar inmensa donde se hundieron con el final de la noche. Empujan lentos sus naves con sus canaletes, ponen a secar al viento sus redes. En el piso de sus embarcaciones chapalean los peces de la jornada, boquean en el palmo de agua sucia que dejó la obra: sábalos de regular abarcadura, mojaras, sierras, pargos bermejos. Su Excelencia escruta, lo observa todo. Nada de extraño ofrece ahora aquel paisaje, esa labor repetida de todos los días, pero los ojos del moribundo que apañan las últimas cosas son como los ojos de los niños que registran las primeras. El vapor acaba de detenerse, el equipaje está listo para el desembarco desde la noche anterior. Sólo hace falta el puente, las tablas para descender a tierra firme. Los bogas permanecen en sus sitios. Su Excelencia ya se despidió de cada uno de ellos, palmoteo en sus hombros, agradeció su valor. Bernardino se oculta, permanece escondido tras el biombo del comedor, ya se ha despedido también. Los mastines descansan en sus cestas de mimbre, chillan, acezan, sacan sus lenguas por los rotos, salpican el piso de la cubierta. Ya no marchan hacia el Alto Perú, ya no van a las sabanas del llano. En realidad nadie sabe dónde irán, dónde los conducirá el destino de ahora en adelante. De pronto un ruido. Un agudo sonido de poleas. El puente de tablas se levanta, gira, descende. La barandilla se abre. Los pasajeros pueden ya descender. Arriba, entre los pasadizos y los aposentos el viento transporta hojas amarillas, páginas frescas, cintas, cartones de secantes, tintas en sus frascos, plumas de escritura, pesados legajos. Nada ha desaparecido, todo continúa idéntico a como fue en el comienzo del viaje. Es cierto que en las repisas del vapor ya no se pavonean las palomas mensajeras, pero en los techos de paja de las edificaciones del muelle otras palomas picotean granos de hormigas para otros viajes que vendrán. La cometa del vapor suena en la bahía como un aullido triste. Tos baja, mugido de animal que hace del dolor un crepúsculo íntimo para su hondo goce. Los cerdos rebrincan, las palomas de los caballetes levantan su vuelo, trazan círculos mientras los perros corren arrastrando por el piso de arena las vísceras desenterradas.

Su Excelencia tambalea, sus piernas no obedecen ya las débiles órdenes que bajan de su pensamiento. El puente de madera que comunica al vapor con la tierra firme se agita con los pasos de los hombres que suben a bordo al encuentro de Su Excelencia. Hombres empolvados, elegantes, cargados de perfumada medallería. Su Excelencia los ve, borrosos, los saluda como en sueños. Son pocos. Un puñado nada más. Abajo los pescadores empiezan su griterío de locos, su apoteosis. Su Excelencia se despoja de su bicornio azul y



se despide agitándolo al vuelo. Los pájaros diminutos que cantan en la barandilla alzan el vuelo, asustados van a posarse en el extremo de la popa, sobre el entoldado del alcázar y hasta en el mismo palo del ancla. Cagan, balancean su cola, picotean los hilos de la madera, los brillos del metal, trinan. Los pescadores se reúnen en tumulto, vivan a Su Excelencia pero en instantes ven cómo su bicornio azul y rojo desaparece, se confunde entre otras prendas: brillantes casacas de paño, sombreros, medallas, mantones negros, gasas blancas. Ven cómo se lo llevan a él, cómo lo arrastran, cómo se lo apropian, y observan que Su Excelencia se convierte de pronto en algo parecido a un vapor de éter en medio del alba. De repente, desde lo alto, truenan la misma voz del otro día:

—¡El hombre que ustedes ven ahora no es un héroe sino un vergonzoso nudo de ambiciones!

Los pasos de Su Excelencia ya no pisan la tierra.

Desde el puente, abandonado a otras manos, Su Excelencia voltea a mirar hacia el vapor. Y observa, agarrado a la barandilla al hombre del comedor. Levanta su mano, se despide de él. El hombre de los tarros de lata de la mesa de estribor sonrío, anota afanoso sus últimas cosas. En lo invisible de su vida, Su Excelencia comprende que aquel hombre, que aquel testigo mudo lo ha escrito todo, lo contará todo algún día. Entonces descansa, se despide por última vez y se abandona a los ajenos brazos que lo arrastran. La biología aún enciende fósforos en sus ojos.

Atrás, el vapor vuelve a gritar en la bahía.

## CINCUENTA

Su Excelencia es depositado en un cajón de pisos de secas pajas, dejado ahí por manos delicadas para ser conducido a San Pedro. Ramas como nubes dulces, pajas frescas, esponjosas, inofensivas. Cuántas albas en los ojos, cuántas tardes sentado en el paisaje de la ventana que nunca llegó, cuántas noches en duermevela. Sueña él con muchos días imaginarios, tal vez verdaderos en que anduvo por ahí a la deriva del destino, humedecido por las evaporaciones de las ciénagas de Turbaco, señalado en la piel por las sales marinas de Cartagena, Barranquilla, Soledad, Sabanilla. Días y noches de extravío, perdido a solas en medio de un tumulto de adulaciones, de vientos cargados de presagios, de ríos de palabras, de papeles amarillos. A su lado, Fernando. Al otro lado, Palacios con sus perros:

—Hey, Fernando, llévame a Sabanilla.

—Estamos en Sabanilla.

—Llévame entonces mar adentro, quiero cantar, hace tanto tiempo que no lo hago.

—No puedo, tío, ahora mismo vamos hacia Santa Marta.

—Llévame ya mismo mar adentro, deseo vomitar, a eso he venido.

—El bergantín espera, tío, ya no hay tiempo.

—¿Vamos para Santa Marta?

—Sí, para Santa Marta.

—Chulo, asómate, ¿sabes una cosa?

Fernando se inclina, asoma su rostro por el orificio lateral del cajón donde Su Excelencia ha sido depositado como un animal enfermo:

—¿Qué?

—Que deseo conocer ahora mismo ese país que nunca he visto, eso es todo.

—¿Cuál, señor?

—Santa Marta, la Sierra Nevada donde dicen que existen climas templados para mí, climas como los de Ocaña.

—Ya veremos, tío.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—No es por nada, señor, no es por nada.

—Llévame a los infiernos, carajo, no me obliguen ustedes a permanecer donde no puedo ni quiero vivir, ¡sácame de aquí, quiero irme lejos!

—Vamos, señor, el bergantín aguarda.

Cuatro hombres corpulentos alzan el cajón de pisos de paja, lo llevan, lo traen. Pero el bergantín *Manuel* también hace parte ya de las cosas pasadas, de aquella historia cumplida, acaba de fondear en Santa Marta. Sabanilla ha quedado atrás, el viaje doloroso ha concluido. Su Excelencia es puesto en tierra firme, echado de espaldas en el cajón de pisos de paja. Son las siete y media de la noche. A su lado, como en sueños, desfilan lámparas de aceite que alumbran las piedras amusgadas, las patas de algunos caballos lentos. Pasa también el follaje de las plantas. Una suave brisa que viene del morro refresca su frente donde desde las siete brillan los carbones de la fiebre en llamas. Del rincón de las pajas, de las ramas como dulces nubes de azúcar, brota aquella voz de mortecina:

Cuerpo muy flaco, extenuado, semblante adolorido. Constante inquietud de ánimo, voz ronca, tos profunda con esputos viscosos de color verde. Pulso comprimido. Todo indica que el enfermo sufre de padecimientos morales.

El cajón se balancea y los pies de los hombres que lo cargan crujen en las piedras. Definitivamente la noche es fresca, el viento sopla a la altura del anda. Los hombres dan la vuelta y llegan a un sitio donde se detienen. Luces de otras lámparas, golpes en las puertas que se abren, tumultos, expresiones de asombro y un zaguán fresco donde el cajón tropieza contra los muros de piedra blanqueada. Adentro del contraportón el patio con su olor de yerbabuena, de apio, de toronjil. Dulces olores de otros días, presencias de pasados tiempos. Como en sueños, Su Excelencia observa pasar abajo los cuadros del piso de ladrillo quemado, las junturas barridas, húmedas aún, las bases de los pilares redondos. Y allá, en la gotera del patio, el musgo, esas violetas escondidas, los pequeños caracoles de diminuto cascarón alargado recorriendo el borde de los terrones mojados. Los cargueros avanzan por el corredor, tropiezan en el pilar de la esquina y doblan hacia la alcoba principal. De una viga cuelga una jaula de madera donde duermen ya unos canarios. La jaula está cubierta con un trapo azul. Arriba, por el roto del patio, se observa el brillante cereal de las estrellas esparcidas en el cielo por la mano de un pastor invisible.

El cajón es descargado en el piso y Su Excelencia siente que unos brazos amigos lo sacan de ahí para colocarlo donde el olvido no alcanza a ver. Pajas

adheridas a sus ropas, a su pelo revuelto. Hojas secas como dulces nubes de miel se pegan a su pellejo flojo, a las salientes de sus huesos. Habla no se sabe qué cosas, escucha el concierto de todos los sonidos de la noche. Hay grillos en el patio, pasos que van y vienen afanosos, infernal sonido de morteros de porcelana en el aposento de al lado. Pero sobre todo un hondo silencio, aquel quieto pasmo en todos los ojos que lo ven y no creen.

Noches

Días como noches que pasan abanicando sus rotas velas

Gualdrapazos nocturnos en el decorado de las ventanas en ruinas

Esos gnomos con sus babas hirvientes asomados en el papel de colgadura de la alcoba

De los aposentos contiguos

Hasta en el gran salón de las lámparas apagadas

Noche interminable en el país de las grandes fiebres

De la tos

Tiempo de sol cuando los ávidos ojos procuran lo último de cada cosa con la vieja ternura de un paisaje de niños que no se saben vistos por las hendijas

Días enteros asomado él a la ventana que nunca llegó

Sólo lluvia de fuego en el lejano paisaje de la mar

Ni siquiera cumplido el designio del vómito sideral

El deseo del Gran Vómito

La estética de la muerte que apaga afanosa los últimos fósforos

Vámonos, vámonos

Pasan los días y todo se amasa en un mismo saco. El hastío ya no consigue separar lo que fue la gloria de otro tiempo de lo que es su ruina de ahora. Su Excelencia apenas respira con dificultad, abre sus párpados despellejados y deja ver el fósforo que la biología aún se da el lujo de mantener encendido.

Hasta que un día de diciembre Su Excelencia despierta delante del portal de San Pedro. Un viejo bonachón de grandes barbas le da la bienvenida y le entrega un manojo de llaves. Su Excelencia las toma, hace un esfuerzo sobrehumano pero las llaves golpean contra el piso de secas pajas del cajón donde es transportado. Fernando permanece a su lado y Palacios no se separa del otro costado por donde sopla ese viento que hace flamear las orejas de los perros. Arriba, en las ramas verdes de los tamarindos, un concierto de pájaros invisibles:

—¡Hey, José, asómate! ¿Es que piensan dejarme aquí?

Palacios corre junto al cajón, asoma sus ojos:

—¿Qué desea, señor?

—¿Sabes una cosa?

—Sí, diga usted.

—Me siento perfectamente, hoy correremos por estos países. ¿Todavía sabes correr como antes? ¡Qué va, ya no sabes correr!

—Correremos, señor.

—Nos iremos a la Sierra Nevada, eso es, de paraje en paraje.

Atento, el médico se acerca:

—¿Se le ofrece algo a Su Excelencia?

—Hablaban no más, doctor, admiraba este país de San Pedro.

—Es fresco, Excelencia, apacible como ninguno, ya verá usted lo mejor que se sentirá.

Su Excelencia se queda mirando los ojos de Reverend:

—Dígame una cosa, doctor.

—¿Sí?

—¿Y usted qué vino a buscar a estas tierras?

—¡La libertad, Excelencia, la libertad!

Los labios de Su Excelencia tiemblan resacos, dibujan una enigmática sonrisa:

—Y, dígame, dígame la verdad, ¿la encontró usted?

—Sí, mi general, la encontré.

—Ya lo ve, ya lo ve, usted es más afortunado que yo, doctor, yo todavía no la he podido encontrar.

Pájaros en concierto, viento, aquella ligera llovizna de verano que barre el polvo arenoso depositado en las hojas marchitas. Lejos, muy lejos, el hondo mugido de un vapor que zarpa en la bahía. Junto a los muros de la casa el trapiche muele la caña. Más atrás, en la edificación de la destilería, una muchacha canta entre los perfumes. Es la vida que no se detiene:

—¿La oyeron?, ¿la oyeron ustedes?

## CINCUENTA Y UNO

San Pedro.

Sombras, muchas sombras bajo los imaginados tamarindos, los samanes próximos. Pájaros que escalan los troncos, que picotean aquellas hormigas invisibles, toc, toc. Arriba, vestida de un luminoso verde, esa iguana observa acezante desde las ramas. Un gran viento de mediodía barre las hojas y soporta en su sábana transparente el canto de las aves. Muchos pájaros, tantos sonidos en redondo. Lejos el trapiche no se detiene, la destilería perfuma.

Adentro los morteros trabajan en la esperanza de lo que ya es inútil. Su Excelencia no sale de su modorra:

—¿Qué cosa está leyendo usted, doctor?

Reverend hace a un lado el periódico:

—Noticias de Francia, mi general.

—¿Referentes a la revolución de julio?

—Así es, señor.

—¿Gustaría usted volver a Francia?

—De todo corazón, mi general.

—Pues bien, póngame usted bueno, doctor, iremos juntos a Francia.

Las noches se confunden con los días. Una informe masa de tiempo invade los sentidos, borra toda frontera. Del calendario caen las hojas al patio, entran en la circulación del viento, van a confundirse con los desperdicios de los tamarindos y desaparecen. Diciembre avanza. Lejos, en la bahía, truenan a veces los tristes mugidos de los vapores que buscan fondo apacible, que zarpan. Cae la noche, nada en el viento se detiene, los grillos inician su concierto.

Al oscurecer a través del portal aparece el sonido de una campanilla. Los ojos de Su Excelencia escrutan en la dirección del puente: el indígena anunciado desde la tarde se acerca portando una lámpara de aceite y otro a su lado hace sonar una campana de mano. Atrás, el cura de Mamatoco carga con sus cosas sagradas. Su Excelencia ha preferido recibir los sacramentos de aquellas manos humildes.

Abre su boca, come el pan. Recibe el óleo en la frente, tiembla. A su lado todos los generales de alto rango se encuentran presentes. Terminada la ceremonia Su Excelencia comienza a leer la proclama que ha preparado para despedirse de la patria. Tose, tiembla, se conmueve. No puede terminar él mismo, busca una butaca y se sienta. Bajo las lámparas su semblante asusta, la luz de fósforo de sus ojos titila. Vientos que vienen de adentro soplan sobre ella, la agonizan. Su labio inferior cuelga con sus cáscaras secas encima del mentón. El auditor de guerra recibe la proclama en sus manos, termina de leerla: yo bajaré tranquilo al sepulcro, dice. Son las últimas palabras escritas para despedirse de la patria, de América, del universo que ahora ignora cómo muere, cómo se derrumba junto a la mar de mierda de su destierro. Yo bajaré tranquilo al sepulcro. Sepulcro, ésa es la palabra que lo hace saltar de su silla, que le pone sus ojos de fuego:

—Sí, al sepulcro, escúchenlo ustedes, al sepulcro, que es lo que me han proporcionado mis conciudadanos, pero yo los perdono. Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos.

Sombras, chillido de grillos en los troncos de los samanes, de los imaginados tamarindos. De nuevo se confunden los días con las noches, otra vez el calendario muda sus hojas. A veces, alimentada por aceites que vienen de extraños sitios, la luz de fósforo de los ojos de Su Excelencia se abrillanta. Pero con la llegada del crepúsculo vuelve a titilar, a debilitarse con los vientos que soplan desde la bahía:

—¿José?

Palacios corre a su lado:

—¿Sí, Excelencia?

—Acompáñame, quiero dar un paseo por la casa.

—Es tarde, señor, hay demasiada brisa en los patios.

Su Excelencia sonríe:

—Y, ¿qué más da? Vamos, corre conmigo, a ver, a ver, ¡tú no sabes correr!

Reverend observa a distancia, conversa con Fernando y con algunos militares de alto rango. Lo ven caminar, se miran a los ojos, sienten que algo extraño les alivia el pecho. Pero con el primer traspies todo se arruina. Su Excelencia tose, aflige la casa, arrastra sus botas en el piso de ladrillo quemado, todo lo percibe como en un último sueño:

La ventana de hierro de la biblioteca, afuera las estrellas. Los muebles con sus libros, en el centro la mesita ovalada de repisa de mármol, de patas

talladas. A los lados dos vitrinas de vidrio llenas de libros. En la esquina otro mueble de madera rojiza con patas como de garras de león y adornos dorados:

—Dime una cosa, José.

—¿Sí?

—¿Hasta cuándo podré ver estos objetos? ¡Dímelo, dímelo ya mismo!

—No lo sé, general, pero usted va mejorando.

—Sí, eso es cierto, yo estoy perfectamente, sigamos.

Atraviesan el cuarto de fumar, salen al patio de atrás y por éste al comedor. Un viento cargado de minerales y sales marinas penetra por dos grandes claraboyas y alborota el cabello blanco que se enrosca en las sienes de Su Excelencia. Allí los muebles de tejido de mimbre, las vitrinas con la vajilla:

—¡Mira, mira!

—¿Qué, general?

—Cómo qué, cabrón, mi caballo, ¿no lo ves?

El caballo se acerca, resopla, toma con sus belfos de las manos de Su Excelencia el manojo de apio que le es ofrecido y parte en tropel camino de la caballeriza del fondo:

—¿Lo viste?

—Sí, Excelencia, lo vi, qué lindo es.

—Todavía está hermoso, ¿no es cierto?

—Todavía, señor.

Su Excelencia voltea a mirar:

—¿Por qué me miras así?

—Cómo, general.

—Así, asustado.

—De ninguna manera, señor, cómo se le habría de ocurrir semejante cosa, sigamos.

—Vamos, vamos por allí, sígueme, ¡mira qué lindo! Anita, Anita, ¿dónde te has metido?

Otra vez desaparece toda frontera entre los días y las noches. Oscuridad en redondo, una gran luna en el centro del cielo. En la casa se duerme, gran silencio. Afuera los grillos con sus flautas, viento empozado en los patios de adentro. Una hora atrás un gran navío tronó en la bahía. Reverend permanece en vela, Su Excelencia apenas dormita. Viene de un ataque de tos, de altas fiebres. Pero ha comenzado a sudar y ahora descansa. De pronto, desde el aposento contiguo en el corredor del cruce de los vientos, se escucha:



—¡Vámonos, vámonos, esta gente no nos quiere en esta tierra, vámonos, muchachos, lleven mi equipaje a bordo de la fragata! Anita, Anita, ¿ya estás aquí? ¿Por qué no dices nada entonces?

Reverend corre, abre la puerta y observa que Su Excelencia habla en sueños. En aquel rincón un gran sapo invisible se esponja, se atraganta con sus anuncios. Es el sapo de la muerte:

La misma confusión en las ideas, aberración en la memoria. De la cama a la hamaca, de la hamaca a la cama. Pulso febril, tos, expectoración, calor en la cabeza, hielo en los extremos. Sopor casi continuo, respiración estertorosa, palabras balbuceantes.

Amanece.

Su Excelencia despierta, casi percibe la alborada en la rejilla de madera de la ventana. A su lado un asiento. Mira el tejado de madera de su cama, el toldillo de gasas blancas que todo lo envuelve. Extiende su mano, ya no sabe qué es verdadero en todo aquello, qué es lo que viene ahora desde el pasado arrastrándose por la arena de aquel mar de su destierro. Mueve sus labios, siente que sólo él se escucha, que sólo él mismo responde con imágenes rápidas. Imágenes que preguntan, imágenes que responden. Ya ni los ojos alumbran. La luz de fósforo que en aquellos días había se ha quemado. Pero sus pulmones todavía chupan, maman viento, éter sideral. El gran sapo de la muerte sale de debajo de los muebles, recorre la alcoba, tira la leche en redondo, salpica el piso, los espejos. Por los rincones oscuros, todavía no visitados por el alba que con tanta dificultad brilla en la ventana, brota la voz de la estética del que muere a solas respondiéndose él mismo sus propias dudas:

—Ana, carajo, Anita del alma, ¿qué haces ahí sentada que no vienes aquí?

Desvarío, orines detenidos, hipo, estupor en el rostro, semblante hipocrático, hielo en los extremos, pulso miserable.

Sube el sol.

Ningún día es el último pero éste es el día. Afuera existe tanto silencio en las bocas, clausura en los hábitos pálidos. Un gran viento manchado que viene de los lupanares de la gloria barre las hojas de los tamarindos invisibles que se confunden con las páginas arrancadas a los calendarios. Luces, enigmáticos rebrillos en el patio, lejanías desocupadas que de pronto nacen en las manos abiertas, extendidas. Hojas de patio, de esas que lo son todo en el corazón del desamparo, tristeza de lo transparente que al fin llega: la muerte. Pero los trapiches de afuera no se detienen, muelen lo suyo, la destilería perfuma más que nunca. Envuelta en aquellos vapores la muchacha vuelve a cantar. Su

Excelencia la escucha, agita su pañuelo, se despide para siempre sin verla. Es la vida que debe proseguir.

—¿La oyeron ustedes, cabrones? ¿La oyeron?

El más grande de todos los solsticios llega a su máxima altura, cruza, comienza a bajar. Sobre la arena, allá en la bahía donde se cocina el suelo, todos los procesos siderales del agua se cumplen. Olas van, olas vienen. Portentosas ventanas titilantes donde vimos lo que nunca llegó, puertas que esperan visitas imposibles. La vida es siempre algo inconcluso. Una gran lengua salada moja esas escamas brillantes, los blancos trocitos de arena, aquellas vacías conchas de nácar. Junto al muelle una caravana de perros hambrientos se debate por las vísceras frescas del último pez. Alborotan en redondo, enseñan sus dientes, se reparten las vísceras espolvoreadas de arena. Son los perros de San Bartolomé.

Entre tanto, en San Pedro acaba de empezar el último ronquido.

El sapo de la muerte trepa el asiento, salpica con su leche los quemados ladrillos del piso, la ropa que cuelga en el espaldar. Salta a la cama, busca el calor de las sábanas, desaparece. Su Excelencia ilumina sus ojos por última vez, ni él mismo sabe qué es aquello que percibe en medio de la niebla que de repente ciega el aposento. Y nada ve, pues ya nada es apremiante en la curvatura de los rostros que se ofrecen, de los muebles, de los árboles perdidos para siempre.

—¡Lleven mi equipaje a bordo de la fragata, vámonos, vámonos muchachos que aquí no nos quieren!

El facies se torna más hipócrático que nunca, el ronquido ni se escucha:

—¡Quiero vomitar! ¿Qué pasa?, ¿quién echó a volar toda esta maldita ceniza? ¿Por qué me echan encima toda esta ceniza?

Su Excelencia sueña apenas, se detiene para siempre en el largo sopor de un cosmos encendido en cada ojo suyo de cristal. Los hombres de la muerte vienen corriendo, entran, destapan el cadáver, lo voltean y alzan los recipientes de la mesa del gran convite. Bajo los platos vacíos vuelven a aparecer los orificios en el mantel. La camisa de muerto de Su Excelencia también está rota.

En el muelle los perros se reparten las vísceras. Ríen, muestran sus dientes, lanzan tarascadas. La patria nace a su modo. Arriba, en el vapor la música estalla para siempre.

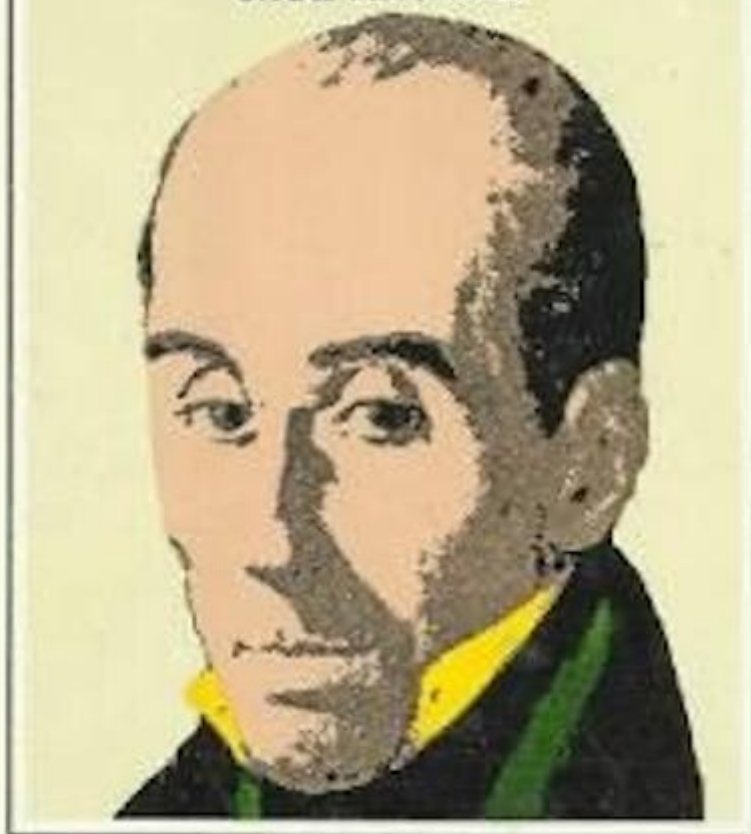


FERNANDO CRUZ KRONFLY nació en Buga, Colombia, en 1943. Es doctor en derecho y ciencias políticas, y profesor universitario. Entre sus obras se encuentran *Falleba* (Premio Villa de Bilbao 1979) y *La obra del sueño*.



# La ceniza del Libertador

FERNANDO  
CRUZ KRONFLY



Lectulandia